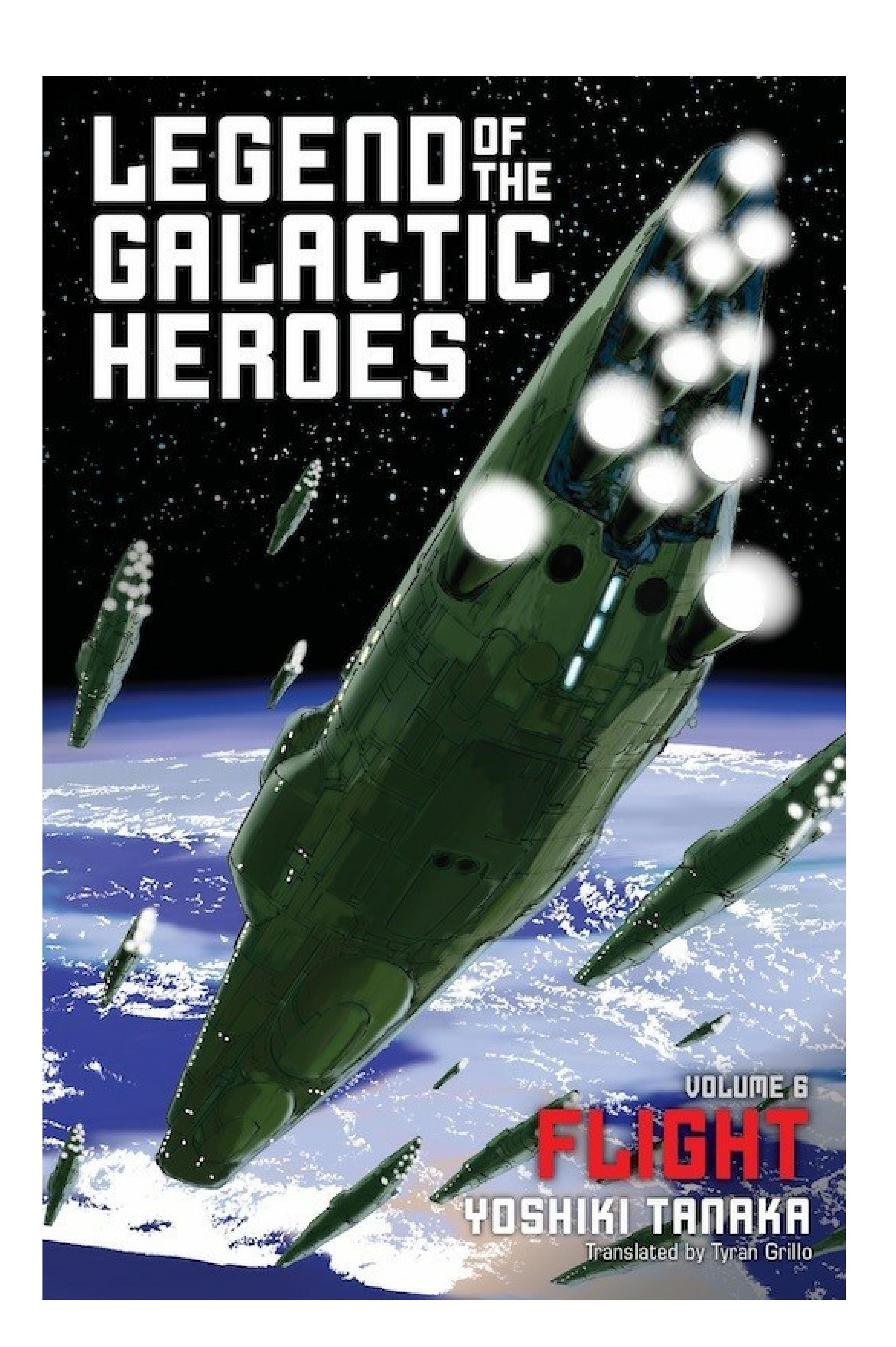

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 6
FLIGHT
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 6
FLIGHT
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO 01: EL INCIDENTE KÜMMEL

I

DOCE AÑOS PASARON — él no era más que un hombre joven — desde que fue testigo de una coronación. En ese momento, no era más que otro estudiante en la Escuela Primaria Militar Imperial, donde se había matriculado bajo el nombre de Reinhard von Müsel. De pie contra la pared del gran salón de recepciones, a unos noventa metros de distancia, apenas había podido distinguir el rostro del que estaba siendo entronizado. Le llevaría cuatro mil días colapsar esa distancia a cero.

“Por cada segundo que el mocoso rubio sigue respirando, chupa una tonelada de sangre. Como un vampiro, nunca está satisfecho”.

Tales eran los sentimientos de los que lo odiaban. Había llegado a aceptar incluso las críticas más severas con un silencio gracioso. Exagerados como estaban, tales comentarios negativos fueron fundados en ciertas verdades. Mientras lanzaba su peso en medio de los horrores de la guerra, Reinhard había perdido muchos aliados y había consignado cien veces más enemigos al olvido en el camino.

Sus súbditos alzaron sus brazos y sus voces en alto.

“¡Viva el emperador Reinhard!”

“¡Viva el nuevo Imperio Galáctico!”

Fue el 22 de junio de 799 SE, 490 IC y el primer año del Nuevo Calendario Imperial. Solo un minuto antes, había recibido una corona de oro en su cabello dorado para convertirse en el emperador fundador de la dinastía Lohengramm.

Un monarca de veintitrés años. Su ascendencia al trono no fue por ningún medio de la providencia. Había ganado el puesto y toda la autoridad que lo acompañaba gracias a su ingenioso poder. Hace casi cinco siglos, los descendientes del fundador de la dinastía Goldenbaum, Rudolf el Grande, que habían usurpado a la Federación Galáctica de Estados y reclamado el trono, fueron expulsados de él después de su largo y sin sentido monopolio sobre el poder. Y había tomado treinta y ocho generaciones, o 490 años, para que la usurpación fuera recompensada con la usurpación. Ninguno antes de que Reinhard hubiera podido cambiar la historia de esta manera. Era como si las estrellas hubieran requerido una alineación perfecta para lograr su genio.

Reinhard se levantó de su trono y se encontró con el júbilo de sus muchos temas con una simple elevación de su mano. Sus gestos increíblemente naturales parecían seguir una melodía de refinamiento que solo él podía escuchar. Pero mientras que su elegancia, junto con sus talentos comparables en política y guerra, fue insuperable en su época, fue la impresión de esos ojos azul hielo mientras escaneaban a la multitud que los presentes recordarían más. Incluso aquellos entre sus sujetos menos propensos a los vuelos de la imaginación sostuvieron esos ojos en su aspecto de joyas del azul más puro, forjadas en llamas ultra rápidas y luego congeladas, listas para herir a toda la creación en caso de que una sola lamida del inimaginable poder de la misma rompa su contención.

Lo primero que se reflejó en esos ojos fueron sus oficiales militares imperiales de más alto rango en la primera fila. Todos ellos estaban vestidos para la ocasión con su mejor vestido, uniformes de negro adornados en plata; eran hombres jóvenes, no muy diferentes al emperador, hombres en la cúspide de sus vidas, soldados notorios que habían ayudado valientemente al ascenso de su joven señor.

El mariscal imperial Paul von Oberstein tenía treinta y ocho años. Su cabello medio blanco lo hacía parecer más viejo de lo que era. Sus dos ojos artificiales estaban conectados a una computadora óptica y emitían un brillo que no siempre era fácil de describir. Conocido como un estratega fresco y entusiasta, se le había permitido crear un espacio a la sombra de la supremacía de Reinhard. Sea valorado o mal entendido, no vio la necesidad de explicarse. A nadie entre sus colegas o subordinados le disgustaba. Tampoco nadie lo despreció, pues nadie dudó de sus logros y habilidades. Él nunca fue condescendiente ni compitió palabras con su señor por interés propio. Por lo menos, fue inculcado con un sentido de reverencia que le sirvió bien en cada situación. Él realmente se esforzó por conceder cortesía común a todos. En la nueva dinastía había sido nombrado secretario de defensa, también en un puesto ministerial como delegado militar oficial.

El mariscal imperial Wolfgang Mittermeier, de cabello rebelde de color miel y ojos grises vivaces, tenía treinta y un años. Si se lo empujara a decir, uno podría haberlo llamado diminuto en altura, pero tenía el físico tonificado y bien proporcionado de un gimnasta y daba la impresión de ser igual de ágil. Conocido en todo el ejército por su otro nombre, el "Lobo Gale", no tenía paralelo en la velocidad táctica. Según todos los informes, Mittermeier era el general más valiente de la Armada Galáctica Imperial y, para demostrarlo, había acumulado importantes hazañas durante la batalla de Amritsar tres años antes (cuando ingresó por primera vez al comando directo de Reinhard), la Guerra de Lippstadt, la ocupación de Phezzan, la batalla de Rantemario y la captura del sistema estelar de Bharat. Solo el difunto Siegfried Kircheis y, de los que todavía están con ellos, Oskar von Reuentahl poseían antecedentes similares.

El mismo Von Reuentahl tenía treinta y dos años, un joven oficial alto con cabello castaño oscuro y rasgos gráciles. Pero seguramente sus ojos heterocromáticos —el negro derecho, el azul izquierdo — fueron los más impresionantes de esos rasgos. Junto con Mittermeier, fue conocido como uno de los "Murallas Gemelas" de la Armada Imperial, un hombre con capacidades ofensivas y defensivas excepcionales. Sin embargo, cuando se trataba de ganar sin pelear, era un hombre que pensaba fuera de la caja del soldado. Una vez, recobró la fortaleza de Iserlohn después de que fuera arrebatada por el enemigo jurado del imperio, la Alianza de Planetas Libres,

y junto con Mittermeier había sometido a la capital de la alianza de Heinessen. Estos fueron sólo dos de sus muchos logros militares espléndidos. Mittermeier fue su amigo de diez años. Y, sin embargo, mientras que el "Gale Wolf" era un buen hombre de familia, von Reuentahl era un notorio galanteador. En la nueva dinastía, como secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, supervisó a toda la Armada Imperial como representante del emperador y trabajó estrechamente con el propio emperador durante las expediciones oficiales.

Fuera de este formidable trío, que llegó a ser conocido como los "Tres Jefes Imperiales", había el almirante principal Neidhart "Muro de Hierro" Müller, elogiado por el mariscal Yang Wen-li de la Alianza de Planetas Libres como "un gran general". También tenía treinta y seis años de edad, el almirante mayor Ernest Mecklinger, quien además de ser un militar era conocido como poeta y pintor de acuarela; el almirante senior de treinta y siete años, Ulrich Kessler, comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital; el almirante senior August Samuel Wahlen, de treinta y dos años; y el almirante superior Fritz Josef Wittenfeld, de treinta y dos años, condecorado general y comandante de la flota de Schwarz Lanzenreiter.

Entre estos astros de la estrella, entretejiéndose a través de los fuegos de hombres, había una mujer joven y soltera: Hildegard, también llamada Hilda, hija del conde Franz von Mariendorf, que ahora era secretaria de estado bajo el nuevo régimen. Refiriéndose a los dos como "Fraulein Mariendorf y su padre", como lo hicieron los héroes de larga data, parecía lo suficientemente preciso. Esta mujer de veintidós años, que tenía el pelo rubio oscuro corto y vestía casi de manera diferente a sus homólogos masculinos, podría haberse confundido fácilmente con un joven atractivo y vivaz si no fuera por su maquillaje ligeramente aplicado y el bufanda naranja asomando por su cuello. Trabajó como la secretaria imperial principal del emperador Reinhard y fue tratada como un capitán por los militares. Ella nunca había mandado a un solo soldado, pero en lo que a Mittermeier se refería, ella tenía suficientes agallas para dirigir una flota completa. Incluso cuando Reinhard había estado librando una dura batalla contra Yang Wen-li en el sistema estelar Vermillion, ella había encontrado una manera de salvarlo. Hilda sola había allanado el camino al éxito al

proponer la captura de la capital de la alianza de Heinessen.

En comparación con sus ilustres logros, la mayoría de los funcionarios civiles carecían de brillo contra la brillantez del pasado, pero ahora que Reinhard había tomado el trono y había logrado reclamar la dominación total sobre el Dominio de Phezzan y lograr la sumisión de la Alianza de Planetas Libres, había llegado el momento del cambio. Bajo el joven emperador y su régimen, la ortodoxia fue destruida, y sus progenitores se aseguraron de que el nuevo orden establecido en su lugar sería materia de leyenda. El futuro estaba llamando a sus nombres.

El Secretario de Estado, Conde Franz von Mariendorf, solo sintió una modesta satisfacción cuando la ceremonia evolucionó silenciosamente hasta convertirse en una fiesta. Aunque la ceremonia reflejó lo anterior, es decir, la extravagancia y formalidades vacías aparentemente institucionalizadas — por la dinastía Goldenbaum — ninguna de ellas fue de su agrado, a pesar de que estaba a cargo de su cargo como secretario de estado para supervisar ceremonias y festivales de importancia nacional. Quería que todas las veladas y exhibiciones formales fueran lo más sencillas y completas posibles.

Había varias razones por las cuales el emperador debía mirarlo favorablemente. Uno de los cuales era que, siendo el hombre frugal que era, no había hecho la ceremonia más lujosa de lo necesario. Y mientras algunos hablaban mal de él a sus espaldas y lo acusaban de actuar, la mayoría de los emperadores de la antigua dinastía no habían respetado los límites del proscenio.

“Usted debe estar cansado, padre”, dijo una voz suave.

El conde von Mariendorf se volvió para ver, de pie, a la única persona que con razón podía llamarlo padre. Ella le ofreció una copa de vino.

“No, en absoluto, Hilda, estoy bien. Aunque a este ritmo, estoy seguro de que estaré tranquilo esta noche”.

El conde von Mariendorf le dio las gracias y aceptó la copa de vino.

Tintineó los vasos con su hija, disfrutando del tono cristalino, y se tomó su tiempo para saborear el néctar carmesí en su lengua.

“Una buena cosecha. Tal vez del año 410, supongo”.

Hilda tenía poco interés en detalles tan inútiles y cortó a su padre antes de que él comenzara a darle una conferencia sobre los méritos del buen vino. Hilda siempre había sido indiferente a los refinamientos culturales sobre los cuales se suponía que una hija noble debía conocer— no solo en lo que respecta al vino, sino también a las piedras preciosas y las carreras de caballos, las flores y la alta costura. En lo que a ella se refería, sabiendo que ya había expertos en el tema del vino y las piedras preciosas, sentía que era mejor dejar esos asuntos a los mejor calificados y saber en qué expertos podía confiar cuando necesitaban sus conocimientos. Ella lo sabía desde que era una niña de diez años. Hilda fue elegida por ser una marimacha y era una marginada social entre las otras hijas de la nobleza con las que ella a veces interactuaba. En respuesta a las preocupaciones de su padre, ella declaró con elegancia melodramática que no le importaba ser una niña, sino que prefería leer libros y pasear por los campos. Uno podría haber dicho que su estatus actual de secretaria imperial principal fue la culminación de esas tendencias infantiles. De cualquier manera, ella parecía haber nacido para ocupar su puesto actual.

“Lo que me recuerda — a Heinrich. Él tiene mala salud, como saben, y no pudo presentarse en la ceremonia. Pero esperaba que Su Majestad lo honrara con una visita, si es posible. ¿Qué te parece? ¿Estarías dispuesto a preguntar a Su Majestad en mi nombre?”

Al escuchar el nombre de su débil primo, el jefe de la familia del Baron von Kümmel, un suave paño barrió los alegres ojos de Hilda. Una vez había expresado su envidia de Reinhard. Pero no eran las habilidades de Reinhard que él tan desesperadamente deseaba; era su salud. Cuando ella lo escuchó decir esto, Hilda dudó en reprenderlo por un comentario tan inmodesto, como normalmente lo hubiera hecho. Podía entender los sentimientos de Heinrich, a quien ella consideraba como un hermano menor, pero— y tal vez fue cruel decir esto— incluso si hubiera gozado de buena salud, no necesariamente habría sido capaz de hacerlo. Para lograr tanto como

Reinhard. Heinrich había superado los límites de sus habilidades y su cuerpo, hace mucho tiempo. Y así, sin una mecha para quemar, su llama interior se había desvanecido en un simple parpadeo a lo largo de los años. Era natural que él maldijera su propia enfermedad y estuviera celoso de la buena salud de los demás.

“Por supuesto”, respondió Hilda. “No puedo garantizar nada, pero si eso significa mucho para Heinrich, veré qué puedo hacer”.

Tanto Hilda como su padre sabían que Heinrich no tenía mucho más tiempo para vivir. E incluso si era algo egoísta por parte de él hacer tal petición, ¿quiénes fueron ellos que lo negaron?

Y así, la semilla fue plantada para el Incidente de Kümmel, que capturaría la atención generalizada inmediatamente después de la coronación del nuevo emperador.

II

La coronación de Reinhard tuvo lugar el 22 de junio. Ante la insistencia de Hilda y su padre, visitó la residencia de Heinrich von Kümmel el 6 de julio. Mientras tanto, el joven nuevo emperador se entregó diligentemente a los asuntos gubernamentales sin descanso, poniendo su Habilidades para la prueba definitiva.

Los méritos de Reinhard a menudo se habían comparado favorablemente con los de Yang Wen-li en el frente militar, pero superó con creces el impulso de su némesis cuando se trataba de ética de trabajo. Con una decadencia, otros pudieron haberse volcado en auto-indulgencias, y aún sin un heredero, el emperador de pelo dorado siguió su propio código de honor. Y si bien su administración era autocrática, su virtud, eficiencia y sentido de la justicia lo distinguen de sus predecesores de la Dinastía Goldenbaum. Había liberado a la población de la carga de tener que pagar impuestos

exorbitantes para financiar las extravagancias de la nobleza.

Los siguientes diez miembros del gabinete fueron puestos bajo el mando de Reinhard.

Secretario de Estado: Conde von Mariendorf.

Secretario de Defensa: Mariscal von Oberstein.

Secretario de Finanzas: Richter.

Secretario del Interior: Osmayer.

Secretario de Justicia: Bruckdorf.

Secretario de Asuntos Civiles: Bracke.

Secretario de Obras: von Silberberg.

Secretario de Arte y Cultura: Dr. Seefeld.

Secretario de la casa imperial: Barón Bernheim.

Secretario jefe de gabinete: Meinhof.

Sin un primer ministro en su lugar, el emperador era el más alto oficial ejecutivo por defecto. Esto significaba que, con Reinhard como emperador, el universo conquistado estaba ahora bajo un sistema de dominio imperial directo. Reinhard había abolido el antiguo Ministerio de Asuntos Ceremoniales — una oficina gubernamental que regulaba los intereses de los nobles, investigaba los antecedentes familiares y aprobaba los matrimonios y sucesiones bajo el antiguo imperio — y estableció el Ministerio de Asuntos Civiles y el Ministerio de Obras en su lugar.

El Ministerio de Obras tenía sus engranajes en muchas máquinas, incluido el transporte interestelar y las comunicaciones, el desarrollo de recursos, las naves espaciales civiles y la producción de materias primas, así como la

construcción de ciudades, plantas de fabricación y minería, bases de transporte y bases de desarrollo. También supervisó la reforma económica imperial y se le otorgó la importante función de mantener el capital social. Un individuo altamente talentoso poseedor de perspicacia política, experiencia gerencial y habilidades organizativas era necesario para que todo funcionara sin problemas. El secretario de obras de treinta y tres años, Bruno von Silberberg, opinaba con confianza que poseía dos de estas cualidades, pero también se le había otorgado otro título informal, pero no menos importante, de Secretario de Construcción de la Capital Imperial. . En esa capacidad, debía supervisar los planes secretos del emperador Reinhard para reubicar la capital en el planeta de Phezzan. En el futuro, él anexaría todo el territorio de la Alianza de Planetas Libres y, una vez que duplicara las posesiones del imperio, realizaría su plan de remodelar a Phezzan como el centro de una nueva era de gobierno universal.

Comparado con la movilización de grandes ejércitos a través de un vasto océano de estrellas y el manejo de su omnipotencia para vencer a un enemigo formidable, el manejo de los asuntos internos era un conjunto de tareas simples y prosaicas. Si las campañas extranjeras eran el privilegio de Reinhard, entonces los asuntos domésticos eran un deber no creativo. Y, sin embargo, el joven y elegante emperador nunca descuidó las obligaciones que incumben a su cargo y autoridad. En la estimación de Reinhard, incluso la tarea más pequeña era tan importante como las maquinaciones más grandes que lo habían llevado a este punto.

Según un futuro historiador, la diligencia de Reinhard como político surgió de su conciencia culpable como usurpador. Nada más lejos de la verdad. Reinhard nunca sintió que sus usurpaciones constituían un lapso en su moralidad personal. No estaba tan engañado como para creer que el poder y la gloria que había secuestrado desde la Dinastía Goldenbaum eran eternos. Tampoco nadie les había garantizado ser. Y aunque nunca había estudiado historia con algo que se acercara al celo de su rival Yang Wen-li, sabía que todas las dinastías nacidas por la sociedad humana habían sido conquistadas y superadas, pero que era el niño atípico que había destruido el útero de Orden que predicaba su existencia. Para estar seguro, había secuestrado la dinastía Goldenbaum. Pero, ¿no fue su propio fundador, Rudolf el Grande, un niño deforme que había comprometido a la Federación Galáctica de

Estados, se había secado la sangre de millones de personas y se había forzado a llegar a la cima? ¿Quién se había imaginado alguna vez que la sola intención del emperador podría producir un régimen autocrático interestelar con suficiente poder militar para imponerlo? Incluso Rudolf el Grande, que había recorrido su propio camino de autodeificación, no podía engañar a la muerte. Había llegado el momento de que su magnum opus, la Dinastía Goldenbaum, expirara, y de que se escribiera un nuevo volumen en su lugar.

Reinhard no era tan inmaduro como para ignorar la gravedad de sus actos pecaminosos. Del mismo modo, no pudo encontrar ninguna justificación para las acciones de la dinastía Goldenbaum.

Otros, tanto vivos como muertos, habían provocado en él una mezcla aguda de arrepentimiento y auto-amonestación.

El 1 de julio, cuando el comienzo del verano pasó a la cima de la temporada, el Secretario de Estado Franz von Mariendorf vino a buscar una audiencia con el joven emperador. El conde von Mariendorf se creyó indigno de ser ministro de gabinete en el gobierno de tan vasto imperio interestelar. Desde la antigua dinastía, nunca había tenido una sola ambición política. Manejó de manera confiable las propiedades de las familias Mariendorf y Kümmel, se mantuvo alejado de los conflictos políticos y la guerra, e hizo todo lo posible para vivir una vida frugal. No tenía intenciones de acercarse al poder o al estado solo para mejorar su reputación.

Desde donde se encontraba Reinhard, la nueva dinastía estaba bajo su gobierno directo. Esto significaba que los ministros de su gabinete no eran más que asistentes, por lo que no había necesidad de que alguien tan prodigioso como un jefe de gabinete lo ayudara. Manteniendo el perfil tan bajo como pudo, el conde von Mariendorf se dedicó a coordinar a los otros ministros del gabinete, mientras dirigía las ceremonias y otras tareas organizativas en el nivel correcto de participación. Además, era conocido como un hombre de virtud honesta. Como gerente de la fortuna de la

familia Kümmel, fácilmente podría haber malversado esos activos si hubiera querido. Muchos de estos precedentes llenaron las páginas en la sala de referencia del antiguo ministro de ceremonias. Sin embargo, cuando Heinrich había heredado la fortuna familiar a los diecisiete años, no había disminuido ni un poco. En ese mismo período, los activos de la familia Mariendorf en realidad disminuyeron ligeramente debido a un accidente en una mina de agua pesada. Por lo tanto, la imparcialidad del conde nunca estuvo en duda. Como uno completamente consciente de las habilidades de su hija, había desarrollado sus puntos fuertes. Estas fueron solo algunas de las razones por las que le dieron el cargo que ocupaba actualmente.

Lo que el conde von Mariendorf había venido a decir sorprendió a Reinhard un poco por sorpresa. Después de inclinarse profundamente, el secretario de estado le preguntó al joven emperador si tenía alguna intención de casarse.

“¿Casarme, dices?”

“Sí. Casarse, engendrar un heredero y con ese heredero determinar la sucesión de su trono. Es tu deber soberano, después de todo”.

Reinhard no podía dudar de que era un buen argumento, aunque sin arte. Él precedió su respuesta con una breve obertura de silencio.

“No tengo la intención de hacerlo. Al menos no por ahora. Tengo mucho más que hacer antes de que pueda pensar en tener un hijo”.

Sus palabras fueron tiernas, pero el rechazo de su rechazo fue diez mil veces más difícil de masticar. El conde von Mariendorf se inclinó en silencio. Para él era suficiente que él hubiera despertado discreción en el joven emperador hacia la costumbre social del matrimonio y que hubiera afirmado su importancia para asegurar el futuro del trono. Sabía que no debía aprovechar demasiado, para no incitar el carácter violento del emperador.

El conde von Mariendorf cambió el tema a su primo Baron von Kümmel, un hombre que aún no tiene mucho tiempo para vivir —su salud se había deteriorado durante mucho tiempo — y que deseaba el honor de una vez en

la vida de recibir una visita imperial en su casa. Con extraña gracia, Reinhard tituló su cabeza dorada ligeramente, luego asintió con la cabeza.

El conde von Mariendorf se mostró complacido y se despidió para enfrentar la siguiente prueba. Justo antes de que comenzara la reunión ordinaria del gabinete a las dos en punto, el secretario de Defensa, Marshal von Oberstein, abordó el tema con él.

“Entiendo que usted alentó a Su Majestad a casarse. Si pudiera ser tan audaz, ¿cuál era tu intención al hacerlo?”

El manso secretario de estado no pudo dar una respuesta inmediata. El conde von Mariendorf sabía que el secretario de defensa de ojos artificiales no era un hombre rencoroso, pero también sabía que no se le escapaba nada y que sería inútil ocultarle algo. Von Mariendorf seguía en guardia. Escogió sus palabras con cuidado y endureció su expresión.

“Su majestad tiene sólo veintitrés años. Sé que no hay necesidad de que alguien tan joven se apure al matrimonio, pero es natural que se case, aunque solo sea para asegurar la línea de sucesión imperial. Pensé que era prudente sugerir al menos algunos posibles candidatos para ser su emperatriz”.

El conde von Mariendorf pensó que notó un extraño parpadeo en los ojos artificiales del secretario de defensa.

“Entiendo. ¿Y su hija sería la primera en esa lista de candidatos?”

El tono del mariscal von Oberstein no plantó un aguijón sino un carámbano. Von Mariendorf sintió que la temperatura a su alrededor bajaba a la de principios de la primavera. Las palabras del secretario de Defensa eran bastante serias como una broma, pero aún más serias si se las tenía en serio. Reuniendo su ingenio, el conde actuó como si lo tomara en broma.

“No, mi hija tiene una voluntad muy fuerte en su independencia y autosuficiencia para una posición como esa. Ella no es una de las que ponen el aire de una mujer noble, ni se recluye sumisamente en la corte. Mi hija

está bien versada en muchas cosas, pero a veces me preocupa si es consciente de que incluso sea una mujer”.

Von Oberstein no sonrió, pero sin embargo bajó los brazos.

“Nuestro secretario de estado es un hombre de buen sentido”.

Von Mariendorf dejó escapar un suspiro de alivio.

Hilda recapituló la situación cuando su padre regresó a casa.

“El secretario de defensa nos advierte que no engañemos a Su Majestad ni monopolicemos su soberanía política. Que sus preocupaciones provengan de un lugar de genuina preocupación no tiene importancia para mí”.

“Todo el asunto es absurdo”.

El conde se desanimó. No tenía intención de oponerse al secretario de defensa por el mero hecho de obtener una influencia política arbitraria sobre el emperador. Además, era difícil imaginar a Reinhard como el marido de su hija, dada la conducta distante del emperador. Según los cálculos de Franz von Mariendorf, el Emperador Reinhard fue un gran niño prodigio, pero ser un genio no significaba que tuviera una mayor capacidad de emoción que la gente común. Por supuesto, él poseía tal energía emocional, solo que estaba desigualmente distribuida lejos de los asuntos del amor. Como cuando se inclina una taza llena de agua, cuando una parte alcanza el borde, la otra retrocede. Como en la famosa anécdota del antiguo astrónomo que se cayó accidentalmente en un pozo mientras miraba al cielo para estudiar los movimientos de las estrellas, ese final de retroceso se reveló a nivel diario. Y cuando se trataba de amor sexual, Reinhard era al menos un enigma.

Como lo expresó el vizconde Albrecht von Bruckner, autor de El imperio Galáctico: una Prehistoria: “Si expulsaras a todos los pervertidos y homosexuales de la historia y las artes, la cultura humana nunca habría avanzado tanto”. Pero Reinhard simplemente carecía de experiencia. con la intimidad, que era casi tan preocupante para un hombre sensato como el

conde, que no quería nada menos para su hija que un hombre ordinario, virtuoso y cercano. Por otra parte, si Hilda quisiera casarse…

“De todos modos, Hilda, considerando lo bendecidos que hemos sido por el buen favor del emperador, no debemos olvidar mantener nuestras vidas profesionales y personales separadas. Como dice el dicho, hay tantas semillas de malentendidos como personas”.

Incluso para su inteligente y vivaz hija, el conde von Mariendorf era un padre típico que sabía que ella haría lo que quisiera sin importar lo que él dijera.

“Sí, entiendo”, dijo Hilda, aunque solo para facilitar esta confrontación con su padre de buenos modales. En su mente, la conversación ya había terminado antes de que hubiera comenzado.

Sus sentimientos por Reinhard y los sentimientos de Reinhard por ella eran imposibles de analizar. Porque, si bien ciertamente no había odio ni disgusto entre ellos, había una gran distancia entre “no odiar” y “amar” a alguien, y había bandas ilimitadas en el espectro de las buenas gracias. Su punto débil, y quizás también el de Reinhard, fue tratar de interpretar a través de la razón aquello que se basaba en nada más.

Hilda sabía por qué Reinhard había accedido a visitar la casa de Kümmel. Tal visita requirió cuidadosa consideración política. En el pasado, cualquier emperador que valiera su corona lo habría pensado dos veces antes de pedir la residencia de un ministro rival por primera vez, como muchos lo habían hecho antes. Tales precedentes eran ridículos para Reinhard. Pero el hecho de que el barón Heinrich von Kümmel no fuera uno de los meritorios, ni siquiera favorecidos, de Reinhard, favorecía al joven emperador. El tirano de cabellos dorados sostuvo las costumbres y la propiedad de la Dinastía Goldenbaum con el mayor desprecio, por lo que la idea de honrar a un miembro enfermo de la antigua nobleza con una visita imperial lo intrigó, en todo caso, como una forma de frotar la nariz del viejo sistema, en su propio incidente.

III

Ese día, 6 de julio, el emperador Reinhard visitó la finca del barón von Kümmel con dieciséis asistentes. Estos incluían a Hildegard von Mariendorf, el secretario privado de Reinhard y primo del patriarca de la familia Kümmel; asesor imperial sénior vicealmirante von Streit; ayudante secundario teniente von Rücke; jefe de la guardia imperial Comodoro Kissling; y cuatro chambelanes y guardaespaldas además.

Si le preguntaras a cualquiera de sus subordinados, te habrían dicho que cualquiera que gobernara todo el universo requería un nivel de protección mucho más estricto, digno de su estado — un séquito de más de cien personas, al menos. Cuando el viejo funcionario responsable de las ceremonias de la corte, un hombre que había servido en la Dinastía Goldenbaum durante cuatro décadas, había sugerido que se respetara ese precedente, la respuesta de Reinhard fue brusca:

“No tengo ninguna intención de seguir ningún precedente establecido por la Dinastía Goldenbaum”.

Para Reinhard, incluso dieciséis se iban por la borda. Prefería ser lo más informal posible, en ocasiones incluso actuando solo, inspirando a un futuro historiador a creer que el Emperador Reinhard tenía un doble cuerpo.

En verdad, nadie lo sabía con certeza, aunque uno de sus miembros lo hizo, de hecho, una vez le recomendó el uso de un doble cuerpo. Como “Artista-Almirante” Mecklinger lo grabó en una nota, Reinhard no estaba muy contento con la sugerencia:

“¿No es suficiente cuidar de mí mismo? ¿Si bajara de una enfermedad grave, eso significa que mi doble sería trasladado al hospital en lugar de a mí? Nunca me vuelvas a sugerir una cosa tan tonta”.

El Comisionado de la Policía Militar, el almirante Kessler, había dejado un memo de ideas similares, por lo que se asumió que cualquiera de ellos, si no

ambos, había propuesto la idea.

“Para el emperador”, señaló Mecklinger, “la idea de hacer grandes esfuerzos para garantizar su seguridad personal es absurda. Ya sea por confianza, sobreestimación de sus propias habilidades o resignación filosófica, es una suposición “.
Mecklinger sabía cuándo y dónde trazar la línea entre la fe y el respeto. Admiró a Reinhard de todos modos y se dedicó por completo a su causa, incluso mientras mantenía un ojo agudo en este personaje de una vez en una generación. Una parte de su cerebro sabía que a la cabeza del imperio había alguien que podía conquistar el universo hasta donde podían llegar las manos humanas.

La residencia del barón von Kümmel no tenía nada de especial. Su linaje no contaba con gobernantes destacados, genios idiosincrásicos o libertinos excéntricos y apenas había fluctuado en términos de estatus o activos desde el reinado de Rudolf el Grande. Y mientras la finca había sido anexada y renovada en numerosas ocasiones durante los últimos cinco siglos y ahora se encontraba cómodamente en una barrera protectora de setos y fosos, nadie tenía interés en su arquitectura vanguardista ahora que las anticuadas convenciones habían hecho una Vuelve. Dicho esto, la propiedad era lo suficientemente grande como para acomodar trescientas casas comunes y, a pesar de su falta de individualidad, su vegetación modestamente arreglada le dio un encanto propio.

Los que conocían al jefe de la finca, sin embargo, podían sentir una cierta vitalidad oculta detrás de todo. En todas las apariencias, el Maestro Heinrich, barón de la familia Kümmel, de la décima generación, era una personalidad equilibrada. Este año cumpliría diecinueve. Cuando lo sacaron del vientre de su madre después de un parto difícil, ambos sufrían de un trastorno metabólico congénito. Y así, a medida que crecía, estaba muriendo una muerte lenta más que vivir. Si hubiera nacido en una familia común, no habría sobrevivido a su primer año. El procedimiento mediante el cual se habían eliminado sus genes inferiores lo había convertido en un simple caparazón, pero una medida tan drástica había sido la única manera

de salvar su vida.

Incluso si hubiera estado moderadamente sano, tampoco era como si todas las elegantes y nobles mujeres se alinearan en su puerta. Mientras que él era lo suficientemente agraciado en sus rasgos, Heinrich era de constitución magra y su sangre era demasiado delgada. Comió no porque lo disfrutara, sino solo para abastecerse de suficiente energía para pasar cada día. Como resultado, siempre sopesó las consideraciones dietéticas sobre el sabor. Existió solo para prolongar su vida, como las gachas aguadas que comía a menudo.

A pesar de los enormes esfuerzos, las gachas diluidas se redujeron a poco más que agua caliente. Su mantra personal — “No durará mucho más” — parecía más cercano que nunca a la realización. Sabiendo esto, tanto el Conde von Mariendorf como Hilda habían pedido al emperador que concediera el último deseo de Heinrich.

Cuando el grupo del emperador pasó por las puertas de la propiedad de Kümmel, el propio barón salió a saludarlo en su silla de ruedas eléctrica, para sorpresa de todos. La tez de Heinrich era pálida, pero su cabello y su ropa habían sido arreglados para parecer presentables. Cerró los ojos con Hilda, sonriéndole brevemente y luego inclinó la cabeza ante Reinhard.

“Me siento más allá de la medida en que Su Majestad honra mi humilde morada con su presencia. Por favor considera esto tanto como su casa como la mía. A partir de este día, el nombre de la familia Kümmel brillará con gloria inmerecida”.

A Reinhard no le importaba la retórica excesiva, pero asintió con frialdad y dijo que estaba contento de ver a Heinrich tan feliz y que su felicidad valía más que la más lujosa bienvenida. Reinhard, también, podía jugar el juego de decoro cuando le apetecía, y estaba más que dispuesto a complacer a Hilda. En este caso, un poco de piedad recorrió un largo camino, y no fue la piel de la parte posterior de su importancia personal para darle. Después de su débil saludo, Heinrich dio una breve tos. Hilda se inclinó ante el emperador y atendió a su prima.

“No te excedas, Heinrich, ¿de acuerdo?” Reinhard asintió con su gracia natural.

“Fräulein von Mariendorf tiene razón. No quisiera que te extendieras demasiado por mi bien. Tu salud es primordial”.

Y sin embargo, incluso cuando el joven emperador ofreció estas extrañas palabras de simpatía, una sensación extraña corrió por sus venas. ¿Fue solo su conciencia culpable como persona sin discapacidad? ¿O fue algo más? Era la misma sensación que tenía cada vez que veía que puntos de luz hechos por el hombre comenzaban a llenar la oscuridad del espacio exterior en su pantalla de batalla. Esa sensación de ir a la defensiva. La calma antes de la tormenta.

Reinhard negó con la cabeza en negación imperceptible. No tenía sentido honrar la intuición sobre la razón aquí. Su oponente era un inválido medio muerto cuya ambición y deseo de poder no se registraron en ningún lugar en el radar del destino.

“Por favor, entra. He preparado un modesto almuerzo preparado para nosotros”.

Montando en su silla de ruedas eléctrica, Heinrich mostró a sus invitados alrededor de las instalaciones. Un camino de jardín de losas de piedra serpentea a través de un bosque de cipreses. Aunque era julio, la capital imperial se salvó del calor y la humedad de las zonas tropicales, por lo que incluso el modesto paisaje de Heinrich dio la impresión de estar en otro mundo. Después de caminar una cierta distancia, una leve evaporación de sudor dejó su piel sintiéndose agradablemente refrescada.

Salieron del bosque en la parte trasera de la finca, donde las lajas se ensancharon en un patio abierto que medía veinte metros por lado y se anidaban a la sombra de dos viejos olmos. Una comida los esperaba en una mesa de mármol. Los sirvientes se retiraron a la llegada del grupo. Una vez que todos tomaron sus asientos, la escena tomó un aire inesperadamente diferente cuando su humilde y joven anfitrión estiró su espalda y mostró una sonrisa siniestra.

“Un patio espléndido, ¿no crees, Hilda?”

“Que pasa, Heinrich”.

“La verdad sea dicha, Hilda ha estado aquí antes. Lo que ella no sabe es que hay una cámara subterránea justo debajo de nosotros. Está lleno de partículas Seffl, listo a mi orden para darle la bienvenida a Su Majestad al inframundo al que pertenece”.

Y en ese momento, todo se quedó en blanco. Al escuchar el nombre de esa sustancia química explosiva extremadamente peligrosa, los ojos de topacio del Comodoro Kissling se llenaron de temor cuando alcanzó su pistola funda. Los otros guardaespaldas siguieron su ejemplo.

“Calma, calma, caballeros. A Su Majestad, soberano universal, unificador de toda la humanidad. Nacido en una familia pobre, noble solo de nombre, tú que subiste precipitadamente al trono como el paragón de nuestra era. Y a ti, sus súbditos leales. Digo esto: a menos que quieras que se presione este interruptor del detonador, te sugiero que se queden justo donde están”.

El tono del joven barón era fervoroso pero carecía de fuerza, por lo que tardó unos momentos en darse cuenta de la gravedad de lo que acababa de decir. Pero la peligrosidad de la situación era clara. Todos estaban sentados sobre una bomba a la espera de explotar. La voz de Hilda sacudió el silencio, espesa como la melaza.

“Heinrich, tu…”

“Mi querida Hilda. Nunca quise que te involucraras en esto. De haber sido posible, no hubiera querido que acompañaras al emperador. Pero ahora, incluso si tuviera que dejarte a ti, y solo a ti, salir de aquí con vida, no creo que lo hagas, ¿verdad? Mi tío estará muy ofendido, pero es demasiado tarde para hacer algo al respecto ahora”.

El discurso de Heinrich fue interrumpido varias veces por dolorosos ataques de tos. El equipo de guardaespaldas del comodoro Kissling sabía que no

debía intentar nada por segunda vez, ya que el puño del joven barón apretó el interruptor del detonador como si fuera una extensión de su cuerpo, y no estaban dispuestos a dejar la vida del emperador como una ficha, una mesa de ruleta cuando las probabilidades estaban en contra de ellos. Escuchando los jadeos de un inválido a quien probablemente podrían matar con un meñique, se quedaron inmóviles en una jaula invisible de indefensión, esperando a ver qué haría a continuación.

“Creo que el barón tiene algo que decir”, susurró von Streit. “Déjalo hablar todo lo que quiera. Nos va a comprar algo de tiempo”.

A esto, Kissling y von Rücke asintieron levemente, sus expresiones duras como rocas. Provocar a este joven, que tenía toda la intención de asesinar al emperador, solo llevaría a la incineración de la figura de la Dinastía Lohengramm, junto con sus asistentes, en un instante. Heinrich sostuvo sus vidas en su mano, y fue todo lo que pudieron hacer para soltar su agarre.

“¿Qué tienes en mente, Majestad?”

Reinhard, quien hasta entonces había estado sentado sin decir una palabra, levantó sus bien formadas cejas en respuesta a la sonrisa burlona de Heinrich.
“Si muero por tu mano aquí, entonces ese es un destino que tendré que aceptar. Me arrepiento de nada.”

El joven emperador, que mostraba signos de cinismo sincero, curvó sus gráciles labios en un glifo de egoísmo.

“Han pasado solo dos semanas desde mi coronación. Dudo que alguna vez haya habido una dinastía tan corta como la mía. No es exactamente lo que esperaba, pero tu acto descarado inmortalizará mi nombre en la historia. Un nombre vergonzoso, quizás, pero ¿quién soy yo para preocuparme por su valor futuro? Ni siquiera me importa saber sus razones para matarme”.

Un brillo de enemistad brotó en los ojos del inválido. Al ver el temblor en sus labios casi incoloros, Hilda se retiró a su caparazón. En ese momento, ella había discernido con precisión la intención de su primo. Heinrich

quería que Reinhard rogara por su vida. Si solo el gobernante absoluto de todo el universo se arrodillara ante él y apelara a la clemencia, entonces Heinrich podría por fin desahogar la impotencia humillante que había llegado a definirlo. Y con eso, abandonó el interruptor del detonador con satisfacción ciega.

Pero de la misma manera que Heinrich nunca podría estar libre de su frágil cuerpo, Reinhard tampoco podría estar libre de su fama y respeto por sí mismo. Como había dicho Reinhard cuando se reunió cara a cara con el almirante Yang Wen-li de la Alianza de Planetas Libres, quería que el poder continuara sin seguir las órdenes de alguien a quien despreciaba. Para que Reinhard se arrepienta de su vida y le pida a su intimidante la misericordia ahora negaría todos los pasos que había tomado en el camino para llegar hasta aquí. Y cuando eso sucedió, había varias personas a las que nunca podría volver a mostrar su rostro. Personas que habían protegido su vida a expensas de la suya. Gente que lo amaba incluso cuando vivía en las profundidades de la pobreza.

“Heinrich, por favor. No es demasiado tarde. Sólo dame el interruptor”. Hilda exigió su concesión, aunque solo fuera para ganar algo de tiempo, independientemente del resultado.

“Ah, Hilda, incluso te enojas de vez en cuando. Para mí, siempre fuiste tan elegante bajo presión, rebosante de vitalidad radiante. Pero ahora, al ver esa expresión oscura de la tuya, debo decir que estoy un poco decepcionado”.

Heinrich se rió. Hilda sintió que la luz piloto que apenas mantenía caliente a su primo había sido malicia todo el tiempo. Parecía que no había forma de salir de esto. Incapaz de mirar a su primo en sus ojos demasiado entusiastas, Hilda evitó a los suyos y contuvo la respiración. El comodoro Kissling, cuyos ojos de topacio y marcha inusual le habían ganado apodos como “Gato” y “Pantera”, se estaba moviendo lentamente desde su posición original.

“¡Dije, que no se muevan!”

La voz de Heinrich, expulsada como en el momento justo, no era fuerte ni

contundente, pero al mismo tiempo exponía una vena de furia en el aire, por lo que su impacto fue suficiente para mantener a raya la audaz espontaneidad de Kissling.

“Quédate donde estés, por unos minutos más. Permíteme el placer de tener el universo en mis manos por un momento o dos más”.

Kissling imploró a Hilda con sus ojos, pero ella lo ignoró.

“He vivido toda mi vida durante estos pocos minutos. En realidad, eso no es cierto. Es por eso que he mantenido la muerte por tanto tiempo. Déjame mantenerlo a raya un poco más”.

Cuando Reinhard escuchó esto, sus ojos azul hielo brillaron, llenos de una emoción que no era ni compasión ni ira.

Hilda notó que sus dedos acariciaban el colgante de plata que colgaba de su pecho y se encontró preguntándose, inapropiadamente en las circunstancias, qué había dentro. Tenía que ser algo de gran importancia.

IV

El almirante superior Ulrich Kessler se desempeñó como comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital. Cualquiera de los dos trabajos era agotador en sí mismo. Asumir ambas cosas, incluso sin el nacimiento de la nueva dinastía, hubiera sido casi imposible para un solo hombre.

El hecho de que Kessler tuviera suficiente presencia de mente y cuerpo para soportar este doble deber solo confirmaba su valía.

En la mañana del 6 de julio, en su oficina en la sede, se reunió con algunos invitados, pero fue el cuarto inesperado el que trajo el negocio más

importante. Job Trünicht, un caballero en el mejor momento de su vida que había sido el líder de la Alianza de Planetas Libres hasta el mes pasado, había vendido su soberanía a Reinhard y se había establecido en el imperio como un medio para garantizar su propia seguridad. La información que trajo fue impactante.

“Hay un plan para asesinar a Su Majestad el Emperador siendo llevado a cabo en estos momentos”.

El comisionado de la policía militar trató de mantener la calma, pero sus ojos brillaban intensamente, traicionando las intenciones de su amo. Incluso mientras comandaba flotas en el espacio exterior, sus ojos no habían temblado en lo más mínimo. Pero esto era diferente, como lo atestiguaban en voz alta cada fibra de su ser.

“¿Y cómo llegaste con este conocimiento?”

“Seguramente su Excelencia está al tanto de la organización religiosa conocida como la Iglesia de Terra. He tratado con ellos en ocasiones bajo los auspicios de mi posición anterior. Ahí es cuando me enteré de que una conspiración se fraguó dentro de sus filas. Amenazaron con matarme si informaba a alguien, pero mi lealtad a Su Majestad—”

“Entiendo.”

La respuesta de Kessler no fue en absoluto educada. Al igual que sus almirantes en armas, le importaba poco el derrotista que estaba delante de él. Todo lo que salía de la boca de Trünicht apestaba a un fuerte veneno que hacía que la gente lo odiara dondequiera que iba.

“¿Y el nombre del asesino?”, Preguntó el comisionado de la policía militar, a lo que el ex primer ministro de la Alianza de Planetas Libres respondió solemnemente.

Trünicht insistió en que nunca había estado de acuerdo con los principios de la Iglesia de Terra y que la única vez que había cooperado con la iglesia era porque la situación le había forzado la mano, no porque hubiera deseado.

Kessler había escuchado todo lo que necesitaba para escuchar y ladró una orden a uno de sus hombres.

"Lleve al señor Trünicht a la sala de conferencias número dos. No debe abandonar esa habitación hasta que lleguemos al fondo de esto. *No* permitas, bajo ninguna circunstancia, que nadie se acerque a él."

Trünicht fue puesto bajo arresto domiciliario temporal bajo el pretexto de su necesidad de protección.

Para cuando Kessler actuó, su informante ya no importaba. A Kessler solo le importaba alimentarse a sí mismo, y una vez que terminaba la comida, no se podía usar un plato.

Kessler llamó por primera vez a la residencia de Kümmel en el visifono, luego al vicealmirante von Streit y al comodoro Kissling, pero no pudo comunicarse con ninguno de ellos. La razón era clara.

A pesar de que el comisionado de la policía militar apretó los dientes, no perdió tiempo en contactar a su regimiento más cercano a la finca Kümmel. El oficial al mando era un Comodoro Paumann, un ex granadero armado con mucha experiencia de batalla para su corta edad. Kessler tenía más fe en aquellos que luchaban valientemente en la batalla que en la verdadera policía militar. Aunque él mismo ajustó el último proyecto de ley a una T, prácticamente hablando, ni siquiera el mejor investigador o interrogador de la policía lo iba a ayudar en este caso. Lo que necesitaba era un comandante de batalla.

Al recibir sus órdenes, Paumann estaba nervioso pero no molesto. Saltó a la acción y ordenó a los 2.400 oficiales armados en su jurisdicción que fueran a la propiedad de Kümmel a la vez. Era una operación encubierta de libro de texto. Prohibió el uso de vehículos blindados, sabiendo que el sonido de sus motores los delataría incluso antes de que llegaran. Los policías militares corrieron en sus pies de media hasta la finca Kümmel, llevando sus rifles láser en una mano y sus botas militares en la otra. Algunos se

reirían al respecto al día siguiente, pero en el calor del momento, sus acciones fueron de todo menos humorísticas cuando rodearon el complejo.

El plan de Kessler no terminó ahí.

El regimiento de la policía militar de 1.600 miembros del Comandante Raft allanó la casa de la iglesia de Terra en 19 de la calle Cassel, reuniendo a todos los creyentes que pudieron encontrar en el lugar. Sin embargo, estos no eran pacifistas, y en lugar de rendirse, inmediatamente dieron la bienvenida a la policía militar que irrumpió en su edificio abriendo fuego.

El comodoro Raft ordenó a sus hombres que devolvieran el fuego. Rayos prismáticos salieron disparados en todas direcciones. Fue un tiroteo brutal, aunque de corta duración. Diez minutos más tarde, los hombres de Raft se dirigieron al piso superior, disparando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Apenas después del mediodía, habían ganado el control total del edificio de seis pisos.

Noventa y seis creyentes fueron asesinados en la escena, catorce murieron después de sus heridas, veintiocho se suicidaron y los cincuenta y dos sobrevivientes, que sufrieron una variedad de heridas, fueron arrestados. Nadie escapó. En el lado de la policía militar, dieciocho estaban muertos y cuarenta y dos heridos. El líder de la secta, el arzobispo Godwin, acababa de intentar suicidarse bebiendo veneno cuando un oficial de la policía militar irrumpió en la habitación y lo golpeó con la punta de su arma. Godwin fue colocado en esposas electromagnéticas y arrastrado inconsciente de la escena, un fracaso en su propio martirio.

Los oficiales de la policía militar, todavía avivados por la sed de sangre, recorrieron el interior del edificio salpicado de carmesí para reunir cualquier evidencia que pudiera probar la complicidad de los insurgentes al planear el asesinato del emperador. Retiraron fragmentos de documentos de las cenizas de un incinerador, desnudaron cadáveres, sacaron los bolsillos pegajosos de sangre, patearon sobre los altares y rasgaron las tablas del piso, pero no encontraron nada. Uno de los heridos reprendió sus acciones blasfemas, solo para ser golpeado hasta la muerte por un oficial en la parte posterior de la cabeza donde había sido herido.

Mientras la unidad de Comodoro Raft realizaba su rito de sangre en una esquina de la capital, los soldados de la unidad de Comodoro Paumann, rodeando la finca del Barón von Kümmel, se pusieron las botas, esperando su orden para asaltar el complejo. Los que se encontraban en el extremo receptor de esa orden solo podían cumplir, pero la responsabilidad de quien la dio era inmensa. La vida de su emperador estaba en la punta de la lengua de Paumann.

Aquellos cuyas vidas estuvieron en el balance de toda esta movilización notaron un cambio en su entorno. Una agitación silenciosa del aire rozó su piel y estimuló sus redes neuronales. Después de jugar un juego rápido de atraparse con las miradas del otro, todos compartieron el mismo pensamiento — algo que era imposible para alguien como Heinrich, que nunca había experimentado un combate, para percibir. La ayuda estaba en camino. Ahora todo lo que tenían que hacer era quedarse sin tiempo.

La percepción de Heinrich se centró en dos cosas. Primero, el detonador de partículas Seffl en su mano, y segundo, el colgante de plata que Reinhard seguía acariciando como un talismán.

Reinhard movía su mano inconscientemente. O, si era consciente, seguramente provocaría la innecesaria precaución de este posible asesino. Esto hizo que Heinrich se interesara aún más en el colgante.

Hilda también era consciente de este ciclo peligroso, pero no podía hacer nada al respecto. Cualquier interrupción de su parte podría ser un impulso suficiente para que Heinrich ponga su curiosidad enferma en acción.

Heinrich, después de apenas abrir y cerrar la boca varias veces, rompió el silencio.

“Su Majestad, ese colgante le parece muy valioso. Me gustaría mucho verlo y tocarlo, si fuera tan amable”.

Los dedos de Reinhard se congelaron. Fijó su mirada en el rostro de Heinrich. Hilda tembló de miedo, porque sabía que su primo había pisado sus pies embarrados en el inviolable santuario del emperador.

“Fuera de la cuestión”.

“Exijo verlo”.

“No es tuyo para que lo veas”.

“Solo déjelo verlo, Su Majestad”, intervino von Streit.

“¡Su Majestad!”, Dijo Kissling simultáneamente.

Ambos sabían que sus aliados se estaban acercando y no vieron ningún daño en comprarse incluso unos segundos más por cualquier medio necesario. ¿Cuál fue el punto de enfadar más a Heinrich con esta resistencia infantil?

Reinhard claramente no compartió sus puntos de vista. El gobernante de cabeza fría, entusiasta y ambicioso que sus ayudantes conocían y servían había desaparecido, dejando en su lugar a un hombre con la expresión de un niño preocupado. Era como un niño que se aferraba desesperadamente a su caja de juguetes, que para los adultos que lo rodeaban estaba lleno de basura, pero estaba convencido de que contenía un verdadero tesoro.

A los ojos de Hilda, Heinrich era ahora el verdadero tirano y nunca lo toleraría. Heinrich había cruzado la línea no solo de su confianza, sino también de la suya en la acción más audaz.

“Soy el que tiene las cartas aquí. ¿O ha olvidado su majestad? Dámelo en este instante. No te lo preguntaré de nuevo.”

“No.”

La obstinación de Reinhard era difícil de creer que provenía de un héroe que se había escapado de la pobreza cuando era un hombre joven con solo

un nombre para mostrar su nobleza, solo para convertirse en el gobernante del imperio más grande de la historia. Al parecer, los sentimientos irracionales de Heinrich se habían distorsionado y se habían transferido a Reinhard. Heinrich tuvo un ataque repentino, pero sus pasiones desequilibradas estallaron en una dirección inesperada. Su mano sin vida, que parecía un espécimen de laboratorio arreglado con formalina, se extendió como una serpiente saltando y agarró el colgante del emperador. La mano agraciada de Reinhard, que cualquier artista hubiera deseado como modelo, golpeó la mejilla del tirano medio muerto. Los pulmones y los corazones de todos dejaron de funcionar, pero volvieron a estar en línea cuando el interruptor del detonador voló de la mano del barón y rodó sobre las lajas. Kissing se lanzó hacia Heinrich, casi avergonzadamente como un gato, y lo inmovilizó en el suelo.

"¡Ve fácil con él!" Gritó Hilda, momento en el que Kissling ya estaba soltando las delgadas muñecas de Heinrich. El cuerpo enfermizo del barón había dejado escapar una grieta que envió al valiente general de ojos de topacio a retroceder. Sintiendo el regusto de haber reunido mucha más violencia de la necesaria, Kissling dejó a este traidor en manos de su hermosa prima. Esta no fue la llamada de la cortina de Kissling.

"Heinrich, tonto", susurró Hilda, acunando el débil cuerpo de su prima. Todo era algo que incluso alguien de su inteligencia y expresividad podía reunir. Heinrich sonrió. No la sonrisa maliciosa de los momentos anteriores, sino una sonrisa casi pura, dorada por la muerte inminente.

"Quería hacer algo antes de morir. No importa cuán malvado o tonto haya sido. Quería hacer algo antes de morir… eso y nada más".

Heinrich enunció cada palabra con extraña claridad. Él no le pidió perdón. Hilda tampoco exigió que suplicara por ello.

"La baronía de von Kümmel muere conmigo. No por enfermedad, sino porque actué tan descuidadamente. Mi enfermedad pronto será olvidada, pero muchos recordarán mi insensatez".

Después de decir lo que pensaba, el cráter de la vida de Heinrich arrojó su

último globo de lava. Su corazón, abusado por este acto final, fue liberado eternamente, y sus venas cambiaron de ríos de vida a estanques delgados.

Sosteniendo el rostro de su primo muerto en sus manos, Hilda desvió su mirada hacia Reinhard. El joven emperador permaneció en silencio, con sus lujosas cerraduras doradas revoloteando en la brisa del verano. Sus ojos azul hielo no traicionaban nada del mar embravecido en su interior. Todavía estaba tocando el colgante con una mano.

Von Streit arrancó el interruptor del detonador de la piedra y murmuró algo en voz baja. Kissling gritó, anunciando a sus aliados que rodeaban la mansión que el emperador estaba sano y salvo. El silencio fue interrumpido por una perturbación en el aire cuando un hombre desconocido saltó frente a todos — un rezagado que había huido de la redada de la Iglesia de Terra y había robado en el complejo. Cerró su pistola láser a Reinhard, dejando escapar un rugido hostil. Pero Von Rücke estaba un paso por delante de él, disparando un rayo de luz de su pistola láser. El hombre se dio la vuelta como si su instinto de supervivencia hubiera brotado repentinamente. Von Rücke apretó el gatillo otra vez, golpeando el centro de la espalda del hombre. El hombre levantó los brazos como un velocista que saltaba a través de la línea de meta, dio media vuelta y cayó de cabeza en un matorral de escoba común.

Tres de los guardaespaldas personales de von Rücke sacaron el cuerpo con cuidado. Fue entonces cuando von Rücke notó los distintos bordados en su ropa que confirmaban sus sospechas. En silencio pronunció las palabras: *Terra es mi hogar, Terra en mi mano* .

“¿Entonces él es uno de esos cultista de la Iglesia de Terra?”, Susurró el vicealmirante von Streit por encima del hombro.

Por supuesto, él sabía el nombre de la organización religiosa que, de alguna manera, había expandido su influencia a lo largo del imperio y la alianza en los últimos años. También hubo quienes habían oído hablar de Terra y, sin embargo, sabían poco de la Tierra.

Todos, al menos, eran conscientes de que la Tierra era el lugar de

nacimiento de toda la humanidad y comprendieron que una vez había sido el centro del universo conocido. Continuó girando alrededor de su sol, pero el significado de su existencia se había perdido en un pasado lejano. Casi nadie lamentó su pérdida. No era nada más que un planeta modesto, olvidado — si no obligado a ser vencido de memoria — en la frontera.

Muy pronto, sin embargo, el nombre "Tierra" resonaría en los oídos de las personas con el acompañamiento de una elegía siniestra, ya que se reveló que era una base estratégica para una conspiración indignante para asesinar al emperador.

V

Al regresar a Neue Sans Souci, el Emperador Reinhard había vuelto a su estado dictatorial habitual, como si su vida no hubiera estado simplemente en manos de un inválido. Pero debido a que nunca explicó cómo su colgante de plata había incitado a un giro más imprevisto de los acontecimientos, tanto el vicealmirante von Streit como el comodoro Kissling sintieron una falta de cierre. Hilda, en todo caso, por estar relacionada con un criminal que había participado en un acto sin sentido de alta traición, fue puesta bajo arresto domiciliario.

El almirante Kessler, quien ocupó cargos concurrentes como comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital, detuvo a Reinhard en los corredores. Suprimiendo la oleada de emociones que se hinchaban en su interior, felicitó formalmente a Reinhard por su regreso seguro y se disculpó por no saber de antemano las intenciones de Heinrich.

"De ningún modo. Lo hiciste bien. ¿No reprimiste la sede de la Iglesia de Terra donde se tramó la trama? No tienes nada por lo que culparte".

"Tu magnanimidad no tiene límites. Por cierto, su Majestad, el barón von Kümmel puede estar muerto, pero sigue siendo un criminal de las más altas

órdenes y debe ser tratado de acuerdo con ello. ¿Cómo sugieres que procedamos de aquí?”

Reinhard sacudió la cabeza lentamente, haciendo que su lujoso cabello dorado se balanceara de manera atractiva.

“Kessler, imagina que acabas de detener a alguien que puso tu vida en peligro. ¿Se castiga el arma que utiliza para hacerlo?”

El comisionado de la policía militar tardó unos instantes en comprender lo que el joven emperador no había dicho. Es decir, que nadie debía acusar al Barón von Kümmel de un delito. Lo que significaba, por supuesto, que Hilda y el conde von Mariendorf debían ser exonerados. Si alguien necesitaba ser culpado y castigado, eran los fanáticos religiosos que tiraban de las sombras.

“Interrogaré a los creyentes de la Iglesia de Terra de inmediato, sacaré la verdad y los castigaré como mejor les parezca”.

El joven emperador asintió en silencio y se dio la vuelta, mirando a través de la ventana reforzada hacia el jardín descuidado durante mucho tiempo. Un sentimiento de disgusto rugió como un océano distante en lo profundo de él. Aunque había encontrado una gran satisfacción en la lucha para ganar poder para sí mismo, no había alegría en continuar luchando para mantener el poder que ya tenía. Habló telepáticamente a su colgante de plata: *¡Cómo disfruté luchando a tu lado contra un enemigo digno! Pero ahora que me he convertido en el gobernante más poderoso de todos, a veces desearía poder derrotarme a mí mismo. Si solo hubiera más grandes enemigos. Si solo hubieras vivido un poco más, entonces podría haber satisfecho el deseo de mi corazón. ¿No es cierto, Kircheis?*

Las intenciones del emperador se transmitieron a la policía militar a través de Kessler. Los cincuenta y dos sobrevivientes de la Iglesia de Terra fueron llevados ante la policía militar, quienes estaban hirviendo con lealtad a su emperador y con el deseo de vengar el intento que se había hecho en su vida. Kessler procedió a repartir castigos tan crueles que los terraistas sobrevivientes envidiaban a los muertos. Kessler y sus hombres podrían

haber obtenido toda la información que necesitaban sin tener que recurrir a un suero de la verdad, pero no perdieron el tiempo en usar los medicamentos más fuertes a su disposición. Una de las razones era que eran delincuentes de capital, y la necesidad de obtener confesiones era mucho más importante que cualquier preocupación por el bienestar de quienes las daban. La otra razón tenía que ver con la tenacidad de los creyentes de Terra. Era como si ansiaran el *martirio* , que solo alimentó la animosidad de sus interrogadores. Tal fanatismo provocó solo repugnancia en aquellos que estaban fuera de su fe.

Durante una de esas sesiones de interrogación, un médico dudó en administrar la dosis completa y se encogió ante las duras palabras de los oficiales.

“¿Te preocupa que se vuelvan locos? Es un poco tarde para eso, ¿no te parece? Este lote ha estado loco desde el principio. Estas drogas podrían devolverlos a la normalidad”.

En la sala de interrogatorios, cinco niveles por debajo del cuartel general de la policía militar, la cantidad de sangre derramada superó con creces la cantidad de información recuperada para mostrarla. La secta de la Iglesia de Terra establecida en el planeta Odín solo había llevado a cabo el complot, y no había dado ni redactado el pedido.

El principal delincuente, el arzobispo Godwin, después de no poder morderse la lengua, recibió una gran cantidad de suero de verdad. Al principio no renunció a nada, para asombro del médico. Después de la segunda inyección, aparecieron grietas en sus diques mentales, y poco a poco la información comenzó a gotear. Sin embargo, incluso él solo podía adivinar por qué se le había ordenado asesinar al emperador en este momento.

“A medida que pasa el tiempo, la base del poder de ese mocoso dorado solo se hará más fuerte. Puede rechazar su ostentación como gobernante supremo, valorar la simplicidad e intentar derribar la barrera entre los sujetos y los ciudadanos, pero eventualmente blandirá su poder y hará un uso generoso de su entorno, de eso puede estar seguro. Nunca más

tendremos una oportunidad como esta”.

“Mocoso dorado” era un término que solo los oponentes del Emperador Reinhard usaban para maldecirlo. Esas palabras bastaron para condenar al arzobispo Godwin a lèse- majesté. Al final, sin embargo, no fue juzgado en un tribunal. Después de recibir su sexta inyección de suero de verdad, se golpeó la cabeza contra el techo y las paredes de la sala de interrogación, murmurando incoherentemente, hasta que murió, sangrando por cada orificio.

La severidad de este interrogatorio no dejó ninguna duda sobre la verdad. La Iglesia de Terra había cometido alta traición. La única opción era hacer que la iglesia estuviera muy consciente de la naturaleza de su ofensa.

“Pero, ¿dónde está el motivo de la Iglesia de Terra? Todavía estoy desconcertado de por qué iban a asesinar a Su Majestad”.

Esto fue una duda que sintió no solo Kessler, sino también todos los principales estadistas que conocían el incidente. A pesar de todo su discernimiento, los sueños de los fanáticos eran imposibles de adivinar con solo verdades limitadas como sus barras de dowsing.

Hasta ahora, el emperador Reinhard siempre había tenido más apatía que tolerancia por la religión. Naturalmente, ya no podía permanecer indiferente con respecto a la secta en Odín, que, independientemente de sus objetivos o métodos, tenía la mente de negar su propia existencia. Nunca había fallado en recompensar a sus enemigos con más retribución de la que merecían. La única razón por la que había sido tan generoso esta vez era otro asunto — solo por su consideración privada.

Entre los subordinados de Reinhard, la ira y el odio hacia la Iglesia de Terra fueron mucho más violentos entre los funcionarios civiles que entre los soldados. Las campañas en el extranjero se habían paralizado debido a su control de Phezzan y la rendición de la Alianza de Planetas Libres. Y mientras la edad de los funcionarios civiles había llegado y la de los militares había sido eclipsada, si el nuevo emperador fuera derrocado por el terrorismo ahora, todo el universo se convertiría en conflicto y caos, y el

guardián del orden universal se perdería para siempre.

Y así, el 10 de julio, se convocó un consejo imperial, incluso cuando el destino de la Tierra, o al menos el de la iglesia, estaba perdiendo el control sobre el futuro.

CAPÍTULO 02: RETRATO DE UN CIERTO PENSIONERO

I

MIENTRAS ESTE BODER INTERMEZZO resonaba alrededor de la persona del Emperador Reinhard, en la capital de la Alianza de Planetas Libres de Heinessen, ahora un protectorado del Imperio Galáctico, el “Milagroso” Yang Wen-li estaba viviendo el estilo de vida del jubilado que siempre había deseado. O eso parecía.

A pesar de que fue exaltado como el oponente más digno del Emperador Reinhard, Yang nunca había deseado, desde el principio de su vida, ser un militar. Solo se inscribió en la Academia de Oficiales en primer lugar porque la matrícula había sido gratuita y había ofrecido cursos en su verdadero interés, la historia. Desde el momento en que se había puesto el uniforme por primera vez, había estado deseando tener la oportunidad de quitárselo. Después de arrancar la impensable Evacuación de El Facil, once años atrás, una medalla y un ascenso tras otro habían hecho el uniforme más pesado. Y ahora, a la edad de treinta y dos años, finalmente había podido retirarse.

La pensión de Yang, como corresponde a su estatus, fue una expiación para los muchos aliados y muchos más enemigos cuya sangre había sido derramada bajo su vigilancia. La noción misma traspasó su alma, y fue todo lo que pudo hacer para tranquilizarse ahora que su deseo de hace doce años se había cumplido por fin. Yang descaradamente dejó atrás memorandos en ese sentido: *La idea de que no se les pague nada es casi vergonzosa. Por*

otro lado, cobrar por no matar a las personas parece ser una forma más adecuada de vivir, o al menos una más feliz. Pero cualquier historiador parcial en contra de él ignoró estos sentimientos.

Comodoro a los veintiocho años, almirante a los veintinueve, y ahora Mariscal a los treinta y dos. En condiciones más pacíficas, estos logros habrían parecido el sueño de un paciente mental. Para él, el hecho de ser llamado el mrjor de la alianza y el más ingenioso era nada menos que la mayor apropiación indebida de adjetivos de la historia. Casi todos los éxitos militares de la alianza en los últimos tres años habían sido extraídos de su boina negra como el proverbial conejo del mago. El hecho de que la alianza se hubiera inclinado ante el imperio no necesariamente funcionaba en su beneficio, por lo que no pudo evitar preocuparse por este giro histórico de los acontecimientos.

Inmediatamente después de su retiro, Yang se casó y estableció su casa el 10 de junio de ese año. Su novia era Frederica Greenhill, de veinticinco años, que había trabajado como ayudante de Yang mientras estaba en servicio activo, ocupaba el puesto de comandante de teniente. Era una mujer hermosa, con cabello castaño dorado y ojos color avellana, y solo tenía catorce años durante la huida de El Fácil. Nunca había olvidado a ese subteniente de pelo negro, aparentemente inepto, ahora parte integral de su realidad. Yang había sabido lo que ella sentía por él, pero solo este año se había sentido envalentonado para corresponder. Incluso entonces, sus señales se habían cruzado más de lo que a Frederica le habría gustado.

La boda fue un asunto modesto. La razón principal detrás de esta elección fue que Yang odiaba las ceremonias lujosas. También le preocupaba que una boda extravagante pareciera ser un pretexto ideal para que los antiguos líderes de la alianza se congregaran y tramaran un plan terrible. Despertar la sospecha de la Armada Imperial en este punto sería extremadamente imprudente.

Cualquier gran tarea pendiente también requeriría invitar a los peces gordos nacionales y extranjeros, lo que significaba que Yang tendría que soportar discursos prolongados de personas cuya compañía no le gustaba especialmente. Lo peor de todo, tendría que invitar a los comisionados

imperiales galácticos y a otros que ahora ocupan altos cargos en el gobierno de la alianza. Todo esto era más problema de lo que valía.

Como resultado, entre los antiguos subordinados de Yang, de aquellos que aún están en servicio activo, invitó solo al vicealmirante Alex Caselnes. El resto fueron retirados y ocultos por orden de Yang.

El día de la ceremonia, su novia se veía increíblemente hermosa. Yang, como siempre, parecía un erudito inmaduro, a pesar de los grandes dolores que había tomado con su uniforme, y sus aliados más cercanos aprovecharon cada oportunidad para recordarle eso.

"Una princesa normal y el pobre", reprendió Caselnes en respuesta a las quejas de Yang sobre su esmoquin.

"Si tan solo hubieras mordido la bala antes, podrías haberte encontrado bien con tu uniforme militar, como yo. Mirándote ahora, diría que el uniforme te queda mejor después de todo".

Incluso con el uniforme, Yang de alguna manera se parecía más a un niño que a un soldado, y por eso no creía que al final hubiera alguna diferencia.

El vicealmirante Walter von Schönkopf, ex comandante de la flota de Rosen Ritter y comandante de las defensas de la fortaleza en Iserlohn bajo el mando de Yang, mezcló su propio cóctel verbal de cinismo y arrepentimiento: "Has escapado de una prisión militar, solo para entrar en el bloque de celdas de casamiento. Usted es un pato extraño, señor Yang".

A lo que respondió Caselnes, "Curioso no es la palabra. Una semana de vida conyugal lo ha iluminado a algo que nunca aprendió en diez años de licenciatura. Sospecho que algún día engendrará a un gran filósofo".

El oficial de baja graduación de la Academia de oficiales de Yang, el retirado Dusty Attenborough, aceptó y arrojó su propia carne a este asado.

"Por lo que veo, Yang consiguió el mejor botín de guerra en su nueva novia. Adecuado para nuestro "Milagroso Yang", ya que se bajó a su nivel y todo

eso”.

La sala de Yang, Julian Mintz, de diecisiete años, sacudió su cabeza de cabello largo y lino a esta ronda de críticas.

“Almirante, me sorprende que pueda llevar a esas personas a la victoria. Todos ellos son traidores, si me preguntas”.

“¿Cómo crees que debo ser así en primer lugar?”, Bromeó Yang, como solo una persona de carácter haría. “Resolver tiene que venir de alguna parte”.

Los asistentes exigieron que Yang y su novia se besaran, y él se acercó a ella como un hombre con las piernas ebrias. Por solo un momento, Julian dirigió una expresión de dolor al rostro hermoso y vivaz de Frederica. Primero, porque él había mantenido un vago anhelo por ella durante bastante tiempo. Segundo, porque dejaría el planeta Heinessen esa misma noche para embarcarse en su nuevo viaje. Y mientras que este último fue por su propia elección, fue natural que sus emociones se desbordaran en su joven corazón una vez que estuviera a diez mil años luz de distancia de las personas que amaba. Cualquier soledad que hubiera sentido antes se magnificaría ahora a niveles cósmicos.

Los interlocutores de Yang se fueron después de la boda. Julian también se despidió de los recién casados y se despidió de los jóvenes novios antes de partir hacia los lagos y marismas de su luna de miel en la montaña. Después de diez días en una villa aislada, regresaron para comenzar su nueva vida en una casa alquilada en la calle Fremont. Debido a que la residencia anterior de Yang, la casa en la calle Silverbridge, había sido una vivienda militar oficial, naturalmente tuvo que mudarse cuando se jubiló.

Por lo tanto, Yang parecía haber pasado la primera página de su vida ideal. Pero la realidad no fue tan dulce como él había imaginado, por razones propias y de otras personas.

Combinar las pensiones del mariscal Yang y el teniente comandante Frederica, aunque era inferior a lo que se habría otorgado a la realeza y la nobleza titulada, fue suficiente para garantizarles más libertad de actividad

y excedentes materiales de lo que sabían qué hacer con ellos. Aun así, las pensiones se proporcionaron solo cuando existían las finanzas del gobierno para hacerlo, y en ese sentido el estado de las cosas se estaba deteriorando más allá de su control.

La nueva administración de la alianza, de la que João Lebello era primer ministro, había sido arruinada por la guerra. Debido a que un impuesto a la seguridad fue prestado al imperio de acuerdo con el tratado de paz, necesitaban mejorar su situación financiera para financiar el esfuerzo de reconstrucción. Había mucho por hacer, pero por ahora se centraban en el corto plazo. La administración expresó su determinación por la reforma financiera mediante la reestructuración del sistema de energía de la siguiente manera:

Los que ocupaban cargos públicos sufrieron recortes salariales promedio del 12.5 por ciento, y el propio Lebello renunció al 25 por ciento de su salario. Mientras que antes de que hubiera habido nada más que viento y lluvia fuera de la ventana de Yang, ahora que la alianza había llevado el escalpelo de la reducción a las pensiones de los soldados, ese viento húmedo había golpeado a través del cristal y lo había enfriado hasta el hueso.

Un recorte de pensión del ex mariscal fue de 22.5 por ciento, y el de un ex teniente comandante de 15 por ciento. Yang comprendió que esta disparidad reflejaba sus rangos, pero eso no hizo nada para evitar que sintiera que su ideal de cobrar sin tener que hacer la guerra ya había sido pisoteado. No estaba muerto por dinero, pero nunca había tenido la experiencia de tener más dinero del que sabía con qué hacer. De cualquier manera, sabía que valía bastante bien. Yang nunca había trabajado tan duro para aumentar sus ganancias, y los futuros historiadores tenían razón al menos en un aspecto cuando lo describían como “alguien que no tenía interés en ganar dinero”.

Aun así, juntar sus pensiones no garantizaba la vida más cómoda después de todo. Pero el hecho de que la jubilación de Yang se hubiera vuelto opresivo no tenía nada que ver con el dinero, sino con una cierta inquietud que se prolongaba más allá de la superficie de su nueva vida.

Los primeros signos ya aparecían durante su breve tiempo en las montañas. Cada vez que Yang iba a pescar truchas en el lago, arrojaba leña a la chimenea para evitar el frío de las noches de gran altitud, o compraba leche fresca en la granja local, no podía evitar la sensación de que alguien estaba observando cada uno de sus movimientos.

II

En mayo de 799 SE, año 490 del antiguo Calendario Imperial y año uno del Nuevo Calendario Imperial, se puso en vigencia el Tratado de Paz de Bharat. De acuerdo con el Artículo 7, el alto comisionado imperial debía estar destinado en la capital de la alianza. Sus deberes eran negociar y consultar con el gobierno de la alianza como representante del emperador, pero la realización de inspecciones de acuerdo con el tratado le dio el poder de interferir en los asuntos internos, acercándolo a un gobernador general.

El nombramiento de Helmut Lennenkamp para este importante cargo fue evaluado de esta manera por el hombre conocido como el “Almirante – Artista”, Ernest Mecklinger.

“En el momento de la cita, estaba lejos de ser la peor opción. Pero con el tiempo, se ha convertido en el peor. Ahora todos sufrirán las consecuencias de esta decisión”.

Helmut Lennenkamp era un hombre hosco de mediana edad, su digno bigote estaba fuera de lugar entre el resto de sus rasgos. Pero era un táctico sensato que había acumulado medallas en todo tipo de batallas, y por todas las cuentas no carecía de nada cuando se trataba de organizar tropas. Durante un tiempo, él fue el superior de Reinhard cuando Reinhard era teniente comandante, y sentía especial disgusto por “ese mocoso dorado”. Consciente de esta crítica, Reinhard fue lo suficientemente magnánimo como para asegurarse de que Lennenkamp fuera tratado de manera justa, en la medida en que no uno hablaba de él a sus espaldas. Por lo tanto, su

nombre fue incluido en la lista de candidatos elaborada por el fundador de la dinastía Lohengramm, para sorpresa de nadie.

Lennenkamp fue bendecido con muchas virtudes — entre ellas la lealtad, el sentido del deber, la diligencia, la imparcialidad y la disciplina — y sus subordinados confiaban en él con el debido respeto y confianza. Como tema de un volumen en una serie de biografías de comisarios imperiales, habría recibido muchos elogios. Pero desde otra perspectiva que no sea militar, su falta de flexibilidad de Oskar von Reuentahl y la mentalidad abierta de Wolfgang Mittermeier, su tendencia a perseguir impotentes sus propias virtudes y las virtudes de los demás y la incompatibilidad de su temperamento como un militar superior y un ser humano — todo esto debería ser registrado también.

Lennenkamp fue respaldado por cuatro batallones de granaderos armados y doce batallones de infantería ligera cuando se apoderó del hotel de clase alta Shangri-La en el centro de Heinessenpolis para establecer su oficina ejecutiva. Aunque la gran flota del almirante Steinmetz estaba frenando el sistema estelar de Gandharva, estar estacionado en lo que había sido territorio enemigo hasta el día de ayer con tanta fuerza militar era inimaginable para un cobarde.

“Si esos bastardos de la alianza quieren matarme, que lo intenten”, dijo de la situación, levantando los hombros de manera desafiante. “No soy inmortal, pero en el improbable caso de que deba morir, entonces la alianza muere conmigo”.

Un “gran ejército” era el ideal de Lennenkamp, y para él no era tan descabellado pensar que podría lograrlo. Creía en los superiores que tenían afecto por sus hombres, hombres que a su vez respetaban a sus superiores y compañeros que confiaban y se ayudaban mutuamente sin recurrir a la injusticia o la insubordinación. El orden, la armonía y la disciplina eran sus valores más preciados. En cierto sentido, era un militarista extremo, uno que seguramente se habría considerado a sí mismo como un fiel seguidor del fundador de la Dinastía Goldenbaum, Rudolf el Grande, si hubiera nacido en esa época. Por supuesto, no tenía el ego inflado de un Rudolf von Goldenbaum, pero Lennenkamp no usó a su señor como espejo para verse a

sí mismo desde un punto de vista objetivo.

Por orden de Lennenkamp, Yang Wen-li estaba siendo vigilado por la Armada Imperial como una amenaza potencial para la seguridad nacional.

Yang estaba cada vez más irritado por tener que informar sobre su destino y el tiempo de regreso planificado cada vez que salían. Ya sea en servicio activo o retirado, el gobierno vigilaba a sus oficiales de más alto nivel. Esto era de esperarse. Y, sin embargo, la Armada Imperial nunca le había dado ninguna indicación de ser guardias de prisión. Más bien, su vigilancia era algo que el gobierno de la Alianza había sugerido a la Armada Imperial. Y si bien era comprensible que el gobierno de la Alianza hiciera todo lo posible para mantener una estrecha vigilancia sobre Yang sin dar a la Armada Imperial ninguna excusa para su interferencia, Yang no quería nada más que lo superaran.

Yang se quejó a su nueva esposa, queriendo saber qué placer les causaba atormentar a un hombre pacífico e inofensivo como él, aunque cualquiera que supiera el puntaje completo nunca habría aceptado su declaración de inocencia. Había apoyado el viaje de Julian Mintz a la Tierra, había planeado la fuga del almirante Merkatz y otros expulsados del imperio, y había llevado a cabo actividades antiimperiales pero ciertamente no imperialistas, por lo que se mostró audaz de su parte para desempeñar el papel de prisionero desventurado.

En ese punto, Frederica guardó silencio. En su opinión, fue a su favor que se había ganado las sospechas de la Armada Imperial y comprometió la posición del gobierno de la alianza.

“En ese caso, adelante, sé tan perezoso como quieras”.

Yang asintió felizmente por el consejo de su esposa. Vivir en paz, en silencio y sin hacer nada le sentaba muy bien. Yang tenía todas las razones para disfrutar de su indolencia. Y así, comenzó a pasar cada día perezosamente, incluso descuidadamente, sin hacer caso de los signos más

obvios de vigilancia.

Un día, el Capitán Ratzel, a cargo del monitoreo de Yang, dio un informe a su superior.

“El mariscal Yang vive una vida tranquila. No veo ninguna razón para creer que está provocando ningún tipo de sentimiento antiimperial”.

La respuesta de Lennenkamp fue cínica, por decir lo menos:

“Tiene una hermosa novia y comida en su mesa. No puedo decir que no estoy celoso. Una vida ideal, ¿no te parece?”

Lennenkamp valoró mucho el trabajo duro y el servicio a su país, y no vio ningún mérito en alguien que alguna vez había ocupado un importante cargo militar, arrojando la responsabilidad de la derrota en un armario de olvidos y viviendo el resto de su vida con una pensión cómoda sin Un cuidado en el mundo. Un hombre de sentido común y valores de Lennenkamp no pudo rodear su cabeza con Yang Wen-li. Algo simplemente no se sumó, y él estaba decidido a llegar al fondo de lo que vio como un comportamiento misterioso.

Yang había obligado a Lennenkamp a tragar la amarga medicina de la derrota en dos ocasiones. Si Yang hubiera sido un hombre poseedor de alguna virtud militarista, entonces el disgusto de Lennenkamp podría haberse visto compensado por su respeto por un enemigo superior. Pero desafortunadamente para ambas partes, con demasiada frecuencia eran lados opuestos de la misma moneda, y por eso el deber obligó a Lennenkamp a mantener un ojo sobre su hombro en todo momento.

Para Lennenkamp, todo era camuflaje. Yang Wen-li no parecía estar contento en vivir la vida de un jubilado desocupado hasta que era viejo y decrépito. Seguramente, en su corazón, albergaba un plan a largo plazo para restaurar la alianza y derrocar al imperio. Su vida cotidiana normal no era más que una astucia para pasar por alto ese hecho.

Las opiniones de Lennenkamp hacia Yang eran miopes, los puntos de vista

de un soldado patriota por excelencia. Paradójicamente, Lennenkamp se abrió camino a través de los pantanos de su prejuicio y el denso bosque de su malentendido para llegar a las puertas de la verdad, ante las cuales se encontraba ahora, con las manos ansiosas por abrirlas.

Pero su subordinado carecía de su nivel de convicción. O eso, o no estaba tan cansado. Si Reinhard había cometido un error al elegir a Lennenkamp, entonces Lennenkamp había cometido un error al elegir a Ratzel. Mientras el capitán estaba monitoreando a Yang, él cortésmente entregó el siguiente mensaje:

“Para Su Excelencia, Mariscal, esto debe ser un inconveniente e irritante desarrollo. Pero estoy a capricho de mi superior y, como funcionario mezquino, estoy obligado a obedecer. Por favor acepte mis más sinceras disculpas”.

Yang agitó su mano ligeramente.

“Oh, por favor, no pienses nada de eso. Todos somos esclavos de nuestro sueldo. ¿No es así, capitán? Yo era de la misma manera. Es más que un pedazo de papel; Es una cadena que se une”.

El capitán Ratzel necesitó unos segundos para sonreír, en parte debido a la broma mal construida de Yang y en parte porque el sentido del humor de Ratzel no era todo lo que se desarrolló para empezar.

Fue en estas circunstancias que Yang se permitió ser observado por Ratzel. Incluso en un régimen democrático como las Fuerzas Armadas de la Alianza, por no hablar de la Armada Imperial, los mandatos desde lo alto podrían ser injustamente duros. Por supuesto, Yang no pudo evitar sentir cierto nivel de incomodidad con el jefe de Ratzel.

“Lennenkamp sostiene que las reglas y regulaciones son evidentes. Incluso si ir en contra de ellos estuviera justificado, dudo que lo considerara. Haría lo peor, siempre y cuando significara seguir las reglas”.

Incluso si Yang tenía razón, no le importaban las reglas. Simplemente no

había revelado cómo se sentía, porque sabía cuándo y dónde gritar: “¡El rey tiene orejas de burro!” En cualquier caso, de alguna manera se había forjado un estatus para él mismo digno de una pensión. Por otra parte, también lo habían denunciado en una audiencia sin sentido como un cordero manso en una ronda de gobernantes y sus perros falderos, mientras Caselnes y sus amigos observaban críticamente desde un lado. Pero mientras existió el Imperio Galáctico, el genio militar de Yang fue indispensable. Sacarlo de la ecuación por un comportamiento cuestionable era impensable. A pesar de haber sido burlado sin piedad en la corte, había salido de la incomodidad de que ese recuerdo haya llegado a enfrentarse con la forma en que Lennenkamp hace las cosas.

“¿Entonces no te gusta Lennenkamp?”

A la pregunta intencionalmente reductiva de su esposa, Yang respondió: “No es que no me guste. Él solo me pone de nervios, eso es todo”. Eso fue más que suficiente para Yang.

A Yang no le gustaba maquinar. Odiaba mirarse a sí mismo cuando trabajaba en un complot para engañar a otros. Pero si Lennenkamp cruzaba la línea y se metía en los asuntos personales de Yang, recurriría a métodos deshonestos para ahuyentarlo. Los nervios de Yang todavía estaban en el borde. Si el empujón llegara a empujar, tomaría represalias con otro empujón por si acaso. Estaba completamente preparado para enfrentar cualquier consecuencia de su regreso de frente.

Sin embargo, incluso si Yang superó la diligencia de Lennenkamp, no era probable que alguien más tolerante fuera nombrado en su lugar. No podía permitirse el error de echar a un perro, solo para invitar a un lobo. Si alguien como el astuto mariscal von Oberstein, por ejemplo, entrara en escena, Yang se sentiría mentalmente asfixiado.

“¡Ese bastardo Lennenkamp! Yo podría…”

Al darse cuenta de la indecencia de lo que estaba a punto de decir, Yang actuó como un caballero y se corrigió.

“Claro, sería ideal si el Sr. Lennenkamp nos dejara solos, pero el problema es quién lo reemplazará. Con mucho gusto me aprovecharía de un tipo traidor que se complacía en hacer lo que él deseaba a espaldas del emperador. Pero el emperador Reinhard aún no ha nombrado a alguien así.”

“Podemos asumir que el Emperador Reinhard solo nombraría a esa persona si él mismo fuera un gobernante corrupto, ¿verdad?”

“Ah, has golpeado la marca allí. Eso es exactamente.” Yang exhaló a través de una expresión amarga. “Nos corresponde no solo dar la bienvenida a la corrupción del enemigo, sino también alentarla. ¿No es este un tema deprimente? Ya sea en política o en el ejército, sé muy bien bajo cuya jurisdicción se encuentra el mal. Apuesto a que Dios está disfrutando cada momento de esto”.

Mientras tanto, en la oficina del alto comisionado, el almirante senior Lennenkamp nuevamente estaba dando órdenes al capitán Ratzel.

“Mantente vigilante en tu vigilancia. Ese hombre está tramando algo — puedo sentirlo. Debemos eliminar todo lo que pueda causar daño al imperio o a Su Majestad el Emperador antes de que se convierta en una realidad”.

Ratzel se quedó en silencio.

“¿No tienes nada que decir?”

“Sí. Como lo ordenes, de ahora en adelante vigilaré de cerca al Mariscal Yang”. Fue la respuesta de un actor sin talento.

Al ver cómo temblaba el bigote de Lennenkamp, Ratzel sabía que su comportamiento no era del agrado de su superior.

“Capitán”, dijo Lennenkamp, alzando la voz. “Déjame preguntarte algo. ¿Necesitamos ser obedientes, o debemos ser recibidos?”

Ratzel sabía lo que su superior quería escuchar, pero dudó en responder de inmediato. Apartó la mirada de nuevo, su tono sin pasión.

“Para ser obedientes, por supuesto, Su Excelencia”.

“Exactamente”.

Asintiendo con gravedad, Lennenkamp continuó su diatriba.

“Somos ambos vencedores y gobernantes. Construir un nuevo orden es nuestra responsabilidad. En este punto, ya no me importa ser excluido por los perdedores. Si alguna vez vamos a cumplir nuestro gran deber aquí, entonces debemos ser firmes en nuestra determinación y fe”.

Ernest Mecklinger también tomó la siguiente nota:

Probablemente, el emperador tomará el calor por este fracaso de selección de personal. No estoy de acuerdo con eso. La única razón por la que el emperador no ha notado la fijación de Lennenkamp con Yang Wen-li es que el emperador no tiene ninguna. La fijación con alguien que se ha derrotado se eleva sobre la mente como una enorme cordillera. Y si bien es posible que un ave con alas fuertes pueda volar sobre esas montañas, para un ave que no puede, son la esencia misma de las dificultades. En mi opinión, Lennenkamp necesita fortalecer sus alas un poco más. El emperador no lo designó para ser el carcelero de Yang Wen-li. Ciertamente, el emperador no es omnipotente. Pero es inaceptable culpar a un telescopio astronómico por no funcionar también como un microscopio.

III

Yang Wen-li no fue el único bajo vigilancia imperial. La mayoría de los otros oficiales de alto nivel, al menos aquellos cuyo paradero era conocido, estaban siendo sometidos al mismo tratamiento. La Alianza de Planetas Libres, después de apenas evitar el dominio total de la Armada Imperial, era como un criminal en el corredor de la muerte, esperando lo inevitable

mientras las figuras de autoridad sacudían la jaula con sus palos.

Como miembro autorizado del personal del gobierno de la alianza, el Comisionado Lennenkamp tuvo el privilegio de asistir a todas las reuniones oficiales. Su presencia estaba en algún lugar entre la molestia y el simbolico miembro. Aunque se le prohibió dar órdenes y expresar opiniones, la alianza tampoco podía debatir libremente por temor a lo que él pudiera pensar.

João Lebello, quien fue tanto el primer ministro como el director ejecutivo de la alianza como presidente del Consejo Superior, sucedió a Job Trünicht después de que éste renunciara a su autoridad política. Desde que mordisqueaba el dulce fruto del poder, había estado cultivando un huerto marchito.

Lebello estaba decidido a no dar excusas al imperio. Mantendría la independencia, aunque solo nominalmente, de la Alianza de Planetas Libres, que tenía dos siglos y medio de historia que mostrar por sí misma. Tarde o temprano, la Alianza de Planetas Libres necesitaría restaurar la independencia total. El Imperio Galáctico tenía suficiente poder militar para anexar la Alianza de Planetas Libres en cualquier momento que lo deseara. Que no lo hubiera hecho ya no significaba que no lo haría en el futuro. El emperador Reinhard estaba esperando un momento más oportuno para encajar esa última pieza en el rompecabezas de su gobierno.

El Tratado de Paz de Bharat era una cadena invisible que sujetaba los miembros de la Alianza de Planetas Libres. Según el Artículo 4, la alianza debía pagar un impuesto anual a la seguridad de un billón de quinientos mil millones de reichsmark imperiales al imperio, lo que suponía una enorme presión financiera para la alianza. De conformidad con el Artículo 6, la Alianza de Planetas Libres había promulgado debidamente una ley nacional contra cualquier actividad que entorpezca la amistad con el imperio. Lebello, junto con proponer esta Ley de Insurrección al Congreso, tuvo que prohibir el Artículo 7 de la Carta de la Alianza, que garantizaba la libertad de expresión y de reunión, a la que los principistas criticaron esta autonegación de un gobierno democrático.

Lebello lo sabía. Pero el mundo estaba en modo de crisis, ¿y no valía la pena amputar sus brazos llenos de necrosis para salvar a todo el organismo? Además, Lebello estaba preocupado por el mayor héroe militar de la alianza, Yang Wen-li. Lebello había sido engañado por los conservadores y solo podía estremecerse ante la imagen de pancartas revolucionarias desplegadas tanto en el lado imperial como en el de la alianza.

Lebello sabía muy bien que Yang Wen-li no era el tipo de persona para obtener poder de la fuerza militar bruta, como lo atestiguan los últimos tres años. Pero solo porque Yang había actuado de una manera en el pasado no garantizaba que actuaría de manera predecible en el futuro. El ex almirante Dwight Greenhill, el padre de la nueva esposa de Yang, había sido un hombre sensato, pero ¿las presiones políticas y diplomáticas no lo habían obligado a ponerse del lado de los acérrimos, lo que lo impulsó a instigar un golpe de estado? Y cuando Yang reprimió el golpe y rescató al gobierno democrático, estuvo brevemente en condiciones de convertirse en dictador. Pero inmediatamente después de liberar la capital ocupada, había regresado a las líneas del frente, contento en su posición como comandante de las defensas de la frontera. Aunque Lebello pensó que era una acción loable, las personas eran criaturas maleables. Si un hombre como Yang, que ya no es capaz de soportar la monótona vida de la jubilación, despertara sus ambiciones dormidas, no sabría de qué podría ser capaz y hasta qué punto estaría dispuesto a proteger la integridad, de sus ideales.

Y así, el mismo gobierno del que Yang Wen-li estaba recibiendo su pensión también lo estaba vigilando de cerca. La realidad de la situación podría pasar por encima de la cabeza de Yang, pero era solo una cuestión de tiempo antes de que conectara todos los puntos. Por lo que Lebello sabía, tal vez Yang ya lo tenía. Yang no era masoquista, y no encontró ninguna alegría en ser el objetivo de la vigilancia constante. Aun así, no tenía ningún deseo de mostrar sus objeciones, aunque solo fuera porque sabía que el gobierno actual estaba en una situación difícil. No pudo evitar simpatizar, hasta cierto punto. Además, ninguna forma de protesta evitaría que los visitantes aparecieran en su puerta sin previo aviso. Por ahora, solo podía tocar las cosas de oído y ver a dónde lo llevaba.

Independientemente de lo que otros esperaban de él, sin embargo, se

suponía que interferían, Yang tenía la intención de disfrutar el resto de su vida, relajado y pagado. Es decir, hasta que ocurrió algo inesperado al día siguiente que cambió de opinión para siempre.

Su nueva esposa, Frederica, como su marido perezoso, hizo poco más que comer y dormir. Además de garabatear sus destellos aleatorios de ideas históricas, pasó su tiempo relajándose. Sin embargo, eso no significaba que disfrutara de esta vida improductiva y ordinaria. Si hubiera seguido el ejemplo de su esposo, la casa que acababa de construir se habría convertido en un jardín infestado de malezas muy pronto. Por lo menos, ella quería mantenerlo como su santuario.

La recién casada se había convertido en un campo de entrenamiento para su papel de ama de casa, y ella lo asumió con un compromiso vacilante. Como niña, manejó la casa en lugar de su madre enferma, pero en retrospectiva, su padre había hecho mucho para aliviar sus cargas hasta que ingresó en la Academia de Oficiales y abandonó la casa a los dieciséis años. La comida rara vez era un enfoque del plan de estudios en la academia, donde aprendió qué plantas se podían comer si alguna vez se perdía en el desierto, pero nunca cómo hacer una comida casera. Aunque había planeado enseñarse a sí misma un día, y a pesar de una memoria superior que le había valido el apodo de “Computadora Andante” en la academia, se sentía inadecuada cuando se trataba de la vida doméstica. Tal vez ella sólo necesitaba práctica.

En el archivo de su memoria, cinco mil años de historia humana y las hazañas de la experiencia de combate de Yang y sus elogios se habían catalogado perfectamente, pero ninguna cantidad de erudición o filosofía elevada fue útil cuando elaboraba el té negro favorito de su marido o planeaba una Menú que estimularía su apetito en los meses de verano.

Yang nunca se había quejado de las comidas que Frederica preparó. Ya sea porque realmente le gustaba su cocina, porque no le gustaba pero estaba siendo considerado con sus sentimientos, o porque simplemente no le importaba, estaba más allá de ella. Cualquiera sea la razón, no pasó mucho tiempo antes de que agotara su repertorio culinario y se encontrara con

ganas de aprender más.

“Cariño”, preguntó tímidamente, “¿estás en absoluto insatisfecho con mi comida o con la forma en que mantengo la casa?”

“De ningún modo. Especialmente esa cosa que hiciste… Bueno, como se llame, estaba delicioso”.

Frederica apenas se sintió reconfortada por esta respuesta entusiasta pero vaga.

“Sólo desearía poder darte más variedad. Cocinar nunca ha sido mi fuerte”.

“Tu cocina está bien, honesta. Ah, sí, ¿recuerdas el sándwich que hiciste cuando huíamos de El Fácil? Eso fue realmente sabroso”.

Incluso Yang no estaba seguro de si estaba diciendo la verdad o simplemente estaba pagando el servicio. Después de todo, eso fue hace once años. Frederica apreciaba que estuviera tratando de tranquilizar a su esposa, pero ella esperaba que él fuera más sincero con estas cosas sin que ella tuviera que preguntar.

“Los sándwiches son todo lo que soy bueno para hacer. En realidad, eso no es cierto. También puedo hacer crepes, hamburguesas…”

“Entonces, básicamente, eres una experta cuando se trata de algo con capas, ¿verdad?”

Pero los intentos de Yang de sentirse impresionados, ya sean generosos o de cabeza dura, hicieron que Frederica cuestionara sus habilidades. ¿Fue “Desayuno: Sandwich de huevo, Almuerzo: Sandwich de jamón, Cena: Sandwich de sardina” el único tipo de menú que supo diseñar? ¿La medida completa de sus habilidades en la cocina encajaba solo entre dos capas de masa?

Cuatro años de vida en el dormitorio en la Academia de Oficiales y cinco años de vida militar la habían dejado mal preparada para su nuevo papel

como ama de casa.

Julian Mintz, antes de partir hacia la Tierra, le había dado instrucciones sobre cómo preparar un té negro fuerte al gusto de Yang. Con un cuidado magistral, él demostró la temperatura perfecta del agua y el tiempo exacto involucrado, pero cuando felicitó los intentos de Frederica de replicar el proceso, se preguntó si él estaba siendo genuino, porque nunca salió igual. Cada vez que intentaba hacerlo para Yang. Claramente, su esposo veía el mundo de manera muy diferente a como lo hacía ella. Quería que estuvieran en la misma página, pero parecía que Yang ya estaba avanzando hasta el final sin preocuparse mucho por los eventos que los llevaron allí.

IV

Alex Caselnes, conocido como el rey de los cubículos de las Fuerzas Armadas de la Alianza por ayudar a Yang con innumerables tareas administrativas, tampoco pudo evitar la incómoda sensación de que estaba siendo vigilado por la Armada Imperial. Convencido de que su casa había sido fastidiada, evitó hablar con Yang en el visifono. Un día, mientras tomaba café junto a su esposa tejedora, contempló a los cinco guardias de vigilancia frente a su ventana.

“Míralos, trabajando tan duro día tras día. ¿Y para qué?”

“Al menos no tenemos que preocuparnos porque nos roben, querido. Los fondos públicos están pagando por nuestra protección. ¿No deberíamos estar agradecidos por eso? ¿Tal vez podría ofrecerles un poco de té o postre?”

“Hazlo a tu manera”, dijo su esposo, solo medio escuchando.

La señora Caselnes preparó café para las cinco y luego le dijo a su hija, Charlotte Phyllis, que llamara al guardia más arrogante que pudiera

encontrar. Poco después, el niño de nueve años llevó a un joven no comisionado y sin pecas al interior, con el brazo enlazado con la suya. El oficial se mostró visiblemente incómodo y lamentablemente rechazó el café que se le ofreció, diciendo que no se le permitió participar en ninguna actividad que pudiera distraerlo de su trabajo mientras estaba de servicio. Después de que el oficial se disculpó y regresó a su guardia, le tocó a Caselnes descubrir cómo conservar esas cinco tazas de café. Pero el gesto de su esposa tuvo el efecto deseado, ya que desde ese momento los guardias se suavizaron cada vez que veían a los dos hijos de la pareja corriendo.

Unos días más tarde, la señora Caselnes hizo un pastel de frambuesas y le dijo a sus hijas que lo llevaran a la casa Yang. Charlotte Phyllis sostuvo la caja de pastel en una mano y la de su hermana menor en la otra, lo que provocó sonrisas forzadas del equipo de vigilancia imperial cuando se acercaron a la puerta y llamaron al intercomunicador.

“Hola, tío Yang, hermana mayor Frederica”.

Para estas formas de dirección inocentes, aunque sin querer degradantes, el maestro de la casa Yang sintió una punzada de orgullo herido, pero su nueva esposa invitó cordialmente a los dos pequeños mensajeros dentro de todos de la misma manera y los recompensó, como había hecho Julian Mintz, porque Su trabajo con un batido de miel. Para calmar a su marido desinflado, Frederica cortó alegremente el pastel, solo para descubrir una bolsa resistente al agua en el interior que contenía varios mensajes clandestinos cuidadosamente doblados.

Por lo tanto, el mariscal Yang y el vicealmirante Caselnes se toparon con una forma clandestina, si no peatonal, de comunicarse entre sí. Y mientras que la audacia de eso fue suficiente para volar bajo el radar de los guardias de vigilancia, tuvieron cuidado de no abusar de él. En cualquier caso, no pasó mucho tiempo antes de que Frederica hubiera agotado su repertorio de pasteles y tartas, que ya eran lo suficientemente difíciles de hacer. Esto le dio la excusa perfecta para visitar a la Sra. Caselnes de manera más regular para aprender más recetas. No fue una mentira total, porque ella quería que una maestra confiable la educara no solo en la forma de la cocina, sino también en la vida doméstica en general.

Fue con este pretexto que la joven pareja trajo un regalo a la casa de los Caselnes. Cuando salió a la calle, Frederica se encontró con miradas desdeñosas de los lugareños. Esto era más que comprensible, dado que la causa de su opresión estaba justo delante de ellos. Fue en momentos como estos que, a pesar de sus mejores esfuerzos por ignorar a los guardias de vigilancia, Frederica se alegró por su presencia.

Dos soldados imperiales completamente armados giraron ociosamente en su dirección. Que no derramaran ni una sola gota de sudor, a pesar de estar empapado por el sol del verano, fue solo uno de los muchos indicios de su entrenamiento riguroso y experiencia de combate. Tal burla les prestó un semblante más bien inorgánico y no mundano que a la vez era reconfortante e inquietante. Aún así, temblaron una vez que encerraron a Yang en sus miras. Todos conocían su rostro por sus solivisiones, pero para ellos un mariscal no debía llevar una vida tan simple como caminar sin vigilancia a plena luz del día con una camisa de algodón desteñido. Claramente, había perdido la cabeza, y era la primera vez que veían una expresión que era incluso remotamente humana en su rostro.

Al ver que los jóvenes recién casados estaban de pie frente a su puerta en el monitor, Caselnes llamó a su esposa.

“Oye, la señora Yang está aquí”.

“¿De Verdad? ¿Ella misma?”

“No, su esposo también está con ella. Aunque si me preguntas, no estoy seguro de un comandante y su ayudante hace la pareja más compatible”.

“No veo por qué no lo harían”, dijo la señora Caselnes, ofreciéndole una evaluación calmada. “Son demasiado grandes para la vida civil. Creo que asentarse sería un error para ellos. Estoy segura de que se irán a donde sea que pertenezca lo suficientemente pronto. Su destino está ahí fuera en alguna parte”.

“No me di cuenta de que me había casado con una adivina”.

“No soy adivina. Llámalo intuición de mujer”.

Al ver a su esposa entrar en la cocina, Caselnes murmuró algo por lo bajo y se dirigió al vestíbulo para saludar a sus invitados. Sus dos hijas saltaron detrás de él.

Cuando abrió la puerta, los Yang estaban hablando con algunos de los soldados imperiales asignados a la casa de los Caselnes. A su arrogante interrogatorio sobre el propósito de su visita y el contenido de sus bolsas, Yang respondió con sinceridad y con gran paciencia. Cuando las dos chicas Caselnes empujaron a su padre ligeramente a un lado, los soldados saludaron y retrocedieron. Yang le entregó un regalo a Charlotte Phyllis.

“Dale esto a tu mamá. Es crema bávara”.

Ahora era Yang quien estaba en el extremo receptor de las reprimendas de Caselnes cuando entró a la sala de estar.

“Entonces, no puedo dejar de notar que ya no vienes mucho por aquí”.

“¿Qué te está comiendo, oh gran esposo de Madame Caselnes?”

“¿Te mataría traer una botella de coñac de vez en cuando? ¿Qué pasa con todos los platos femeninos?”

“Bueno, si voy a besar a alguien, es mejor que sea el que usa los pantalones en esta familia. La última vez que lo comprobé, ¿no fue tu esposa la que se tomó la molestia de preparar la cena para nosotros?”

“Hombre, estás azotado. ¿Quién crees que pagó por esos ingredientes? La comida no solo cae del cielo. No importa cómo lo cortes, el que usa los pantalones de *verdad* por aquí…”

“Es tu esposa, como dije.”

Mientras que el vicealmirante activo y el mariscal retirado estaban

comprometidos en su combate verbal ligero, la Sra. Caselnes repartió enérgicamente las instrucciones de preparación de la mesa a Frederica y las niñas. Mientras Yang los observaba de reojo, no pudo evitar pensar que, a los ojos de la señora Caselnes, Frederica y sus dos hijas estaban en el mismo nivel de domesticidad.

“Me encantaría aprender más sobre la cocina. Puedes comenzar con algunos platos básicos de carne, algunos platos de mariscos y luego algunos platos de huevo. Esperaba que pudieras mostrarme las cuerdas, es decir, si no es demasiado problema”.

En respuesta a las palabras entusiastas de Frederica, la señora Caselnes respondió con una expresión un tanto ambigua en su rostro.

“Ciertamente tienes muchas ganas de irte, Frederica. Pero no hay necesidad de ser tan sistemático al respecto. Cosas como cocinar deben pasar orgánicamente. Además, más importante que la provisión para su esposo es aprender a disciplinarlo. Él caminará sobre ti si te ablandas demasiado con él”.

Después de que los Yang se fueron, la Sra. Caselnes elogió la valentía de Frederica en los términos más fuertes posibles.

“Pensé que ella se veía bastante compuesta bajo las circunstancias. Saludable, también.” Caselnes se detuvo para acariciar su barbilla, con expresión seria. “Pero si Julian no vuelve a casa pronto, será recibido por los cadáveres de una joven pareja que murió de desnutrición”.

“No digas cosas así. Es mala suerte”.

“Sólo estaba bromeando”.

“Las bromas son como los chiles: se usan mejor con moderación. No tienes exactamente el sentido del humor más equilibrado. A veces, no tienes cuidado y cruzas la línea. Hazlo demasiado, y otros podrían comenzar a tomarlo de la manera equivocada”.

Alex Caselnes, que aún no tiene cuarenta años, trabajó como gerente general interino de los servicios de retaguardia, donde fue constantemente elogiado por su competencia como burócrata militar. Pero en casa, era solo otra camisa arrugada que necesitaba planchado. Sabiendo que estaba derrotado, levantó a su hija más joven sobre su rodilla, luego susurró en la oreja pequeña anidada en su cabello castaño: “Papá no perdió esa. Saber cuándo retroceder y hacer que la esposa se vea bien es la clave para mantener la paz familiar. Ambos lo entenderán pronto.”

De repente recordó la predicción de su esposa. Si Yang se adentraba en el universo, tendría que pensar en su propio curso de acción. Su hija miró con curiosidad el rostro de su padre, cuya calma ahora estaba perturbada.

V

El prejuicio de Helmut Lennenkamp contra Yang Wen-li también causaría una gran impresión en los futuros historiadores seducidos al pensar en Yang como un “héroe de la democracia” y un “general extraordinariamente ingenioso”. Interpretarán las acciones de Yang más como adoradores que como investigadores, si sus acciones estuvieran predestinadas a ponerlo en el camino de la grandeza. Incluso su aparentemente mediocre jubilación, concluyeron, era una táctica estancada con visión de futuro y profundamente arraigada, anticipándose a su objetivo final de derrocar al imperio. Para Yang, habría sido una exageración molesta. Que se le pagara, incluso a su corta edad, por vivir una vida normal sin tener que trabajar, no era nada para elogiar. Esa fue una provocación suficiente para que regresara al juego.

Yang tenía, de hecho, un plan profundamente establecido. Tal vez fue solo una forma de que pasara el tiempo, pero los detalles, como se comunicó después del hecho por los testigos, se redujeron en algo como esto:

El objetivo principal de su plan era reconstruir un sistema de gobierno

republicano, sin mancha por los peligros inevitables de una dictadura militar. En el mejor de los casos, escaparía de las garras del Imperio Galáctico y restauraría la independencia total de la Alianza de Planetas Libres. Como mínimo, podría apuntar a una república democrática, sin importar cuán grande o pequeña sea su escala. Una nación fue la *encarnación metodológica* del bienestar y los principios republicanos de su gente. Pero también fue más que eso. Desde tiempos inmemoriales, aquellos que deificarían a una nación parasitaban a sus ciudadanos, y no tenía sentido derramar nueva sangre tratando de salvarlos. Yang tendría que tener más recursos si iba a afectar el cambio duradero.

Con un sistema político adecuado, la reconstrucción se dividiría en cuatro partes: A. Principios fundamentales; B. Gobierno; C. economía; y D. Militar.

Todo el plan dependía de la integridad de A. Un fundamento filosófico sólido determinaría cuánto entusiasmo podría cosecharse para reconstruir un gobierno republicano y restaurar la autoridad política del pueblo. Si las personas no veían importancia en un proyecto de este tipo, entonces ninguna cantidad de planificación o maquinación daría frutos en sus miembros ya cansados. Para poner en marcha el proceso, Yang necesitaba el gobierno tiránico de un gobierno despótico o un sacrificio carismático. El refuerzo emocional y fisiológico sería necesario para manejar el trauma que resultaría de cualquiera de los escenarios. Si esto fuera intentado por una facción puramente republicana, la situación probablemente degeneraría en conspiración. Yang nunca se había suscrito a los mantras constantes en torno a las nociones de esfuerzo. Sin paciencia y acción sobria, ninguna cantidad de esfuerzo, incluso el mejor intencionado, produciría un cambio verdadero y duradero.

Aunque B fue el resultado directo de A, no solo la alianza conservaría la autonomía en los asuntos internos, sino que también sería posible organizar una facción antiimperial en el nivel más alto de la administración. Colocar a alguien en la línea del frente con experiencia tanto en impuestos como en orden público era preferible a la alternativa. Además, Yang y su cohorte tendrían que colocar a los trabajadores cooperativos dentro del imperio y en el Dominio de Phezzan bajo el control imperial directo. Dichos

trabajadores, especialmente aquellos que estaban íntimamente relacionados con el centro de la autoridad del enemigo, ni siquiera tenían que ser conscientes de su complicidad. De hecho, era mejor que no lo fueran. Estas fueron tácticas muy poco inteligentes, sin duda, pero también lo fueron los sobornos, el terrorismo y cualquier otro método utilizado por los jugadores más hambrientos de poder. Los únicos resultados lógicos de tales acciones fueron los celos, la animosidad y la traición.

En el caso de C, más que en B, la cooperación de los comerciantes independientes de Phezzan era esencial. Dado que la alianza estaba obligada a pagar al imperio un impuesto anual a la seguridad de un billón de quinientos mil millones de reichsmark, no había esperanzas de que las finanzas cambiaran para mejor en el futuro cercano. Una idea era prestar dinero a los comerciantes de Phezzanese a altas tasas de interés, otorgando así privilegios de desarrollo minero y prioridad de ruta, pero garantizar la expansión indefinida no fue fácil de vender. Lo importante era hacer que esos comerciantes entendieran que era mejor para ellos cooperar con la facción republicana más que con el imperio. Mientras tuvieran una participación en la nacionalización industrial y la monopolización de las políticas relacionadas con los bienes materiales, pedir a los comerciantes independientes de Phezzanese su cooperación sería una tarea fácil. Una de las razones por las cuales los grandes imperios del mundo antiguo se enfrentaron a levantamientos de su propia gente fue porque las autoridades codiciaban ganancias injustas, imponiendo monopolios sobre la sal necesaria para la existencia humana. Teniendo en cuenta esta lección del pasado, tendrían que darles a los comerciantes de Phezzan los beneficios apropiados, aunque esto no era una gran preocupación, ya que la reconstrucción de una república afectaba tanto a Phezzan como a la alianza.

Solo después de que se completaron de la A a la C, D pudo probar los sabores dulces de la realidad. En la etapa actual, no había necesidad de un plan táctico. La reconstrucción militar daría lugar a una organización responsable de frenar las actividades antiimperiales. Para esto, una unidad central sería necesaria. Y mientras la infraestructura ya estaba en su lugar, todavía necesitaban el beneficio del refuerzo militar. También estaba el asunto de quién lideraría. El respetado almirante Merkatz tenía suficiente carácter y capacidad para hacer precisamente eso, pero dada su lealtad

anterior y la reciente deserción del imperio, no se podía confiar en que dirigiera un regimiento republicano. El almirante Bucock era otra posibilidad. En cualquier caso, una mayor deliberación sobre el asunto fue una tarea difícil.

Detrás de todo esto había una regla de oro implícita: disminuir al enemigo y aumentar los enemigos del enemigo, incluso si no son aliados. Todo era relativo.

Estas fueron las piedras angulares del plan de Yang, pero aún tenía que encajarlas en un esquema más grandioso en el papel. No podía darse el lujo de descuidar la competencia del Alto Comisionado Lennenkamp cuando se trataba de mantener el orden público, ni podía dejar atrás ninguna evidencia que lo consideraría un traidor bajo los nuevos términos dinásticos.

Del primer al último movimiento, todas las notas de esta "Sinfonía de la Insurrección" fueron ordenadas en la partitura del cerebro de Yang. Solo su compositor sabía dónde dibujar en cada vínculo, insulto y descanso. Pero si alguna vez le preguntaron a Yang por qué su nombre no aparecía en los asuntos de los líderes militares, tenía una respuesta preparada: "Estoy terminando de trabajar. Mi mente esta gastada En este punto, solo puedo vender el resto de mí a una causa mayor. Que hagan conmigo lo que quieran."

El plan de Yang se redujo a la tarea tan importante de lo que llamó "restaurar el clan". En lo que a él se refería, la nación no era más que una herramienta, cuyo propósito dependía de las intenciones de quienes la manejaban. Se lo había dicho a los demás repetidas veces e incluso lo había anotado para su propia diversión.

Sin embargo, sobre todo, había logrado nunca incurrir en el odio de Reinhard von Lohengramm. Por el contrario, uno podría decir que nadie más consideraba a Yang tan altamente como su archienemesis. Desde la perspectiva de Yang, Reinhard era un genio militar sin igual, un monarca absoluto de gran discernimiento y poco interés personal. Su gobierno fue imparcial, virtuoso e inmune a las críticas. No fue descabellado pensar que la mayoría de las personas estaban bastante felices con la perspectiva de su

largo reinado.

Pero incluso cuando Reinhard logró la paz y la prosperidad universales por fuerza de sugerencia política, la gente se estaba acostumbrando a ceder su propio poder político a otros. Yang no podía cumplir con esto. Quizás era idealista de él, pero tenía que haber una manera de negociar la paz entre las diferentes facciones galácticas sin apoyar ciegamente ni siquiera al régimen de despotismo más bien intencionado.

Yang se preguntó si el buen gobierno de un tirano no era la droga más dulce cuando se trataba de la conciencia de un ciudadano. Si las personas pudieran disfrutar de la paz y la prosperidad, sabiendo que la política se manejaba con justicia sin que tuvieran que participar, expresarse o incluso pensar, ¿quién querría involucrarse en algo tan molesto como la política, para empezar? El inconveniente obvio de tal sistema era que las personas se volvían complacientes. Nadie parecía ejercitar su imaginación. Si la gente estaba preocupada por la política, también lo estaba su gobernante. ¿Qué sucedió, por ejemplo, cuando perdió interés en la política y comenzó a abusar de su poder ilimitado para satisfacer su propio ego? Para entonces, sería demasiado tarde para que cualquiera pueda diseñar una estrategia de contrapartida adecuada, ya que su ingenio ya se habría atrofiado más allá del punto de no retorno. Por lo tanto, un gobierno democrático era esencialmente justo en comparación con uno autocrático.

Dicho esto, la propia participación de Yang en los principios democráticos no era del todo inamovible. Yang a veces se encontraba pensando que, si era posible un cambio para mejor, y que la humanidad pudiera disfrutar de los frutos de la paz y la prosperidad indefinidamente, ¿era realmente útil que nos metiéramos tan atrapados en las minucias de la política? Se sintió avergonzado al pensar en su vergonzosa abstención de votar, cuando se bebería inconsciente la víspera de un día de elecciones y se despertaría la noche siguiente, mucho después de que se hubieran cerrado las urnas. Esas eran apenas las acciones de un hombre honorable.

Dicha autoevaluación era necesaria al embarcarse en algo tan grande como la reforma universal. La mayoría de la gente habría llamado a este compromiso de cambiar nada menos que “fe”. Y si bien no era la palabra

que Yang habría usado, nunca sería capaz de lograr algo tan monumental si le exigiera ver a sus enemigos como personas intrínsecamente malas.

Incluso entre los historiadores futuros estaban aquellos que pensaban que toda fe era perdonable. Esos mismos historiadores criticarían invariablemente a Yang Wen-li por expresar tan a menudo su desprecio por la fe:

“La fe no es más que un cosmético utilizado para cubrir las imperfecciones de la indiscreción y la locura. Cuanto más gruesos sean los cosméticos, más difícil será ver la cara que hay debajo”.

“Matar a alguien en nombre de la fe es más vulgar que matar a alguien por dinero, ya que si bien el dinero tiene un valor común para la mayoría de las personas, el valor de la fe no va más allá de los que concierne”.

Como Yang habría argumentado, uno solo necesitaba mirar a Rudolf el Grande, cuya fe había destruido un gobierno republicano y dejado a millones de muertos, para darse cuenta de que la fe podía ser una virtud peligrosa. Cada vez que alguien usaba la palabra “fe”, el respeto de Yang por esa persona disminuyó en un 10 por ciento.

De hecho, Yang le dijo a su esposa que tomaba su “coñac de té” como alguien que intentaba nada más que destruir la nueva orden, que probablemente sería uno de los criminales más aborrecibles de la historia, y Reinhard como el legítimo niño de la historia por su grandeza.

“No importa cómo lo recorte, la anticipación de la corrupción es reprensible, porque en última instancia, se está aprovechando de la desgracia de otras personas para derribarla”.

“¿Pero no estamos simplemente esperando en este momento?”, Preguntó Frederica. Alcanzó con calma la botella de brandy, pero Yang la golpeó con un pelo. “Su tiempo necesita trabajo, teniente comandante”.

Yang comenzó a servir más brandy en su té pero, al ver la expresión de su esposa, solo sirvió dos tercios de lo que había intentado y tapó la botella,

diciendo en tono de disculpa:

“Solo deseamos lo que el cuerpo demanda. Comer y beber lo que nos da la gana es lo mejor para nuestra salud”.

El punto de vista de Yang puede haber sido más amplio y el alcance de su visión más largo que el de la mayoría de las personas, pero posiblemente no pudo captar todos los fenómenos del universo. Porque justo cuando se estaba estableciendo en la vida matrimonial, a diez mil años luz de distancia de su hogar, en el planeta de la capital imperial galáctica de Odín, se estaba preparando un despliegue de fuerzas punitivas al mando de Reinhard.

CAPÍTULO 03: LOS VISITANTES

I

CUANDO LAS VIDAS FUERON irrevocablemente cambiadas por circunstancias fuera de su control, las personas a menudo desenterraron el término “destino” de los cementerios de sus recuerdos para asegurarse de que todo estaba destinado a ser. Julian Mintz, que aún no había cumplido dieciocho años, no tenía la edad suficiente para exhumar completamente el destino de su propio cementerio mental, y recurrió a dormir en posición fetal debajo de su cama, esperando que algo, cualquier cosa, sucediera.

Según Yang Wen-li, su guardián legal por cinco años, el destino tenía “la cara de una vieja bruja retorcida” — un sentimiento natural para alguien que había pasado once años en una profesión que nunca había deseado.

Hace cinco años, Julian había sido enviado a la casa del entonces capitán Yang Wen-li bajo la Ley de Travers, que colocaba a huérfanos de guerra en las casas de otros soldados. Y cuando, después de arrastrar un baúl que era más grande que él, se encontraba cara a cara con un hombre de pelo negro y ojos oscuros que no se parecía a un soldado ni a un héroe, Julian pensó que había vislumbrado El perfil del destino, que en sus ojos estaba bien arreglado. Nunca podría haber imaginado cómo cambiaría ese destino en su viaje a la Tierra.

La cuna de la civilización humana, que estaba viendo por primera vez en su

vida, emergió en la pantalla principal de la nave estelar “Unfaithful / Infiel” como una masa de color tenue. De todos los planetas que Julián había visto, no habría considerado a la Tierra entre las más bellas. Tal vez fue solo su idea preconcebida, pero el globo nublado prácticamente se transmite a sí mismo como un planeta destruido.

Hace más de un mes que partió de Heinessen, Julián se encontró en la zona estelar de la frontera más interna del territorio imperial.

Con motivo de su partida, se decidió que, entre Phezzan e Iserlohn, tomarían la ruta anterior. Hasta hace solo unos días, este mismo sector había estado envuelto en un sangriento conflicto entre la Armada Imperial y las Fuerzas Armadas de la Alianza. Su posición militar estratégica había desempeñado un papel central en la fortaleza de Iserlohn, que cayó en manos de la Armada Imperial por primera vez en dos años y medio. Actualmente estaba cerrado a las naves civiles.

Cada vez que Julian pensaba en la fortaleza de Iserlohn, una perturbación se extendía a lo largo de la superficie acuosa de sus emociones. Había sido el año 796 SE cuando su guardián, el almirante Yang Wen-li, había rendido a Iserlohn, que antes se creía inexpugnable, sin derramar una sola gota de la sangre de sus aliados. Después de la aplastante derrota de la alianza en la Batalla de Amritsar, Yang había servido como comandante tanto de la Fortaleza de Iserlohn como de su flota de patrullas, y continuó de pie en las líneas del frente de la defensa nacional. Julian se había quedado a su lado, reparando a Iserlohn. Había pasado dos años en ese planeta artificial gigante, con un diámetro de sesenta kilómetros y, si contabas tanto soldados como civiles, contaba con una población de cinco millones. Fue entonces cuando se convirtió oficialmente en un soldado. También fue donde experimentó su primera batalla. Llegó a conocer a muchas personas, algunas de las cuales se había encontrado partiendo para siempre.

En el reloj de arena de su vida, el más brillante de esos granos de arena había sido arrancado de Iserlohn. Que este lugar, que había traído recuerdos cualitativamente más ricos que cualquier otro en sus meros diecisiete años de existencia, había caído bajo el control imperial, era realmente lamentable. Cuando la magnífica planificación estratégica de la Armada

Imperial había dejado a la fortaleza de Iserlohn impotente, Yang Wen-li la abandonó sin dudar, optando en cambio por garantizar la movilidad de su flota. Yang sabía que había tomado la decisión correcta, e incluso si no lo hubiera hecho, Julian lo habría apoyado de todos modos. Aun así, Julian se había sorprendido de la audacia de Yang, y no por primera vez. Las acciones de Yang siempre fueron sorprendentes a los ojos de Julian.

El capitán de Unfaithful, Boris Konev, se acercó y se paró junto a Julian.

“Un planeta muy sombrío, ¿no crees?”, Dijo con un guiño.

Konev había transportado a Julian no solo en su papel de capitán. Era un orgulloso comerciante independiente de Phezzan, un compañero de juegos de la infancia de Yang Wen-li, y el primo del as piloto de la Alianza de las Fuerzas Armadas, Ivan Konev, asesinado en acción. Su inversión en la seguridad de Julian fue por lo tanto multifacética y de máxima prioridad. Unfaithful había sido originalmente construido como un transporte militar para la alianza y se había convertido en su propiedad a través de los arreglos de Caselnes a través de Yang. Quería nombrarlo por su amada Beryozka. Desafortunadamente, ese nombre vino con demasiado equipaje para pasar a través del territorio imperial sin levantar una bandera roja. Debido a que la nave era ilegal encarnada, tenían que mantener las apariencias lo más posible. Unfaithful, entonces, parecía un compromiso digno. Para Konev, era una declaración de verdad tan obvia que podría pasar desapercibida.

Julian sintió un golpecito en el hombro y se volvió para ver al comandante Olivier Poplin, que se había conectado con ellos a mitad del viaje. El joven as sonrió a Julian con sus ojos verdes antes de pasar a la pantalla.

“Así que ahí es donde comenzó todo — el planeta madre de toda la raza humana, ¿eh?”

Una cosa poco original que decir, sin duda, pero el sonido de nostalgia en la voz de Poplin no era tan genuino para empezar. Casi treinta siglos habían pasado desde que la Tierra había perdido su estatus de centro de la civilización humana, y diez siglos más desde que los ancestros del joven as

habían huido de su superficie. El pozo de sentimentalismo para la Tierra se había secado hace mucho tiempo, y lejos de Poplin eran desperdiciar las lágrimas al rellenarlo.

En cualquier caso, Poplin no se había reunido con Julian por ningún apego a la Tierra.

No podía importarle menos un planeta fronterizo obsoleto.

“No tengo interés en ver a una madre vieja y débil”, dijo, con la franqueza habitual.

Konev, que había estado consultando con su Astrogador, Wilock, regresó para reunirse con la conversación.

“Estaremos aterrizando en los Himalayas del norte, el punto de bajada habitual para los peregrinos. Encontrará la sede de la Iglesia de Terra cerca”.

“¿El Himalaya?”

“La zona orogénica más grande de la tierra. No conozco ningún lugar más seguro para que aterricemos.”

Konev explicó que una vez había sido un centro de suministro de energía durante la edad de oro de la Tierra. El establecimiento de la energía hidroeléctrica a partir del deshielo de la nieve alpina, la energía solar y las fuentes de energía geotérmica se había dispuesto cuidadosamente para no interferir con la belleza natural, mientras se suministra luz y calor a diez mil millones de personas. Más importante aún, los refugios para los principales miembros del gobierno mundial se habían excavado bajo tierra.

Cuando las grandes fuerzas del Frente Anti-Tierra Unido,, ciegos de venganza, se abrieron camino en el sistema solar y atacaron este “planeta orgulloso” con todo lo que tenían, los Himalayas, junto con las bases militares y las principales ciudades, habían sido un epicentro de ataque. Las llamas de una erupción volcánica gigante novecientos años antes habían

aumentado su altura. El suelo, las rocas y los glaciares habían formado un muro en movimiento, derribando todo lo hecho por el hombre en su camino. Las montañas del Himalaya eran un punto de orgullo terrenal, a veces incluso objetos de culto religioso, pero para aquellos que aún eran objeto de abusos y rechazos en las colonias, no eran más que un símbolo imponente de la opresión.

Los representantes del gobierno global solicitaron una reunión con el comandante en jefe del Frente Unido de la Tierra, Joliot Francoeur, para negociar la paz. Pero Francoeur no había venido a rogar por misericordia. Con un orgullo digno de cualquier líder legítimo de toda la raza humana, explicó que proteger el honor de la Tierra era responsabilidad de todo ser humano. Si perdían de vista eso ahora, entonces no quedaba ninguna esperanza.

La respuesta de Francoeur fue sincera:

“Mi madre vivía en el lujo por los frutos de su propio trabajo. Y ahora, ¿qué derechos puede reclamar? A mi modo de ver, tienes dos alternativas. La ruina, o arruinarlo. La decisión es tuya.”

Francoeur les contó acerca de su ex amante que se suicidó luego de ser violada por un soldado de la Fuerza Terrestre. Los representantes del Gobierno Global se vieron abrumados por la violencia que se desató en sus ojos, sin palabras. Durante los últimos siglos, los terrícolas habían plantado semillas de odio en los corazones de los colonizados y, mediante sus acciones, aceleraron el crecimiento de ese odio. Los terrícolas nunca habían mostrado compasión, y mucho menos habían contemplado la posibilidad de un compromiso.

Abatidos, esos mismos representantes se suicidaron en masa mientras se dirigían a casa. Más allá de tener que asumir la responsabilidad de sus negociaciones fallidas, fue el inevitable banquete de destrucción que los esperaba en la Tierra lo que los llevó a medidas tan extremas.

Dicho banquete duró tres días. Solo después de que cayeron órdenes estrictas de los líderes del Frente Anti-Tierra Unido, Francoeur puso fin a la

matanza. En medio de vientos y truenos rugientes, su rostro juvenil se asemejaba a una cascada mientras la lluvia y las lágrimas de emoción violenta corrían por sus mejillas.

Pensar en la cantidad de sangre derramada en la superficie de este pequeño planeta y el peso de sus maldiciones envió una corriente eléctrica de tensión a través del cuerpo de Julian. Mientras que antes siempre se había enfrentado con preguntas de un futuro incierto, esta vez se encontraba cara a cara con el innegable y horrible pasado que era el legado de todos a bordo del barco.

II

El itinerario de viaje de Julian Mintz a la Tierra estaba lejos de ser lineal. Dirigirse directamente hacia el planeta abandonado de Heinessen era ilegal.

A pesar de haber presentado su carta de renuncia, como alguien que había sido oficial de las Fuerzas Armadas de la Alianza hasta unos pocos días antes, su condición de dependiente de Yang Wen-li era todavía bastante vaga desde el punto de vista de la Armada Imperial y el gobierno de la alianza vigilándolo. El hecho de que Julian y su guardia de seguridad, el alférez Louis Machungo, se hubieran escapado de manera segura no hizo mucho para calmar sus preocupaciones sobre las presiones que su escape podría haber ejercido sobre Yang y Frederica.

Yang había arriesgado mucho por el bien de Julian. Él había trabajado todo con la ayuda de Caselnes y Boris Konev, consiguiendo una nave y registrando formalmente a Julian y Machungo como tripulantes. Y todo esto sin levantar una ceja a la Armada Imperial o al gobierno de la alianza. Todo el tiempo, murmuraba en voz baja cosas como: “Un padre de verdad no haría tanto por su hijo fugitivo”.

Una vez que abandonaron el campo gravitatorio de Heinessen, Julian y el resto de la tripulación estaban solos. El resultado de su viaje se basó únicamente en su discreción y en el ingenio de Boris Konev mientras se aventuraban en el lado oscuro de la Iglesia de Terra. Si regresaban a salvo,

sería la primera vez que alguien hubiera tenido éxito en hacerlo.

Y, sin embargo, incluso con todos estos meticulosos arreglos, el primer obstáculo que impidió su curso apareció antes de que el primer día terminara cuando una señal inesperada detuvo a todos a bordo de Unfaithful en sus pistas:

“Detengan su nave, o vamos a abrir fuego”.

La Armada Imperial poseía un poder militar abrumador que resonaba con el peor de los instintos humanos. No podían estar seguros de que la Armada Imperial no destruiría una nave civil que cumpliera con los requisitos y la pasaría como defensa propia.

Cuando le preguntaron a Konev si tenía alguna intención de tomarse un respiro, Julian sacudió la cabeza con el cabello rubio. ¿Quién sabía cuántas inspecciones se someterían a su camino a la Tierra? Les interesaba tratar cada encuentro imperial como el primero.

Pero cuando Konev hizo lo que se le indicó, el joven subteniente que se trasladó a su nave para realizar una inspección espontánea solo preguntó si tenían a bordo a alguna mujer joven. Cuando se encontró con un no inequívoco, su expresión era la de un niño desesperado por terminar su tarea.

“¿Supongo que tampoco llevas armas, sustancias que crean hábito o contrabando humano?”

“Por supuesto que no”, dijo Konev. “Solo somos humildes, comerciantes y temerosos de la ley. Siéntase libre de buscar el contenido con todo su corazón”.

Julian sintió como si acabara de presenciar una ilustración en un libro de texto del dicho: “La civilidad es una segunda naturaleza de la Phezzanese”. Boris Konev era una prueba viviente tanto de su verdad como de su eficacia.

Al ver que era inútil hacer algo de la nada, el capitán del destructor imperial los descolgó. Libre, ya que ahora estaba navegando profundamente en el territorio de la Alianza de Planetas Libres e inspeccionó a todas las naves registradas en la alianza, solo había confirmado ese hecho como un sutil recordatorio de su autoridad para hacerlo. Comenzando en el sistema estelar de Gandharva, ahora supervisado imperiosamente por los términos del Tratado de Bharat, el capitán destructor y su tripulación habían estado bajo el mando del almirante senior Karl Robert Steinmetz. Steinmetz, como era raro para un almirante imperial en ese momento, estaba preocupado por la alianza y era estricto acerca de que sus subordinados no infligían crueldad innecesaria a los civiles bajo la ley marcial. La inspección vino y se fue como nada más que una formalidad. Sin embargo, el viaje de Julian Mintz estaba comenzando con un comienzo difícil.

Julian se reunió con viejos amigos en la zona estelar de Porisoun. La flota de Merkatz se había escondido en la base de suministros medio destruida y abandonada de Dayan Khan. A pesar de que esta reunión había sido planeada, cualquier comunicación relacionada con ella había sido codificada a través de las ondas cryptocomm, lo que permite a Unfaithful hacer un acercamiento exitoso a Dayan Khan. Julian gritó con sorpresa al ver una cara familiar en el momento en que se bajó de la nave.

“¡Comandante Poplin!”

“Yo, ¿cómo está colgando, muchacho? Debes tener, ¿qué, una docena de novias a estas alturas?”

Su cabello castaño oscuro y sus brillantes ojos verdes fueron bienvenidos. Olivier Poplin, el piloto de 28 años de edad, era un maestro de las técnicas de combate aéreo a la par con el fallecido Ivan Konev, y el instructor de artesanía de combate espartano de Julian. Había seguido al almirante Merkatz y a los demás al abandonar la alianza, que en sus mentes se había convertido en una nación vasalla bajo los términos de paz del imperio, y desde entonces había estado mintiendo.

“Todavía hay tiempo para eso, Poplin. Pero por ahora, esa posición aún no se ha llenado”.

“Lo diré”. Poplin hizo un guiño, pero no obtuvo respuesta. “Hombre, no eres divertido. De todos modos, ¿cómo volvería todo al frente de casa? ¿Nuestro estimado mariscal y la princesa Frederica tuvieron su boda?”

“Sí, uno modesto, como se puede imaginar.” Poplin silbó con admiración.

“Nuestro estimado mariscal pudo haber logrado muchos milagros, pero ninguno de ellos se compara con disparar una flecha en el corazón de la Princesa Frederica. Por otra parte, sabiendo lo extraño de sus inclinaciones, apuesto a que se acercó al objetivo”.

Julian estaba a punto de preguntar qué habían estado haciendo todos esos otros asesinos de mujeres en Iserlohn, cuando apareció el almirante Merkatz y su ayudante, von Schneider. Julian se despidió de Poplin y se acercó al almirante invitado exiliado.

Después de intercambiar saludos, Merkatz recibió al niño con una sonrisa cálida, aunque un poco cansada. Ahora, con más de sesenta años, era la imagen misma de un militar digno. Aunque había trabajado como asesor de Yang en la fortaleza de Iserlohn, se comportaba como el superior de Yang.

“Me alegra ver que lo hizo de una sola pieza, Subteniente Mintz. ¿Y cómo está el mariscal Yang?”

Julian estaba sin uniforme mientras Poplin estaba en el suyo, repleto de boina negra. Merkatz y los demás llevaban el negro con adornos plateados de la Armada Imperial. Era un lugar lúgubre, pero al menos el desorden de los oficiales estaba limpio y había café en abundancia. Después de prescindir de los saludos habituales, von Schneider se incorporó.

“Por el momento, tenemos sesenta naves. No lo suficiente para una flota, y lejos de estar listo para la guerra”. La expresión de Von Schneider era severa. “Era lo más que el Almirante Yang podía arreglar para nosotros y aún evadir la detección imperial. Estamos realmente agradecidos, por

supuesto, pero los números tienen igual poder. Dadas las circunstancias actuales, tenemos los recursos para movilizar una flota de patrullas de cien naves como máximo. El hecho de que el Almirante Yang te haya enviado aquí solo puede significar una cosa: tiene algo bajo la manga que no nos dice”.

Von Schneider se detuvo allí, mirando a Merkatz y Julian.

“Sobre eso”, dijo Julian, “tengo un mensaje verbal del Almirante Yang, por lo que se lo transmitiré a usted en especie”.

Julian se aclaró la garganta y enderezó su postura, cuidando de transmitir el mensaje literalmente.

“De acuerdo con el Artículo 5 del Tratado de Bharat, las Fuerzas Armadas de la Alianza deben deshacerse de todos y cada uno de las naves de guerra y portanaves restantes. En consecuencia, se espera que 1.820 barcos sean retirados el 16 de julio en el sector de Lesavik”.

Julián repitió la fecha y la ubicación antes de concluir:

“Confío en que la flota independiente de Merkatz hará lo mejor de la situación. Fin del mensaje.”

“Entiendo. ¿Hacer lo mejor de la situación? No digas más.”

Una amplia sonrisa llegó a los labios de Merkatz. Von Schneider lo miró con interés porque el oficial que respetaba profundamente parecía haberse puesto más en contacto con su sentido del humor desde el exilio.

“Muy bien, entonces”, concluyó von Schneider. “Pero, ¿el Almirante Yang tiene alguna idea de cómo podría cambiar la situación después de esto?”

“El almirante Yang no me dijo lo que tenía en mente, pero puedes estar seguro de que no quiere ser un ermitaño toda la vida”, respondió Julian.

¿O él? Pensó Julian

“Creo que Yang lo está esperando. Una vez me dijo algo: ‘No tiene sentido prender fuego a los campos durante la temporada de lluvias, cuando es probable que llegue la estación seca’”.

Si el alto comisionado imperial, el almirante senior Lennenkamp, hubiera tenido conocimiento de esta información, sus sospechas habrían alcanzado el objetivo esperado. De cualquier manera, Yang era un personaje peligroso, y Lennenkamp ciertamente tuvo la visión de saber eso.

Al lado de Merkatz asintiendo con la cabeza, von Schneider recordó algo.

“Julian, escuché que Lennenkamp ha sido enviado del imperio como comisionado”.

“Has oído bien. Supongo que está familiarizado con el hombre, comandante von Schneider.”

“Su Excelencia Merkatz sabe más sobre él que yo. ¿No es cierto, Excelencia?”

Merkatz se llevó una mano a la barbilla, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

“Un excelente militar, no lo dudes. Fiel a sus superiores, justo a sus hombres. Pero si da un paso fuera de su uniforme, es posible que no pueda ver el bosque por los árboles”.

Julian entendió que esto significaba que era miope, pero aún así sentía una sombra de inquietud que se extendía hacia Yang y su nueva novia. Yang no era exactamente popular entre los tipos de supremacía militar.

“Julian, ¿el almirante Yang te dio alguna indicación de cuánto tiempo debemos esperar?”

“Sí, dijo unos cinco o seis años”.

“¿Cinco o seis años? Ahora que lo pienso, creo que necesitaremos mucho tiempo. Como mínimo, debería ser suficiente para hacer mella en la Dinastía Lohengramm”.

Merkatz hizo un profundo asentimiento.

“Sin embargo, ¿no podemos esperar que ocurra algo inusual?”

La pregunta de Julian le hizo pensar a Merkatz como lo había intentado. Con el tiempo, el ex veterano imperial había llegado a tener la conciencia estratégica de Julian en alta estima.

“Predigo — digamos, esperanza — que no pasa nada. Demasiado ha bajado para llevarnos a este punto. Todavía hay muchos preparativos por hacer. Si somos demasiado descuidados en volar una bandera contra el imperio, un impaciente paso hacia adelante podría retrasarnos a los dos”.

Las palabras de Merkatz causaron una impresión indeleble en la arcilla de la memoria de Julian.

“Los memos y demás son totalmente innecesarios”, dijo Yang una vez a Julian. “Para empezar, cualquier cosa que hayas olvidado nunca fue tan importante. En este mundo, solo hay cosas que recordamos, que a veces son las peores, y cosas que olvidamos, que no nos importan en absoluto. Es por eso que los memos son innecesarios”.

Y sin embargo, Yang nunca fue a ninguna parte sin su cuaderno.

Viendo que tenían diez horas hasta la partida, Julian fue alentado a tomar una siesta en la habitación de Poplin, que parecía que un ladrón la había saqueado. Su inquilino estaba ocupado empacando, silbándose a sí mismo todo el tiempo.

Cuando Julian le preguntó qué estaba haciendo, el joven as le guiñó un ojo.

“Voy contigo”.

“¡¿Tú qué?!”

“No te preocupes. El almirante Merkatz me dio el visto bueno.” Sus ojos verdes brillaban jovialmente. “Sabes, me pregunto si habrá alguna mujer en la Tierra”.

“Debería pensarlo.”

“Duh, no estoy hablando de meras mujeres biológicas, sino de mujeres buenas y maduras que entienden el valor de un hombre”.

“Bueno, no puedo hacer promesas allí”, dijo Julian con natural prudencia.

“Hmm, oh bien. Honestamente, estoy tan lejos que me conformaría con cualquier mujer biológica en este momento. ¿Te has dado cuenta de que casi no hay mujeres por aquí? Nunca pensé tan lejos cuando me inscribí en este problema. La broma está sobre mí, supongo.”

“Siento tu dolor.”

“No es lindo, hombre. Cada palabra que dices frota más sal en la herida. Cuando llegaste por primera vez a la Fortaleza de Iserlohn, eras como una muñeca de porcelana”.

“Pero si vienes conmigo a la Tierra, Comandante, ¿qué harán todos esos pilotos sin ti?” Con una actitud despreocupada, Julian había inclinado el espejo de conversación en dirección a Poplin.

“Los dejaré a todos al teniente Caldwell. Ya era hora de que se quedara solo como comandante. De la forma en que confía en mí para todo, nunca crecerá de otra manera”.

Fue un argumento sólido, pero Julian pensó que confiar en el que lo expresaba era más problemático que el argumento en sí. De la misma manera, Julian no era tan obtuso emocionalmente como para minimizar las preocupaciones de Poplin, que ocultaba con buen humor.

“Simplemente no me culpes si no encontramos mujeres hermosas en la Tierra”.

“Entonces será mejor que ores porque hay decenas de bellezas hambrientas de hombres esperando con gran expectación por nuestra llegada”.

En ese momento, los ojos de Poplin se ensancharon. Le dio una palmada en el hombro a Julian y lo llevó a la zona de carga espartana.

“¡El cabo von Kreutzer!”

En respuesta a la voz de Poplin, un piloto totalmente adecuado vino atropellando. El piloto, que era pequeño, tenía una cara difícil de distinguir por la luz de fondo.

“Este podría muy bien ser el próximo Ivan Konev, si no el próximo Olivier Poplin. Oye, ¿por qué no te quitas el casco y saludas a nuestro invitado? Este es el Teniente Mintz, de quien he hablado.”

El casco se desprendió para revelar una cabeza llena de lujosos cabellos color té negro.

Un par de ojos índigo miraban directamente a los de Julian.

“El cabo Katerose von Kreutzer, a su servicio. He oído mucho sobre usted por parte del Comandante Poplin, Subteniente Mintz”.

“Encantado de conocerte”, respondió Julian, pero solo después de que Poplin le dio un codazo. Estaba estupefacto, porque este piloto adolescente, más allá de la medida de los elogios de Poplin, había hecho algo totalmente inesperado. Con un movimiento de sus ojos índigo, Katerose desvió la mirada de Julian al piloto as.

“Necesito hablar con los mecánicos. ¿Si me disculpan?”

Poplin asintió. La chica saludó vigorosamente y giró sobre un talón. Sus acciones fueron enérgicas y rítmicas.

“Lo sé, ella es un gran nocaut. Pero te diré directamente, nunca le he puesto una mano encima. Trazo la línea a los quince años”.

“No estaba preguntando”.

“Las mujeres son como el vino. Necesitan tiempo para madurar hasta alcanzar su sabor más pleno. Si solo Karin fuera dos años mayor”.

“¿Karin?”

“Ese es mi pequeño nombre de mascota para Katerose. ¿Qué te parece? Ambos están en esa edad descarada. Creo que deberías ir por ello. Hablar con ella.”

Con una sonrisa amarga, Julian sacudió su cabeza de cabello rubio.

“Ella no parecía notarme en absoluto. De todos modos, no hay tiempo para eso”.

“Entonces haz que ella te note. Y haz el tiempo para hacerlo. Naciste con esa cara de bebé, así que úsala. Yang es la excepción de un millón en un millón que solo puede descansar y hacer que una hermosa mujer se eche sobre su regazo”.

“Lo tendré en mente. Por cierto, por su nombre, supongo que es una refugiada imperial.”

“Puede que tengas razón, pero ella rara vez habla de su familia. Debe haber algo sucediendo allí. ¿Por qué no le preguntas tú mismo si quiere saber tanto? Lección uno, mi indigno discípulo”.

Poplin le dio una palmada a Julian en el hombro y sonrió. Julian inclinó la cabeza hacia un lado. Cientos, si no miles, de retratos colgados en los pasillos de su memoria, pero en Katerose había sentido una combinación perfecta. Por razones que no pudo explicar, al ver la cara de esa chica le había golpeado con un déjà vu.

El almirante Merkatz y su ayudante, von Schneider, así como el comandante del notorio regimiento de Rosen Ritter, el capitán Rinz, observaron desde la sala de control mientras Unfaithful se marchaba. Fue una despedida sobria, sin garantía de devolución.

“Antes de que llegue el mes de julio, debemos finalizar los planes para recuperar nuestros acorazados”.

“Sí estoy de acuerdo.”

Pero Merkatz se estaba enfocando en algo más profundo.

“Von Schneider, mi papel en todo esto es preservar nuestra fuerza militar en preparación para el futuro. Lo más probable es que el sol de ese futuro se levante no para mí, sino para alguien más joven que no arrastra la pesada sombra del pasado detrás de él”.

“¿Te refieres al almirante Yang Wen-li?”, Preguntó von Schneider.

Merkatz no contestó, y von Schneider tampoco esperaba que lo hiciera. Ambos sabían mejor que hablar en los hipotéticos.

Volvieron su atención a la pantalla mientras el barco mercante independiente, Unfaithful, desaparecía silenciosamente en una marea alta de estrellas. Continuaron parados ante la pantalla mucho después de que la nave fuera posible de distinguir de los innumerables puntos de luz que la rodeaban.

III

Boris Konev, capitán de Unfaithful, cumpliría treinta años ese año. Su estado legal era secretario de la oficina del comisionado de la Alianza de Planetas Libres ocupada por el Dominio de Phezzan, pero ese estado había estado en el limbo desde que la autonomía de Phezzan había sido comprometida. Bajo cualquier otra circunstancia, podría haber sido

superado por la inquietud.

Pero Konev no estaba en lo más mínimo desanimado o avergonzado. Por un lado, él todavía estaba vivo, y las leyes a las que estaba sujeto eran simplemente el sombreado de un dibujo lineal.

“Entraremos en la atmósfera de la Tierra en una hora”, anunció a su modesta tripulación. “Una vez que aterricemos, mi trabajo estará a medio terminar. Mientras estés en la Tierra, asegúrate de evitar el peligro y la desgracia. Transportar cadáveres es un trabajo miserable y no estoy de humor para eso”.

Konev dejó escapar una risa incongruente.

“Se estarán pasando como peregrinos de la Iglesia de Terra. Es probable que te sientas fuera de lugar, pero solo porque es extremadamente antinatural que alguien que no sea peregrino venga de esta manera”.

Julian expresó su asentimiento, mientras que Poplin solo se echó a reír, diciendo que estaba más que consciente de ese hecho. Durante su viaje, él y el capitán de la nave a menudo se miraron con recelo, intercambiando motas cínicas antes y después de las comidas. El joven as fue tan lejos como para decir que tenía una aversión natural a cualquiera con el apellido Konev.

“¿Cuál es la población actual de la Tierra?”

“Aproximadamente diez millones, según los datos de la oficina de comercio de Phezzan. Ni siquiera el 0.1 por ciento de la población total durante su edad de oro”.

“¿Y todos son seguidores de la Iglesia de Terra?”

“Difícil de decir”.

Independientemente de la escala, el hecho de que una denominación hubiera logrado tomar el control planetario completo y lograr una unidad de

la iglesia y el estado no dejaba mucho espacio para la libertad religiosa. De lo contrario, los no creyentes habrían establecido sus propios sistemas sociales. Tal era la suposición de Konev.

“La religión es una herramienta conveniente para los que están en el poder y garantiza que todas las dificultades estén arraigadas no en la política o la autoridad defectuosa, sino en la incredulidad. La revolución está más alejada de la mente de cualquiera que se comprometa con esa ideología”. Boris Konev escupió esas palabras con una malicia manifiesta. Aunque había logrado evitar vender su nave a través de los ingresos que hizo transportando a los creyentes de la Iglesia de Terra a la Tierra Santa, había tenido una buena cantidad de pasajeros desagradables. Percibió cierta ingenuidad en los creyentes radicales, pero no tenía ninguna simpatía por los líderes religiosos que explotaban a esos creyentes para beneficio personal.

“Escuché que el líder de la Iglesia de Terra es un anciano conocido como el Gran Obispo”, dijo Julián, “pero, ¿alguna vez lo has conocido?”

“No soy tan importante como para tener acceso al interior. Incluso teniendo la oportunidad, no tendría ningún interés en conocerlo. Tal vez sea hablar con orgullo, pero nunca he encontrado placer en escuchar la predicación de los ancianos”.

“El Gran Obispo o como se llame ese anciano”, intervino Poplin, “debe tener algunas hijas o nietas hermosas”.

“¿Eso crees?”

“Estoy seguro de ello. Y están obligados a caer locamente por el joven héroe rebelde”.

Ahora fue el turno de Boris Konev de reírse con desprecio.

“Creo que nuestro Comandante Poplin debería ser un escritor de telenovelas para dramas de solivisión para niños. Por otra parte, los niños están creciendo más rápido que nunca en estos días y es posible que no estén tan

impresionados por algo tan formulado”.

“¿Pero no sabes que las historias de fórmulas tratan con verdades eternas?”

La guardia de Julian, el gigante oscuro alférez Louis Machungo, ofreció su propia opinión con una sonrisa:

“Pero si un líder religioso tan austero se casara y tuviera hijas, ¿cómo podría existir esa organización religiosa en primer lugar, me pregunto?”

Poplin frunció el ceño y Konev asintió con satisfacción.

“Sea como fuere…”

Poplin cruzó sus brazos, sus cejas aún fruncidas.

“La forma en que lo veo, cualquiera que sea la gente de la Iglesia de Terra que profesa amar, no es la Tierra misma”.

El legado de la Tierra implicaba controlar a aquellos que viven en otros planetas al monopolizar la influencia política y militar, y por los frutos de sus propias labores. Eso es lo que amaba la Iglesia de Terra.

“Sólo están usando la Tierra como un pretexto para lo que realmente quieren, que es restaurar los privilegios que antes disfrutaban sus antepasados. Si realmente amaron a su planeta, ¿por qué involucrarse en guerras y luchas de poder?”

Tal vez Poplin tenía razón, pensó Julián. Aunque no estaba tratando de desaprobar la religión, había algo inmoral en cualquier organización religiosa deseosa de autoridad política. Controlar a las personas no solo en el exterior sino también en el interior era el peor totalitarismo imaginable, y la Iglesia de Terra había hecho todo lo posible para lograr su monopolio actual en ambos ámbitos. Con demasiada frecuencia, las personas aceptaban una existencia completamente uniforme al superar la diversidad de los sistemas de valores y los gustos individuales. Aquellos que profesaban ser Dios o representantes divinos ejercían el poder de matar a aquellos que no

creían. No podían simplemente sentarse y esperar a que llegara esa edad.

El 10 de julio, Julian puso un pie en el suelo de la Tierra. Nadie podría haber predicho que sería el mismo día en que el consejo imperial galáctico decidiría tomar la Tierra por la fuerza.

CAPÍTULO 04: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

I

COMO EL INTENTO DE ASESINATO del emperador Reinhard se desarrollaba en Odin, las Murallas Gemelas de la Armada Imperial, mariscales Oskar von Reuentahl y Wolfgang Mittermeier, estaban lejos de la capital imperial en sus propias misiones respectivas. El primero, como secretario general del Cuartel General del Comando Supremo, estaba realizando una inspección de la fortaleza doméstica, mientras que el segundo, como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, estaba supervisando los ejercicios militares de la construcción de las nuevas naves y los reclutas nuevos en el sistema estelar de Jötunheimr.

Un mensaje urgente hizo que ambos hombres regresaran a la capital de inmediato. Estaban más que sorprendidos, furiosos por el hecho de que la vida del emperador había caído en un plan tan astuto. El hecho de que se convocara un consejo imperial solo después de su regreso mostraba cuán alto el emperador los tenía en su estima.

Mientras tanto, el Ministerio de Defensa estaba ocupado reorganizando todos los distritos militares bajo su jurisdicción. El sistema solar que incluía a la Tierra estaba configurado para ser asignado al noveno distrito militar, que por el momento solo existía en el papel y no tenía sede ni comandante a su nombre. El Imperio Galáctico era famoso por tener una distribución desigual del poder militar en su centro, las flotas que normalmente usaba para las campañas extranjeras que partían en grandes formaciones desde la

capital de Odín. Reinhard había ordenado su reorganización para liberarse del exceso de autoritarismo.

Una vez que se completara la recalibración de los distritos militares, sería responsabilidad del secretario general del Cuartel General del Comando Supremo supervisarlos. El secretario general también estaría asumiendo el cargo de comandante en jefe de las fuerzas domésticas. Las responsabilidades de Von Reuentahl eran enormes, por supuesto, aunque solo fuera en el papel.

La relación entre el secretario de defensa Mariscal von Oberstein y el secretario general del Comando Supremo en el cuartel general Mariscal von Reuentahl estaba lejos de ser muy dulce. Evitaron cortésmente hacer contacto visual, hablar y escuchar solo cuando lo consideraron necesario. A veces, las emociones fueron mejor que ellos, y sus intercambios de cinismo y culpa se volvieron tan intensos como altercados físicos, a pesar de que el secretario de defensa era técnicamente el superior del secretario general. Por mucho que se odiaran, sin embargo, ni von Oberstein ni von Reuentahl pudieron negar los puntos fuertes del otro. Von Reuentahl fue reconocido como un general de sabiduría y coraje que siempre prefirió la razón sobre el sentimiento en los entornos formales. Von Oberstein, por otro lado, un hombre tan afilado y de cabeza fría que se decía que estaba "esculpido en hielo seco", se pensaba que era una cáscara vacía sin emoción. Y aunque claramente tenía prejuicios, nunca hizo ningún esfuerzo por disipar sus prejuicios. En ese frente, al menos, nadie podía culparlo por usar su corazón en la manga.

Von Reuentahl se había hecho muy amigo del Gale Wolf después de haber compartido tanto con él en el espacio de batalla y salvarse las vidas. Ni siquiera una elevación en el rango tuvo ningún efecto adverso en su estrecha conexión. Acerca de Von Oberstein, Mittermeier evitó la calumnia habitual — "ese hijo de puta de sangre fría Von Oberstein", "ese despiadado Von Oberstein", y cosas por el estilo— pero dijo con sencillez y en un tono que, como su veloz y decidido tácticas, nadie podía imitar, "Ese maldito Von Oberstein".

Aparte de estos tres, otros que asistieron al consejo imperial del 10 de julio fueron el secretario del Interior Osmayer, jefe de la Oficina de Seguridad de Seguridad Nacional de Lang, el comisionado de policía militar, el almirante Kessler y el jefe de gabinete Meinhof, junto con los almirantes principales Müller, Mecklinger, Wahlen, Fahrenheit, Wittenfeld y von Eisenach, así como el principal asesor imperial von Streit y el asesor secundario von Rücke. Incluido el propio emperador, que hizo un total de dieciséis. El secretario de estado Conde von Mariendorf, padre de la jefa de la secretaria imperial Hilda, todavía estaba bajo arresto domiciliario, por lo que el secretario del gabinete principal se desempeñaba como su representante.

Reinhard nunca sería feliz sin sus dos hombres más confiables en el consejo imperial. A pesar de ser un monarca en el sentido absoluto, hubo momentos en que tuvo que ocultar su malestar. La ausencia de Hilda le molestó por encima de todo. Aunque había tenido otros secretarios privados antes que ella, algunos carecían de seguimiento a pesar de su lealtad, mientras que otros lo habían absorbido descaradamente como un medio para promover sus propios planes para el éxito.

El Consejo aprobó por unanimidad un envío a la Tierra, aunque surgieron diferencias individuales con respecto a los pros y los contras del despliegue. Este no era un asunto que debía tomarse a la ligera, por lo que Lang, jefe de la Oficina de Seguridad de Seguridad Doméstica, solicitó un breve receso para considerar el asunto más a fondo. Dado que los verdaderos motivos de la Iglesia de Terra aún no estaban claros, Lang esperaba que el envío de tropas tuviera éxito solo después de que se realizara una investigación detallada y una investigación privada. El emperador se rió ante la mera sugerencia.

“Deja de rodear el tema. El rencor de la Iglesia de Terra ya es obvio, así que, ¿qué posible necesidad podría haber de más investigación e indagación?”

“Entiendo su punto, pero —”

“¿Y estás tan seguro de que no has cometido errores en tus propias

investigaciones de esos cultistas hasta ahora?”

“Una vez más, veo su punto”.

Lang robó de forma robusta sus ingeniosas respuestas.

“Lo que significa que no reconocerán ninguna otra autoridad que la de su Dios. Más bien, cualquier investigación nos dirá lo mismo: a saber, que la iglesia no dudaría en eliminar violentamente a nadie que se interponga en su camino. Si no tienen interés en coexistir dentro del nuevo sistema, entonces no veo ninguna razón para no dejarlos mártir por sus creencias. No podría mostrarles mayor misericordia”.

Lang se sonrojó y se inclinó ante la decisión del emperador, que reemplazó su exiguo juicio burocrático.

Cada vez que el Emperador Reinhard se movía en su asiento, su melena de pelo dorado se movía magníficamente. Con cada movimiento, algunos escribían, era como si una nube de polvo de oro se dispersara en el aire. Pero para su asistente, Emil von Selle, sentado pacientemente contra la pared detrás de él, tales descripciones no eran exageradas. El niño de catorce años ahora vivía en la corte y le habían dado todo lo que necesitaba para estudiar medicina mientras se ocupaba de las necesidades del joven emperador. Nadie vio nada malo en otorgarle este privilegio. Emil sabía que no debía decepcionar a su venerado señor.

“Como Su Majestad ha afirmado con razón, no podemos esperar coexistir con los seguidores de la Iglesia de Terra”, dijo el almirante mayor de pelo naranja Wittenfeld. “Es hora de que les demos a esos insurgentes el castigo que merecen, aunque solo sea para demostrar el alcance de nuestra voluntad y nuestro poder”.

“¿Vamos a seguir adelante y demostrarlo en toda su extensión, entonces?”

“Sí, vamos a hacer eso. Y me sentiría honrado si Su Majestad me concediera el honor de hacerlo”.

Pero el emperador negó con la cabeza y se rió un poco.

“Desplegar a Schwarz Lanzenreiter para apoderarse de un solo planeta de la frontera sería una exageración. Quiero que te retires esta vez, Wittenfeld”.

Después de silenciar al reacio general, Reinhard dirigió su mirada a otro.

“¡Wahlen!”

“Si su Majestad.”

“Sus órdenes son las siguientes: tome su flota y diríjase al sistema solar Terran. Ahí, suprimirás la sede de la Iglesia de Terra”.

“¡Entendido!”

“Debes detener a su fundador y cualquier otro líder religioso que puedas encontrar. Luego los escoltarás de vuelta a la capital. En cuanto al resto, matalos por todo lo que me importa. Hagas lo que hagas, no pongas una mano sobre los que no están afiliados con la iglesia. No es que yo esperaría que algún no creyente estuviera dando vueltas en la Tierra”.

Si Boris Konev hubiera asistido al asiento más bajo del consejo imperial, habría aplaudido el perspicaz plan del emperador.

Wahlen se levantó de su asiento y se inclinó reverentemente ante el emperador.

“Estoy más que honrado de haber recibido esta gran responsabilidad. Tenga la seguridad de que destruiré a los insurgentes de la Iglesia de Terra, arrestaré a sus líderes y les haré comprender el verdadero significado de la santidad y la legalidad de Su Majestad”.

El emperador de cabellos dorados asintió, levantando levemente una mano para indicar el aplazamiento. El despacho a la Tierra estaba ahora en manos de los que estaban haciendo el verdadero trabajo duro.

Ninguna organización existe sin inconsistencias y conflictos internos, e incluso la recién nacida dinastía Lohengramm tuvo una carrera en su inventario cuando llegó a encabezar la seguridad doméstica tras el incidente de Kümmel.

Entre la fuerza de la policía militar y la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Doméstica, un antagonismo peligroso había estado haciendo olas. El comisionado de la policía militar, el almirante Kessler y el jefe de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Doméstica Lang, tenían un temperamento demasiado diferente para lograr cualquier tipo de acuerdo. El primero era un líder militar, el segundo un recién llegado sin logros de los que hablar. Pero Lang había sido jefe de la policía secreta desde que la antigua dinastía había estado en el poder, y como tal se había ganado su puesto como uno de los confidentes más cercanos del secretario de defensa Marshal von Oberstein. Además, la organización conocida como la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Doméstica era parte de la Oficina de Asuntos Internos. No había forma de que el Secretario del Interior Osmayer, cuyo trabajo consistía en supervisar la seguridad doméstica, fuera a ver cómo se infringía su propia autoridad y la burocracia establecida se desordenaba.

Por lo tanto, el secretario del Interior Osmayer y el comisionado de la policía militar Kessler mantuvieron una conexión tácita, lo que profundizó la oposición encubierta entre el secretario de Defensa von Oberstein y el jefe de la Oficina de Salvaguarda de Seguridad Nacional Lang.

Después de que el joven Emil trajera café y se retirara, el secretario de Defensa von Oberstein buscó una audiencia inmediata con el emperador. Aunque eso en sí mismo no era algo raro, von Oberstein tomó a Reinhard por sorpresa cuando le pidió a su soberano que pensara seriamente en el asunto del matrimonio. Por un momento, la expresión de Reinhard se volvió infantil, y luego una sonrisa amarga se dibujó en su rostro agraciado.

“El conde von Mariendorf dijo lo mismo. ¿Acaso es inusual que no tenga

un cónyuge realmente tan inusual? Tienes quince años más que yo. ¿No eres tú quien debería estar estableciéndose?”

“Nadie llorará la pérdida del nombre de Oberstein. Pero no así con la línea real de Lohengramm. Mientras la dinastía continúe defendiendo la justicia y la estabilidad, su gente pagará por su continuación con su propia sangre si es necesario, y les traerá mucha alegría si Su Majestad se case y produzca un heredero”.

Estos términos, establecidos por el bien del emperador, también tenían un valor real para Von Oberstein. Continuó:

“Pero una vez que el padre de la emperatriz y los hermanos mayores — es decir, los parientes maternos del heredero — se jacten en vano de su honor mediante la asociación, ejerciendo su autoridad como si fuera la suya propia, traerá un gran daño a la nación. A lo largo de la historia antigua, ha habido muchos casos de un emperador en la familia de su nueva esposa al casarse con ella, para golpear la raíz del mal antes de que brote. Sólo te pido que tengas eso en cuenta”.

Los ojos de Reinhard estaban llenos de brillantez azul hielo. Si cualquier otro subordinado que no fuera el secretario de defensa dijera lo que Von Oberstein acaba de decir, sin duda un rayo habría golpeado a esa persona. Pero la confianza entre ellos era tal que von Oberstein se tomaría tan en serio como él hablaba libremente.

“Si no me equivoco, parecería que te opones a que una persona en particular use la tiara de la emperatriz. Pero, ¿no crees que es un tema inadecuado para plantearlo antes de que una candidata única para emperatriz aún no se haya decidido?”

“Sé que es prematuro”.

“Entonces, ¿sería extremadamente incómodo si la emperatriz fuera segunda al emperador, hablando políticamente? ¿Es eso lo que estás pensando?”

Si von Reuentahl o Mittermeier estuvieran allí para presenciar esta

conversación, seguramente habrían estado en los bordes de sus asientos. Sabían de primera mano lo que se sentía como un blanco de las críticas mordaces de Reinhard.

Von Oberstein, por su parte, no se inmutó.

“Su Majestad discierne bien”.

“Pero si me caso, nacerá un niño”.

“Eso es algo bueno, por supuesto, porque garantizará sistemáticamente la continuación de la dinastía”.

Reinhard chasqueó la lengua bruscamente y le acarició el rostro juvenil. Esto le dio una idea, lo que le llevó a cambiar de tema.

“¿El conde von Mariendorf y su hija todavía están bajo arresto domiciliario?”

“Viendo que están directamente relacionados con el traidor von Kümmel, es solo una cuestión de curso. Si viviéramos bajo la Dinastía Goldenbaum, toda la familia ya habría sido ejecutada o desterrada”.

Reinhard pasó un dedo alrededor del colgante que colgaba de su cuello.

“En otras palabras, la Iglesia de Terra no solo tiene objetivos en mi vida, sino que también quiere quitarme a mi indispensable secretaria de Estado y al principal secretario imperial”. Las emociones privadas y la autoridad pública de Reinhard habían sido lo suficientemente heridas. “¡No veo ningún otro punto en mantenerlos bajo arresto domiciliario! A partir de mañana, el padre y la hija von Mariendorf serán liberados y reincorporados a sus capacidades oficiales completas”.

“Entendido.”

“Una cosa más. Prohíbo a nadie culpar a los von Mariendorf por este estúpido incidente. Cualquiera que intencionalmente vaya en contra de mi

prohibición en este asunto debe prepararse para ser castigado por insubordinación”.

Las intenciones absolutas del monarca se alzaban sobre la ley nacional y las emociones de la gente por igual. Von Oberstein inclinó profundamente la cabeza y aceptó la voluntad incontrovertible del joven emperador. Reinhard fijó su mirada azul hielo en Von Oberstein, y dio vuelta a su figura alta y elegante, su voz y expresión se extinguieron.

Cuando von Oberstein regresó a su oficina en el ministerio de defensa, un informe, enviado directamente desde la oficina del alto comisionado residente sin pasar por Lennenkamp, lo estaba esperando:

“El comisionado ha ordenado una intensificación de la vigilancia del mariscal Yang Wen-li. Hay razones para creer que Yang tiene conexiones cercanas con movimientos antigubernamentales dentro de la alianza”.

Al recibir el informe del director de la Oficina de Investigaciones del Ministerio de Defensa, el comodoro Anton Ferner, el secretario de defensa Mariscal von Oberstein entrecerró sus ojos artificiales.

“Las masas necesitan un héroe para unificarlas. Es natural que los extremistas y los fundamentalistas de la alianza idealizaran a Yang Wen-li. Sin él, no tienen ningún punto de reunión”.

“¿Lennenkamp? Me pregunto…”

“¿Crees que deberíamos dejar pasar esta diapositiva? Incluso si el Mariscal Yang no tiene intención de rebelarse en la actualidad, siempre que tenga a su disposición pinturas de colores primarios, en algún momento hará un lío del lienzo”.

A pesar de que Ferner había encontrado a Von Oberstein en un estado de ánimo sin corazón, veía al secretario de defensa como un activo invaluable que no había mostrado signos de erosión por la reciente ola de

acontecimientos. El secretario de defensa se volvió hacia su subordinado con indiferencia, sin mostrar malicia.

“Mantengámonos al margen por ahora. Lennenkamp lo odia especialmente cuando las personas se entrometen en su autoridad”.

“Sí, pero, Su Excelencia Secretario, si el Comisionado Lennenkamp es demasiado descuidado al tratar con el chico de oro de la alianza, el Mariscal Yang, la resistencia de la alianza de base contra el imperio podría simplemente ir de las manos. Cuanto más grande es el fuego, más difícil es apagarlo”.

La voz del comodoro Ferner tuvo la más mínima afectación de un actor que recitaba sus líneas. Esta vez, había algo más que indiferencia en el discernimiento de von Oberstein.

“He superado mi limite. Por favor, olvide que acabo de decir”.

Ahora que Ferner había reconocido su error, von Oberstein lo despidió con un gesto de su mano huesuda.

Ferner se fue con un arco. No pudo evitar adivinar los pensamientos más íntimos del secretario de Defensa.

¿Von Oberstein tenía algo planeado para el mariscal Yang? Al igual que enterrar un imán en la arena y encontrar pequeños trozos de metal, estaba reuniendo de manera encubierta a los partidarios antiimperiales de la alianza y a los fundamentalistas democráticos alrededor de Yang. ¿Y luego qué? ¿Cuál fue el pretexto para ejecutar Yang? ¿Fue para erradicar la angustia del futuro del imperio? ¿O fue para expandir la influencia de los fanáticos partidarios de Yang para provocar una ruptura en las fuerzas antiimperiales? Si lograba alentar el conflicto interno y destruirse mutuamente a ambos lados desde dentro, las manos del imperio permanecerían limpias en sus manos para el territorio de la alianza.

Pero, ¿se desarrollarán realmente las cosas como espera el secretario de Defensa? Ferner pensó para sí mismo.

En el ámbito del espacio de batalla, Yang Wen-li se destacó en interpretar al ingenioso general que podría conducir a un rincón a un genio militar como el Emperador Reinhard. Sin la flota ni los soldados, ¿Yang Wen-li, de hecho, se resignó a ser un ingrediente del plato del mariscal von Oberstein? ¿No siempre las ratas acorraladas se lanzan sobre los gatos que las persiguen? Si es así, entonces Lennenkamp estaba seguro de ser mordido primero. Una lástima trivial.

"En cualquier caso, esto será algo para ver. Si se hará la voluntad del secretario de defensa, si la paz actual vendrá para definir una era, o si esto es solo el ojo de la tormenta, la historia se encuentra en una encrucijada. Cada decisión a partir de este punto tendrá ramificaciones dramáticas".

Ferner acurrucó las comisuras de su boca en una sonrisa cínica. Como oficial del estado mayor del ex alto noble ejército, había conspirado para asesinar a Reinhard. No por animosidad, sino por fe a su posición. Esa fatídica noche, Reinhard le permitió actuar como su subordinado y, bajo von Oberstein, marcó principalmente logros en la planificación estratégica y la administración de oficinas. No era una persona de ambición sin ley, pero como espectador, claramente disfrutaba de la inquietud por la paz, porque poseía una extraña confianza de que, por su propia capacidad y dinamismo, podría sobrevivir a cualquier situación.

Von Oberstein se volvió hacia su oficina vacía con un brillo inorgánico en sus ojos.

Lo que le faltaba a un señor, sus sivientes tenían que compensarlo. Para von Oberstein, la dinastía Lohengramm y el emperador Reinhard constituyeron una obra por la que vale la pena apostar la vida. Era incomparable en rapidez y en la belleza de su tema, pero von Oberstein se mostró en desacuerdo con su durabilidad o falta de ella.

En un salón de la residencia Mariendorf, el conde y su hija estaban sentados en sofás, viendo pasar la lánguida danza del tiempo.

“No siento ninguna pena por Heinrich”, dijo Hilda a su padre. “Durante unos minutos, estuvo orgulloso en ese escenario como el actor principal en una producción de su propia creación. Tengo la sensación de que eligió ese lugar a propósito para verter su vida en una actuación final…”

“¿Actuación final, dices?”

La voz de su padre era inteligente, aunque carente de vitalidad.

“No creo que Heinrich tuviera ninguna intención de asesinar a Su Majestad. Dejando de lado por qué la Iglesia de Terra lo convenció de intentar un acto tan atroz, asumió la deshonra de ser llamado asesino solo por tener los últimos minutos de su vida”.

Pensándolo de esa manera solo aplacaría un poco la pena de su padre. Hilda sabía que su padre, que nunca había engendrado un hijo, siempre había sentido un cierto afecto por su débil sobrino. Pero ahora Hilda se preguntaba si sus propios pensamientos no habían llegado a la manga de la verdad. El barón Heinrich von Kümmel había rechazado una muerte gradual y había elegido reunir sus escasos ahorros de vida y quemar el polvo de su corta existencia en un destello de resplandor. Hilda no pudo ver esto como un gran acto. Por otra parte, probablemente no había otra manera para que Heinrich hubiera purificado la envidia violenta y los celos que sentía por Reinhard.

Hilda extendió la mano y levantó el timbre de la mesa, con la intención de pedirle un café a su mayordomo Hans. Pero Hans, de complexión clara y hombros anchos, apareció antes de que la campana hubiera emitido un sonido.

“Mi señora”, anunció el mayordomo en voz alta. “Hay una llamada de visofono para usted directamente desde el palacio imperial. El hombre en la pantalla se ha presentado como Von Streit, y le gustaría compartir algunas buenas noticias. Por favor, ven a la sala de visofono a la vez”.

Cuando Hilda devolvió la campana a la mesa, se levantó con el movimiento alegre de un niño. Hilda había estado esperando buenas noticias. El joven emperador de pelo dorado no podía expulsar a la cuenta del conde von Mariendorf y su hija de la corte para siempre. Ella tampoco podía ayudar, pero podía predecir que la corte imperial mostraría un lado de su espinosa corona, tarde o temprano.

Hilda tuvo que proteger a su padre ya ella para no darle a los perros de caza del secretario de defensa Marsical von Oberstein un rastro de olor para seguir.

“¿Realmente pensaron que me rendiría tan fácilmente?” Murmuró mientras se abría camino por el pasillo.

Hans miró por encima de su hombro con una mirada dudosa.

“¿Sucede algo, mi señora?”

“Oh, no es nada. Solo hablando conmigo misma”.

Incluso cuando dijo estas palabras, Hilda se sorprendió preguntándose si la típica mujer noble habría mantenido la boca cerrada. Ella golpeó su cabeza de cabello corto, rubio apagado ligeramente con su puño. ¿Por qué debería importarle cómo se comportaban otras mujeres en la corte? Era diferente a ella pensar en tales cosas.

II

Lo más feliz de todo sobre el Conde Franz von Mariendorf y Hilda después de que se levantara su arresto domiciliario fue el Mariscal Wolfgang Mittermeier.

“¿Quién es el maldito Von Oberstein que cree que es?”, Le dijo a su esposa, Evangeline. “Familias enteras que se declaran culpables de crímenes traidores, independientemente de la complicidad, son una costumbre obsoleta que terminó en el momento en que comenzó esta dinastía. No se me ocurre mejor candidato para la emperatriz que Hilda. Si los dos engendran un heredero, puedes estar seguro de que crecerá para ser un príncipe sagaz. ¿No sería eso algo?”

“Supongo, pero todo lo que importa al final es cómo se sienten el uno con el otro”.

Evangeline mantuvo la impertinencia de su esposo bajo control, girando su cabeza hacia un lado de la manera que a él le encantaba. A los veintiséis años, no tenía hijos, la inocencia que tenía cuando se casaron por primera vez casi completamente sin manchas. Como siempre, la forma en que manejó la casa tenía un ritmo musical que complacía a Mittermeier hasta el final.

“No tomé tu mano en matrimonio porque eras un oficial militar capaz con un futuro prometedor. Era por lo que eras, y aún eres, querido”.

“Si hubiera sabido eso, podría haber sido más suave cuando lo propuse. No sabía mucho en ese entonces…”

El timbre en la computadora de su casa indicaba un visitante. Evangeline dejó el salón con esa cadencia en su paso que tanto adoraba y pronto regresó para anunciar que el almirante von Reuentahl había venido a verlo.

Oskar von Reuentahl había visitado la residencia de Mittermeier con mucha menos frecuencia que la de Mittermeier, de modo que su presencia le dijo que algo grave estaba ocurriendo. Aunque veía a las familias y al matrimonio a través de las lentes oscuras de los prejuicios extremos, siempre se adhirió a la etiqueta al pisar el pie dentro de la casa de un amigo. También presentó un ramo de flores a la mujer de la casa por pura cortesía.

Cuando Evangeline Mittermeier colocó los jonquils de esa noche en un jarrón y trajo un plato de salchichas caseras y requesón para el invitado de

su marido, las Murallas Gemelas de la Armada Imperial ya estaban regando sus propias flores de conversación con vino.

Al no tener interés en estar al tanto de esta sesión de unión masculina, la Sra. Mittermeier dejó el plato y se fue con el nombre de “Trünicht” en su oreja.

“Un hombre como Job Trünicht seguramente pasará a la historia como un vendedor extraordinario”, dijo von Reuentahl con desdén.

“¿Vendedor, dices?”

“Sí. Primero, vendió la Alianza de Planetas Libres y su democracia al imperio. Y ahora, la iglesia de terra. Cada vez que lanza un nuevo producto, la historia cambia. Él está allí arriba con los mercaderes de Phezzanese”.

“Supongo que tienes razón. Él es un vendedor de primera categoría. Pero como comprador, deja mucho que desear. Solo compra desprecio y vigilancia”.

“¿Quién lo respetaría? Todo lo que hace es vender su propio personaje por la pieza”.

El secretario general del Cuartel General del Comando Supremo dio una sonrisa desagradable.

“Hablas correctamente, Mittermeier. Él no necesita el respeto o el amor de los demás para vivir. Sus tallos pueden ser gruesos, pero sus raíces son profundas. Es como una planta parasitaria”.

“Un parásito por cierto”.

Los dos generales famosos se quedaron en silencio sin razón aparente.

El antiguo comandante de la Fortaleza Iserlohn de las Fuerzas Armadas de la Alianza, el almirante Yang Wen-li, había sido muy consciente de la esclavitud de Trünicht a un miedo y odio que iba más allá de los límites del

sentido común. Aunque no tan serio, von Reuentahl y Mittermeier llegaron a la misma conclusión.

“No podemos simplemente descartarlo como un bastardo malo, tampoco. Está lejos de ser un hombre común, en el peor sentido. Solo tendremos que vigilarlo, de cualquier manera”.

En este punto, aunque no contribuía de manera insignificante al desarrollo de la Dinastía Lohengramm, cuando se trataba de falta de respeto y buena voluntad, no había nadie como Trünicht. Incluso el mariscal von Oberstein, aunque no era particularmente apreciado, al menos se había convertido en un objeto de reverencia. Pero Trünicht carecía por completo de popularidad. Los ecos de su legado corrompido todavía se estaban sintiendo en la Alianza de Planetas Libres, y es probable que lo estén por mucho tiempo.

Después de suprimir la capital de la alianza de Heinessen y enfrentar a Trünicht por primera vez, la actitud de Oskar von Reuentahl fue de extrema indiferencia, mientras los ojos de Wolfgang Mittermeier bailaban con una animosidad evidente. Por supuesto, Hilda no tuvo más remedio que tratar con Trünicht en lugar de los dos almirantes, pero era totalmente imposible mirar con agrado a cualquier político que vendiera su propio país y su gente a cambio de algo tan mezquino y fugaz como la seguridad personal.

Evangeline trajo parte de su pollo aspic casero, anunciando que el subordinado de Mittermeier, Karl Eduard Bayerlein, había venido a visitarlo. El valiente joven general apareció en la puerta, su habitual entusiasta yo.

“Excelencia, tenía algunos negocios cerca, así que espero que no le importe que pase por aquí. Además, me enteré de un extraño rumor”.

Bayerlein tenía un pie en la habitación, que ahora flotaba cinco centímetros sobre el piso. No esperaba que Von Reuentahl estuviera allí. Inquieto, improvisó un saludo formal.

“¿Qué tipo de rumor?”

“No es nada, en realidad, solo… No hay pruebas, así que no puedo decir con seguridad si es verdad”.

La presencia de Von Reuentahl pesaba mucho en el corazón del joven Bayerlein.

Mittermeier lo urgió con una sonrisa aparentemente amarga.

“No importa. Sólo dime.”

“Sí, Su Excelencia. Es algo que escuché de la alianza prisioneros de guerra”.

“¿Oh?”

“Están diciendo que el almirante Merkatz todavía está vivo”.

Antes de que Bayerlein cerrara la boca, el silencio entró y dio una vuelta por la habitación. Mittermeier y von Reuentahl apartaron la mirada de Bayerlein y se miraron entre sí, compartiendo los mismos sentimientos fuertes. Mittermeier lo verificó con su subordinado.

“¿ *Ese* Merkatz? ¿Estás diciendo que Wiliabard Joachim Merkatz no murió después de todo?”

Su uso del demostrativo *“ese”* , por supuesto, tenía un tono muy diferente al de cuando lo estaba aplicando a von Oberstein. Bayerlein se encogió de hombros.

“Solo puedo decirte que eso es lo que escuché”.

“Pero pensé que Merkatz fue asesinado en acción durante la Guerra de los Vermillion. ¿Quién sería tan irresponsable como para escupir en su tumba al difundir información errónea sobre él?”

“Como dije, es solo un rumor”.

El joven general bajó la voz. A su alrededor brotaban olas de arrepentimiento.

“No está fuera del ámbito de lo posible”, murmuró von Reuentahl, como si se liberara de las garras de un estereotipo fijo. “Sabemos que los restos nunca fueron identificados. No lo dejaría pasar para fingir su propia muerte”.

Mittermeier gimió.

Si Merkatz hubiera sobrevivido a la Guerra de Vermillion, el Imperio Galáctico exigiría su muerte. Como ex comandante en jefe de la Coalición de los Lores, Merkatz había contrariado a Reinhard. Después de eso, había desertado y desde entonces había negado cualquier relación con el joven soberano de cabello dorado.

“Pero es solo un rumor”.

A estas palabras, Mittermeier asintió.
“Tienes razón. Sería una tontería ir apuntando con el dedo en este punto. Dejemos que la Oficina de Seguridad de Savaguarda Doméstica descubra la verdad”.

“Si no hay nada más, supongo que iré…”

Bayerlein seguramente había querido usar el rumor como un pretexto para disfrutar de una pelea con el superior que tanto admiraba. La presencia de Von Reuentahl había trastornado ese plan. Sintiendo tanto, Mittermeier no hizo ningún esfuerzo por detenerlo más. Llenó sus copas y cambió de tema.

“Por cierto, escuché que has cambiado a las mujeres una vez más”.

Sosteniendo su vaso, el secretario general del Cuartel General del Comando Supremo curvó sus labios en una leve sonrisa.

“Si solo eso fuera solo un rumor, pero es cierto”.

“Quedan seducidos por otra zorra, ¿verdad?”

El hecho de que tales casos se hubieran vuelto cada vez más frecuentes era una de las razones por las que Mittermeier no podía criticar con demasiada fuerza los actos de fraude de su amigo.

“Estás lejos. Fui yo quien estaba al acecho”. Una luz mixta oscilaba en sus ojos heterocromáticos.

“La hice mía por mi propia autoridad y violencia. Me he vuelto más y más vicioso. Si no me arrepiento, no escucharé el final de esto por parte de von Oberstein y Lang”.

“No hables así. No es como tú.”

Había amargura en la voz de Mittermeier.

“Por supuesto…”

Von Reuentahl le sonrió a su amigo. Él asintió con la cabeza como si siguiera un consejo, luego remató su vaso con más vino.

“Entonces, ¿Cómo fue que realmente termino?”

“Para decirte la verdad, ella casi me mata.”

“¡¿Qué ?!”

“Acababa de llegar a casa y estaba caminando por la puerta cuando ella me atacó con un cuchillo. Aparentemente, ella había estado esperando varias horas por mi llegada. Normalmente, doy la bienvenida a una mujer hermosa que espera mi regreso.” Los reflejos de vino ondulante parpadearon en sus ojos desiguales. “Se presentó como Elfriede von Kohlrausch, y agregó que su propia madre era la sobrina del Duque Lichtenlade”.

“¡¿Un pariente del Duque Lichtenlade?!”

El joven almirante heterocromático asintió.

“Al oír eso, incluso yo estaba convencido. Ella tenía todas las razones para odiarme. En su mente, soy el enemigo jurado de su abuelo.”

Dos años antes, en 797 SE, año 488 del antiguo Calendario Imperial, el Imperio Galáctico había experimentado la agitación conocida como la Guerra de Lippstadt, cuando los líderes políticos y militares se habían dividido en dos facciones. Una confederación liderada por el duque von Braunschweig y el marqués von Littenheim trató de derrocar el eje representado por el primer ministro Duque Lichtenlade y el comandante supremo de la Armada Imperial Duque Reinhard von Lohengramm. Este eje, después de haber establecido a los viejos autoritarios y jóvenes ambiciosos no como amigos sino como fundamento de sus planes, enfureció a los nobles altos al monopolizar su autoridad.

Mientras que el almirante Merkatz, un veterano comandante de la Coalición de Señores, fue derrotado no solo por el ingenio de sus enemigos sino también por la indiferencia de sus compañeros, Reinhard regresó con la victoria en la mano. Su victoria, sin embargo, estaría acompañada de una tragedia. Cuando el arma de un asesino apuntada a él fue bloqueada por el cuerpo de Siegfried Kircheis, el joven de cabello dorado perdió más que un amigo, pero también su mejor mitad, y por un tiempo lo paralizó. Si lo hubiera sabido, el Duque Lichtenlade probablemente habría purgado a los jóvenes de la alianza de un solo golpe y habría tratado de capitalizar toda su autoridad. Los subordinados de Reinhard lo golpearon al golpe, enterrando a Duque Lichtenlade y su camarilla, asegurando así la autoridad de Reinhard.

Mittermeier negó con la cabeza.

“En lo que respecta a los enemigos, tú y yo no somos diferentes”.

“No, somos diferentes”, dijo von Reuentahl. “En ese momento, se apresuró al parlamento para robar el sello de estado. Y que hice Me presenté en la residencia privada del duque Lichtenlade para refrenar a ese anciano. Soy más el enemigo por estar directamente involucrado”.

Von Reuentahl recordó vívidamente esa noche de hace dos años. Cuando derribó la puerta de Lichtenlade con un grupo de soldados entrenados, la vieja figura de autoridad había estado leyendo en su elegante cama. El anciano había dejado caer su libro al suelo, sabiendo que estaba derrotado. Después de haber sido detenido por los soldados, von Reuentahl había dado vuelta el libro con el talón de su zapato militar y había leído las palabras en la portada: *Ideales Políticos.*

"Por cierto, fui yo quien ordenó la ejecución de ese anciano y de toda su familia. Razón de más para que ella se resienta conmigo."

"¿Ella siempre supo lo que había pasado?"

"No al principio. Ella lo hace ahora".

"Usted no…"

"Sí. Le dije."

Mittermeier dejó escapar un suspiro con la mitad superior de su cuerpo mientras agitaba su cabello color miel con una mano.

"¿Cuál fue el punto de hacer eso? ¿Por qué le dijiste esas cosas? ¿Te odias tanto?"

"Me dije lo mismo. Incluso yo sabía que era inútil. Sólo me golpeó después del hecho". Von Reuentahl vertió una pequeña cascada de vino en su garganta. "Me está destrozando por dentro, lo sé".

III

Elfriede se agitó en el sofá. La puerta de roble siempre verde se abrió, y el

maestro de la residencia von Reuentahl arrojó su alta sombra sobre el suelo. Con sus ojos desajustados, el hombre que había tomado la virginidad de Elfriede admiraba su cabello color crema y sus extremidades frescas.

“Estoy conmovido. Parece que no has huido después de todo”.

“No es como si hubiera hecho algo malo. ¿Por qué tendría que huir?”

“Eres un criminal que intentó asesinar al secretario general del cuartel general del Comando Supremo de la Armada Imperial. Podría haberte ejecutado en el acto. El hecho de que no te haya encadenado debería decirte que puedo ser un hombre benevolente”.

“No soy un criminal habitual como todos ustedes”.

Uno no podría herir el orgullo de un héroe veterano con tanto cinismo y salirse con la suya. El joven almirante con los ojos heterocromáticos dejó escapar una risa breve y burlona. Cerró la puerta detrás de él y se acercó lentamente. Su ferocidad y gracia estaban en perfecta armonía. Ignorando su intención, los ojos de la mujer fueron atraídos hacia él. Cuando ella llegó a sus sentidos, su muñeca derecha estaba firmemente en sus manos.

“Qué hermosa mano”, dijo, su aliento apestaba a alcohol. “Me han dicho que las manos de mi madre también eran hermosas, como si estuvieran talladas en el mejor marfil. Ella nunca usó esas manos para nadie más que para ella misma. La primera vez que recogió a su propio hijo, trató de apuñalarlo con un cuchillo. Esa fue la última vez que me tocó”.

Atrapada en la atractiva mirada de oro y plata de Von Reuentahl, Elfriede contuvo la respiración por un momento.

“¡Una pena! Incluso tu propia madre sabía que su hijo algún día cometería traición. Dejó a un lado sus sentimientos y tomó el asunto en sus propias manos. Si tan solo tuviera una onza de su valentía. ¡Que una madre tan espléndida pudiera dar a luz a un hijo tan indigno!”

“Con un pequeño ajuste, podríamos usar eso como tu epitafio”.

Von Reuentahl soltó la mano blanca de Elfriede y apartó el cabello castaño oscuro que colgaba sobre su frente. La sensación de su mano permaneció como un anillo caliente en la muñeca de la mujer. Von Reuentahl apoyó su alto cuerpo contra un tapiz de pared, sumido en sus pensamientos.

"Simplemente no entiendo. ¿Es tan terrible perder los privilegios que tenías hasta la generación de tu padre? No es como si tu padre o tu abuelo trabajaran para ganar esos privilegios. Todo lo que hicieron fue correr como niños".

Elfriede tragó su respuesta.

"¿Dónde está la justicia en ese estilo de vida? Los nobles son ladrones institucionalizados. ¿Nunca has notado eso? Si tomar algo por la fuerza es malo, entonces, ¿cómo es algo diferente tomar la autoridad heredada de uno?"

Von Reuentahl se levantó de la pared, con una expresión desinflada.

"Pensé que eras mejor que eso. Qué desvío. Vete, ahora mismo, y encuentra a un hombre más *"digno"* de ti. Algún imbécil que se aferra a una era pasada en la que su cómoda y pequeña vida habría sido garantizada por la autoridad y la ley. Pero antes de eso, tengo una cosa que decir".

El almirante heterocromático golpeó la pared con su puño, enunciando cada palabra.

"No hay nada más feo o más bajo en este mundo que ganar autoridad política independientemente de la capacidad o el talento. Incluso un acto de usurpación es infinitamente mejor. En ese caso, al menos uno hace un esfuerzo real para obtener esa autoridad, porque sabe que no era suyo para empezar".

Elfriede se quedó en el sofá, una tempestad sentada.

"Lo entiendo", ella escupió, su voz se llenó de un rayo de calor. "Solo eres

un rebelde hasta la médula, ¡¿no?! Si crees que tienes tanta habilidad y talento, ¿por qué no lo intentas tú mismo? Tarde o temprano, tu engreimiento te obligará a ir en contra de tu señor actual”.

Elfriede se quedó sin aliento y se hundió en el silencio. Von Reuentahl cambió su expresión. Con renovado interés, miró a esta mujer que había intentado matarlo. Pasaron unos segundos de silencio antes de que él hablara.

“El emperador es nueve años más joven que yo, y sin embargo, tiene todo el universo en sus propias manos. Puedo albergar animosidad hacia la familia real Goldenbaum y la noble élite, pero me falta la columna vertebral para derrocar a la propia dinastía. No hay manera de que pueda ser un rival para él”.

Cuando le dio la espalda a la mujer que luchaba por encontrar su réplica, von Reuentahl salió del salón con calma. Elfriede observó cómo su silueta de hombros anchos retrocedía, pero de repente se dio la vuelta, habiéndose encontrado a sí misma esperando que este hombre abominable mirara hacia atrás por encima del hombro. Su mirada se fijó en una pintura al óleo sin complicaciones y se mantuvo así durante diez segundos. Cuando finalmente miró hacia atrás, el amo de la casa se había ido. Elfriede no tenía idea de si von Reuentahl la había vuelto a mirar.

IV

Los VIP militares estaban movilizando activamente su despacho de la Tierra. Nadie en el gobierno imperial había dormido.

En el Ministerio de Arte y Cultura, bajo el mando directo del Dr. Seefeld, se realizó la compilación de *La Dinastía Goldenbaum: Una Completa Historia* . La línea Goldenbaum había sido efectivamente destruida, pero no sin dejar atrás una gran cantidad de datos acumulados bajo el nombre de secretos de

estado. La ardua tarea de examinar todo esto seguramente arrojaría luz sobre varias piezas de información que hasta ahora se consideraban extraoficiales o la materia de rumores, y la tarea del ministerio era garantizar que todos los detalles incriminatorios se preservaran para toda la posteridad.

El mariscal retirado de las Fuerzas Armadas de la Alianza Yang Wen-li tenía la voluntad de un historiador, pero desde la edad de quince años, cuando la muerte de su padre había sumido a la familia Yang en dificultades económicas, había pasado por la vida tropezando al borde de la realidad. Si hubiera podido ver a los investigadores del Ministerio imperial de Arte y Cultura peinándose diariamente a través de montañas de datos no divulgados, habría estado salivando con envidia.

El emperador Reinhard no hizo ninguna indicación de que el Ministerio de Arte y Cultura debía desenterrar pruebas especialmente condenatorias sobre la Dinastía Goldenbaum. No había necesidad. Sin importar la dinastía o el sistema de autoridad, las buenas acciones se valorizaron y se propagaron, mientras que las malas acciones se ocultaron. Por lo tanto, se garantizó que la información no divulgada contendría evidencia de malversación y mala conducta. Los investigadores se mantuvieron en silencio durante todo el proceso, pero seguramente encontraron oro en todas partes que cavaron mientras desenterraban carga tras carga de los delitos y escándalos de la Dinastía Goldenbaum.

Rudolf von Goldenbaum, que había fundado la dinastía Goldenbaum cinco siglos antes, estaba tan lejos de Reinhard como podría estarlo un gobernante. Era un enorme montón de justicia egoísta, invisible a los ojos de la fe. Logró el éxito como militar primero, como político segundo. Su aptitud física y mental era inmensa, pero al igual que un maestro de matemáticas de la escuela secundaria que reciclaba las mismas ecuaciones rudimentarias, nunca evolucionó más allá de la plantilla a la que se había acostumbrado. A aquellos que no compartieron sus pensamientos o valores, él respondió primero con un puño de hierro, y luego con las muchas muertes causadas por su impacto. ¿Cuántos historiadores fueron asesinados para mantener su imagen justa y virtuosa?

Reinhard no tenía interés en tales métodos.

Rudolf el Grande había sido un gigante literal, uno que dominaba a todos por su aire incomparablemente intimidante. Su sucesor más civilizado, Segismund I, era un tirano más capaz. Suprimió unilateralmente la insurrección republicana, al mismo tiempo que mantenía una administración gubernamental relativamente justa para aquellos "buenos ciudadanos" que los seguían. Él hábilmente utilizó una política de zanahoria y palo para reforzar la piedra angular del imperio establecido por su abuelo. Y mientras que el emperador de tercera generación, Richard I, que lo seguía amaba a las mujeres hermosas, la caza y la música más que el gobierno, nunca una vez sobrepasó sus límites como soberano. Vivió una vida cautelosa, recorriendo una delicada cuerda floja entre su voluntariosa emperatriz y sesenta concubinas, que ni una sola vez cayó al suelo.

El cuarto emperador, Ottfried I, era más decidido que su padre, pero tenía buena salud, era austero y prosaico. Para cualquiera que lo conociera, era un total aburrimiento. Parecía que su único objetivo en la vida era digerir un horario diario preciso con la menor variación posible. Su total falta de interés por la música, las bellas artes o la literatura le habían valido el apodo de "Earl Grey", ya que su vida era en verdad aburrida e incolora. Se dice que los únicos libros que leyó voluntariamente fueron las memorias del padre fundador Rudolf el Grande, junto con algunos volúmenes al azar sobre medicina casera. Era un conservador solemne que aborrecía cualquier tipo de cambio o reforma como un virus y se aferraba a los precedentes establecidos por Rudolf el Grande, a quien tanto admiraba.

Un día, por orden de su médico y nutricionista, Ottfried había terminado su almuerzo de verduras, productos lácteos y algas. Acababa de salir para su constitucional de quince minutos, justo a tiempo, cuando un mensaje urgente le informó que una explosión gigante en una base militar había dejado más de diez mil soldados muertos.

El emperador no pareció impresionado por la noticia.

“Este informe no estaba en la agenda de hoy”.
*(JuCaGoTo: Este se pasó de Vergas.)

Para él, el horario todopoderoso era una entidad inviolable — a pesar de que carecía de la creatividad y la capacidad de planificación para establecer uno por sí mismo.

Dichos deberes los dejó al secretario privado imperial, vizconde Eckhart, cuya responsabilidad y autoridad se acumularon como arena en un reloj de arena. Antes de que nadie lo supiera, Eckhart ocupó el doble de cargos de consejero privado y secretario general del palacio imperial, donde también se desempeñó como secretario del consejo imperial. Como incluso aquellos de poca comprensión podían ver, el ceniciento emperador se había convertido en nada más que un autómata barato que bailaba en la melodía que el vizconde Eckhart tocaba para él. Cuando el emperador murió, a nadie le importó lo suficiente como para conmemorar su vida de manera significativa.

El hijo de Ottfried, Kaspar, iba a convertirse en el quinto emperador del Imperio Galáctico. Como el príncipe imperial, mostró una inteligencia superior a la media, pero esos colores se desvanecieron a medida que maduraba. Es probable que escondiera su sabiduría como una forma de rebelarse contra las tendencias despóticas de Eckhart. “Si el difunto emperador era una prosa aburrida”, susurró a sus ministros superiores, “entonces nuestro soberano actual es una poesía igualmente aburrida”. De hecho, se parecía mucho más a su abuelo que a su padre, valorando las artes y la belleza por encima de todas las cosas. Solo que él era menos hábil para caminar por la cuerda floja que su abuelo había dejado sin deshilachar.

Lo que llamó la atención de la viuda de la emperatriz y los ministros principales fue la aparente falta de interés del príncipe heredero en el sexo opuesto. Favoreció particularmente un castrato del coro imperial. Castrados a una edad temprana, los castrati habían preservado durante mucho tiempo la tradición de los niños soprano y seguían siendo parte integral de los coros imperiales y eclesiásticos.

Incluso después de la coronación de Kaspar, se enamoró de un elegante

cantante de catorce años llamado Florian, que no prestó atención a ninguna de las propuestas de matrimonio que la viuda emperatriz le presentó, por muy atractiva que fuera la perspectiva.

Rudolf el Grande, quien masacró a los homosexuales en masa como contaminantes que de otra manera infectarían el futuro, ahora había producido un homosexual entre sus descendientes. Escuchen lo suficientemente atentamente, y casi se podrían escuchar sus gritos de indignación desde más allá de la tumba.

Mientras tanto, el verdadero poder político se mantuvo firmemente en manos de Eckhart. Habiendo ascendido al rango de conde, ahora era un hombre de influencia incomparable, medio en broma conocido como el “emperador de lazos”. Hizo del tesoro nacional su patio de recreo personal, donde arrojó el peso de un cuerpo corpulento sin Su virilidad. A medida que disminuyó su sentido de responsabilidad y capacidad como administrador político, su enfermedad por el poder continuó afectándolo. Intentó ofrecer a su propia hija como la nueva emperatriz, pero ahora se parecía más a su padre que nunca.

Eckhart se acercó al emperador con la esperanza de apartar a Florian de los ojos de su señor, pero aunque el emperador siempre había seguido su consejo en otros asuntos, no podía ser persuadido ni coaccionado en este caso. En el momento en que Eckhart entró en la Sala de las Rosas, fue asesinado por una pandilla al mando de un barón Risner. Risner, que siempre había detestado la tiranía de Eckhart, había recibido el consentimiento del emperador para ejecutar este “sirviente desleal”. Todo estaba muy bien, pero a raíz de esta perturbación, el emperador dejó una declaración escrita de abdicación en su trono y se fugó con Florian y un puñado de joyas arrancadas. Esto fue exactamente un año después de haber tomado el trono.

Tras 140 días de vacante, el hermano menor del antiguo emperador Ottfried, el archiduque Julius, recogió la corona abandonada. Los principales ministros imperiales, sin embargo, tenían sus ojos en su hijo más popular, Franz Otto.

En el momento de su coronación, el emperador Julius ya tenía setenta y seis años y gozaba de muy buena salud para su edad. Cinco días después de su entronización, había creado un harén de veinte hermosas concubinas, y un mes más tarde añadió veinte más.

Le correspondió al Príncipe heredero de mediana edad, el archiduque Franz Otto, satisfacer las necesidades de la política nacional, mientras que el emperador satisfacía las de su carne aún viril. Franz Otto corrigió gran parte de la corrupción de la era Eckhart, hizo cumplir la ley y redujo los impuestos ligeramente para los ciudadanos comunes. Los ministros principales confiaban en haber tomado la decisión correcta. Pero Julius I, a quien esperaban que expirara más temprano que tarde, se mantuvo firme en el trono hasta los ochenta años, luego a los noventa.

Al final, por un extraño giro del destino, cuando el emperador Julius tenía noventa y cinco años, el “príncipe heredero más antiguo de la historia humana”, Su Alteza el archiduque Francisco Otto, murió de enfermedad a los setenta y cuatro. Y debido a que todos los hijos del archiduque habían muerto jóvenes, su nieto Karl se convirtió en “tatarabuelo del trono imperial” a los veinticuatro años.

Karl solo tenía que esperar unos pocos años antes de ponerse la corona imperial, aunque para él parecía que el emperador podría vivir para siempre. Julius había sido un hombre viejo desde que Karl podía recordar. Todavía era un hombre mayor y seguiría siéndolo durante muchos años. ¿Esta “bolsa de huesos inmortales”, pensó, continuaría chupando la fuerza vital de las generaciones futuras, continuando incluso mientras continuaba marchitándose en ese ataúd incrustado de joyas al que llamó trono?

Karl no era un joven particularmente supersticioso, pero la superstición lo había hecho ver al emperador a través de lentes de miedo y odio ligeramente coloreados. En consecuencia, su malicia hacia el viejo emperador fue, a la margen de sus propias ambiciones, al menos cultivada en el fertilizante de la autoconservación. Toda esta especulación e impaciencia llevaron al primer parricidio en toda la historia del Imperio Galáctico.

El 6 de abril, año 144 del antiguo Calendario Imperial, un Julius de 96 años, estaba cenando con cinco de sus concubinas, cuya edad combinada aún no era suficiente para la vida del emperador. Después de devorar su carne de venado con el apetito de un adolescente, estaba terminando la comida con un poco de vino blanco frío cuando comenzó a jadear por aire. Vomitó su comida y, momentos después, murió en un espasmo de agonía, con un mantel de seda blanco todavía en la mano.

La repentina muerte del viejo emperador sorprendió a sus ministros superiores, menos por sospecha que por su propio alivio de que el anciano finalmente había perecido. En verdad, sus ministros, casi sin excepción, se aburrían de él. El archiduque Karl presidió un gran funeral, aunque sin emociones. Todos los ministros principales esperaban que el joven nuevo emperador implementara una nueva administración después de un período de duelo requerido. La gente no esperaba nada. Al carecer de cualquier autoridad política, hicieron lo mejor que pudieron, viviendo vidas de trabajo duro y placeres simples. Pero el 1 de mayo, día de la coronación, el público estaba tan asombrado como los ministros superiores cuando no era el Archiduque Karl, pero el segundo hijo del antiguo archiduque Franz Otto y el primo de Karl, Marques Sigismund von Brauner, aceptaron solemnemente la corona imperial.

Las razones detrás de la entronización de Segismund II fueron, por supuesto, nunca hechas públicas. Ahora, más de tres mil años después, los archivos finalmente revelaron la verdad detrás de este cambio de último minuto. Tras la repentina muerte del viejo emperador, las cinco concubinas que habían estado sentadas en su mesa fueron obligadas por el Archiduque Karl a seguir a su maestro a la tumba. Habiendo servido al viejo emperador tan fielmente como lo habían hecho, en este momento de crisis se asustaron, negándose a llevar sus deberes al próximo reinado. Por ese crimen, fueron sentenciados a suicidarse.

Las cinco concubinas estaban confinadas en una habitación ubicada en el palacio trasero, donde se vieron obligadas a beber veneno. Justo antes de tomar esa dosis fatal, una de las concubinas escribió la verdad con lápiz de labios en el interior de su brazalete y se la envió a su hermano mayor, un oficial de la brigada imperial. Al leer su mensaje, su hermano supo que el

archiduque Karl había cubierto el interior de la copa de vino de Julius con un veneno que, una vez absorbido por el revestimiento de su estómago, disminuyó rápidamente la capacidad de sus glóbulos rojos para absorber oxígeno. Karl había sobornado a su hermana menor, la concubina, para que fuera cómplice. El hermano decidió entonces y allí vengarse por la muerte de su hermana. Trajo la evidencia ante Sigismund, segundo en la fila para el trono. Sigismund estaba gratamente sorprendido de haber expulsado a Karl, y después de barajar las cosas dentro del palacio, logró que Karl renunciara a su sucesión al trono imperial. No pudo dar a conocer el hecho de que el emperador había sido envenenado por su propio bisnieto, por lo que realizó su propio pequeño golpe de Estado a puerta cerrada.

Después de ser confinado en el palacio, Karl fue trasladado a una institución mental en las afueras de la capital imperial. Allí, detrás de gruesos muros, fue tratado lo suficientemente bien como para vivir una larga vida, eclipsando a su bisabuelo al expirar a la edad de noventa y siete años. Al momento de su muerte, los reinados de Segismund II y Ottfried II habían pasado a la edad de Otto Heinz I. Ya no había nadie en la corte que recordara el nombre del anciano que no había tomado el trono más de setenta años antes. Entre la muerte de Karl en el año 217 del Calendario Imperial y la Batalla de Dagón que tomó la Alianza de Planetas Libres en 331, la Dinastía Goldenbaum vería a ocho emperadores más, dando lugar a sus propias historias en un espectro de bien y mal.

Mientras pasaba los ojos por encima de este informe provisional no oficial que le había presentado el Ministerio de Arte y Cultura, Reinhard se encontró a veces sonriendo burlón, y otros se detuvieron a pensar profundamente. A pesar de que carecía de la pasión de Yang Wen-li por la historia, aquellos con diseños sobre el futuro no podían llegar sin conocer los planos del pasado.

No es que se encontrara cada indicador en lo que ya había sucedido.

Reinhard no era alguien que siguiera el camino de otra persona.

Porque ahora, todos seguían a los suyos.

CAPÍTULO 05: CAOS, DESORDEN Y CONFUSIÓN

I

EN LA ÚLTIMA MITAD DEL 799 SE, en el primer año del Nuevo calendario Imperial, un cambio que nadie podría haber predicho con precisión, sucedió. La promulgación del Tratado de Bharat en mayo de ese año, junto con la coronación de Reinhard von Lohengramm en junio siguiente, se suponía que había puesto fin a dos siglos y medio de guerra e implementó un nuevo orden universal en su lugar. Y aunque era demasiado optimista para pensar que esto podría durar para siempre, el sentido común dictaba que la nueva dinastía se dedicaría por lo menos al establecimiento de un nuevo sistema, que la alianza estaría desprovista de poder vengativo, y que la próxima Pocos años serían relativamente pacíficos. Ni siquiera el emperador Reinhard y Yang Wen-li pudieron escapar de la gravedad del sentido común entre sus propios planes y los universos con los que soñaron.

En respuesta a las dudas del comodoro Ferner, el secretario de defensa de la Armada de guerra imperial mariscal von Oberstein afirmó que no había hecho nada más que leer estos acontecimientos repentinos y utilizarlos en su beneficio, como cualquier persona en su posición podría haberlo hecho.

“Es su elección si quiere creerme”, había dicho von Oberstein.

Una mención especial sobre el caos que se produjo en la segunda mitad del 799 SE, fue que aquellos que solo estaban involucrados de manera tangencial querían reclamarse a sí mismos como instigadores, mientras que

aquellos que habían sido más proactivos en su participación, a pesar de reconocerse como actores en una etapa intergaláctica, Negó sus roles como productores y dramaturgos.

Aquellos que creían incondicionalmente en un poder superior lo llamaron "la voluntad de Dios" o "un giro del destino" y se lanzaron como piedras en una casa de cristal de seguidores ciegos. Pero maldiciendo a los incrédulos como Yang Wen-li – "¡Si mi pensión de repente se multiplicara por diez, también podría creer en Dios!" – hizo las cosas más difíciles para ellos mismos al buscar respuestas dentro del rango de la razón humana. Cada vez que Yang hablaba de Dios, Frederica inconscientemente miraba a su esposo de manera diferente, incapaz de reprimir cierta inquietud por poner a Dios en la misma categoría que la inflación. La conclusión de Yang fue que todo era una coproducción entre un dramaturgo muerto y actores vivos. Pero si se le preguntara quién era ese dramaturgo, le habría costado dar una respuesta. En todo caso, podría haber dicho que era "un actor que se cree un dramaturgo". En otras palabras, Helmut Lennenkamp, el alto comisionado del Imperio Galáctico y el almirante principal.

Aunque fue Reinhard quien puso a Lennenkamp en esa posición, eso no significa que haya examinado la historia de la obra en su totalidad y se haya decidido por su elenco. Lennenkamp tenía treinta y seis años, solo cuatro años más que Yang, pero por lo que parecía no tenía más de veinte años.

Yang no era el tipo de quien hablaba de las dificultades del espacio de batalla y siempre había sido indiferente a la fortaleza que los corresponsales de guerra le atribuían tan vertiginoso. El almirante Steinmetz, quien una vez sufrió la derrota por su culpa, echó un vistazo a Yang, quien no parecía ser más que un estudiante infantil y flaco, y murmuró con decepción.

"¿Perdí contra *él* ?"

Por otra parte, Steinmetz sabía muy bien la locura de juzgar un libro por su portada y culpó a ese pensamiento de su parte por haberle conducido a su derrota en primer lugar.

Lennenkamp no pudo dejar de lado esta fijación. Según el artista almirante

Mecklinger, Walter von Schönkopf tuvo algunas palabras de elección sobre Lennenkamp:

“Entonces, él es un gran pez gordo, ¿verdad?”

Queda por verse si Lennenkamp era realmente un gran golpe.

Así fue como un rumor modesto e irresponsable se convirtió en una marea que cambió la historia.

Al adjuntar la frase “o eso que escucho” a la declaración “Merkatz aún está vivo”, comenzó todo empañando los recuerdos de una población nerviosa. Von Reuentahl y Mittermeier se rieron de la noción misma de la supervivencia de Merkatz por la misma razón.

Como lo grabó Ernest Mecklinger:

No nos tomó mucho tiempo confirmar la verdad de ese rumor. Sin embargo, queda por verificar una segunda verdad. A saber, quién hizo circular ese rumor en primer lugar, y por qué.

Al concluir que era solo una forma de pensamiento interminable del grupo, la manifestación de la adoración del héroe delirante, Mecklinger estuvo casi tentado a pensar que todo esto estaba destinado a ser. Por lo tanto, no vio razón para negar la veracidad de su efecto, incluso si la causa nació en el engaño:

El rumor ha creado la realidad. O eso, o un público inconsciente han interferido con el paso del tiempo al cavar sus talones en un pasado que simplemente no puede dejar de lado.

Mecklinger estaba ejercitándose con moderación al ponerlo como lo hizo él.

En cualquier caso, este rumor, que desde junio había flotado alrededor de innumerables labios como materia oscura, se cristalizó en algo aún más

oscuro el 16 de julio cuando, en el sector de Lesavik, se secuestraron las más de quinientas naves de la alianza que supuestamente estaban siendo retiradas y desmanteladas.

El responsable de llevar a cabo esta operación era el almirante Mascagni, que podría haber fingido ignorancia si solo se hubieran incautado las naves. Pero el hecho de que cuatro mil de sus hombres hubieran desaparecido junto con los secuestradores no era algo que pudiera atribuirse a la ilusión.

Durante una audiencia en la sede operativa conjunta, todo su ser rebosaba de sudor y excusas.

“En pleno cumplimiento del Tratado de Bharat, estábamos en medio de la demolición de nuestras naves de guerra y transportadores abandonados, cuando de repente, más de quinientas naves de afiliación desconocida aparecieron…”

Este número era, por supuesto, una exageración, aunque algunos de sus hombres inflaron ese número a cinco mil naves, por lo que el testimonio de Mascagni se consideró relativamente objetivo. Continuando con su testimonio “objetivo”, Mascagni dijo que los intrusos, después de hacer una gran entrada, habían enviado una transmisión aparentemente creíble ofreciendo su asistencia. Ahora que la guerra había terminado, no veía ninguna razón para temer el engaño del enemigo, y las naves, que ahora veía, eran indudablemente de la fuerza de las Fuerzas Armadas de la Alianza, por lo que les dio la bienvenida con total seguridad de que nada iba a salir mal. Pero en el momento en que les dio la bienvenida a bordo, las naves de guerra fueron arrebatadas de ellos a punta de pistola. La nave insignia de trabajo, es decir — el propio almirante Mascagni — fue tomado como rehén, mientras que las otras naves estaban incapacitados para hacer algo. Además, esta “banda de ladrones” se anunció como un grupo de luchadores por la libertad que se oponen a la autocracia imperial. Ellos reclamaron un objetivo común y le pidieron a cualquiera que se uniera a su causa que bajara los brazos y los siguiera, de los cuales cuatro mil hombres de Mascagni, hartos de su suerte, terminaron haciendo eso.

Naturalmente, la gente estaba interesada en quién estaba detrás de todo esto. Varias teorías sin fundamento sugirieron al almirante Merkatz como el culpable.

Si es verdad, entonces la desaparición de Merkatz después de la Guerra de Vermillion seguramente fue orquestada bajo la batuta de Yang Wen-li.

Sólo esta parte del rumor era más correcta en la práctica que en teoría. Yang vio el valor en eso en el momento en que lo escuchó.

II

¿Yang Wen-li no había anticipado el efecto dominó de la circulación de un rumor tan peligroso? No es que pudiera haberlo detenido incluso si lo hubiera anticipado. Yang nunca había considerado sacar a la Armada Imperial utilizando a Merkatz como un chivo expiatorio, ya que tal estrategia hubiera sido demasiado arriesgada para todos los involucrados. Dicho esto, tampoco podría asumir una falta de afiliación una vez que liberó a Merkatz. Quizás fue ingenuo por su parte negar el potencial de un solo rumor. En cualquier caso, él no era ni todopoderoso ni omnipotente, y era todo lo que podía hacer para seguir el rastro de los acontecimientos con la esperanza de que algún día encontrara un desvío significativo de los suyos.

Como lo dijo la señora Caselnes a Frederica:

“Yang era tan joven que se ha elevado a un rango tan alto en tan poco tiempo, pero todo se debe a la guerra. Ahora que estamos en un momento de paz, no tiene nada que hacer. Tienes que admitir que Yang nunca se ha visto más contento que ahora”.

Frederica estuvo de acuerdo. Seguramente, Yang nunca se había

considerado a sí mismo como uno de la élite, y la élite tampoco consideraba a Yang como uno de ellos. Y, sin embargo, a pesar de su falta de influencia política y sus intenciones autoritarias, Yang se había ganado su posición a través de una extraña aptitud en el fragor de la batalla y la serie de elogios nacidos de esa aptitud.

La élite era un grupo exclusivo de personas que compartían una conciencia tan profunda de sí mismos como líderes honestos y una implacabilidad hacia la distribución de privilegios que, incluso si su puerta hubiera estado abierta para él, Yang no se habría preocupado de atravesarlo. ¿Cuál sería el punto de entrar en una cueva de lobos que lo vieron como nada más que una oveja entrometida?

Yang siempre había sido un hereje. Ya sea en la Academia de Oficiales, en el ejército o en el panteón nacional de autoridad, prefirió sentarse en la esquina, metiendo la nariz en un libro favorito mientras deja que la justa causa de una arrogante ortodoxia en el centro del poder de la alianza fluya en una oreja y salga por la otra. Y cuando ese hereje distante los sobresaltó a todos por sus grandes logros, la ortodoxia lo elogió incluso mientras se maldijeron a sí mismos por tener que tratarlo tan cortésmente.

Solo se puede imaginar cuánto incurrió esto en la ira y animosidad de la elite. Yang estaba más que vagamente consciente de sus frustraciones. También sabía lo ridículo que era desperdiciar su consideración, y se lo quitó de la cabeza.

La ortodoxia habló de excluir a Yang de sus filas más por instinto que por intelecto. Aunque era un militar, Yang rechazó el significado de todas las guerras, incluso, si no especialmente, aquellas en las que había estado involucrado. También negó la majestuosidad de la nación y vio que la razón de ser del ejército no era proteger a los ciudadanos, sino proteger — los derechos especiales — de las figuras de autoridad que habían parasitado a la nación. No había forma de que permitieran que un provocador de nacimiento, como Yang Wen-li, entrara en su círculo más íntimo. Incluso intentaron someter a Yang a una paliza política en una audiencia por encima de la ley, pero en un ataque de pánico terminó por tener que enviar a Yang directamente desde la sala del tribunal al espacio de batalla para luchar

contra la invasión masiva de la Marina Imperial al Corredor Iserlohn. Al final resultó que, el único hombre que detestaban sobre todo era el único que podía salvarlos.

Le confirieron el rango de mariscal, convirtiéndolo en el más joven en llevar esa insignia en la historia de las Fuerzas Armadas de la Alianza, y le otorgaron suficientes medallas para pesar por kilo. Y aún así, ese hereje insolente tuvo el descaro de darles no tanto como un agradecimiento por todos los elogios que le dieron abiertamente. Cualquier otra persona en su posición habría inclinado su cabeza con deferencia, se habría arrastrado y hubiera pedido que se le permitiera entrar en sus filas, pero Yang metió sus medallas sagradas en una caja de madera y las arrojó al sótano, fuera de la vista y fuera de la mente. También se saltó funciones importantes, prefiriendo ir a pescar en lugar de debatir la asignación de privilegios que vio como arbitrarios en el mejor de los casos. Para ellos, las cosas más preciosas en este mundo eran obligar a otros a someterse, apropiándose abiertamente de los impuestos de la población y creando leyes que garantizaban el beneficio personal. Yang, por otro lado, descartó esas cosas tan casualmente como podría hacerlo con guijarros a un lado de la carretera. Un hereje intolerable, por cierto.

La falta de interés de Yang en tratar de tomar el poder por la fuerza militar se debió en última instancia al hecho de que no le daba ningún valor a la autoridad. Fue su desprecio por aquellos que deseaban poder — por su sentido de los valores, su forma de vida, su propia existencia — lo que lo hizo sonreír con desprecio.

Las personas en altos cargos de poder no podían dejar de despreciar a Yang Wen-li, ya que afirmar la forma de vida de Yang era negar la suya propia. Uno solo puede imaginar las profundidades de su indignación por su relación paradójica con Yang.

Habían estado esperando una oportunidad para derribarlo del asiento de su héroe nacional y arrojarlo a un pozo sin fondo. Pero ni siquiera esa era una opción mientras el Imperio Galáctico representara una amenaza para su propia ascendencia. El Imperio Galáctico continuó prosperando, incluso si su importancia había cambiado. Lo que una vez fue una nación enemiga se

había convertido en un gobernante soberano. ¿Acaso la estrella brillante de la élite, Job Trünicht, no se entregó al imperio a cambio de una vida cómoda? ¿Estaban ellos, quizás, resentidos por haber tomado la salida fácil, dejándolos toser por el polvo que había dejado en su estela? Aunque su discurso de la marca de fuego había salvado a millones de soldados de una muerte segura, una de las alegrías de su poder era gastar las vidas de sus ciudadanos como productos baratos. Cualquier persona engañada por un embrollo como el de Trünicht era un tonto. Había vendido la independencia y los principios democráticos de la alianza al imperio para el cambio de bolsillo de la seguridad personal. Pero, ¿no habían vendido también a Yang Wen-li, que había hecho que la Armada Imperial comiera su propio pie en numerosas ocasiones, a cambio de su propia seguridad? En cualquier caso, la alianza ya no existía. Ver a la nación como indestructible era un ideal en el que solo creían patriotas sin sentido. Ellos, sin embargo, sabían la verdad, y era todo lo que podían hacer para aferrarse a sus activos, esperando la oportunidad de saltar a otro que no se hundiera.

Por lo tanto, algunos “comerciantes” desvergonzados tenían la intención de vender la mercancía conocida como Yang Wen-li al imperio. Varias piezas de información anónima a tal efecto habían sido enviadas al alto comisionado imperial, el almirante superior Helmut Lennenkamp. Su contenido era prácticamente idéntico.

“Yang Wen-li mintió sobre la muerte del almirante Merkatz y lo ayudó a escapar para prepararse para una futura revuelta contra el imperio, momento en el que el mismo Yang reunirá a sus soldados para levantarse de nuevo”.

“Yang planea movilizar a los antiimperialistas y extremistas dentro de la alianza bajo la bandera de la revolución”.

“Yang es un enemigo del imperio, un destructor de la paz y el orden. Él será el señor de la alianza como un tirano, invadirá el imperio y tratará de aplastar todo el universo bajo su bota militar”.

El capitán Ratzel, quien supervisó la vigilancia de Yang, le presentó a Lennenkamp esta información anónima dentro del edificio que era un hotel convertido en oficina del comisionado. El comisionado observó con calma

cómo la expresión de Ratzel cambiaba de asombro a enojo mientras leía la información.

“Si esta información es correcta, capitán, entonces debo decir que la red de su red de vigilancia no es lo suficientemente estrecha”.

“Pero, Su Excelencia”, dijo el Capitán Ratzel, reuniendo fortaleza contra el ex enemigo general, “posiblemente no puede tomarse nada de esto en serio. Si el almirante Yang tenía inclinaciones para ser un dictador, ¿por qué esperaría hasta un momento tan difícil como este cuando tenía muchas oportunidades de tomar ese poder antes?”

Lennenkamp no respondió.

“Para empezar, puede estar seguro de que el almirante Yang ha rescatado a estos informantes del peligro. Y por mucho que haya cambiado la situación política, no se puede confiar en aquellos que le darían la espalda a aquellos en quienes están más endeudados. Si y cuando, como ellos mismos afirman, el Almirante Yang monopoliza el poder como dictador, puede estar seguro de que cambiarán los colores de su bandera al mismo tiempo y se postrarán a sus pies. ¿De verdad va a dar crédito a una calumnia tan desvergonzada, Su Excelencia?”

Mientras Lennenkamp escuchaba, una expresión desagradable surgió en su cara de otra manera en blanco. Él asintió en silencio y despidió al capitán.

Ratzel nunca había entendido el estado mental de su superior.

No fue que Lennenkamp creyó esta información anónima. Era que él quería creerlo. Rechazando la advertencia de Ratzel, él aconsejó al gobierno de la alianza que retirara al mariscal Yang Wen-li arrestado por cargos de violar la Ley de Insurrección. El 20 de julio, se dio una orden simultánea a la unidad de granaderos armados afiliados a la oficina del comisionado para que estuviera en espera. El caos, Parte II, había comenzado.

Un lazo invisible había sido colocado alrededor del cuello de Yang. El frenético pensamiento de los líderes de la alianza y Lennenkamp nunca se compararía con la previsión y precaución estables de Yang. Al final, mientras Yang estuviera respirando, siempre sería un obstáculo que tendrían que evitar. Para evitar eso, Yang tendría que inclinarse ante las autoridades o perder ante Lennenkamp en el espacio de batalla. Lo primero no era algo de lo que Yang era incapaz, mientras que lo segundo no era algo que pudiera ser arrastrado corriente arriba del pasado y corregido.

Udo Dieter Hummel fue jefe de personal del alto comisionado imperial.

Lo que Hummel carecía de pensamiento creativo lo compensó con su inclinación por tratar con la ley y los asuntos administrativos de manera eficiente y en orden. Debido a su diligencia, para Lennenkamp era un asistente sumamente satisfactorio y, en cualquier caso, los tipos demasiado creativos con menos de medio corazón para cualquier otra cosa que no fueran sus propias creaciones eran un peligro innecesario en una administración ocupada por el ejército.

Sin embargo, hubo cosas tales como formalidades en este mundo, y la Alianza de Planetas Libres fue una nación independiente fundada en esas formalidades. Lennenkamp no era un gobernador general colonial. Su jurisdicción fue solo hasta donde el Tratado de Bharat especificó. La asistencia de Hummel fue indispensable para permitirle aprovechar al máximo su poder dentro del alcance que se le asignó.

Hummel también había estado llevando a cabo un deber más importante entre bambalinas: a saber, informar cada una de las palabras y hechos de Lennenkamp al Secretario de Defensa von Oberstein.

En la noche del vigésimo día, Lennenkamp llamó a Hummel a su oficina para una de sus reuniones habituales.

“Al ver que el mariscal Yang no es un sujeto del imperio, será castigado de acuerdo con las leyes de la alianza”.

“Lo sé, la Ley de Insurrección”.

“Pero eso nunca volará. Yang ayudó al almirante Merkatz a escapar antes de que el Tratado de Bharat y la Ley de Insurrección se pusieran en práctica. No podemos simplemente aplicar la ley de manera retroactiva. Lo que iba a sugerir es la Ley de Base de Defensa Nacional de la alianza”.

Tan pronto como asumió su nuevo cargo, Hummel repasó las diversas leyes y ordenanzas del gobierno de la alianza con la esperanza de encontrar una laguna legal para atrapar a Yang de una vez por todas.

“Cuando el mariscal Yang ayudó al almirante Merkatz a escapar”, continuó Hummel, “su suministro de naves militares equivalía a un abuso de su autoridad sobre los recursos nacionales. Bajo la ley normal, sería posible acusarlo de mala conducta. Es culpable de un crimen mucho mayor que la violación de la Ley de Insurrección”.

“Entiendo.”

Lennenkamp sonrió, con la boca rígida bajo su espléndido bigote. Quería cualquier excusa posible para ejecutar a Yang Wen-li solo porque era considerado por la nueva dinastía y su emperador como el enemigo público número uno, no porque quería disipar algunos rencores personales de derrota. Quería dejar eso en claro, para no ser mal entendido.

Yang Wen-li era famoso por su invencibilidad, su juventud y su virtud aparentemente inherente. Si se lo acusa de cometer un delito simplemente por pisar el artículo 3, el renombre de Yang también se verá empañado.

El secretario privado de Lennenkamp apareció y saludó.

“Su Excelencia Comisionado, hay un FTL que viene del secretario de defensa”.

“¿El secretario de defensa? Ah, Von Oberstein, quieres decir “, dijo Lennenkamp, algo forzado, y con una cadencia sin alegría en su paso se dirigió a la sala de comunicaciones especial.

La imagen estaba ligeramente borrosa, transmitiéndose desde diez mil años luz de distancia. No le importaba a Lennenkamp. El rostro pálido de Von Oberstein y los ojos artificiales extrañamente destellantes no despertaron fascinación en aquellos que no estaban interesados en la estética.

El secretario de defensa se dirigió al grano.

“Por lo que he oído, ha ordenado al gobierno de la alianza que ejecute a Yang Wen-li. ¿Es esta tu forma de buscar la venganza por perder contra él en la batalla?”

Lennenkamp se puso blanco de ira y humillación. El golpe en su corazón fue tan profundo que no se molestó en preguntar si eso era lo que todos habían dicho.

“Les puedo asegurar que esto no es un asunto personal. Mi recomendación al gobierno de la alianza para que ejecute a Yang Wen-li no es más que un intento de abrir un camino hacia un futuro mejor por el bien del imperio y Su Majestad el Emperador. Decir que estoy tratando de resolver un rencor sería una mala interpretación”.

“Solo asegurándonos de que estemos en la misma página. No hay necesidad de hacer todo el trabajo”.

No había ninguna burla en el tono profesional de Von Oberstein. Lennenkamp, sin embargo, recogió vibraciones negativas detrás de él. La boca del secretario de Defensa se abrió y cerró lentamente en la pantalla.

“Permítame decirle cómo deshacerse de Yang Wen-li y Merkatz a la vez. Si, por tu propia mano, logras, como lo pones, abrir un camino hacia un futuro mejor para el imperio, tu logro superará los de los comisarios Von Reuentahl y Mittermeier”.

Lennenkamp estaba disgustado. No le gustaba que Von Oberstein estuviera agitando su espíritu competitivo, o que no pudiera dejar de aprobar su resultado.

“Por todos los medios, entonces, dame tus instrucciones”.

Después de una corta pero profunda guerra civil psicológica, Lennenkamp había cedido.

“No hay necesidad de maniobras complejas”, dijo el secretario de Defensa.

Sin sensación de triunfo. “Incluso sabiendo que no tienes ese privilegio, exigirás que la alianza te entregue el Almirante Yang. Luego, anunciará oficialmente que se lo llevará al continente imperial. Una vez que lo hayas hecho, Merkatz y su camarilla saldrán de su escondite para rescatar al héroe con quien están tan endeudados. Ahí es cuando golpeas”.

“¿De verdad crees que será tan fácil?”

“Sólo hay una manera de averiguarlo. Incluso si Merkatz no se muestra a sí mismo, el almirante Yang todavía estará bajo nuestro control. Dependerá de nosotros si él vive o muere”.

Lennenkamp estaba en silencio.

“Si vamos a incitar a los antiimperialistas dentro de la alianza, lo primero que tenemos que hacer es arrestar a Yang Wen-li a pesar de su inocencia. Eso será suficiente para enviar a sus simpatizantes en un alboroto. A veces hay que combatir el fuego con fuego”.

“Si pudiera preguntarle una cosa, secretario. ¿Sabe Su Majestad el Emperador Reinhard de esto?”

Una expresión cuestionable apareció en la pálida cara de von Oberstein.

“Me pregunto. Si te preocupa tanto, ¿por qué no le preguntas tú mismo? Mira lo que piensa Su Majestad de tus intenciones de matar a Yang Wen-li”.

Por supuesto, Lennenkamp no podía hablar de tales cosas con el Emperador Reinhard. Algo por lo que luchaba por comprender era cómo el joven emperador podía tener a Yang Wen-li en tan alta estima. O tal vez el

emperador simplemente odiaba más a Lennenkamp.

Pero ya era demasiado tarde para que Lennenkamp saliera de la carrera. Si dejaba de nadar, se hundiría hasta el fondo. Tarde o temprano, la alianza tendría que estar completamente subyugada. Por lo tanto, salvaguardar el orden universal lo antes posible era de suma importancia. Debido a que Yang era un personaje tan peligroso, tuvo que ser eliminado a toda costa. Y si Lennenkamp pudiera lograr un logro tan grande, podría tener cualquier posición que quisiera, superando las posiciones limitadas que von Reuentahl y Mittermeier habían ocupado durante la mayor parte de sus carreras. Mariscal imperial, director de la Armada Imperial, ¿y quién sabía qué más…?

Después de finalizar la transmisión, von Oberstein miró inexpresivamente la pantalla opaca.

“Hay que cebar a un perro con comida para perros, un gato con comida para gatos”. El comodoro Ferner se aclaró la garganta.

“Pero el comisionado Lennenkamp puede no tener éxito. Si él falla, todo el gobierno de la alianza estará del lado del Almirante Yang y se unirá como una demostración de resistencia contra el imperio. ¿Es eso lo que quieres?”

Von Oberstein no se inmutó por los recelos de Ferner.

“Si Lennenkamp no sigue adelante, que así sea. Alguien más tendrá que cumplir ese deber en su lugar. El que despeja el camino y el que lo pavimenta no tiene por qué ser el mismo”.

Entiendo, pensó Ferner. *Cualquier daño que llegue a un representante imperial será una clara violación del tratado y servirá de excusa para movilizar a sus tropas una vez más en una conquista total*. ¿Intentó el secretario de defensa conquistar la alianza de una vez por todas, como chivo expiatorio no solo del almirante Yang sino también de Lennenkamp?

“Pero, su Excelencia Secretario, ¿no cree que es demasiado temprano para asumir la alianza?”

“Si simplemente vamos a retroceder desde nuestro objetivo y no hacemos nada, entonces será mejor que propongamos un mejor plan de respaldo”.

“Ciertamente.”

“No podemos permitir que Lennenkamp se convierta en mariscal mientras él vive. Es, sin embargo, un honor para el que está calificado póstumamente. Estar vivo no es la única manera de servir a la nación”.

A Ferner no le sorprendió estar al tanto de tales sentimientos. Quizás Von Oberstein estaba en lo cierto al estimar a Lennenkamp. No solo en este caso, sino en la mayoría de los demás, von Oberstein habló en voz alta. Por otra parte, Ferner se oponía a pensar en los seres humanos como meras variables en las ecuaciones de los demás. ¿Y qué pasaría si von Oberstein se encontrara en la posición de Lennenkamp? ¿El secretario de Defensa nunca había considerado esa posibilidad? Pero Ferner no estaba obligado a expresar tales preocupaciones.

III

Al recibir el “consejo” de Lennenkamp, el presidente del Consejo Superior de la alianza, João Lebello, se encontró en una situación difícil. No fue necesario decir que este fue un gran pretexto imperial, y no podía simplemente ignorar el hecho de que Yang fue la causa de ello.

“Yang se cree un héroe nacional. ¿No bajaría la guardia la luz de la existencia de nuestra nación?”

Lebello era sospechoso. Si solo Yang hubiera escuchado, sin duda se habría aburrido y perdido la voluntad de rebelarse. Pero, visto solo desde la circunferencia exterior de la situación, tales sospechas como las de Lebello no fueron sorprendentes. Desde la perspectiva de la sociedad en general,

cualquier hombre lo suficientemente ingenuo como para tirar un asiento de la más alta autoridad a una edad tan joven para la vida de un pensionista no era más que un degenerado. Era más convincente suponer que estaba escondido en algún rincón oscuro de la sociedad, trabajando en algo más grande de lo que cualquiera podría imaginar.

Yang había subestimado su propia imagen falsa. Aquellos que fueron mordidos por el bicho de la adoración del héroe eran propensos a la hipérbole, hasta el punto de creer que Yang estaba dictando los planes futuros de un milenio para la nación y la humanidad en general en su sueño. Incluso Yang, dependiendo de su estado de ánimo, era propenso a tal retórica:

"Hay guerreros con visión de futuro en el mundo. Lo sé por seguro. No duermo negligentemente, pero estoy pensando profundamente en el futuro de la humanidad".

Y debido a que se sabía que soltaba esas cosas, aquellos que no sacaron el sarcasmo fuera de contexto pulieron aún más la falsa imagen de Yang. Sin embargo, cada vez que Julian Mintz escuchaba a Yang hablar así, simplemente lo ignoraba:

"Entonces permítame hacer una predicción sobre el futuro del almirante. A las siete en punto de esta noche, tendrás una botella de vino para la cena".

Cuando Lebello vio las cosas, se vio obligado a elegir entre incurrir en la ira del imperio protegiendo a Yang, arriesgando así la existencia misma de la alianza, o sacrificando a Yang solo para salvar la alianza. Si hubiera sido un hombre más audaz, podría haber apelado a las coerciones de Lennenkamp, aunque solo fuera para ganar más tiempo. Lebello se había convencido a sí mismo de que las intenciones del comisionado eran las intenciones del emperador. Y aunque generalmente expresó sus conclusiones después de una gran agitación mental, decidió invitar a su amigo Huang Rui, que había dejado el servicio del gobierno, a compartir esa agitación en progreso.

"¿Arrestar al almirante Yang? ¿Vas en serio?"

Huang Rui casi le pregunta a Lebello si está loco.

"Entiéndeme. No, debes entender. No debemos dar ninguna excusa a la Armada Imperial. Incluso si Yang es un héroe nacional, si pone en peligro la paz de nuestra buena nación, me veré obligado a ejecutarlo".

"Pero eso va en contra de toda razón. Si bien puede ser cierto que el mariscal Yang ayudó a la fuga del almirante Merkatz, el Tratado de Bharat y la Ley de Insurrección aún no se habían puesto en práctica. Cualquier aplicación retroactiva de la ley está prohibida por la constitución de la alianza".

"No si Yang alentó a Merkatz a secuestrar esos barcos, en cuyo caso se habría producido *después* de que se pusiera en práctica el tratado. No hay ninguna necesidad de aplicar la ley de manera retroactiva".

"Pero ¿dónde está la prueba? Digamos que Yang lo aceptó. Dudo que sus subordinados hagan lo mismo. Incluso podrían tomar el asunto en sus propias manos para rescatar al mariscal Yang por la fuerza. No, eso es precisamente lo que pasaría. ¿Y qué planeas hacer cuando estallan las luchas internas dentro de las Fuerzas Armadas de la Alianza como lo hizo hace dos años?"

"En ese caso, también tendré que ejecutarlos. No es como si estuvieran en deuda con el mariscal Yang de ninguna manera. Su lugar es proteger el destino de la nación a toda costa, no solo Yang".

"Me pregunto si estarían de acuerdo con eso. Sé que no lo haría. Y otra cosa, Lebello— me inquieta pensar cuáles son realmente las intenciones de la Armada Imperial y qué podrían estar planeando. Tal vez están esperando que nosotros despertemos a los subordinados del Almirante Yang y provoquemos disturbios civiles. Eso les daría todas las excusas para intervenir. No es que alguna vez hagan lo que se les dice de todos modos".

Lebello asintió, pero no pudo pensar en un mejor plan para rescatar a su nación del peligro.

Si se le pedía que personificara la existencia cuestionable del destino, Lebello estaba convencido de que sus miembros se sacudirían mientras su sistema nervioso central luchaba por controlarse. En cualquier caso, la situación se agravaba rápidamente.

Al día siguiente, el veintiuno, el presidente recibió la visita de Enrique Martino Borges de Arantes e Oliveira, quien supervisó el central de pensamiento del gobierno de la alianza como presidente de la Central Universidad Autónoma de Gobernanza, una escuela de capacitación para burócratas gubernamentales. Se reunieron durante tres horas para una discusión a puerta cerrada. Cuando salieron de la oficina del presidente, varios guardias observaron que los labios de Lebello estaban fruncidos en una expresión de derrota, mientras que Oliveira tenía una sonrisa delgada e insincera. En esa reunión, se hizo una proposición que era incluso más radical que la decisión original de Lebello.

Al día siguiente, la mañana veintidós, amaneció pacíficamente en la casa Yang. El arduo trabajo y esfuerzo de Frederica habían dado sus frutos. Sus tortillas de queso ahora eran de su agrado, y sus habilidades para preparar té negro mejoraban. Aunque era verano, Heinessenpolis se salvó del calor y la humedad de las zonas tropicales. El viento que pasa a través de los árboles acoda su piel con las fragancias de clorofila y luz solar. Yang había llevado su escritorio y su silla a la terraza para que pudiera intentar escribir algunos de sus pensamientos, disfrutando del vals de luz y viento compuesto por el verano. Tenía la clara sensación de que estaba estableciendo lo que algún día se convertiría en una famosa composición literaria. O tal vez solo estaba engañado.

El noventa por ciento de las razones para la guerra será impactante para la posteridad. En cuanto al otro 10 por ciento, cuánto más impactante para los que estamos aquí y ahora…

Cuando había escrito tan lejos, los sonidos rústicos resonaban en todas direcciones y el agradable vals de verano se desvanecía en una floreciente cadencia. Yang miró hacia la entrada y frunció el ceño cuando vio a

Frederica tensa que llevaba a media docena de hombres en trajes oscuros hacia la terraza. Los hombres se presentaron bruscamente. Su líder le lanzó una mirada a Yang.

“Su Excelencia Mariscal Yang, por la autoridad de la Fiscalía Central, se encuentra detenido por cargos de violación de la Ley de Insurrección. ¿Vendrá conmigo de inmediato, a menos que quiera ponerse en contacto con su abogado primero?”

“Lamentablemente, no conozco a ningún abogado”, dijo Yang, desanimado. Luego, cortésmente pidió ver alguna identificación.

Frederica lo examinó por él. Después de determinar su veracidad, ella visitó la Oficina del Fiscal Público para confirmar. La inquietud de Frederica era palpable. La nación y el gobierno no siempre tenían razón, como ella bien sabía, y Yang sabía que no debía resistir el arresto.

“No te preocupes”, le dijo a su esposa. “No estoy seguro de qué crimen he cometido, pero no hay forma de que me ejecuten sin un juicio. Esto sigue siendo una democracia. O eso dicen nuestros políticos.”

Por supuesto, también estaba hablando con sus mensajeros no invitados. Yang le dio un beso a Frederica, una habilidad en la que no había mejorado desde que se había casado. Con eso, el mariscal más joven en la historia de las Fuerzas Armadas de la Alianza, con su chaqueta de safari y una camiseta de color blanquecino, se vio obligado a despedirse de su bella esposa.

Después de ver a su marido irse, Frederica volvió corriendo a la casa. Tiró su delantal al sofá, abrió un cajón en el escritorio de su computadora y sacó una pistola laser. Agarrando media docena de cápsulas de energía en la palma de su mano, subió las escaleras hasta el dormitorio.

Ella regresó diez minutos después, vestida con su uniforme de servicio activo. Su boina, su jersey y sus medias botas eran todas de color negro, la bufanda y los pantalones de color blanco marfil. En mente, cuerpo y atuendo, Frederica estaba armada hasta los dientes.

Se paró frente al espejo de cuerpo entero al pie de las escaleras, se ajustó la boina sobre su cabello castaño dorado y comprobó la posición de la pistolera en la cadera. A diferencia de su esposo, ella se graduó de la Academia de Oficiales con honores completos y era una excelente tiradora. Incluso cuando se dedicaba al trabajo de escritorio como ayudante de Yang en la sede, nunca se separó de su pistola laser y usaba el mismo uniforme que sus homólogos masculinos, siempre dispuesta a defenderse en el caso poco probable de que los soldados enemigos irrumpieran en las instalaciones.

Con todo en orden, habló a su reflejo en el espejo.

“Si piensas por un segundo que vamos a dejarte llevar nuestras vidas, estás muy equivocado. Cuanto más nos gane, más nos dolerán las manos. Sólo espera y veras.”

Esta fue la declaración de guerra de Frederica.

IV

A pesar de no estar esposado, Yang Wen-li fue arrastrado a uno de los edificios de poca altura de la Fiscalía Central, llamado “el Oubliette”. Era un lugar donde los presuntos delincuentes de alto nivel fueron detenidos e interrogados. La sala de detención era comparable en tamaño y comodidades a la suite privada de un oficial de alto rango en una nave espacial. Pensó que era mucho mejor que la habitación a la que había sido arrojado en el momento de su audiencia dos años antes, aunque la comparación no sirvió de mucho para consolarlo.

El fiscal era un hombre digno más allá de la mediana edad, pero las dagas en sus ojos cortaban el grano de su aspecto caballeroso. Para él, solo había dos tipos de personas: las que habían cometido crímenes y las que aún no lo

habían intentado. Después de prescindir de un saludo habitual, el fiscal miró al joven mariscal de pelo negro como un chef observando sus ingredientes.

"Iré directo al grano, Almirante. Recientemente han surgido algunos rumores extraños en nuestro camino".

"¿Es eso así?"

Parecía que el fiscal no había estado esperando esa respuesta. Prefiere que Yang lo niegue.

"¿Incluso quieres saber la naturaleza del rumor?"

"No realmente".

El fiscal arrojó agujas de odio de sus ojos entrecerrados, pero Yang las ignoró con una característica indiferencia. Incluso bajo el enjuiciamiento unilateral de su juicio, nunca había diferido a la intimidación. El fiscal, por su parte, tropezó con el renombre y el estatus de Yang, y decidió que era mejor descartar la rutina de los malos policías.

"La gente está diciendo que el almirante Merkatz, supuestamente asesinado en acción durante la Guerra de Vermillion, todavía está vivo".

"Primera vez que escucho hablar de eso".

"Oh, ¿es ahora? El mundo siempre debe estar tan lleno de sorpresas para ti, ¿eh?"

"De hecho sí. Vivo todos los días como si fuera el primero".

Los músculos de la mejilla del fiscal se contrajeron. Él no estaba acostumbrado a ser burlado.

Usualmente los que vinieron antes que él estaban en una posición mucho más débil.

“Entonces debería ser la primera vez que escuchas esto también. Corre el rumor de que el que fingió la muerte del Almirante Merkatz y lo ayudó a escapar, no es otro que usted, el Almirante Yang”.

“Oh, ¿entonces he sido arrestado por nada más que un rumor pasajero sin la más mínima evidencia que lo respalde?”

Yang estaba levantando la voz, medio serio en su ira. Se había rendido cuando se le presentó una orden de arresto y había sucumbido a ser interrogado, pero si la orden no se fundaba en nada, ¿quién lo había sancionado en el gobierno? Como para subrayar la inquietud de Yang, el fiscal guardó silencio.

Alrededor del momento del arresto de Yang, se envió un aviso oficial con el siguiente efecto:

“Con respecto al arresto del mariscal retirado Yang, existe la posibilidad de que sus antiguos subordinados transgredan nuestra orden legal y recurran a tomar los asuntos en sus propias manos. Independientemente de si están activos o retirados, deben vigilar de cerca a los antiguos líderes de la flota Yang y detengan cualquier peligro potencial antes de que se desarrolle”.

Este aviso era una espada de doble filo. Los vicealmirantes Walter von Schönkopf y Dusty Attenborough, que se habían retirado del servicio para convertirse en civiles comunes, ya lo habían adivinado por la repentina aparición de guardias de vigilancia. Pero los sentimientos de von Schönkopf eran mucho más largos y más sensibles de lo que el gobierno podría imaginar. Él, más audaz y meticulosamente que Yang, había estado llevando a cabo sus propias actividades clandestinas como conspirador.

Ese día, a las ocho de la noche, von Schönkopf llamó a Attenborough y se dirigió al restaurante conocido como March Hare. En el camino, se volvió para mirar detrás de él varias veces, molesto por los guardias que lo seguían. Al entrar en el restaurante, un camarero de bigotes de caballeros lo llevó a un asiento de la esquina. El vino y las comidas lo esperaban en la

mesa, al igual que von Schönkopf.

“El vicealmirante Attenborough”, dijo, sonriendo. “Veo que trajiste un séquito contigo.”

“La jubilación tiene sus ventajas”.

Se dieron cuenta de que ambos equipos de vigilancia se habían reunido a lo largo de una pared, a menos de diez metros de su mesa.

No era como si el gobierno de la alianza tuviera los medios para vigilar a todos los líderes militares retirados, y tampoco la Armada Imperial. Las lentes de prejuicio y precaución, reflexionó Attenborough, estaban centradas únicamente en los oficiales del personal de la flota Yang.

“¿Es cierto que el almirante Yang ha sido arrestado, el vicealmirante von Schönkopf?”

“Lo escuché directamente del Teniente Comandante Greenhill — Sra. Yang, eso es. Tiene que ser cierto.”

“Pero no tienen derecho. ¿Qué excusa podrían tener ellos para…?”

Attenborough se detuvo allí. No podía impedir que los poderosos hicieran lo que querían cuando creían en su derecho a monopolizar las interpretaciones de la “justicia” y a alterar el diccionario según sus necesidades.

“Aun así, ejecutar al Almirante Yang en este punto le daría a esas tendencias antiimperiales sin rumbo y sin ardor un símbolo alrededor del cual se unirán y luego estallarán. Por otra parte, conociéndolos, estoy seguro de que ya lo saben”.

“Si me preguntas, eso es exactamente lo que espera la Armada Imperial”.

Attenborough contuvo el aliento ante la respuesta de von Schönkopf, dejando escapar un sonido como un silbato que terminó antes de que

empezara.

“¿Quieres decir que usarán esto como una razón para redondear a toda la facción antiimperial?”

“Y el almirante Yang será su cebo”.

“Qué astuto”.

Attenborough chasqueó la lengua con fuerza. Pensó que el imperio no estaría satisfecho hasta que obtuviera la dominación total sobre la alianza, y el pensamiento mismo de los métodos descabellados que usaban para engañar a sus comandantes hacía que su piel se arrastrara.

“¿El gobierno de la alianza se dejará llevar por ese viaje?”

“Sobre eso… Por astuta que pueda ser la trampa, no puedo creer que nadie en el gobierno de la alianza no verá a través de ella. Lo bueno es que todos tendrán que seguir adelante, sabiendo que es una trampa todo el tiempo”.

Attenborough estuvo de acuerdo con lo que von Schönkopf dejó sin decir.

“Entiendo. Entonces, si el gobierno de la alianza se niega a ejecutar al almirante Yang, ¿eso es una violación automática del Tratado de Bharat?”

Y una excusa ideal para que el imperio conquiste la alianza de una vez por todas.

El gobierno de la alianza no podía permitirse otra guerra. Según su lógica, la muerte injusta de cien personas era preferible a la muerte injusta de cien millones. Attenborough frunció el ceño.

“¡Por supuesto, ahora lo entiendo! El gobierno de la alianza solo tiene una opción, y es evitar que la Armada Imperial se meta en esto y deshacerse del Almirante Yang con sus propias manos”.

Von Schönkopf elogió a este colega cinco años menor que su perspicacia.

Desde la recepción de la transmisión de Frederica G. Yang, que probablemente se había intervenido, el gobierno de la alianza había estado tratando de leer un guión improvisado para hacer frente a la situación. En su cabeza, un crucigrama completo se vería así:

“Aquí tenemos un grupo llamado los extremistas antiimperiales”, explicó von Schönkopf, bajando la voz. “Sin saber lo que el gobierno de la alianza ha hecho para evitar la subyugación total por parte del imperio, todo lo que pueden hacer es gritar sus principios democráticos desde los tejados. Pusieron al Almirante Yang en un pedestal como héroe nacional e intentaron derribar al gobierno de la alianza actual como un desafío al imperio, sin importar las consecuencias”.

Von Schönkopf continuó:

“Y, sin embargo, como apóstol de la democracia, el almirante Yang se niega a derrocar al gobierno por medios violentos. Enfurecidos, los extremistas denuncian al almirante Yang como un traidor y finalmente lo matan. Las Fuerzas Armadas de la Alianza se apresuran pero son demasiado tarde para rescatar al Almirante Yang, incluso si logran aniquilar a los extremistas. El almirante Yang se convierte en un inestimable sacrificio humano para proteger los principios democráticos de su patria. Es bastante transparente, ¿no crees?”

Von Schönkopf sonrió amargamente. Attenborough se frotó ligeramente la frente, transfiriéndose gotas de sudor frías a las yemas de los dedos.

“Pero, ¿el gobierno de la alianza tiene las agallas para lograrlo?”

Von Schönkopf se dirigió a alguien que no estaba allí con una mirada de desprecio.

“Un gobierno despótico y un gobierno democrático pueden usar ropa diferente, pero las personas en el poder nunca cambian. Fingen inocencia por las guerras que iniciaron, alegando solo los logros de poner fin a esas guerras. Sacrifican a cualquiera fuera de su círculo, derramando sus lágrimas de cocodrilo. Tales actuaciones son su fuerte”.

Attenborough asintió y se llevó el vaso de whisky a los labios, pero su mano se detuvo en el aire y bajó la voz aún más.

“Entonces, ¿quiénes somos los que tenemos el honor de ser líderes militares extremistas que debemos hacer?”

Von Schönkopf parecía complacido con el discernimiento de su joven colega.

“¿Entonces también crees que tenemos un papel que desempeñar en su pequeño escenario?”

“Es bastante obvio. Incluso usarían al Almirante Yang y lo tirarían como basura no deseada, así que puedes estar seguro de que nos usarán también para el mejor beneficio”.

Von Schönkopf asintió y sonrió, lanzando una mirada fría a los guardias vestidos de civil que aún los observaban desde el otro lado de la habitación.

“No me sorprendería si esos bastardos pensaran que estábamos discutiendo una rebelión contra el gobierno en este mismo momento. De hecho, lo están esperando. En cuyo caso, es nuestro deber como actores desempeñar nuestro papel al máximo”.

Attenborough viajaba en el automóvil de von Schönkopf, bajando por la carretera de noche hacia su casa en los suburbios. Debido a que ambos estaban llenos de alcohol, naturalmente se habían enganchado al conductor automático. Von Schönkopf le preguntó a Attenborough qué pesaba en su mente.

“Soy un hombre sin apegos. No tengo nada por qué vivir, nada que me retenga. ¿Eso es cierto también en tu caso?”

“Tengo una hija.”

El impacto que sintió Attenborough por este comentario casualmente fue probablemente el más grande de la noche.

“¡¿Tienes una hija?!”

“Pasando los quince… años”.

Attenborough estaba a punto de enfatizar el hecho de que no estaba casado, pero se dio cuenta rápidamente de lo descortés que era eso y se reprendió a sí mismo por sentirse tan irritado. Mientras que Von Schönkopf no se jactó de tener “un amante en todos los planetas” como Olivier Poplin, vaciaría la caja de pintura de un artista para representar su historia multicolor con las mujeres.

“¿Sabes su nombre?”

“Ella tiene el apellido de soltera de su madre: Katerose von Kreutzer. He oído que se va con Karin.”

“A juzgar por ese nombre, creo que su madre debe haber sido refugiada del imperio, como tú”.

“Podría ser.”

Cuando Attenborough preguntó, en un tono un tanto sospechoso, si no recordaba, von Schönkopf le dijo sin corazón que no podía recordar a todas las mujeres con las que se había acostado.

“Solo pensaba en las estupideces que hice, cuando tenía diecinueve o veinte años…”

“¿Te hace salir en un sudor frío?”

“No, simplemente no quiero volver a ese momento. La existencia misma de las mujeres me parecía tan fresca en aquel entonces”.

"¿Y cómo es que sabes que tienes una hija?"

Attenborough no pudo resistirse a llevar la conversación a ese tema.

"Justo antes de la guerra de Vermillion, me contó en una carta que su madre había muerto. No había dirección de retorno. Aunque había sido un padre irresponsable, al menos ella había tomado la iniciativa para hacerme saber eso".

"¿Nunca la conociste?"

"Y si lo hiciera, ¿qué haría entonces? ¿Decirle lo hermosa que era su madre?" La amarga sonrisa de Von Schönkopf fue iluminada por destellos de luz a través de la ventana.

"Esta es la policía. Deténgase inmediatamente su vehículo."
Los dos revisaron el indicador para ver si estaban acelerando y notaron varias luces en la pantalla oscura del monitor trasero. Attenborough dejó escapar un silbido nervioso.

"Están exigiendo que nos detengamos. ¿Qué deberíamos hacer?"

"Me gusta dar órdenes, pero odio tomarlas".

"Esa es una buena filosofía".

El coche de la policía, después de haber sido debidamente ignorado, levantó el chillido de su sirena dominante y se acercó a ellos. Desde atrás, varios vehículos de respaldo se unieron en la persecución, y soldados armados emergieron de sus ventanas de vidrio reforzado.

V

Inmediatamente después de que su comida insípida y en gran parte intacta fue eliminada, a Yang le dijeron que tenía un visitante. Por un momento, pensó que podría ser Frederica, pero con la misma rapidez, abandonó esa esperanza. Las autoridades obviamente habrían rechazado la solicitud de Frederica para una reunión. Tal vez sea él, pensó Yang, no muy feliz con la perspectiva.

El presidente del consejo de la alianza, João Lebello, compareció ante el joven mariscal encarcelado. Cuando se abrió la puerta, una docena de oficiales de la policía militar estaban justo detrás de él.

“Es realmente una pena que nos encontremos en un lugar como este, mariscal Yang”.

Su voz se adaptaba bien a la pensativa máscara que llevaba, pero de cualquier forma no impresionó a Yang.

“Lamento que te sientas de esa manera, pero tampoco pedí exactamente que estuvieras aquí”.

“Por supuesto que no. ¿Te importa si me siento?”

“Sigue adelante.”

Cuando se sentó en el sofá de enfrente, mucho más recto que Yang, Lebello respondió a la pregunta no formulada.

“Has violado la Ley de insurrección y te has convertido en un peligro para la supervivencia de nuestra nación. Estos son los cargos presentados en su contra por la oficina del alto comisionado imperial”.

“¿Y el presidente está de acuerdo con los cargos?”

“Todavía no estoy seguro. Esperaba que me hicieras el favor de negar estas acusaciones de manera absoluta”.

“Y si lo hiciera, ¿me creerías?”

Yang podía decir que esta conversación no iba a ninguna parte. La cara de Lebello se oscureció.

“Personalmente, siempre he creído en ti, pero no puedo manejar esta situación a un nivel puramente emocional o moral. La supervivencia y la seguridad de nuestra nación no tienen nada que ver con nuestra relación personal”.

Yang dejó escapar un suspiro.

“Usted puede parar allí mismo, Presidente. Siempre has sido conocido como un político imparcial, como lo demuestran tus muchas acciones. Entonces, ¿cómo puedes pensar que es absolutamente natural sacrificar los derechos individuales de los ciudadanos por el bien de la nación?”

La expresión de Lebello era como la de alguien con un trastorno respiratorio.

“Sabes que no pienso eso. ¿Pero no es así como va? El auto-sacrificio es el más noble de los hechos humanos. Realmente te has dedicado a la nación. Si te das cuenta de esa forma de vida hasta el final, entonces la posteridad te valorará aún más”.

Yang estaba listo para objetar. Lebello estaba en una posición difícil, sin duda, pero incluso Yang tenía derecho a afirmarse. De la forma en que lo veía, la realidad no se reflejaba en el espejo del funcionario, y sin embargo, siempre había ido más allá de lo que exigía su salario. Es más, siempre había pagado sus impuestos. Después de haber sido maldecido como un “asesino” por las familias afligidas de los subordinados que habían sido asesinados en acción bajo su mando, por qué tuvo que sentarse allí y ser instruido por un representante del mismo gobierno por el que había hecho todos esos sacrificios

Yang eligió no decir lo que tenía en mente. Él dio un pequeño suspiro y se sentó de nuevo en el sofá.

“¿Qué quieres que haga?”

No había nada admirable en pedir tal instrucción. Yang quería saber qué pensaba realmente Lebello. La respuesta de Lebello fue más abstracta de lo que debía ser y puso fuertes campanas de advertencia en la cabeza de Yang.

“Eres tan joven como para haber llegado tan lejos. Nunca te has enfrentado a la derrota incluso a manos de los oponentes más formidables. Una y otra vez, nos has salvado de cierto peligro y evitas que nuestra democracia se desmorone. Las generaciones presentes y futuras entonarán tu nombre con orgullo”.

Yang miró a Lebello. Había algo casi palpable que Yang no podía ignorar en su forma demasiado formal de hablar. ¿Estaba Lebello leyendo el epitafio de Yang? Lebello no estaba hablando con el Yang del presente, sino que justificaba su uso del término “generaciones presentes y futuras”.

Las carreteras mentales de Yang se llenaron de repente de tráfico. De hecho, muchos frutos en el huerto de su actividad intelectual habían madurado, y entre ellos se encontraba la conclusión a la que también había llegado von Schönkopf. Él no quería creerlo, pero la situación estaba fuera de su control. Yang se reprendió a sí mismo por ser tan ingenuo. Había tenido el presentimiento durante los últimos cinco o seis años de que algo malo iba a suceder, pero la situación se había puesto en un par de patines y había aumentado a toda velocidad, y era como si los frenos de su vergüenza ya no estaban en funcionamiento.

“Naturalmente, los buenos ciudadanos deben obedecer la ley. Pero cuando su nación trata de violar los derechos individuales por las leyes que se han establecido solo para ellos, sería un pecado absoluto que esos mismos ciudadanos los acompañen. El pueblo de una nación democrática tiene el derecho y la responsabilidad de protestar, criticar y oponerse a los crímenes y errores cometidos por la nación”.

Yang había dicho una vez tanto a Julian. Los que no se opusieron al trato injusto ni a la injusticia de los poderosos no eran más ciudadanos que esclavos. Y aquellos que no se defendieron, incluso cuando sus propios

derechos equitativos fueron violados, ciertamente nunca van a luchar por los derechos de los demás.

Si el gobierno de la alianza intentara juzgar a Yang por “apoderarse de naves y ordenanzas militares pertenecientes a las Fuerzas Armadas de la Alianza”, solo podría ser resignado a su suerte. ¿Pero qué hay de su opinión? La ley era la ley, y si la había violado de alguna manera, tenía derecho a presentarse ante un jurado. Pero Yang no estaba listo para rendirse todavía.

Lo querían muerto, y esta era la única forma en que podían salirse con la suya. La estructura de poder del gobierno habilitó leyes a través del debido proceso y castigó a los criminales de acuerdo con esas leyes. El asesinato premeditado fue un uso injusto de su autoridad, y el acto en sí fue una prueba de la fealdad de su motivo.

Aún más deplorable fue que su acusador era el mismo gobierno para el que había desempeñado sus múltiples funciones. Incluso sabiendo que la mano de Lebello había sido forzada, a Yang le resultó difícil simpatizar. Era una historia impensable, pero era lógico pensar que el asesino debería ser más digno de simpatía que el que cometió el asesinato.

Incluso si el gobierno tuviera el derecho de matarlo, no estaba obligado a caer sin luchar. Debido a que Yang era débil en cuanto al narcisismo, estuvo de acuerdo con el sentimiento del “epitafio” de Lebello, pero no por una lealtad masoquista a la idea de que la muerte por sacrificio era más significativa que la muerte por resistencia. Miró a través de la figura de este actor reacio a los ojos color avellana de Frederica en el fondo. Ella no iba a simplemente quedarse de pie y mirar como Yang murió de una muerte inútil o fue secuestrado injustamente. Al rescatar a su marido, que no tenía nada, tomaría todo el coraje y el arrebato que ella tenía. Hasta entonces, Yang tendría que ganar algo de tiempo. Yang dio vuelta a estos pensamientos en su mente, apenas notando que Lebello ya se había levantado y se había despedido.

El almirante Rockwell, sentado como director del cuartel general de operaciones conjuntas después del establecimiento de la administración de Lebello, aún no había regresado a su casa, esperando que se presentara un informe en su oficina. El edificio de la sede operativa conjunta apenas había sido diezmado desde el principio por un ataque con misiles de la flota imperial Mittermeier, y aún se estaban realizando operaciones mínimas en varias de las salas subterráneas.

A las 11:40 p.m., una transmisión llegó a través del Capitán Jawf, comandante de fuerzas especiales. Jawf no había logrado detener a los vicealmirantes von Schönkopf y Attenborough. El almirante reprendió al capitán Jawf, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su decepción.

“El vicealmirante von Schönkopf es un experto en combate cuerpo a cuerpo. Estoy seguro de que el vicealmirante Attenborough también puede defenderse. ¿Pero no hay sólo dos de ellos? Supongo que debería haberte prestado dos escuadrones”.

“Pero no fueron solo ellos dos”, corrigió el capitán Jawf con un tono brusco pero abatido. “Los soldados de Rosen Ritter salieron de la nada y nos atacaron, por lo que escaparon. La carretera 8 está cubierta de coches en llamas y cadáveres. Mira por ti mismo…”

El capitán se inclinó fuera del marco para revelar una serie de siluetas que se movían sobre llamas de color naranja pintadas sobre lienzo de añil. El corazón de Rockwell hizo un triple triple en su pecho.

“¡¿Todo el regimiento de Rosen Ritter estaba involucrado?!”

El capitán Jawf se frotó los moretones de color púrpura claro en sus pómulos. *Como puedes ver,* quería decir, *nos costó mucho.*

“Su membresía no ha sido repuesta después de la Guerra de Vermillion, y aún hay más de mil soldados unidos a ese mismo regimiento. Y no los mil habituales, tampoco.”
El almirante Rockwell se estremeció. No se necesitó ninguna exposición. El regimiento Rosen Ritter pudo haber estado exagerando cuando dijeron que

sus habilidades de combate eran comparables a las de una división completa, pero claramente tenían suficientes recursos para justificar esa afirmación.

“Su Excelencia, estoy bien con el inicio del incendio, pero me pregunto si tenemos todo lo que necesitamos para extinguirlo”.

Después de expresar esta meditación medio sarcástica, el capitán Jawf esperó la respuesta de su superior, sabiendo más allá de la duda que la propagación del fuego era inevitable en este caso. La cara del almirante Rockwell era como una docena de expresiones agrias en una.

“Me supera. Ve y pregunta al gobierno.”

CAPÍTULO 06: LA TIERRA SANTA

I

LA MESETA ESTABA A CUATRO MIL METROS por encima del nivel del mar y la luz solar excesiva la había dejado al descubierto a través de una atmósfera delgada. Julian Mintz se sentó en la tierra sólida que había sido erosionada más por el tiempo que por el viento o el agua, observando el ritmo de las olas rompiendo y retrocediendo suavemente a lo largo de la costa. La orilla opuesta estaba más allá del horizonte, imperceptible para el ojo desnudo de Julian. El fuerte viento sopló su cabello liso en desorden.

Este lago se llamaba Namtso, ubicado a mil kilómetros tierra adentro de la costa más austral de este continente. Tenía un área de casi dos mil kilómetros cuadrados y servía como lugar de aterrizaje para comerciantes y peregrinos por igual. Después de aclimatarse a la altitud, los recién llegados saldrían en vehículos terrestres o a pie a la Tierra Santa, donde una montaña de ocho mil metros de altura llamada Kangchenjunga servía como la fortaleza de la Iglesia de Terra. La gente vestida de negro salpicaba el paisaje, apenas moviéndose en la distancia. Julian los había estado observando durante los últimos tres días.

El cielo púrpura azulado atrajo su mirada hacia arriba como por atracción magnética. Mientras contemplaba ese cielo, Julian recordó los ojos de la chica a la que Poplin le había presentado en la base de suministros de Dayan Khan en la zona estelar de Porisoun. Sus ojos brillaban como si estuvieran bajo una presión inmensa y habían convencido a Julian de que

no había lugar en ellos para él. Su nombre, si recordaba correctamente, era Katerose, apodada Karin. Su apellido se le escapó, pero estaba seguro de que la había visto antes. Era una chica hermosa, impresionante en todos los sentidos e imposible de olvidar.

Alguien se sentó a su lado. Por el rabillo del ojo, vislumbró la sonrisa de Olivier Poplin.

“¿No tienes dolor de cabeza?”

“Estoy bien. Soy más joven que tú, Comandante. Me adapto mejor”.

“Creo que estás bien si puedes responder así”, resopló Poplin.

Mientras Poplin estiraba sus largas piernas delante de él, entrecerró los ojos y miró la vasta cúpula púrpura azulada que había sobre ellos. Él solo había tenido interés en todo lo que estaba más allá de este llamado cielo, y desde que aterrizó en la superficie de este “planeta sin valor”, tres días habían sido suficientes para que sintiera nostalgia por lo que había al otro lado de la atmósfera. El piloto as dijo que nunca se suponía que viviera en tierra, pero eso era solo su ego hablando. Julian no sintió nostalgia por el momento. Pero tarde o temprano, pensó el niño, llegaría a estar de acuerdo con Poplin.

El 13 de julio, Julian, junto con otros cuatro viajeros, se subió a un vagón reservado y se dirigió hacia el Monte Kangchenjunga, 350 kilómetros al sur. Lo acompañaban el comandante Olivier Poplin, el capitán Boris Konev, el alférez Louis Machungo y un miembro de la tripulación con el nombre excesivamente decoroso de Napoleón Antoine de Hotteterre. El *Unfaithful* quedó en manos de su oficial administrativo, Marinesk, y su astrogador, Wilock. Tales precauciones les permitieron abandonar el planeta en cualquier momento en caso de que surgiera algo.

Marinesk y Wilock se despidieron, dejaron a los demás en la orilla del lago y cruzaron una enorme forma de relieve que sobresalía en la distancia.

El suelo era como algo salido de una película en blanco y negro, interrumpida solo por el color tecnicolor marrón de las altas montañas.

Cuando el Creador llegó a esta desolada tierra, su caja de suministros seguramente ya estaba casi vacía. La atmósfera y la luz del sol jugaban con dureza sobre la piel. La cordillera panorámica de las montañas era lo suficientemente precisa como para haber sido hecha a mano.

Siendo realistas, les llevaría doce horas llegar al Monte Kangchenjunga. En el camino, iban a colocar carpas y acampar por una noche. En una altitud tan alta, era imposible sobreestimar la propia resistencia. Hacer un viaje de diez mil años luz a la Tierra solo para colapsar a causa del mal de altura tenía todos los elementos de una broma mórbida.

Empaquetaron la parte trasera del vehículo con comida espacial, medicamentos y una modesta selección de lingotes de plata para "limosnas". Boris Konev, quien había llevado a varios grupos de peregrinos, sabía por experiencia que tales limosnas tenían valor monetario como productos básicos. Y solo trabajaría a su favor. Según él, todos aquí estaban felices de recibir incluso un simple regalo.

En el camino, ocasionalmente se encontraban con peregrinos que regresaban e intercambiaban saludos ocasionales con ellos. Mientras tanto, Konev compartió los diversos conocimientos que sabía sobre la Tierra.

"El Frente Unido Anti-Tierra fue apodado Fuerza de la Bandera Negra, pero incluso después de su ataque indiscriminado, quedaron con vida cerca de mil millones de personas. Pero incluso ese número cayó en un abrir y cerrar de ojos".

Casi todos ellos habían abandonado su planeta natal árido para otros planetas, pero el derramamiento de sangre estaba muy extendido entre los que permanecían en la superficie, primero por la necesidad de sobrevivir y, posteriormente, por sus creencias. Boris Konev no sabía los detalles. Lo que sí sabía con seguridad era que aquellos terrícolas que caían desde altos cargos de autoridad solo luchaban entre sí para satisfacer su beligerancia y su deseo de poder.

"Entonces, ¿la presente degeneración de la Tierra se remonta a ese conflicto sin sentido?", Preguntó Julian.

“¿Quién sabe? Han pasado ochocientos años desde que terminó el calendario occidental. Y esta es una sociedad aislada e introvertida. Me sorprendería si no hubiera degenerado”.

Más sorprendente fue que esta Tierra degenerada incesantemente había vuelto a los mismos métodos de influencia que habían provocado su caída en primer lugar.

“Espero que haya algún tipo de sala de referencia en la sede de la iglesia”, reflexionó Julian.

“Incluso si lo hay, puede que no se nos permita entrar”.

“Si la seguridad es demasiado estricta y tratamos de ingresar, obtendremos lo que viene. Esa podría ser nuestra oportunidad”.

De cualquier manera, Julian sabía que no podían hacer mucho de nada hasta que hubieran recopilado más información y actuado de manera eficiente, y con mejor criterio. Pero el almirante Yang, quien seguramente estaba al tanto de estos desarrollos, solo había permitido este plan imprudente porque pensaba que se podía encontrar algo útil dentro del alcance de la capacidad de Julian.

La tarde siguiente, Julian y los demás llegaron a la base de operaciones de la Iglesia de Terra. Más de mil metros de la cima del Monte Kangchenjunga, que en un momento había atravesado el cielo azul, había sido volado por misiles, dándole la apariencia de una pirámide abandonada, a medio construir. Un profundo barranco se abrió paso entre la meseta y el pico de la montaña. El grupo de Julian tendría que dejar el vehículo terrestre y escalar los acantilados hasta el anochecer.

Dentro de la enorme puerta, de sesenta centímetros de espesor y hecha de múltiples capas de acero y plomo, se encontraron en una espaciosa habitación de hormigón desnudo. Una multitud de creyentes, todos vestidos

de negro, se sentaron a la espera de ser conducidos. Julian estimó a unos quinientos de ellos. Cuando se sentó para reunirse con ellos, un hombre mayor con cabello blanco que claramente había estado sentado en su manta por un tiempo extendió su canasta con una sonrisa de buen corazón. Una vez que captó el significado de este gesto, Julian le dio las gracias y aceptó un pedazo de pan de trigo centeno, luego le preguntó de dónde era.

El anciano dio el nombre de un planeta del que Julian nunca había oído hablar.

“¿Y de dónde eres, joven?”

“Phezzan”.

“Eso es mucho más lejos. Estoy impresionado, especialmente por alguien tan joven como tú. Tus padres te deben haber enseñado bien.”

“Gracias…”

Julian miró incluso menos favorablemente las formas de culto de la Iglesia de Terra ahora que había visto a las personas de mente simple cuya piedad estaban aprovechando solo para restaurar su poder egoísta.

Mientras Julian volvía a evaluar su entorno, se abrió una puerta interior baja para revelar una pequeña congregación de lo que parecían ser acólitos de nivel inferior o clérigos en medio de sus prácticas ascéticas. Comenzaron a mezclarse con los creyentes, cuya sencilla ropa negra combinaba con la suya. A cambio de sacos impermeables llenos de limosnas, que recibieron con cantos de bendición, entregaron guías al complejo. Julian hizo lo que hicieron los otros peregrinos, tratando de ocultar su rostro lo más posible.

“Este es un refugio subterráneo”, dijo Boris Konev con total desprecio cuando entraron en la habitación. “En una ocasión, los principales miembros del ejército del gobierno mundial se retiraron en esta fortaleza mientras dirigían la guerra con las colonias. Es posible que hayas oído cosas buenas sobre este lugar, pero…”

Asegurados en su fortaleza de lechos de roca gruesos, armas de fuegos masivos y purificadores de aire, estos líderes militares habían visto cómo se desarrollaba la tragedia en la superficie. Tenían un montón de vino y mujeres, por no hablar de comida, y esperaban disfrutar de la tranquilidad de su paraíso subterráneo en los próximos años. Esto enfureció al comandante de la Fuerza de la Bandera Negra, quien, al darse cuenta de que un ataque completo sería inútil, en su lugar hizo estallar uno de los canales de irrigación gigantescos que se ejecutan debajo de los Himalayas, enviando millones de toneladas de agua a su guarida subterránea del pecado. De las veinticuatro mil personas atrapadas en el interior, solo cien habían escapado de una muerte por ahogamiento.

Julian examinó la guía que se les entregó, pensando que podría haber registrado todo el incidente en su interior. Por otra parte, ninguna organización religiosa, pasada o presente, había abierto su infraestructura, sus asuntos financieros y su trasfondo completo a los creyentes. Lo que estaba escrito probablemente era una mentira.

La gran capilla, la cripta, la sala de reunión de los obispos, la sala de reunión de los arzobispos, la sala de audiencias del Gran Obispo, el confesionario, la sala de meditación, la sala de interrogación y varias salas más grandes y más pequeñas se incluyeron en la guía. Por supuesto, también estaban los cuartos de peregrinos y el comedor, pero no se mencionó ninguna sala de referencia.

“Oye, ¿encuentras los cuartos de las monjas allí?”

“Temo que no, Comandante”.

“¿Eso significa que hombres y mujeres se joden juntos?”

“Estoy sorprendido, quizás incluso un poco celoso, de que aún puedas ir allí, dadas las circunstancias”, dijo Julian medio en broma, levantándose con su mochila en una mano.

A la señal de los clérigos, los peregrinos formaron una línea obedientemente y se abrieron paso lentamente a través de la puerta. Cuando

siguieron su ejemplo, Julian y los demás recibieron pequeñas etiquetas, cada una impresa con un número de habitación.

Julian, Poplin, Konev, Machungo y De Hotteterre rápidamente confirmaron los alojamientos del otro. Machungo y de Hotteterre estaban en la misma habitación, mientras que el resto estaban en salas separadas. *¿Fue por casualidad o diseñada?* Julián se preguntó. Antes de que pudiera rastrear las implicaciones de ese pensamiento, susurros de entusiasmo y emoción recorrieron el pasillo iluminado de manera fluorescente cuando los creyentes cayeron de rodillas a lo largo de la pared. El motivo de su reverencia se hizo evidente cuando Julian notó el enfoque solemne de una procesión vestida de negro.

“Es Su Gracia el Gran Obispo”, vinieron oleadas de susurros.

Julian siguió su ejemplo y se arrodilló, observando cautelosamente a la figura en el centro de la procesión.

Hizo más que ponerse negro. Era la ropa negra la que le daba algún sentido de la forma. Esa era la poca presencia que tenía este anciano. Tan poco, de hecho, que Julian se encontró preguntándose si estaba mirando un holograma. Sus pies casi no hacían ruido. Su color de piel era casi indistinguible de la iluminación fluorescente. Sus ojos parecían estar fijos en algo más allá de este mundo transitorio. Julian quería saber si había algo dentro de su cuerpo. Él tenía que saberlo.

“Para presenciar el rostro de Su Gracia el Gran Obispo”, susurró un viejo creyente de pie junto a Poplin, con lágrimas de gratitud en su rostro, “es una posibilidad que uno no pueda tener en la vida. Qué bendición fortuita”.

“Si pudiera”, murmuró un abatido Poplin para sí mismo, “preferiría ir por la vida sin haberlo visto en absoluto”.

Poplin no vio evidencia de arrugas o músculos en el Gran Obispo. Era la cáscara seca de un hombre que parecía que se quemaría mucho más rápidamente si uno lo incinerara, pensó el piloto.

El arzobispo tenía alrededor de treinta años de edad. Su promoción excepcional no fue resultado de su dominio de la doctrina ni de la profundidad de la fe, sino de sus capacidades como hombre natural nacido en el mundo. Si hubiera habido una sociedad burocrática en la Tierra, él podría haber gobernado desde su cumbre. Pero como ya no existía tal estructura, había ingresado a la Iglesia de Terra y había asegurado su posición como arzobispo en el espacio de uno o dos años. Sabía que no debía decirle a nadie que lo único que adoraba era su propio ingenio.

“¿Entiendo que nuestra rama en el planeta Odín ha sido aniquilada?”

“Lamentablemente, eso parece, arzobispo de Villiers”.

Su superior bajó la cabeza solemnemente.

“El barón von Kümmel está muerto, y parece que todos en la secta se martirizaron”.

“¿Barón von Kümmel, dices? Qué hombre tan inútil. ¿Para qué vivió y para qué murió?”

Una sombría nube de decepción cruzó el rostro del arzobispo. Su oficina era una habitación espaciosa pero de techo bajo, llena hace nueve siglos con las almas de los que se habían ahogado — la única idea de que, si le preguntas ahora (no es que él te lo dijera), fue ridículamente absurda.

“Incluso si el culpable de nuestro fracaso es el barón von Kümmel, ¿no estamos tomando las cosas demasiado rápido?”

La voz del viejo obispo era como la de un emperador que critica el error táctico de su más alto general. Al menos así fue como el arzobispo eligió interpretarlo mientras miraba a su subordinado mucho mayor con veneno en los ojos.

“La invasión de la Armada Imperial es inminente. Tales fracasos no son,

pues, nada de qué preocuparnos. Podemos revisar el asesinato del emperador una vez que estemos fuera de peligro”.

“En efecto. No podemos permitir que nuestra tierra santa caiga en las manos malvadas de esos herejes”.

“No te preocupes. Su Gracia, el Gran Obispo, ya ha tomado medidas”. Los labios del arzobispo hicieron una sonrisa de media luna. “Sabiendo que pudimos acercarnos tanto a un emperador, no hay razón para pensar que no podemos acercarnos a un almirante”.

II

El 24 de julio, las 5,440 embarcaciones de la punitiva expedición a la Tierra del almirante mayor August Samuel Wahlen entraron en órbita en el borde exterior del sistema solar. Después de recibir sus órdenes, Wahlen había reunido rápidamente un regimiento de cruceros, manejando la difícil tarea de ponerlos en formación a lo largo del camino.

August Samuel Wahlen había sido fundamental para ayudar a establecer la Dinastía Lohengramm. Y aunque tuvo algunas derrotas en su registro militar, sus victorias fueron abrumadoramente muchas. Su ingeniosa determinación como táctico y su fortaleza masculina infundieron confianza en sus soldados.

Si una derrota le daba vergüenza, era su pérdida en marzo de ese año, cuando, cerca de la zona estelar de la Alianza de los Planetas Libres, había caído presa de los trucos de Yang Wen-li y había sido aplastada unilateralmente. Uno pensaría que cada una de sus venas se habría quemado con arrepentimiento en ese momento, pero en términos de reconocer el valor de su oponente, Wahlen era aún más flexible que su compañero Lennenkamp. Y mientras admiraba el ingenio de Yang con una sonrisa amarga, no guardaba rencor contra él. Simplemente estaba decidido a no

volver a suceder.

Se sintió muy complacido por la orden de Reinhard de capturar la fortaleza de la Iglesia de Terra. Nunca había esperado tener la oportunidad de redimirse tan pronto. Tuvo que satisfacer el favor de Reinhard a toda costa, especialmente desde que el emperador lo había elegido sobre Wittenfeld para hacerlo.

Si la Iglesia de Terra no fuera más que un culto, no tendría ningún problema en desterrarlos a un planeta fronterizo como lo había hecho la Federación de Estados Galácticos hace ocho siglos. Pero no había forma de que diera por sentado su influencia política, sus capacidades organizativas y sus activos, especialmente considerando que casi se habían salido con la suya con el regicidio. No había ninguna razón sólida para perdonar a ningún grupo terrorista solo porque actuaban en nombre de la religión.

Wahlen tenía treinta y dos años de edad, lo mismo que Yang Wen-li y Oskar von Reuentahl. Era un hombre alto y corpulento, con pelo de alambre de cobre blanqueado. Hace cinco años se había casado. Un año más tarde, su hijo había nacido, pero su esposa había muerto debido a complicaciones en el parto. Su hijo estaba siendo criado por los padres de Wahlen. Le habían hablado de volver a casarse tantas veces como tenía los dedos de las manos y los pies, pero no tenía ningún interés.

El planeta fronterizo que la humanidad había abandonado hace novecientos años se reflejó en la pantalla principal de la nave insignia. Su jefe de personal, el vicealmirante Leibl, el jefe de personal de inteligencia Comodoro Kleiber y otros se habían reunido alrededor de su comandante para planificar su método de ataque frente a la pantalla tridimensional.

“Entiendo. Bajo los Himalayas, ¿verdad?”

“Su sede subterránea está protegida por cien trillones de toneladas de tierra y roca. Podríamos atacarlo con misiles ELF y acabar con él en uno o dos barridas”.

“¿Quieres decir volar toda la montaña? ¿Dónde está el arte en eso? Además,

el emperador fue explícito acerca de no sacrificar a ningún civil inocente”.

“De acuerdo entonces. ¿Enviamos a nuestros granaderos armados? No tomaría mucho tiempo”.

Wahlen miró a su jefe de personal.

“¿Cuántas salidas y entradas tiene su base subterránea? A menos que determinemos eso, simplemente escaparán en el momento en que entramos. Destruyendo su base y matando a cualquier fanático que podamos encontrar, solo para dejar escapar a sus cabecillas, socavaría las buenas gracias del emperador”.

“Entonces que haremos—”

“Relájate”, dijo Wahlen, refrenando la impaciencia de su jefe de personal. “La Tierra no va a ninguna parte, y tampoco lo hacen ellos. Tenemos hasta llegar a la órbita de la Tierra para elaborar un plan sólido. Tengo un preciado vino blanco de 410 años de antigüedad para presentar como un trofeo”.

Después de liberar a sus oficiales del personal, Wahlen se apoyó contra una pared y cruzó los brazos, disfrutando de la oportunidad de ver la pantalla desde cualquier lugar que no fuera el asiento de su comandante. Era un hábito que había mantenido desde sus días como recluta. Estaba demasiado absorto como para darse cuenta de que uno de sus oficiales no comisionados se acercaba a él con cautela.

“¡Almirante!”, Gritó uno de los oficiales de su personal.

Wahlen estiró su cuerpo alto justo a tiempo para esquivar un destello de luz que dibujaba una diagonal a través de su campo de visión. Lo reconoció como un cuchillo de batalla cuando se estrelló contra la pared detrás de él.

De inmediato, Wahlen levantó su brazo izquierdo para protegerse la garganta. La tela de su uniforme militar rasgó audiblemente, la hoja enviando un dolor abrasador a través de su tejido muscular. Esperó un

momento para que se enfriara en un dolor palpitante.

Cuando la sangre salpicada de su herida cegó temporalmente los furiosos ojos de su posible asesino, Wahlen apretó el gatillo del desintegrador en su mano derecha, enviando rayos de luz al hombro derecho del hombre donde se encontraba con su brazo.

El asesino echó la cabeza hacia atrás, con la mano todavía sosteniendo el cuchillo en alto, y soltó un grito de agonía.

Los oficiales del personal, que hasta entonces habían mantenido el fuego por temor a golpear a su comandante, no perdieron tiempo en saltar sobre el asesino, obligándolo a tirarse al piso.

La cara de Wahlen estaba pálida por la pérdida de sangre y el dolor, pero se las arregló para ponerse de pie y ladrar sus órdenes.

“¡No lo maten! Mantenlo vivo. Quiero saber para quién está trabajando”.

Pero entonces una luz blanca estalló en un rincón de su conciencia, y el comandante expedicionario cayó contra la pared y se deslizó hasta el suelo.

El médico que acudió en su ayuda determinó que el cuchillo había sido cubierto con un veneno alcaloidal y que si no le amputaban el brazo izquierdo a Wahlen, su vida correría peligro.

La cirugía dejó a Wahlen sin un brazo a cambio de su vida. Un rastro persistente de la toxina lo hizo sentir febril, a la inversa, haciendo que los corazones de los oficiales de su personal se enfriaran.

Wahlen se recuperó de una lesión grave y de una fiebre que podría haber llevado a cualquiera a la puerta de la muerte, recuperando la conciencia total sesenta horas después.

Después de beber los nutrientes que le dio el médico, Wahlen no dijo ni una

sola palabra sobre el brazo izquierdo que había perdido, sino que el oficial no encargado que lo había atacado lo había llevado a la enfermería. El agresor, apoyado entre dos soldados, tenía una venda en el hombro y parecía estar en peor estado que él.

“No lo torturamos. Él simplemente no come nada”.

Wahlen asintió ante la explicación de su subordinado y miró directamente a los ojos del hombre.

“Ahora, ¿tienes ganas de decirme quién te envió a matarme?”

En los ojos del asesino, empañado por la niebla cenicienta, las llamas carmesí de la sed de sangre se alzaron de nuevo.

“Nadie me ordenó. Aquellos que se nieguen a dejar que solo la santidad de la Madre Tierra deben sufrir por la voluntad trascendental que gobierna todo el universo”.

Wahlen le dio una sonrisa fatigada.

“Ahórrame tu teología. Solo quiero saber el nombre del que te ordenó que me asesinaras. Supongo que es alguien afiliado a la Iglesia de Terra. ¿Está él a bordo de esta nave?”

La tensión tenía un agarre de águila sobre todos en la bahía de enfermos. El asesino dejó escapar un grito enloquecedor y comenzó a luchar. Wahlen sacudió la cabeza una vez, levantó la mano que le quedaba y ordenó al hombre que regresara a su celda de aislamiento. Su jefe de personal miró ansiosamente a su comandante.

“¿Lo interrogamos de nuevo, Su Excelencia?”

“Dudo que él hable. Así son los fanáticos religiosos. Por cierto, ¿cuándo puedes conseguirme un brazo protésico?”

“En uno o dos días”, dijo el médico.

Wahlen asintió, mirando hacia donde solía estar su brazo izquierdo, pero pronto desvió su mirada sin emoción.

“Hablando de eso”, dijo bruscamente, “¿no hay otro oficial con un brazo protésico en esta nave?”

A lo que los oficiales de su personal intercambiaron miradas desconcertadas, pero se disparó la memoria superlativa del comodoro Kleiber.

“Ese sería el comandante Konrad Rinser, uno de los oficiales del personal a bordo de la nave insignia”.

“Sí, Konrad Rinser. Me lo presentó Siegfried Kircheis durante la Batalla de Kifeuser. Bien, llámalo a dentro”.

Por lo tanto, Konrad Rinser, comandante imperial, llegó a estar bajo el mando del Almirante Wahlen, aterrizando en la Tierra ante la fuerza principal para explorar el cuartel general de la Iglesia de Terra y despejar el camino para que las fuerzas compañeras invadieran.

III

En la Tierra — o más bien debajo de ella — el tiempo pasó ociosamente por un hechizo. La fecha fue el 14 de julio, diez días después de infiltrarse en la base subterránea de la Iglesia de Terra, y Julian no encontró nada de valor durante su estancia como falso creyente.

Las cámaras de vigilancia se instalaron en todas partes, lo que hizo imposible la exploración significativa del complejo, y las escaleras o ascensores que conducen a los niveles más bajos estaban invariablemente protegidos. Estar separado de sus compañeros de viaje significaba que

Julian no podía asociarse libremente con ellos. Pensando que no tenía más remedio que ganarse la confianza de sus anfitriones, se había comprometido en una especie de servidumbre involuntaria. Entre la adoración, la oración y los sermones, junto con otros creyentes, limpió la sala y clasificó el almacén de provisiones, mientras que a la vez memorizaba la distribución de la base subterránea. Pero incluso Julian no podía evitar sentirse como un tonto y solo podía imaginar que Poplin y Boris Konev estaban en especial agonía sin un sentido definido de propósito.

En la noche del vigésimo sexto (no es que mediodía o una noche fuera algo subterráneo), Julian finalmente pudo sentarse frente a Poplin en el comedor de estilo bufé y hablarle en voz *baja* .

“Entonces, ¿alguna joven belleza te llamó la atención?”

“De ninguna manera. Solo algunas antigüedades que podrían haber sido mujeres hace medio siglo”.

Poplin sorbió su sopa de lentejas con una cara agria. El comedor había pasado su horario pico, por lo que no había muchas otras personas alrededor. Los dos temían lo que otros podrían pensar si hablaban demasiado tiempo, pero al menos podían hablar.

“Más importante aún, ¿encontraste algún tipo de sala de referencia o base de datos?”

“Nada. Cualquier cosa así es más probable que sea otro nivel por debajo. Estoy seguro de que lo encontraré pronto”.

“No te hagas ilusiones”.

“No lo haré”.

“No he dicho nada al respecto hasta ahora, pero incluso si encuentra una sala de referencia, no hay garantía de que tenga lo que necesita. Estos tipos podrían no ser más que un culto a los locos megalómanos”.

Poplin cerró la boca, mirando más allá del hombro de Julian de esa manera que hacía cuando hablaba de mujeres. Julian se dio la vuelta. En el momento en que lo hizo, una raqueta penetrante asaltó sus tímpanos. Un creyente masculino estaba parado con los brazos en alto, mientras que otro se retorcía debajo de una mesa boca arriba. Los ancianos y las mujeres creyentes gritaban y se dispersaban. Los ojos del hombre, que traicionaban una mente perdida, brillaban desde debajo de su capucha negra. Levantó la mesa con sorprendente fuerza y la arrojó a la multitud de creyentes. Otro choque, y más gritos.

Alguien debe haber notificado a las autoridades, porque cinco o seis clérigos armados con pistolas paralizantes saltaron por la puerta y lo rodearon. Cuerdas finas salieron disparadas de sus armas y perforaron el cuerpo del hombre. Una corriente de alto voltaje y baja salida lo envió a volar por el aire antes de que cayera al suelo con un grito corto.

La cara de Poplin, medio oculta por su capucha, se puso completamente pálida, como si se hubiera realizado alguna sospecha siniestra.

“Maldita sea”, se quejó Poplin. “Eso es todo. ¿Cómo no lo vi antes?”

Poplin agarró a Julian por la muñeca y lo sacó del comedor, apresurándose contra la multitud que corría para ver de qué se trataba la conmoción. Cuando Julian finalmente preguntó qué estaba pasando, Poplin le lanzó una mirada seria.

“Necesitamos encontrar un baño rápido y vomitar todo lo que acabamos de comer”.

“¿Estás diciendo que nos han envenenado?”

El as piloto se tomó un momento para contestar.

“Algo como eso. ¿Ese hombre que se volvió loco en el comedor ahora?”

“Esa fue una reacción clásica a una droga psicotrópica llamada tiroxina”.

La voz de Julian quedó atrapada en su garganta. En medio de los címbalos de la conmoción que se estrellaban en su cabeza, las voces de la razón le dijeron la verdad. La comida que habían estado comiendo durante los últimos doce días en la sede del culto había sido atada con narcóticos, la misma droga sintética adictiva en la que el imperio y la alianza habían colaborado en secreto.

“Es la razón por la que los seguidores de la Iglesia de Terra son tan dóciles, como los esclavos”, dijo Poplin, enfocándose en los demás creyentes, aunque solo sea para ignorar su creciente inquietud. “Hace mucho tiempo, los revolucionarios solían llamar a la religión el opio de las masas, pero este es un nivel completamente distinto”.

Cuando entraron al baño, se metieron los dedos en la garganta y vomitaron sus comidas. Mientras se enjuagaban la boca, se advirtió a Julian que no bebiera agua, ya que existía la posibilidad de que todo el suministro de agua estuviera atado con la droga.

“No comas nada más hoy ni mañana, aunque si nos retiramos, quizás no tengamos mucho apetito”.

“Pero los otros…”

“Lo sé. Tenemos que avisarles lo antes posible”.

Los dos estaban en la misma página. Solo podían esperar que no estuvieran siendo monitoreados en este momento. Tenían que encontrar una forma, aunque fuera de riesgo, para evitar sospechas. Pero si seguían comiendo la comida y se volvían adictos a la droga, no se convertirían en nada más que ganado para la Iglesia de Terra. Fueron colgados en los cuernos de un dilema.

“En cualquier caso, Comandante, seguro que sabe mucho”. Poplin hizo una media sonrisa en respuesta a los elogios de Julian.

“Las mujeres no son lo único que persigo. Soy un regular caminante de museo”.

Esa noche de alguna manera transcurrió sin incidentes. Tal vez fue porque estos alojamientos estaban destinados a los soldados que esta sala de roca expuesta era lo suficientemente grande como para caber cincuenta camas de tres niveles. Las cortinas de tela hecha jirones eran sus únicas barreras para la privacidad. En algún momento, Julian logró quedarse dormido, atrapado entre el hambre real y el retiro imaginado.

A partir del mediodía del día siguiente, Julian sintió que su estado físico y su estado de ánimo comenzaban a deteriorarse. Estaba atormentado de escalofríos, estallaba en sofocos y, en general, se sentía incómodo. También era relajado en sus tareas, lo que lo hacía aún más desafiante por la falta de nutrición.

Retiro completo en esa misma noche.

Sabía que venía cuando algo se rompió dentro de él, y su cuerpo comenzó a temblar violentamente. Los escalofríos recorrieron su espina dorsal, su corazón se aceleró y comenzó a toser violentamente de una manera que no lo había hecho desde que era un bebé.

Alguien se quejó de otra cama, pero él no podía detener la tos por mucho que lo intentara. Todo lo que podía hacer era envolver su cabeza en una manta para amortiguarla. Durante uno de los breves instantes de que disminuyó, mientras sostenía fervientemente su respiración, la voz amable de un viejo creyente provenía de la litera sobre él.

“Joven, ¿estás bien? ¿Debería llevarte a la enfermería?”

“No, estoy bien. Gracias.”

Su voz era apenas audible. Su cuello y pecho estaban empapados en sudor frío, y su camisa estaba pegada a su piel.

“No te exijas demasiado”.

“Estoy bien. En serio, estoy bien”.

Julian no solo estaba siendo modesto. Si los doctores lo examinaron y vieron que él estaba experimentando síntomas de abstinencia, estaban seguros de bombearlo lleno de algo más fuerte y convertirlo en un drogadicto total. El culto estaba en ello.

El impulso de vomitar saltó desde su estómago hasta su garganta. Todo lo que surgió fue ácido digestivo puro. Presionó las sábanas contra su boca y finalmente forzó el líquido amargo hacia abajo. Después de esa primera ola, fue nuevamente sacudido por una tos violenta, ahora acompañada de dolores de estómago.

Los otros cuatro – Poplin, Konev, Machungo y De Hotteterre – seguramente estaban enfrentando la misma tormenta, y Julian sabía que no estaba solo. Aun así, no podía soportar el dolor y el desagrado de las nauseas envuelto alrededor de su cuerpo. En medio de un ataque de tos desagradable, se sentía como si estuviera en el entrenamiento de fuerza G más severo. Debajo de su piel húmeda, las células de sus músculos comenzaron a correr salvajemente en todas direcciones. Sus órganos internos y su sistema nervioso gritaron una canción de resistencia histérica cuando el sentido de sí mismo de Julian fue golpeado por fuertes vientos y truenos. El dolor y lo desagradable de todo esto irradiaban desde su núcleo, rebotando en la parte inferior de su piel y regresando a su núcleo. Las estrellas fugaces cruzaban el lienzo negro de sus párpados internos, estallando en supernovas y golpeando la conciencia de Julian.

Una voz que simulaba la bondad fluyó en su canal auditivo: “¿Qué es lo que te pasa?”

Julian sacó su cara pálida de debajo de la manta. Después de quién sabe cuánto tiempo, la tormenta dentro de él fue lenta pero segura, dejando su asiento para calmarse. Dos hombres miraban a Julian con cortesía y simpatía.

“Escuché de otros creyentes que realmente estás sufriendo. Compartimos la

misma fe. Nuestros corazones están con ustedes. No hay necesidad de contenerse. Ven con nosotros a la enfermería”.

Los hombres tenían parches cuadrados blancos cosidos en sus túnicas negras, designándolos como la unidad médica de la iglesia. Tratando de negarlo, Julian sintió una presencia divina. ¿Era así como se suponía que debía reaccionar? Él asintió obedientemente y se puso de pie. Tomando eso como una señal, su dolor y malestar se retiraron al dominio del pasado. Ahora más que nunca, su acto tendría que ser convincente.

IV

Al entrar a la enfermería, Julian supo que la puerta de la cueva de Ali Baba se había abierto por fin ante él. Dos visitantes anteriores estaban en la sala de examen — un joven refinado de ojos verdes y un gigante musculoso que parecía más bovino que humano. Aunque ambos estaban demacrados, sus ojos parpadearon con esperanza cuando se encontraron con Julian, quien descubrió que estaba recuperando confianza y energía con cada segundo que pasaba. En su mente, el destino aún mostraba el perfil de su gentil anciano.

“¿Qué pasa con todos los creyentes enfermos hoy?”, Se quejó un médico de mediana edad cuya ropa blanca se destacó en un mar de negro.

Tal vez fue la idea preconcebida de Julian lo que le impidió pensar, pero no se parecía mucho a un hombre que había dedicado su vida a la medicina.

“Me pregunto si algo te está enfermando”.

Uno por uno, el médico colocó una docena de jeringas en una bandeja de plata. Poplin le dio una patada al suelo.

“Lo hay”, dijo con calma.

“¿Oh? ¿Qué podría ser eso?”

“¡Porque nos hiciste comer salsa de tomate mezclada con tiroxina, maldito charlatán!”

El médico se quitó la máscara y saltó hacia él con un bisturí láser en la mano. Pero la agilidad de Poplin no estaba a la altura. El joven as se golpeó la muñeca, enviando una aguja hipodérmica directamente al ojo derecho del médico. El doctor dejó escapar un grito espeluznante. Se abrió la puerta y entraron dos hombres de la unidad de médicos.

Antes de que uno de ellos pudiera alcanzar su pistola eléctrica, el pie derecho de Julian se hundió en el abdomen de su túnica negra y envió al hombre a volar sin hacer ruido. El otro fue restringido en el agarre de hierro de Machungo, solo para besar la pared a diez metros por segundo.

Poplin disolvió el polvo blanco que había tomado de un cajón del escritorio en una taza de agua, y luego llenó la jeringa más grande que pudo encontrar. Se arrodilló frente al médico, que estaba tendido en el suelo, agarrando su ojo derecho y luchando por el dolor y la ira. Machungo sujetó uno de los brazos del doctor y lo envolvió con un tubo de goma. Poplin habló en voz baja.

“Estoy seguro de que no necesito decirle que una vez que inyecte esta cantidad de tiroxina en el torrente sanguíneo, morirá de un shock en menos de un minuto”.

“Por favor, detente.”

“Me gustaría, pero la vida no siempre es como la quieres. A veces, crecer significa separar lo que quieres hacer de lo que tienes que hacer. Pues bien, buen viaje.”

“¡Para!” Gritó el doctor. “Perdóname por favor, y te diré lo que quieras saber. Solo para.”

Poplin y Julian intercambiaron sonrisas siniestras. Julian se arrodilló junto al as.

“Quiero saber qué está escondiendo la Iglesia de Terra. Primero, dime, en términos inequívocos, dónde puedo encontrar la base financiera de operaciones de la iglesia”.

El ojo izquierdo del doctor se movió en dirección a Julian, exudando miedo y pánico. La indiferencia con que Julian había hecho su pedido solo hizo que el doctor temblara más.

“No tengo idea de tales cosas. No me dan acceso a esa información”.

“Si no lo sabes, entonces quiero que me digas, si puedes, sobre los que hacen”.

“Sólo soy el médico”.

Poplin se rió por la nariz.

“¿Así es como es ahora? Entonces no sirves a ningún propósito aquí. En cuyo caso, haré un cadáver de ti”.

El grito final del doctor fue ahogado por una alarma. Una corriente eléctrica de tensión corrió a través de los tres mientras disparos y explosiones llenaban el aire.

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez, los clérigos de nivel obispo que vinieron dando tumbos echaron un vistazo a lo que estaba sucediendo en la sala y gritaron tan fuerte como pudieron.

“¡Hemos sido invadidos por los herejes! También encontré algunos aquí. Mata a cualquiera que viole la santidad de…”

Antes de que pudiera terminar su oración, fue arrojado contra la pared y se deslizó hacia el piso como si rechazara el abrazo de la pared.

“Se llaman a sí mismos clérigos, pero trafican con personas inocentes y quién sabe qué más. Arrepiéntete ante Dios de tus corazones empobrecidos”, farfulló Poplin mientras comenzaba a arrancar la túnica del obispo para disfrazarse. “No es tan fácil quitarle la ropa de un hombre. No hay recompensa por hacerlo. ¿Fue esta la razón por la que vine hasta la Tierra? Mientras tanto, el mariscal Yang está viviendo con su nueva y bella esposa. Totalmente injusto.”

Poplin continuó burlándose de la situación, pero cuando se asomó por la puerta entreabierta, soltó un silbido sin sonido y retrocedió unos pasos, aferrándose a su túnica negra. Sacudió la cabeza con exasperación.

“Sabes, Julian, las cosas no siempre salen como te gustaría al principio”.

“¿Pero con el tiempo…?”

“Por lo general, empeoran”.

Poplin señaló a un grupo de soldados imperiales aprovechando al máximo su artillería pesada para abrirse paso a través del fuego cruzado.

CAPÍTULO 07: JUEGO DE COMBATE

I

MUROS DE LLAMA NARANJA habían convertido una sección de la carretera en un pintura al óleo viviente. Los bomberos y los rescatistas se movían entre los cadáveres y los fragmentos de automóviles, las sirenas aumentaban la inquietud de la gente todo el tiempo. La noche se llenó de tensión y se extendió por la capital de la alianza, Heinessen.

En una colina a una cuadra de distancia, un grupo de soldados armados miraba la carnicería a simple vista y con binoculares de visión nocturna.

Tres ex soldados de las Fuerzas Armadas de la Alianza con atuendo militar estaban en el centro del grupo: el vicealmirante retirado Walter von Schönkopf, el vicealmirante retirado Dusty Attenborough y el teniente comandante retirada Frederica G. Yang, ahora comandantes de una “fuerza rebelde” contra el gobierno dela alianza. Cuando Frederica se casó con Yang y los otros dos entregaron sus cartas de renuncia, ya habían elegido entre Yang Wen-li y el gobierno de la alianza.

Siguiendo la definición de que “la estrategia es el arte de crear una situación, y las tácticas el arte de aprovechar una situación”, era seguro decir que von Schönkopf y Attenborough habían actuado como estrategas de primer nivel esta noche.

“Primero, incitamos un gran alboroto”.

El gobierno de la alianza planeaba secretamente planea matar al almirante Yang, a quien había arrestado injustamente sin evidencia. El miedo a una invasión de la Armada Imperial se estaba convirtiendo en pánico, e incluso sin la participación del Almirante Yang, se engañaron al pensar que podrían evitar que la nación sufriera daños. En este punto, el objetivo de la fuerza rebelde era provocar una invasión imperial, permitiéndoles rescatar a Yang.

“Segundo, controlamos ese alboroto”.

Si el caos resultante no se controlaba, entonces sus tratos con la Armada Imperial también serían demasiado grandes para manejar, y podrían terminar invocando no al comisionado Lennenkamp el zorro, sino al emperador Reinhard el tigre. Al racionalizar el caos, por así decirlo, Lennenkamp se sentiría lo suficientemente seguro como para enfrentarse él mismo. En cualquier caso, tendrían que comprar algo de tiempo.

Una vez que tuvieran a Yang en su poder, huirían de Heinessen y se vincularían con Merkatz y el resto.

Lo que vino después fue idea de Yang Wen-li. Por eso lo rescataron en primer lugar— para hacer realidad esa idea.

“El problema es si el almirante Yang dirá que sí”.

“Probablemente no dirá que sí, incluso si lo presionamos. Naturalmente, será diferente si su esposa es quien lo propone. De lo contrario, puede pudrirse en la cárcel, y nadie podrá salvarlo”.

Cuando von Schönkopf dijo esto, Attenborough se encogió de hombros.

“Siento pena por el almirante Yang. Finalmente se había quitado ese uniforme y fue bendecido con una esposa y una pensión”.

Von Schönkopf le guiñó un ojo a Frederica.

“Los jardines existen solo para ser devastados por los carroñeros. Nadie

debería quedarse con una hermosa flor para sí mismo”.

“Oh, porque muchas gracias. Pero *tal vez* quiero mantenerme en secreto para alguien”.

Ambos vicealmirantes retirados notaron la maleta a sus pies.

“¿Qué pasa con la maleta, teniente comandante?”, Preguntó Attenborough.

“Es su uniforme militar”, respondió Frederica con una próxima sonrisa. “Yo creo que le queda mejor que cualquier ropa formal”.

Entonces no le queda otra ropa, no importa lo que use, von Schönkopf pensó para sí mismo.

“Tal vez debería renunciar a mi soltería también”, susurró Attenborough al cielo nocturno.

“Suena bien para mí. Pero antes de hacerlo, terminemos este trabajo y rápido”.

Von Schönkopf dejó escapar un silbido agudo, estimulando a sus soldados armados a la acción. Temiendo que el gobierno de la alianza fuera notificado de la situación por la Armada Imperial, dudaron de que hubiera algo que pudieran hacer para encubrirlo, por lo que decidieron marchar de cabeza a la tormenta. Quizás esta fuerza rebelde sería exitosa después de todo.

El presidente del consejo de la Alianza de Planetas Libres, João Lebello, se enteró del incidente justo cuando estaba a punto de abandonar su oficina por el día. La rígida cara del almirante Rockwell en su pantalla de comunicación fulminó con la mirada al presidente, que se sorprendió al enterarse del motín del regimiento de Rosen Ritter, y concluyó su informe.

“Humildemente tengo toda la culpa de este fracaso, aunque para el registro

siempre he estado en contra de este tipo de tácticas astutas".

"Es un poco tarde para decir eso ahora".

Lebello apenas logró evitar gritar de rabia. Le habían asegurado que no habría problemas técnicos en la etapa de ejecución. Y antes de eludir cualquier responsabilidad, tuvo que derrotar a esta fuerza rebelde.

"Por supuesto, *los* derribaré. Pero si la situación se sale de control y la Armada Imperial se entera, intervendrán con seguridad. Le conviene tener eso en cuenta".

Rockwell ya vio poca necesidad de tratar de ganarse el respeto del presidente. Su expresión descarada desapareció de la pantalla.

Después de unos segundos de deliberación, Lebello llamó al hombre que lo había instruido sobre esta "táctica astuta", Oliveira, presidente de la Universidad de Gobernanza Autónoma Central. Ya había regresado a casa, pero cuando se enteró de que von Schönkopf y los demás se habían escapado y habían lanzado un contraataque completo, y después de ser reprendido por su plan fallido, se había recuperado del buen brandy que había estado bebiendo.

"¿Cómo puedes decir algo así?"

Ahora eran los cerebros detrás de la operación lo que lo denunciaba por injusticia. Siempre había interpretado la ley tal como estaba escrita, y en el mejor interés de quienes la hacen cumplir. Por legalizar ciertos privilegios, había cosechado pequeñas recompensas, y nunca se había responsabilizado por ningún efecto de sus decisiones. Simplemente propuso planes y dejó la implementación a otros. Elogió sus propias habilidades de planificación incluso cuando menospreciaba las habilidades de los demás para hacer las cosas.

"Presidente, no recuerdo haberle torcido el brazo cuando le di mi propuesta. Cualquier cosa que haya sucedido desde entonces es el resultado de su propio juicio. Además, exijo un poco de protección armada para que no

sufra ningún daño”.

Al darse cuenta de que no podía contar ni con la fuerza física ni con el cerebro, Lebello abandonó el edificio del consejo y se metió en su coche. Era un barco que se hundía. No, se dijo, el gobierno de la alianza era el barco, y él era su capitán incompetente.

Para Lebello, no era más que una retribución kármica que estaba programado para ver una ópera esa noche con el alto comisionado imperial. Si no se presentaba, el comisionado podría sospechar un juego sucio. Y así, se dirigió a la Ópera Nacional para desperdiciar las siguientes dos horas de su vida.

El vehículo terrestre de Lebello fue intercalado por vehículos de escolta a ambos lados. Donde normalmente un automóvil era estándar, dicha protección aumentó en proporción a una disminución en la gobernabilidad. Para fin de año, cuatro autos probablemente se convertirían en ocho. Su pesar crecía con cada segundo que pasaba. Lebello cruzó los brazos y frunció el ceño en la parte posterior de la cabeza del conductor. El secretario que viajaba con él estaba haciendo todo lo posible para evitar mirar a su jefe, dirigiendo su atención al paisaje nocturno afuera, cuando de repente levantó la voz. Lebello volvió la mirada hacia la ventana y se congeló. Varios vehículos terrestres habían realizado giros inesperados repentinos en U y corrían hacia ellos contra el tráfico. Aparentemente habían desactivado sus controles automáticos y conducían de forma completamente manual.

Los conductores le gritaron insultos al secretario. Desde el techo solar de un automóvil que se acercaba a ellos, vieron a un soldado emerger con un cañón de mano.

El hombre cargó con el cañón, se encontró con los ojos de Lebello con los suyos y se rió sin hacer ruido. Lebello sintió un trozo de hielo deslizarse por su espalda. Como alguien en una posición alta de poder, se había resignado a ser un objetivo terrorista, pero tener el cañon de un arma tan grande apuntando a él aplastó su determinación teórica y convocó a un miedo profundamente arraigado en su lugar.

Se lanzaron flechas de fuego y un estruendoso rugido atravesó la noche. Los escoltas subieron en bolas de llamas amarillas, rodando por la carretera. Casi en el mismo momento, esas dos bolas de fuego se dividieron en cuatro, rodeando el vehículo terrestre de Lebello en un anillo deslumbrante.

“No te detengas. Solo sigue adelante”, gritó Lebello, su voz se elevó hacia arriba.

Pero el conductor decidió rendirse. La orden de Lebello fue ignorada, y el paisaje rápidamente cambiante fuera de su ventana se detuvo. Rodeado de vehículos desconocidos, Lebello salió de su vehículo terrestre en el centro, sintiendo poca dignidad al hacerlo. El presidente del consejo, sobre cuyos hombros ahora pesaba una sensación de derrota, fue abordado por el mismo hombre que acababa de destruir los autos de escolta con un cañón de mano. Sus hombros ahora estaban libres de su carga.

“¿Presidente del Alto Consejo, Su Excelencia Lebello, supongo?”

“¡¿Y quién es usted?! ¿Cuál es el significado de todo esto?”

“El nombre es Walter von Schönkopf, y a partir de este momento, acabas de convertirte en nuestro rehén”.

Lebello intentó frenéticamente calmar su corazón y sus pulmones.

“He escuchado mucho de ti.”

“El placer es todo mío”, respondió von Schönkopf sin una pizca de celo. “¿Por qué toda la teatralidad?”

“Debería preguntarte lo mismo. Entre tú y yo, ¿puedes decir con orgullo que has tratado a Yang Wen-li de manera justa? ”

“Por mucho que me duela decir esto, el destino de una nación no es algo que deba examinarse a través del prisma de los derechos de un solo individuo”.

“Una nación que hace todo lo posible para salvaguardar los derechos humanos individuales sería una nación democrática, ¿no es así? Sin mencionar el hecho de que Yang Wen-li ha hecho más por esta nación que todos nosotros juntos”.

“¿Crees que mi corazón no está ofendido? Sé que es injusto. Pero garantizar la supervivencia de nuestra nación lo reemplaza todo”.

“Entiendo. Entonces, ¿eres un político recto en lo que respecta al bien común?” Una sonrisa amarga cruzó oblicuamente el rostro elegante de von Schönkopf. “Y, sin embargo, al final, ustedes, los peces gordos, siempre terminan del lado del daño colateral. Cortarse las manos y los pies es doloroso, sin duda. Pero desde la perspectiva de esos mismos apéndices, cualquier lágrima que derrames parece hipócrita. Qué hombre tan lamentable — no, un gran hombre — eres por haber matado tu propio interés en el sacrificio a tu nación. ¿Cómo decía el refrán? ¿’Derramando lágrimas mientras bajas tu caballo’? Hmph. Mientras puedas sobrevivir sin sacrificarte, puedes derramar tantas lágrimas de alegría como quieras”.

Lebello había terminado de tratar de justificarse. Claramente, someterse al deshonor no era más que la arrogancia de un hombre en el poder.

“¿Y qué piensa hacer ahora, vicealmirante von Schönkopf?”

“Solo lo más sensato en esta situación”, dijo el vicealmirante retirado con calma. “Yang Wen-li nunca fue apto para interpretar el papel del héroe trágico. Como miembro de la audiencia, tengo la intención de terminar el guión. No soy reacio a usar la violencia, como lo exige la situación. Y la situación “, agregó von Schönkopf con otra sonrisa,” de hecho lo exige”.

Lebello no sintió compromiso ni conciliación en esa sonrisa. Nunca se había registrado para ser una herramienta para los demás.

II

Hasta que se sentó como el presidente del Consejo Superior de la Alianza de Planetas Libres después de la renuncia de Job Trünicht, el valor de la habilidad y el carácter de João Lebello había estado lejos de ser bajo. Para el año 799, a la edad exacta de cincuenta años, ya había servido bajo dos ministros del gabinete, mostrando un talento excepcional para la administración y la formulación de políticas en los campos de las finanzas y la economía. Siempre se había opuesto a las campañas extranjeras imprudentes, había evitado que el ejército creciera demasiado y se había esforzado por mejorar las relaciones diplomáticas con el imperio. Su oponente político Job Trünicht solía maldecir las “palabras melosas” de Lebello, pero nunca su carácter.

En esta noche, se había convertido en blanco de intensas críticas por ceder bajo la presión del alto comisionado imperial Lennenkamp e intentar eliminar a Yang Wen-li. Ahora veía la verdad en el dicho: “Un hombre capaz en tiempos de paz revela sus verdaderos colores en tiempos de crisis”.

Pero este tipo de cosmovisión era más apto para considerar un “hombre rentable en tiempos de crisis” que un “hombre capaz en tiempos de paz”. Si Yang y Lebello hubieran nacido medio siglo antes, este último habría servido a la Alianza de Planetas Libres como un estadista capaz y noble, mientras que Yang habría sido un historiador de segunda categoría regañado por la PTA por no tomar la enseñanza lo suficientemente en serio y hacer que los estudiantes aprendan todo por su cuenta. Y eso es probablemente lo que Yang hubiera preferido.

En cualquier caso, no había duda de que Lebello era un rehén más capaz.

Por ahora, nada más importaba para von Schönkopf y Attenborough.

Desde su landcar, von Schönkopf intervino en un canal reservado exclusivamente para uso militar. En la pantalla nublada portátil de visifono, los colores cromáticos y neutros se resolvieron en la expresión de sorpresa de un hombre de mediana edad con cejas gruesas y una mandíbula angular.

Increíblemente, lograron conectarse a la oficina del almirante Rockwell en la sede operativa conjunta.

“Esta es la fuerza rebelde malvada y sin ley. Con la mayor sinceridad y cortesía, le presentamos nuestras demandas, excelencia. Escuche cuidadosamente.”

Una de las habilidades especiales de von Schönkopf fue adoptar una actitud y un tono de voz que enviaron a sus oponentes a una verdadera ira. Esta vez, también, Rockwell sintió cada fibra de su ser crujir de ira ante la arrogancia de esta inesperada cabeza parlante. Rockwell tenía más de cincuenta años y estaba en perfecto estado de salud, una presión arterial ligeramente elevada era su único motivo de preocupación.

“Supongo que eres von Schönkopf, jefe del regimiento Rosen Ritter. No vayas imprudentemente a mover la lengua, maldito rebelde”.

“No sé mucho sobre ventriloquismo, así que lo moveré como me plazca. ¿Puedo proceder con los detalles de nuestras demandas?”

Habiendo pronunciado esta solicitud de aprobación afectada, von Schönkopf no esperó ninguna respuesta antes de continuar.

“El honorable primer ministro de la alianza, Su Excelencia João Lebello, está siendo recluido en nuestra prisión de lujo. En caso de que no se cumplan nuestras demandas, nos veremos obligados a desterrar a Su Excelencia Lebello al cielo y poner fin a esta desesperación atacando a la Armada Imperial en nombre de la alianza, comenzando una magnífica guerra en las calles, civiles y todo”.

¡Una guerra en las calles entre los granaderos armados de la Armada Imperial y el regimiento Rosen Ritter! Solo pensarlo hizo que el almirante Rockwell se estremeciera. Parte de él disfrutaba la posibilidad de comprometerse con su sed de sangre romántica, una falla común a todos los militares, mientras que la mayoría de él cayó bajo la influencia del miedo y la inquietud.

“¿Involucraría a civiles inocentes en su enfrentamiento sin sentido solo para salvarse?”

“¿Y qué hay de ti? ¿Matarían a un hombre inocente solo para salvarse?”

“No tengo idea de lo que quieres decir. No nos difamen sin nada para seguir”.

“Entonces volvamos a nuestras demandas. Suponiendo que no tiene ganas de asistir al funeral del Presidente de estado Lebello, debe liberar al Almirante Yang, ileso. Ah, y cien cajas del mejor vino que puedes conseguir”.

“Está más allá de mi competencia hacer esa llamada”.

“Apúrate entonces. Si nadie en el gobierno de la alianza tiene las calificaciones adecuadas, entonces podríamos negociar directamente con el alto comisionado imperial”.

“No seas imprudente. Me pondré en contacto contigo lo antes posible. Debes negociar solo con el gobierno de la alianza y los militares. Al menos eso es lo que espero que hagas”.

Von Schönkopf lanzó una sonrisa viciosa al director de la sede y cortó la llamada. Rockwell desvió la mirada furiosa de la pantalla hacia su ayudante, que levantó las manos con exasperación. No pudo rastrear la fuente de la llamada. Rockwell chasqueó la lengua con fuerza, lanzando su voz a la pantalla como una piedra.

“¡Traidores! ¡Bastardos antipatrióticos! Es por eso que nunca podemos confiar en nadie que abandone el imperio. Merkatz, von Schönkopf, todos ellos”.

Y ahora Yang Wen-li, el hombre que los designó para sus puestos. Nunca debería haber contado con ese grupo desleal y antipatriótico solo por sus talentos. Los que lucharon por vivir fueron inútiles, nada más que ganado con cerebro lavado que pasó sus días felices, abrazando ni la duda ni la

rebelión como hombres capaces para la nación y el ejército. No se trataba de salvaguardar la democracia. Sin embargo, se trataba de salvaguardar una nación democrática.

Los ojos de Rockwell brillaron. Una solución injusta pero adecuada a la situación lo tentaba con una dulzura irresistible. Sería difícil sacar al presidente Lebello de la cárcel. Pero si ignoraban su captura, ¿no podrían dejar que el gobierno de la alianza se encargara de lidiar con la fuerza rebelde? Sí, proteger a la nación era primordial. Y ningún sacrificio, sin importar de qué tipo o cuán grande, se salvaría para lograrlo.

Mientras la temperatura mental de Rockwell estaba ocupada subiendo y bajando, el alto comisionado del imperio, Lennenkamp, vestido con su uniforme militar formal, se estaba acomodando en su lujoso asiento de balcón en la Ópera Nacional.

Aunque ni siquiera tenía una pizca del afecto de su colega Mecklinger por las artes, sabía cuándo ser amable y, por lo tanto, había llegado a la Ópera solo cinco segundos antes de la hora señalada. Sin embargo, la ira natural de Mecklinger se despertó cuando su anfitrión parecía llegar tarde.

“¿Por qué el presidente aún no se ha presentado? ¿Es demasiado orgulloso para sentarse con nosotros bárbaros uniformados?”

“No, estoy seguro de que ya ha abandonado el edificio del consejo y está en camino mientras hablamos”.

El secretario en jefe de Lebello se frotó servilmente las manos. Si había un atributo malo de los burócratas, era que solo podían agarrar las relaciones humanas como peldaños para subir o bajar. Lebello se paró en Lennenkamp y Lennenkamp en Lebello. Para quien estaba en la posición más alta en cualquier momento dado, el otro podía inclinarse y rascarse sin la más mínima lesión a su orgullo.

Justo cuando el descontento de Lennenkamp estaba llegando a un punto de

ruptura, recibió una llamada de visofono. Todos los que cuidaban al alto comisionado salieron al pasillo reverentemente como sirvientes cuando Lennenkamp escuchó un informe del vicealmirante Zahm, un jefe de la oficina del comisionado. El presidente Lebello, ahora se enteró, había sido tomado cautivo por los subordinados de Yang.

Los labios medio ocultos por el bigote de Lennenkamp se curvaron hacia arriba. Era una mejor excusa de la que jamás hubiera esperado. La oportunidad de culpar abiertamente al gobierno de la alianza por su falta de capacidad para manejar las cosas, deshacerse de Yang y comprometer la autonomía de la alianza en el frente interno se había metido en su bolsillo.

Lennenkamp se levantó de su silla demasiado suave, sin necesidad de ocultar su desinterés por la actuación. Ignorando arrogantemente a cualquiera relacionado con el gobierno de la alianza nerviosa y el teatro, Lennenkamp se despidió. Estaba a punto de protagonizar una ópera aún más magnífica de derramamiento de sangre.

III

En algún momento en el futuro, Dusty Attenborough hablaría poéticamente sobre lo que sucedió después, como si hubiera sido testigo de la historia:

“En ese momento, no sabía qué lado tenía la ventaja. La gente de Heinessen estaba ciega por todo el humo, corriendo en pánico y chocando entre sí a cada paso”.

Por otra parte, fueron Attenborough y su compañero von Schönkopf quienes habían estado arrojando petróleo a las llamas de esa confusión desde el principio. El lado en el que se vertía dicho aceite estaba en un frenesí total. Y mientras tanto la oficina del alto comisionado imperial galáctico como el gobierno de la alianza estaban tejiendo sus propias redes de conspiración, no pudieron captar la imagen completa del caos, tratando

de encontrar y explotar un punto débil en sus oponentes. Sobre todo, el gobierno de la alianza se opuso a cualquier movimiento obvio por parte de la Armada Imperial. En ausencia del presidente, el Secretario de Estado Shannon se convirtió en su representante.

“Este es un problema que debe resolverse dentro de la alianza. Es mejor que la Armada Imperial no meta la nariz en esto”.

La respuesta de la Armada Imperial fue de mano alta.

“Pero el gobierno de la alianza no puede mantener su propio orden público. Por lo tanto, interesa al imperio defender el bienestar del consejo movilizando nuestras propias fuerzas. Les puedo asegurar que cualquiera que interfiera será tratado como un enemigo del imperio, sin hacer preguntas”.

“Si la situación se sale de control, le pediremos su ayuda. Espero que esperes hasta entonces”.

“Entonces me gustaría negociar directamente con la persona más alta a cargo del gobierno de la alianza: Su Excelencia el presidente del consejo. ¿Y dónde está el presidente?”

No tenía sentido dignificar esa burla con una respuesta.

Bajo la disposición del Tratado de Bharat, a saber, la “Ley de la Insurrección”, la vigilancia del gobierno había mantenido a Yang bajo control por supuestamente perturbar la amistad entre la alianza y el imperio. Pero ninguna disposición del tratado establecía que los criminales que violaran la Ley de la Insurrección debían ser entregados al imperio. Mientras no se produjeran daños al imperio ni a los afiliados a la oficina del alto comisionado, no había razón para que interfirieran. El gobierno derrotado de la alianza nunca había abusado de este tratado, que se les había impuesto, y necesariamente, pero con la mayor cortesía, rechazó la oferta de ayuda de la Armada Imperial. Lennenkamp también había ignorado por la fuerza el tratado hasta el punto de atarle las manos.

En cualquier caso, la vista en ambos lados era extremadamente estrecha, y su miopía solo empeoraba. Desde donde se sentó Yang, había tenido éxito. Si el caos y la confusión aumentaran aún más, se pondrían en tela de juicio tanto la capacidad del gobierno de la alianza para mantener el orden público como la capacidad de la oficina del alto comisionado imperial para hacer frente a la crisis. Otra solución era llamar a un empate antes de que la situación se intensificara más allá de Heinessen, aplaudir y acabar de una vez. Pero tanto Lebello como Lennenkamp no tenían tanta audacia, por lo que nadaron desesperadamente, cayendo por una cascada en una catástrofe.

Yang no pudo evitar simpatizar, al mismo tiempo discerniendo un factor contribuyente en todo esto: a saber, que von Schönkopf estaba avivando las llamas.

“Algunas personas simplemente no pueden dejarlo lo suficientemente bien”, se dijo Yang, revolviéndose el cabello oscuro en su celda de la Oficina Ministerio Público.

La puerta de acero se abrió, y entró un hombre que tenía un “cartel militar” escrito sobre él. Corte de tripulación, mirada aguda, boca obstinada. El teniente era un poco más joven que Yang.

“Es hora, almirante Yang”.

La voz y la expresión del oficial eran más sombrías que pensativas. Yang sintió que su corazón hacía un baile inexperto. Su peor miedo se había disfrazado y manifestado, listo para llevar a Yang al lugar más frío imaginable.

“Todavía no tengo hambre”.

“No es hora de comer. Desde este punto, nunca más tendrá que preocuparse por la comida o la alimentación”.

Al ver que el oficial había sacado un desintegrador, Yang respiró hondo. Esta fue una predicción por la que fue más infeliz de ver realidad.

“¿Tiene alguna última solicitud, Su Excelencia?”

“De hecho sí lo hago. Siempre quise probar un vino blanco de cosecha de 870 SE antes de morir”.

El teniente tardó cinco segundos completos tratando de procesar el significado de las palabras de Yang. Cuando por fin entendió, su expresión se enojó. Solo era el año 799.

“No puedo conceder ninguna solicitud imposible”.

Yang cambió de táctica al expresar una duda fundamental.

“¿Por qué tengo que morir en primer lugar?”

El teniente enderezó su postura.

“Mientras sigas vivo, siempre serás el talón de Aquiles de la alianza. Por favor, entrega tu vida por tu país. Es una muerte digna del héroe que eres”.

“Pero el talón de Aquiles es una parte indispensable del cuerpo humano. No tiene sentido señalarlo”.

“Guárdalo para el más allá, almirante Yang. Solo tómalo como un hombre. Te puedo asegurar que morir así no traerá vergüenza a tu fama. Sé que no soy digno, pero estoy aquí para ayudarte”.

El que decía esas palabras temblaba con un narcisismo extremo, mientras que el que estaba siendo forzado a una muerte indeseable no sentía alegría ni emoción profunda. Mientras miraba el cañón con un sentimiento más transparente que el miedo, se dijo que estaba listo. El teniente posó para el efecto, respiró hondo y estiró el brazo derecho. Apuntó al centro de la frente de Yang y apretó el gatillo.

Pero el haz de luz atravesó el espacio vacío, explotando en la pared opuesta y dispersándose en partículas de luz. Sorprendido por su fracaso, la mirada del teniente desgarró la habitación en busca de una presa que debería haber

sido acorralada. Yang, una fracción de segundo antes de ser asesinado, cayó al suelo, a la silla y todo, mientras evadía el rayo láser.

Como dirían los que saben más tarde, incluso Yang estaba impresionado con su propia actuación. Pero solo se había topado con un callejón sin salida. Una vez que cayó al suelo, no hizo ningún intento de moverse. Al ver la crueldad parpadeando en la cara de su verdugo, parecía que solo había logrado mover el lugar donde iba a morir un metro hacia abajo.

“Eres patético, excelencia. ¿Y tienen el descaro de llamarte ‘Milagroso Yang’?”

Mirando hacia el abismo de la muerte, Yang estaba furioso. Y justo cuando estaba a punto de decirle algo a su asesino, el brillo de la puerta de acero que se abrió detrás del teniente le llamó la atención. Un momento después, un rayo de luz brotó del grueso pecho del hombre. El grito del teniente golpeó el techo cuando echó la cabeza hacia atrás, su cuerpo pesado dio media vuelta y cayó de cabeza al suelo. Yang se arrastró hasta la orilla de la vida para ver el cabello castaño dorado, los ojos color avellana rebosantes de lágrimas y los labios gritando repetidamente su nombre.

Yang estiró los brazos y abrazó el cuerpo delgado de quien lo salvó.

“Te debo mi vida. Gracias”, dijo al fin.

Frederica solo asintió, apenas capaz de comprender las palabras de su esposo. Una verdadera explosión de emociones se había convertido en lágrimas. Él secó las lágrimas, pero ella siguió llorando como esa niña que había conocido hace once años.

“Espera, arruinarás esa hermosa cara tuya. Oye, no llores…”

Yang acarició la cara de su esposa, sintiéndose aún más desconcertado que cuando estaba siendo atacado por una flota de diez mil naves desde la parte trasera, cuando un intruso grosero parecía tomar el control de la situación.

“Nuestro querido mariscal, hemos venido por ti”.

Con refinada audacia, el ex comandante del regimiento Rosen Ritter saludó. Yang sostuvo a Frederica con su brazo derecho, solo que ahora saludaba descaradamente.

“Mis disculpas por todo el tiempo extra que te he hecho pasar”.

“Fue un placer. Incluso una larga vida tiene poco significado si uno no la vive por completo. Por eso estoy aquí para salvarte”.

Von Schönkopf había llevado sus acciones tácticas al extremo. Les había informado a los militares que había tomado como rehén al presidente y les había dado algo de tiempo para responder, mientras rescataba a Yang por la fuerza. Rockwell había sido engañado. Al detenerse, había dado cabida a las acciones de von Schönkopf. Pero ni siquiera von Schönkopf podría haber predicho que Rockwell iría tan lejos como él para aprovechar esta rara oportunidad de “tratar” con Yang. En teoría, había tenido tiempo más que suficiente para rescatar silenciosamente a Yang, cuando en realidad había llegado allí justo a tiempo.

“Bueno, tal vez no te sea de mucha utilidad, pero por favor, toma este desintegrador por si acaso”, dijo el comandante Reiner Blumhardt, entregando su arma.

Técnicamente hablando, el comandante Blumhardt ahora era oficial comandante del Rosen Ritter. Si bien era natural que un comandante del regimiento de la decimotercera generación como von Schönkopf ascendiera a almirante, no pudo convertirse en comandante de un regimiento. El comandante del regimiento de la decimocuarta generación, Kasper Rinz, dirigió la mitad de sus tropas y se lanzó a la flota de Merkatz, oficialmente MIA durante la guerra. Al regresar a la capital, Blumhardt había recibido un aviso de que iba a ser el comandante en jefe del régimen, pero como la alianza se había rendido al imperio, las posibilidades de mantener en marcha una organización compuesta por jóvenes refugiados eran escasas. Probablemente era mejor disolver el regimiento por completo que ser blanco de un castigo vengativo. De la misma manera que Yang era responsable de Merkatz y los demás, von Schönkopf era responsable de sus

hombres, y en este día él había vinculado su futuro al de ellos. No había vuelta atrás ahora.

Fuera de la puerta, había señales de guardias en movimiento.

“Somos el regimiento Rosen Ritter”, dijo Blumhardt con orgullo a través de un megáfono. “Si aún deseas luchar contra nosotros, entonces escriban sus testamentos y vengan a nosotros. O podemos escribir sus testamentos para usted, con su propia sangre”.

Fue un farol, pero el formidable historial de von Schönkopf y Rosen Ritter fue suficiente para generar temor en los guardias de la Fiscalía Central. Su beligerancia se extinguió rápidamente, tan efímera como su valentía y audacia. Aunque el gobierno de la alianza solía exagerar la ferocidad de von Schönkopf y su pandilla para infundir miedo en las naciones enemigas, ahora eran sus antiguos aliados los que tenían miedo de las espinas.

En el momento en que Yang se puso su uniforme militar en el asiento trasero de un coche terrestre que pasaba toda la noche, su breve período como pensionista terminó. Volvió al hombre que una vez había estado en la fortaleza de Iserlohn. Frederica contempló felizmente la galante figura de su esposo.

“¿Le importaría decirme de qué se trataba el “trabajo voluntario” de esta noche, vicealmirante von Schönkpopf?”, Preguntó Yang al delincuente principal mientras su esposa ajustaba su boina negra.

“Siempre me ha interesado mucho cómo piensan y actúan los hombres que respetan las órdenes y los que respetan la ley, como usted, cuando escapan del tipo de esclavitud bajo la que se encontraba. ¿No es esa razón suficiente?”

Sin responder, Yang jugó con el dispositivo de emisión de onda corta que fue disfrazado como un gemelo, algo que Frederica había puesto en la chaqueta de safari que le había regalado cuando lo arrestaron. Había

alertado a su esposa sobre su ubicación y le había salvado la vida. Mientras ponía este accesorio con el que estaba tan en deuda en su bolsillo, la mente de Yang estaba en otra parte. En su lugar, hizo una pregunta no relacionada.

“Siempre me has apoyado, diciéndome que debería tomar el poder por las riendas. ¿Pero qué sucede cuando tomo el poder en mis propias manos y mi personaje cambia?”

“Si cambias, no serás diferente a cualquiera que te haya precedido. La historia se repetiría, y serías solo otro personaje en los libros de texto que molestará a los futuros estudiantes de secundaria en los siglos venideros. De todos modos, ¿por qué no probar un bocado antes de criticar el sabor?”

Yang se cruzó de brazos y gimió en voz baja.

Incluso el joven de la Academia de Oficiales, Dusty Attenborough, asintió con una mueca.

“El vicealmirante von Schönkopf tiene razón. Almirante Yang, al menos tiene la responsabilidad de luchar por aquellos que lucharon por usted. Ya no le debes nada al gobierno de la alianza. Es hora de que te vayas con todo adentro”.

“Suena como una amenaza para mí”, se quejó Yang, solo medio serio.

Desde el momento en que su vida fue salvada, Yang había dejado de ser de su propiedad.

“Estás siendo demasiado optimista”, continuó Yang. “Cualquiera que piense que puede sobrevivir tanto con el imperio como con la alianza como sus enemigos está más que loco. Mañana bien podría ser parte de una procesión fúnebre”.

“Bueno, supongo que eso podría suceder. No eres inmortal Si tuviera que morir, no me importaría salir de esa manera. Prefiero morir como oficial de personal del almirante Yang, el famoso rebelde, que como esclavo de un esclavo del imperio. Al menos mis descendientes me recordarán con

cariño”.

En este punto, fue el estómago de Yang, no su boca, lo que protestó. No había comido en más de medio día. Con una mirada de complicidad, Frederica sacó una canasta.

“Traje algunos bocadillos. Aquí tienes, querido.”

“Wow, gracias”.

“Por supuesto. También tengo té negro”.

“¿Con brandy?”

“Por supuesto”.

“¿Estamos de picnic ahora?” Murmuró Attenborough, acariciando su barbilla. Von Schönkopf respondió con una sonrisa amarga.

“Ni siquiera. Un picnic sería mucho más complicado “.

Cuando la figura de Yang Wen-li se apoderó del centro de su visión, João Lebello reflexionó dos veces. Fue gracias a él que el primer ministro de la alianza necesariamente defendió la dignidad y abogó por la justicia. Al ver la figura eufórica de Lebello hinchada de orgullo, fue Yang quien no pudo reprimir un suspiro. Si bien respetaba a Lebello como figura pública, no podía soportarlo como hombre.

Su escondite seguro era una habitación en un edificio que Rosen Ritter había establecido audazmente a menos de un kilómetro del Hotel Shangri-La, que albergaba la oficina del alto comisionado imperial. Su dueño se había declarado en bancarrota antes de que hubiera terminado, y el edificio había sido abandonado desde entonces. Sus paredes interiores de hormigón desnudo estaban insonorizadas. Como espacio de bienvenida para un primer ministro, dejaba mucho que desear.

El prisionero en cuestión fue el primero en hablar.

“Almirante Yang, tiene una idea de los crímenes que ha cometido, ¿verdad? Romper la ley con fuerza, hiriendo nuestra santidad nacional, mostrando desprecio por el orden público. ¿Necesito continuar?”

“¿Y cómo he violado la ley?”

“¿Realmente vas a convencerme de que te perdone después de que me hayas encarcelado ilegalmente de esta manera?”

“Ah, entiendo.”

Una sonrisa amarga cruzó el rostro de Yang, como la de un profesor asistente que acaba de señalar un error gramatical en el ensayo de un estudiante. Attenborough se rió de Lebello. Entonces fue cuando Lebello lo entendió. Se puso pálido de humillación.

“¡Si no quieres aumentar tus crímenes, te sugiero que me liberes de inmediato!”

Yang se quitó la boina negra y se revolvió el cabello, tomando la expresión de un maestro de drama que examinaba la actuación de su protegido. Aturdido, Lebello relajó sus hombros.

“¿Tienes alguna demanda? Si es así, entonces solo dime.”

“La verdad”.

Lebello no dijo nada.

“Es una broma. Nunca pediría algo tan inútil. Solo le pido que garantice nuestra seguridad. No indefinidamente, sino dentro de un período de tiempo determinado”.

“Ustedes son enemigos públicos del estado. No puedo hacer ningún trato

que desafíe la justicia”.

“¿Estás diciendo que mientras exista el gobierno de la Alianza de Planetas Libres, mis amigos y yo nunca sabremos de paz?”

Lebello no respondió de inmediato, al sentir algo parecido al peligro en el tono de Yang.

“Si ese es el caso, también debo convertirme en un discípulo del egoísmo. Si es necesario, incluso podría vender mi propia nación al imperio por casi nada”.

“¡¿Crees que te permitiría hacer algo así?! Como almirante, también ocupó un puesto importante en el estado. ¿Tu conciencia no tiene vergüenza?”

“Ahora hay una buena pieza de lógica”, intervino von Schönkopf, fijando su mirada en Lebello. “¿Está bien que una nación venda individuos, pero no al revés?”

Yang se aclaró la garganta ligeramente.

“Entonces, ¿al menos considerarás mi propuesta?”

“¿Propuesta?”

“Tomamos como rehén al Comisionado Lennenkamp, luego dejamos el planeta Heinessen. El gobierno de la alianza seguirá los movimientos de perseguirnos sin hacerlo realmente. Asumiré toda la responsabilidad por cualquier conflicto con el imperio. Si la alianza se inclina ante el imperio y les pide que den un vistazo y arresten a Yang Wen-li, terminarás salvando la cara”.

Lebello reflexionó sobre la propuesta de Yang en silencio. Su propio interés corría por un laberinto en su corazón, buscando una salida segura.

“Tengo una condición más. Espero que no castigue a nadie que haya permanecido en el gobierno de la alianza. Aquellos que sirvieron debajo de

mí —Caselnes, Fischer, Murai, Patrichev y muchos otros, además— no tuvieron absolutamente nada que ver con toda esta terrible experiencia. Si puede jurarme, por toda la dignidad invertida en usted por el gobierno de la alianza y la democracia, que no les hará daño, entonces dejaré a Heinessen. Por supuesto, lo liberaremos, presidente, y ya no molestaremos a la gente. ¿Suena razonable?”

No fue el gobierno sino la parte sobre “la gente” la que habló por los sentimientos de Yang. Lebello lanzó un suspiro. Parecía que había encontrado una salida después de todo.

“Almirante Yang, no tengo intención de disculparme con usted. Me han confiado las responsabilidades más pesadas en los momentos más difíciles. En aras de garantizar la supervivencia de la Alianza de Planetas Libres y las generaciones venideras, recurriré a cualquier método, sin importar cuán descuidado sea. Por supuesto, estoy resignado a cualquier censura que surja de mis acciones”.

“En otras palabras, está de acuerdo con mi propuesta de tomar como rehén a Lennenkamp”, fue la respuesta siempre prosaica de Yang.

“Entonces eso es todo. Vicealmirante von Schönkopf, lo dejo al mando”.

“Puedes contar conmigo”.

Von Schönkopf asintió felizmente. Lebello no quería nada más que llamarlos belicistas, pero en cambio preguntó cuándo podía esperar recuperar su libertad.

“Cuando su excelencia Lennenkamp es el más desafortunada pierde la suya”.

Un miembro del grupo, el Capitán Bagdash, que había estado observando desde un costado, se acercó a von Schönkopf y le susurró al oído.

“No es mi lugar decirlo, pero no creo que debas confiar en ellos. No solo el presidente Lebello, sino todos esos hombres poderosos con los que se

rodea. Se inclinan solo ante el mejor postor”.

“¿Eso significa que negarán la propuesta del almirante Yang?”

“Dirán “sí”, aunque solo sea porque no lograron ocultar el incidente en sí y quieren abrazar al Almirante Yang y a todos los responsables. ¿Pero quién sabe cómo podría cambiar la situación? Si les conviene, no dejaría de lado que borren a Lennenkamp y a todos nosotros con él”.

Bagdash era un experto en inteligencia y actividades subversivas, y una vez perteneció al campamento que enfrentó a Yang, por lo que incluso después de haber ingresado su nombre como oficial de personal de Yang, estaba constantemente mal visto. En este caso, sin embargo, había sido fundamental en la recopilación y el análisis de la información, y en la planificación del ataque contra Lebello, y por los servicios prestados había establecido un punto de apoyo y confianza dentro del grupo. Tal vez habían perdido su oportunidad después de todo.

“Lo que me preocupa es el afecto persistente del almirante Yang por el gobierno democrático de la alianza. Me preocuparía si él pensara que su castigo tendría algún efecto positivo en la alianza”.

“Creo que todo saldrá bien. Incluso si lo lamenta ahora y regresa, puede despedirse de su pensión. Tendrá que renunciar y volverse autosuficiente”.

“¿Y tú? ¿Lo has abandonado?”

“Renunciar es una de mis cualidades redentoras. Fue lo mismo cuando Su Excelencia von Schönkopf vio mis planes hace dos años”.

“El sol saldrá en cualquier momento”.

Desde las gruesas nubes de verano, el sol de Bharat lanzó sus primeros rayos. La noche se retiraba rápidamente, pero dejaba atrás el caos, sin intentar disipar las profundas sombras negras. El tráfico fue interceptado en toda la ciudad mientras las tropas de la alianza y la policía corrían salvajes bajo una cadena de mando rota.

“Muy bien, entonces, ¿comenzaremos nuestro asalto al amanecer?” Von Schönkopf recogió su casco.

“El hotel Shangri-La este es”.

El comandante Blumhardt rompió el pavimento de su memoria, en la parte inferior de la cual se registró información beneficiosa. Él sonrió a sabiendas, confiado en su éxito, reuniendo a los comandantes de su compañía y repartiendo sus órdenes tácticas.

El Hotel Shangri-La se había convertido en una especie de bastión, rodeado como estaba ahora por un mar de soldados imperiales totalmente armados. Siguiendo las instrucciones de Lennenkamp, obtuvieron el control de ubicaciones clave en las calles de la ciudad de la capital de la alianza, Heinessen, y asumieron la formación de batalla, declarando fácilmente la ley marcial. Dado que la capital de la alianza se había convertido en prisionero de guerra para un supuesto grupo de soldados rebeldes, cualquier tontería como la estima por la soberanía había sido arrojada por el vertedero de basura.

La alianza, naturalmente inconsciente de la situación que se avecinaba en el continente imperial, había asaltado su propia capital.

Alrededor de la medianoche, el gobierno de la alianza había estado tratando desesperadamente de evitar que el conocimiento de estos desarrollos llegara a la Armada Imperial. Después de la medianoche, las fuerzas de ocupación de la Armada Imperial en Heinessen estaban ansiosas por filtrar información a sus aliados.

Lennenkamp, que había tomado posición en el decimoquinto piso del hotel, tenía la intención de lidiar con la situación utilizando las fuerzas terrestres de Heinessen, en otras palabras, los dieciséis regimientos de soldados bajo su mando. Y si eso no fuera suficiente para detener las llamas, entonces esas llamas saltarían a través del abismo del universo y se encenderían en la

antorcha del Almirante Steinmetz estacionado en el sistema estelar de Gandharva.

En ese caso, la tarea de subyugación volvería a Steinmetz, y se denunciaría el manejo ineficaz de Lennenkamp. Si Lennenkamp, después de reprimir a la camarilla de Yang y esclavizar al gobierno de la alianza, no pudiera obtener una nueva posición y poder acorde con su logro, entonces el caos de la noche anterior no tendría sentido.

El grupo de soldados rebeldes, incluso con el formidable regimiento Rosen Ritter en su núcleo, contaba con poco más de mil. Los funcionarios del gobierno de la Alianza habían dejado que la ira los venciera cuando intentaban apresurar la ejecución de Yang, solo para ser derrotados en su propio juego. Incluso Lennenkamp no pudo comprender completamente sus movimientos, sin saber que Lebello ya lo había vendido al campamento de Yang.

A las 5:40 a.m., la gruesa alfombra debajo de los pies de Lennenkamp se onduló por un momento, seguida por el sonido de explosiones amortiguadas. Si no fuera por el paisaje urbano de la madrugada fuera de su ventana, podría haber sido engañado pensando que había sufrido un impacto directo de un cañón de una nave de guerra enemigo. Justo cuando estaba considerando la posibilidad de un terremoto, un oficial pálido con sorpresa irrumpió en su oficina y anunció que el piso catorce directamente debajo de ellos había sido ocupado por soldados no identificados. Lennenkamp se puso de pie de un salto.

Casi como por arte de magia, von Schönkopf y sus hombres pasaron por los conductos de comunicaciones subterráneos, luego el pozo de reparación del ascensor, que corría verticalmente por todo el edificio, hasta llegar al piso catorce. Volaron dos ascensores y tres escaleras, pero fueron enfrentados por las fuerzas imperiales en la parte superior de la escalera oriental, que apenas lograron obstruir. Un oficial imperial con la insignia de un capitán les gritó.

“¡Detén tu inútil resistencia! Si no sales, te haré nadar en un mar de tu propia sangre”.

“Lástima que no traje mi traje de baño”.

La presión arterial del oficial se disparó por haber sido ridiculizada.

“Lo dejaré pasar. Ahora ríndete. Si te niegas, te puedo asegurar que no retendremos nada “.

“Entonces muéstranos lo que tienes”.

“Muy bien. Esté preparado para poner sus restos donde está su boca, ratas de alcantarilla.”

“Lo mismo va para usted. Deberías haberlo pensado dos veces antes de volar las cosas sin escuchar todo lo que tu oponente tiene que decir”.

La boca abierta del capitán estaba tapada por un puño invisible. El anuncio de un subordinado apenas lo detuvo antes de gritar en represalia.

“No tan rápido, no podemos usar armas de fuego. La concentración de partículas de Seffl ha alcanzado la masa crítica”.

El capitán apretó los dientes sobre la astucia del enemigo e inmediatamente se dirigió al Plan B. Cinco de los granaderos armados de su compañía fueron llamados al hotel. Tendrían que luchar para usar el combate cuerpo a cuerpo y rescatar al alto comisionado de su encierro.

Von Schönkopf observó con calma a través de su casco una multitud de brillantes trajes de batalla gris plateados reunidos al pie de las escaleras. Estas figuras, que parecían haber dejado su miedo en el útero, eran la definición viva de la valentía. Incluso Blumhardt lo pensó, y la insensibilidad y el orgullo de los soldados imperiales mientras se acercaban hicieron que todo su cuerpo se pusiera rojo. Cuando se dio la orden de cargar, los soldados imperiales se precipitaron escaleras arriba. El soldado en la parte delantera sostenía una tomahawk de cristal de carbono que

brillaba a la luz. Von Schönkopf saltó hacia él, desencadenando lo que los románticos acérrimos denominarían la “cascada roja”. La primera sangre se esparciría del cuerpo de este infeliz soldado. Von Schönkopf se agachó debajo del hacha de guerra mientras cortaba el aire. En el momento siguiente, balanceó su propia tomahawk oblicuamente, cortando el casco y las costuras del uniforme del soldado para encontrar la yugular debajo. Mientras la sangre brotaba por todas partes, el soldado cayó, y una voz llena de ira y odio surgió desde abajo.

“Vicealmirante”, gritó Blumhardt, “es peligroso para usted estar al mando desde la primera línea”.

“No hay necesidad de preocuparse. Planeo vivir hasta ciento cincuenta. Todavía me quedan ciento quince años. No voy a morir aquí”.

“Tampoco hay mujeres aquí”.

Blumhardt, muy consciente de los gloriosos logros de von Schönkopf fuera del campo de batalla, sabía que sus palabras no serían tomadas como una broma. De todos modos, no había tiempo para que von Schönkopf se opusiera. El terrible sonido de muchos pasos subió corriendo las escaleras.

Von Schönkopf y Blumhardt entraron inmediatamente en un ciclón de fuelle y chillidos, impactos metálicos, sangre y chispas. Mientras las hachas de cristal de carbono dibujaban arcos en el aire, los soldados imperiales heridos de muerte cayeron por las escaleras cubiertos de sangre.

Von Schönkopf no estaba a punto de cometer el error de enfrentarse a varios enemigos al mismo tiempo. Sus cuatro extremidades y sus cinco sentidos estaban todos bajo el control perfecto de su sistema nervioso central, orquestando ataques de corte cortos pero severos en cada oponente, evitando la fatiga de la batalla en cada turno.

Esquivando un ataque con un giro de su cuerpo alto, respondió con otro al cuello. Cuando cada enemigo herido de muerte cayó al suelo, von Schönkopf ya estaba avanzando hacia el siguiente.

Un tomahawk levantó el viento, mientras que otro cortó ese viento. Las cuchillas chocantes enviaron chispas y fragmentos de cristal de carbono volando, mientras que la sangre salpicaba un morboso rompecabezas por el piso y las paredes. Se produjeron enormes cantidades de dolor, interrumpido solo por la muerte. Von Schönkopf al principio evitó los chorros de sangre de sus víctimas, pero finalmente ya no pudo favorecer la estética sobre la defensa perfecta. Su traje de batalla gris plateado, que le recordaba a una armadura medieval, estaba cubierto de varios tipos de sangre diferentes, recién salidos de sus enemigos derrotados. Incapaces de soportar sus pérdidas, las tropas imperiales se retiraron escaleras abajo, incluso mientras apretaban los dientes con pesar. Von Schönkopf le dio una palmada en el hombro a Blumhardt.

“Lennenkamp es todo tuyo. Lleva solo diez hombres contigo.”

“Pero, Su Excelencia…”

“¡Hazlo ahora! La arena en el reloj de arena es mucho más preciosa que cualquier diamante”.

“Entendido.”

Después de que Blumhardt desapareció con diez soldados, von Schönkopf lideró a los veinte que quedaron atrás. Von Schönkopf posó en lo alto de las escaleras, balanceando provocativamente un hacha de guerra pulida con sangre humana.

“¿Qué pasa? ¿No hay nadie que se pare ante Walter von Schönkopf?”

Von Schönkopf estaba presentando esta pequeña actuación con la esperanza de que les permitiera ganar algo de tiempo.

Un joven soldado, lleno de determinación, pero obviamente sin experiencia, subió corriendo las escaleras. Aunque blandió su hacha de guerra con mucho vigor, von Schönkopf pudo ver cuán inútil fue el ataque.

Sus tomahawks chocaron, destellando con chispas. El resultado se decidió

en un momento cuando uno de los tomahawks crujió por el suelo. El soldado con un hacha de guerra en la garganta experimentó la risa de von Schönkopf como si fuera del diablo.

“¿Tienes novia, joven?” El soldado guardó silencio.

“Bueno, ¿y tú?”

“S-sí”.

“Entiendo. Entonces sigue mi consejo: no tires tu vida tan fácilmente”.

Von Schönkopf empujó el mango de su hacha de guerra en el pecho del joven soldado, enviándolo por las escaleras, dejando su pequeño grito suspendido en el aire sobre el rellano. Nuevos gruñidos de ira surgieron del pie de las escaleras. Mientras von Schönkopf y sus hombres profundizaban en ese foso, Blumhardt y los suyos irrumpieron en la habitación de Lennenkamp. Rodearon la puerta e hicieron pasar a través de un foso mucho menos profundo de sangre humana.

La resistencia valiente pero inútil de los soldados imperiales alcanzó su movimiento final en cuestión de segundos. Ocho cadáveres cayeron al suelo, dejando solo al alto comisionado.

La luz surgió del desintegrador en la mano derecha de Lennenkamp. No fue un solo destello, sino un fuego rápido y continuo con un objetivo perfecto. Después de todo, había comenzado como soldado.

Uno de los miembros de Rosen Ritter fue golpeado en el centro de su casco y cayó de lado. Había estado demasiado cerca para evadir el disparo. Blumhardt dio la vuelta ágilmente y cortó el flanco derecho de Lennenkamp, enviando su desintegrador al suelo con un solo ataque, luego clavó la culata en la barbilla del comisionado.

Lennenkamp evitó caerse poniendo ambas manos sobre su escritorio, su voz rugiendo desde una boca ensangrentada.

“¡Solo mátame ya!”

“No te voy a matar. Eres mi prisionero”.

“¿Crees que un oficial de bajo rango, y mucho menos un almirante mayor, se resignaría a convertirse en un vergonzoso prisionero?”

“Espero que lo seas. No me interesa tu estética ni tu orgullo. Tu vida es todo lo que me importa. Te necesitamos con vida”.

Las palabras de Blumhardt provocaron algo en Lennenkamp. El comisario gimió.

“Entiendo. ¿Planeas tomarme como rehén a cambio del almirante Yang?”

Si bien esa no era una idea completamente precisa, tampoco Blumhardt era incorrecto.

“Espero que te sientas honrado de que te reconozcamos en igualdad de condiciones con Yang Wen-li”.

El que decía esas palabras no tenía idea de cuánto habían ofendido a Lennenkamp. No fue por miedo sino por humillación que Lennenkamp palideció hasta la punta de su espléndido bigote.

“No pienses que valoraría mi vida tanto como para negociar con gente como tú”.

“Eso no es lo que tenía en mente, pero usted no es el que negociará. Serán tus subordinados”.

“Pareces una oferta de Rosen Ritter, ¿eso significa que originalmente eras un hombre del imperio? ¿No estás traicionando a tu patria?”

Blumhardt miró a Lennenkamp, pero no porque esas palabras le causaran una profunda impresión.

“Mi abuelo era un pensador republicano, y por eso fue capturado por el ministerio imperial del interior, torturado y finalmente asesinado. Si mi abuelo era un verdadero republicano, entonces supongo que murió de muerte honorable. Pero mi abuelo era solo un gran quejica”.

Blumhardt ladeó una media sonrisa.

“La única forma en que puedo pagar esa ‘amabilidad’ es con resistencia. De todos modos, el tiempo es más precioso que las esmeraldas. Ven conmigo”, instó el comandante.

La metáfora era precisa. Ya podía escuchar la rapsodia del combate cuerpo a cuerpo flotando desde el piso de abajo. Von Schönkopf y sus hombres habían corrido desde el piso catorce, despejando a más enemigos.

Tres minutos después, los soldados imperiales, empapados en sangre, sudor y venganza, irrumpieron en la oficina de Lennenkamp, solo para encontrarla vacía. Todo el propósito detrás de su rescate había desaparecido junto con el que estaban tratando de matar. Von Schönkopf y sus hombres utilizaron la misma ruta por la que habían venido y lograron escapar exitosamente, si no tan silenciosamente. Inmediatamente después, hubo una explosión en el pozo de reparación del elevador, y la única ruta por la cual las fuerzas imperiales podrían haberlos perseguido fue cerrada ante sus propios ojos.

IV

Lennenkamp estaba mirando una habitación vacía. Techo arriba, piso abajo, paredes al frente. En ese espacio, la desesperación llevaba una túnica negra, cantando sombríamente una canción de ruina. Lennenkamp todavía estaba en el escondite de la fuerza rebelde. Las paredes y el piso de hormigón desnudo estaban insonorizadas. En comparación con su magnífica oficina en el Hotel Shangri-La, las diferencias fueron asombrosas.

El alto comisionado imperial encarcelado pensó que este era el final. Cuando lo arrastraron aquí, todo tenía sentido. Había perdido no solo ante la camarilla de Yang, sino que también había sido vendido por Lebello, quien supuestamente representaba los intereses del gobierno de la alianza.

¿Con qué honor podría esperar volver a mirar a su emperador a la cara? El emperador había tolerado su fracaso contra Yang Wen-li y le había dado un puesto de alto comisionado. Lebello se esforzó por cumplir con las expectativas de tal magnanimidad y confianza. En aras del plan de 1,000 años de la nueva dinastía, había eliminado los obstáculos y despejado el camino para que el imperio subyugara todo el territorio de la alianza. Hasta que fue llevado aquí, había visto un camino que se abría a una posición superior. Pero después de estar en la misma habitación que Yang y Lebello, Lennenkamp se dio cuenta de que lo habían tenido. El presidente había estado medio apartando los ojos a espaldas de Yang, quizás por culpa, pero Lennenkamp había perdido la voluntad de reprenderlo en ese momento. Era la única forma de evitar el desprecio de enemigos y aliados por igual.

Su visión originalmente estrecha se había vuelto aún más estrecha. Con los ojos desprovistos de cordura y ensanchados solo por un retorcido deseo de prestigio, Lennenkamp miró hacia el techo.

El soldado que había traído el almuerzo de Lennenkamp lo encontró colgado en el aire veinte minutos después. Había dejado de respirar, balanceándose lentamente de izquierda a derecha con su uniforme militar. Al ver esto, el soldado puso su bandeja de cerámica con cautela en una esquina de la habitación y sonó una alarma con su voz. El cuerpo, muerto por suicidio, fue derribado por el comandante Blumhardt y los hombres que acudieron en su ayuda.

Un soldado calificado para ser médico se sentó a horcajadas sobre el torso de un hombre a más de diez filas por encima de él, llegando al límite de lo que sus libros de texto y experiencia le decían que se podía hacer con un respirador artificial.

“Lo siento, no puedo revivirlo”.

“Fuera de mi camino, lo haré”.

Blumhardt hizo su propia inspección del cuerpo, pero el resultado fue el mismo.

Contra todos sus esfuerzos, Lennenkamp había cerrado permanentemente la puerta a la vida. Cuando por fin el comandante se puso de pie, con su tez pálida como la del difunto, la puerta se abrió y escupió a von Schönkopf, que acababa de regresar de liberar a Lebello, con las manos y los pies aún atados, en un parque público. Una ligera muesca apareció en la hoja de su habitual valentía, y su expresión se volvió grave. Lamentó tener que esperar para cumplir su promesa, pero en este punto era innecesario.

“La muerte de Lennenkamp debe mantenerse en secreto. Esos bastardos del gobierno de la alianza aprovecharían esta oportunidad única para movilizar un ataque total en un instante. Haz lo que sea necesario para que vuelva a estar vivo”.

Sin un rehén, la Armada Imperial no tendría motivos para no atacar a los “rebeldes”. Pero con Lennenkamp muerto, la verdad sería enterrada junto con él. En cuanto al gobierno de la alianza, quería prender fuego a todas las realidades y rumores por igual.

Cuando se enteró de la muerte de Lennenkamp, Yang lo pensó y finalmente tomó una decisión con la cara de alguien que se traga una medicina amarga.

“Oficialmente, el almirante Lennenkamp debe mantenerse vivo. Profano como podría ser, no hay otra manera”.

Este incidente le garantizó, pensó Yang, un asiento especial en el infierno. A Frederica se le ocurrió una sugerencia. Si aplicaran un poco de maquillaje en la cara del difunto, podría convencer a la gente de que solo se había desmayado. No parecía una mala idea.

¿Pero quién iba a hacer ese trabajo repugnante?

“Puedo hacer el maquillaje”, replicó Frederica. “Después de todo, fui yo quien lo sugirió, y como mujer soy adecuada para la tarea”.

Los hombres intercambiaron miradas, pero como estaba claro, estaban fuera de su alcance cuando se trataba de maquillaje, a pesar de su coraje. Y así, algo inarticuladamente, lo dejaron a la mujer solitaria del grupo para comenzar.

“Esta es mi primera experiencia— y la última, espero— maquillar un cadáver. Si solo fuera un poco más guapo”, murmuró Frederica, “entonces no me sentiría tan mal desperdiciándolo”.

No era como que Frederica se burlara de los muertos, pero era la única forma en que podía soportar la morbilidad de esta tarea, a pesar de ser la que lo proponía ella misma. Cuando abrió su kit de maquillaje y se puso a trabajar, la puerta se abrió y Yang vislumbró la cara.

“Frederica… yo, eh… no quise decir que…”

“Si eso es una disculpa, no quiero escucharla”.

Frederica golpeó a su marido con un puño mientras sus manos trabajaban sin descanso.

“No me arrepiento, ni estoy enojada contigo. No han pasado ni dos meses desde que nos casamos, y no han sido más que entretenidos. Mientras esté contigo, nunca volveré a llevar una vida aburrida. Por favor no me decepciones, cariño”.

“Entonces, ¿la vida de casado es entretenida para ti?”

Yang se había quitado la boina negra y le había despeinado el cabello negro y rebelde. La hermosa joven que ahora era su esposa nunca dejó de sorprenderlo. Su vida juntos nunca pareció tan aburrida en primer lugar.

“Sea como fuere”, murmuró Yang indiscretamente, “este no me parece el momento adecuado para una conversación así”.

Era la misma emoción que Frederica había sentido antes. Un tercero había estado proyectando una sombra oscura y profunda a través de su intercambio de cortesías.

Incluso cuando el almirante mayor Helmut Lennenkamp, el alto comisionado del Imperio Galáctico, se encontraba en el mismo planeta que Yang Wen-li, su corazón estaba a cientos de miles de años luz de muerte. Cuando Yang pensó en la afligida familia de Lennenkamp, no pudo reprimir un mal sabor de boca. El número de personas que buscan vengarse de él había aumentado una vez más.

Yang negó con la cabeza y cerró la puerta ante la desagradable responsabilidad de su esposa. Pensó para sí mismo: *Ser forzado a una muerte involuntaria o una vida involuntaria: ¿qué está más cerca de la felicidad?*

CAPÍTULO 08: FIN DE VACACIONES

I

EL 30 DE JULIO DE ESTE AÑO — 799 SE y año uno del Nuevo Calendario Imperial — en la capital imperial de Odín, llegaron dos informes, uno malo y otro bueno.

El primero fue del oficial al mando de la fuerza punitiva de la Tierra, August Samuel Wahlen.

“Se nos ordenó imperialmente ir a la Tierra, suprimir la sede principal de la organización terrorista conocida como la Iglesia de Terra y arrestar a sus fundadores y líderes. Pero cuando rompimos la fortaleza de la Iglesia de Terra, esos mismos fundadores y líderes volaron su propio cuartel general y se enterraron, haciendo imposible la captura. Lamento humildemente informarle que no pude cumplir completamente con mi deber”.

Dos batallones de reconocimiento bajo el Comandante Konrad Rinser, siguiendo la información de Wahlen sobre los puntos de entrada y salida, lograron infiltrarse en la fortaleza y comenzar su ataque total. Una de sus tareas era perseguir a un grupo de comerciantes independientes de Phezzanese que representaban a un “niño de pelo de lino”.

Los peregrinos vestidos de negro atacaron a los soldados imperiales totalmente armados con cuchillos y pequeñas armas de fuego. Atónitos por su imprudencia, los soldados imperiales, sin embargo, inmediatamente

respondieron al fuego, derribando a los fanáticos religiosos y sus armas primitivas, caminando penosamente sobre sus cadáveres mientras se adentraban en el recinto.

Normalmente, tal matanza unilateral habría intoxicado a los soldados que vivían para saborear la sangre y las llamas. Pero sus estómagos emocionales fueron probados hasta sus límites. Mientras los creyentes, que habían sido infectados mente y cuerpo con fanatismo y tioxina, estaban firmemente en el bolsillo de la muerte, los soldados vomitaron, rieron histéricamente e incluso lloraron.

Al llegar al octavo estrato debajo de la superficie, las fuerzas imperiales sabían que habían entrado en la parte más profunda de este laberinto subterráneo.

Incluso aquí, los creyentes resistieron con todo lo que tenían, y las advertencias de las fuerzas imperiales de rendirse se encontraron con disparos. Después de un tercer intento fallido, las fuerzas imperiales dejaron de arrestar a los antiguos fundadores, comenzando con el Gran Obispo, y decidieron exterminarlos a todos.

A pesar de su abrumadora potencia de fuego, mano de obra y tácticas de batalla, las fuerzas imperiales se habían enfrentado a una de las peleas más duras que habían librado, aunque solo fuera porque la Iglesia de Terra tenía ventaja de campo local, y porque ninguno de los creyentes temía la muerte. Llenaron los pasajes con agua, ahogando vivos a sus propios soldados y enemigos, e incluso se martirizaron con granadas de gas nervioso, llevándose a tantos como pudieron.

“¿Son idiotas completos?”, Gritaban los oficiales imperiales acerca de estos creyentes de la iglesia que carecían de cualquier concepto de muerte.

Ni siquiera se estaban matando entre ellos. Llovidos por disparos imperiales, los creyentes de la iglesia se suicidaban, enterrándose en la tierra al volar las partes más profundas de su santuario.

“¿Realmente los conseguimos a todos?”

"Quién sabe…"

Tales fueron los intercambios susurrados entre los soldados después, sintiendo todo menos orgulloso de su victoria. Cada rostro estaba pálido, vencido por sombras de cansancio.

El Gran Obispo, por supuesto, no vio los cadáveres de la mayoría de sus seguidores, enterrados ya que estaban debajo de billones de toneladas de tierra. Pero nada podría enterrar toda su lujuria y malicia. Todo el terreno dentro de un radio de diez metros de la fortaleza se derrumbó, desmoronando la montaña sagrada desde adentro.

Cuando Julian conoció a este almirante llamado Wahlen, su tez parecía débil. Julian sabía que era debido a una herida grave, pero al ver que su semblante valiente no había sido molestado, no pudo evitar admirarlo en el fondo. Y aunque, por supuesto, Julian no adoraba nada más que el lado "totalmente heroico" de Yang Wen-li, sintió cierta atracción por el efecto diferente de una fortaleza de hierro como la de Wahlen.

"Según el Comandante Rinser, usted ayudó considerablemente en nuestra captura de la sede de la Iglesia de Terra".

"Sí, lo suficientemente absurdo, fuimos atrapados por los seguidores de la Iglesia de Terra, y aunque en parte teníamos nuestras propias razones, estábamos más que felices de ser de ayuda".

Debido a que Julian consideraba que este Almirante Wahlen era un hombre digno de respeto, le dolió un poco estar ocultando su verdadero carácter.

"Me gustaría darle una muestra de mi agradecimiento. ¿Hay algo que desees tener?"

"Solo para que podamos regresar a salvo a Phezzan".

“Estaré más que feliz de compensarlo por los daños que haya sufrido por todo este desagradable negocio. No hay necesidad de ser modesto”.

Si se negara, podría levantar sospechas por ser demasiado frugal. Julian tuvo cuidado al recibir descaradamente el buen favor del comandante, calculó la cantidad exacta de daños y se lo presentó al almirante Wahlen al día siguiente. También dijo que deberían recompensar al Capitán Boris Konev. Un solo disco óptico era toda la recompensa que necesitaba.

Todo fue grabado allí. La historia de la Tierra, un planeta que había perdido su hegemonía sobre la humanidad al unir vengativamente su deseo y malicia en un verdadero tapiz de poder de los Gobelinos que abarca nueve siglos.

Esto había sido transmitido a las manos del almirante Yang, y había sido útil en el largo viaje de Julian hasta la Tierra. Julian había dirigido a las fuerzas imperiales, eliminando obstáculos humanos y materiales, y eso los había llevado a descubrir finalmente la “sala de referencia” que había estado buscando. Derribando a los fanáticos que portaban cuchillos de izquierda a derecha, llegaron a la sala de datos inesperadamente moderna, donde tomaron cinco minutos reunir la información requerida. Aunque lograron borrar los registros restantes para que no cayeran en manos imperiales, la sala de datos quedó enterrada de todos modos, lo que significaba que terminaron haciendo el doble de trabajo por nada.

Cuando Julian retrocedió de Wahlen, de pie al borde del acantilado y mirando hacia el terreno hundido, Boris Konev se paró a su lado.

“Debajo de todo eso yacen los cuerpos de los creyentes”.

“Para un culto religioso, nada es más barato que la vida de sus seguidores. Es lo mismo con los líderes y sus ciudadanos, tácticos y sus soldados. Vale la pena enfadarse, tal vez, pero no sorprenderse”.

A Julian le resultaba cada vez más difícil condonar las duras palabras de Boris Konev. Por otra parte, Boris estaba de mal humor, había perdido a un miembro importante de la tripulación en el combate cuerpo a cuerpo.

“Una vez dijiste que el almirante Yang era diferente”. El capitán se encogió de hombros.

“Está bien que te guste Yang como ser humano. Yo también. También es natural respetarlo como táctico. Pero el táctico lleva una existencia maldita. El propio Yang lo sabe, estoy seguro, así que no es nada por lo que te preocupes. Tú también lo sabes, así que te perdono por criticar a los soldados”.

Olivier Poplin los observaba desde una corta distancia.

“Ese Julian es un misterio para mí”, murmuró el as piloto en voz baja, inclinando la cabeza hacia un lado.

Incluso él, y los ancianos preocupados por Julian, parecían obligados a designarse a sí mismos como guardianes del chico.

“Es su virtud”, respondió Machungo, con una expresión cliché pero persuasiva. “Usualmente no lo encuentras en uno tan joven”.

Su cuerpo estaba envuelto en varios lugares con geliderm, una membrana de plástico ultradelgada utilizada como vendaje, lo que le daba la apariencia de una cebra descomunal. Aunque nadie dentro de la Iglesia de Terra superó su fuerza y habilidades de combate, la superficie de su cuerpo era lo suficientemente amplia como para haber sostenido una cantidad de metralla poco envidiable.

“¿Virtud? Hmm, tiene mucho que aprender”.

Poplin se encogió de hombros. Era ingenioso y ágil, incluso en tierra, y había salido ileso de la batalla sin apenas una lágrima en su ropa. Pelear con los pies en el suelo era extremadamente indeseable para él, pero su estilo se había ganado incluso el respeto de Machungo.

“¿Cómo puede haber alcanzado la mayoría de edad sin tener al menos diez o veinte asuntos en su haber?”

Sus voces no llegaron a los oídos de Julian, por lo que el cabello lino del chico sopló con vientos terrenales en la cima del acantilado.

Julian había venido a la Tierra con un objetivo en mente. Pero ni una sola vez después deseó volver a la Tierra. Dondequiera que fuera, necesitaba regresar, vivir y morir, la Tierra ciertamente no lo era.

Julian no estaba solo al pensar de esa manera. Para la mayoría de las personas, la Tierra pertenecía al pasado. Estaba bien considerarlo como un museo. Pero revivirlo como un centro de política de poder y asuntos militares no hizo a la humanidad ni una pizca de bien. Como Yang Wen-li había bromeado una vez: “Nuestras extremidades han crecido demasiado para que podamos regresar a nuestra cuna”. Aunque el pasado de la humanidad estaba en la Tierra, su futuro estaba destinado a desarrollarse en otro lugar.

El 1 de agosto, la primera ola de la flota Wahlen salió de la Tierra y trazó un rumbo hacia la capital imperial de Odín. *Unfaithful* corta una figura galante, aunque modesta, a remolque. Tanto Julian como Poplin tenían la misma opinión de que podrían echar un vistazo a la base de operaciones del enemigo, ya que estaban en camino.

II

Alrededor de la fecha del informe de Wahlen, la información proveniente de la capital de la Alianza de Planetas Libres, Heinessen, era extremadamente siniestra.

El comisionado Lennenkamp había sido secuestrado, y muchos incidentes relacionados conmocionaron a los altos estadistas del imperio. Incluso después de escapar del control de la muerte en más de una ocasión y conquistar muchos mundos de estrellas fijas, los generales más valientes del

imperio no estaban acostumbrados a sorprenderse.

Junto con el informe oficial, llegó un apéndice urgente del subordinado Capitán Ratzel del almirante Lennenkamp a su viejo amigo Neidhart Müller.

Los ojos arenosos de Müller se llenaron de color profundo.

“¿Estás afirmando que el almirante Lennenkamp actuó injustamente como comisionado?”

“Ya sea para los estadistas de alto rango de la nación o para un superior a quien estaba obligado, él sobrepasó sus límites. Por sus acciones equivocadas, el almirante Lennenkamp inclinó la balanza cuando ya estaban equilibradas”.

Según lo que Ratzel había dicho, Lennenkamp había puesto su fe en una denuncia anónima, a pesar de no tener pruebas que lo respaldaran, y obligó al gobierno de la alianza a arrestar a Yang Wen-li. De ser cierto, había cruzado la línea pública y privada.

“¿Estarías dispuesto a testificar ante una asamblea oficial?”

“Ya sea por corte marcial o juicio”.

Müller asintió ante la confianza de Ratzel, y con esa información en la mano, apareció ante una asamblea de los principales líderes militares.

En el pasillo que conduce a la sala de conferencias, se encontró con Wolfgang Mittermeier. Ratzel habló de su testimonio mientras caminaban uno al lado del otro.

“Entiendo. Después de todo, había algo turbio detrás de escena”.

Mittermeier chasqueó la lengua, lamentando la superficialidad del corazón de Lennenkamp.

El propio Lennenkamp, por supuesto, solo había hecho lo que hizo por lealtad al emperador Reinhard. Pero desde donde se encontraban Mittermeier y los demás, la impaciencia de su paso y la miopía de su visión eran preocupantes.

Wolfgang Mittermeier, también conocido como el "Gale Wolf", era un verdadero militar. Había sido su anhelado deseo de luchar contra enemigos heroicos en pie de igualdad, pero se oponía fundamentalmente a la tortura.

En la reunión del consejo, solo podían asistir aquellos funcionarios de mayor rango que el almirante mayor, con una excepción. El emperador Reinhard tuvo un poco de fiebre y se abstuvo de la reunión, pero esperaba un informe completo sobre los resultados de su debate libre cuando terminara.

Müller, quien siempre exigió hablar primero, presentó las quejas del Capitán Ratzel.

"Esto se refiere a la dignidad del imperio, particularmente la imparcialidad de su postura. Sin fijarnos en el imperio o la alianza, preferiríamos que pudieras llegar a algo con lo que el público pueda estar de acuerdo. Si puedo dar mi propia opinión sobre el asunto, creo que lo primero que debemos hacer es determinar el paradero de aquellos que sembraron la situación con su consejo anónimo".

El comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial Mittermeier respaldó los sentimientos de Müller.

"Parece que el Capitán Ratzel está en lo correcto. Debemos proteger la dignidad de Su Majestad el Emperador, ante todo, castigando a estos descarados informantes. Si podemos probar que las acciones de Yang Wen-li fueron por legítima defensa propia contra una injusticia que se le impuso, eso podría darnos lo suficiente para reconstruir el resto".

Sin revelar ni un ápice de su propia estrategia, von Oberstein intervino.

"Solo estaba tratando de eliminar a Yang Wen-li como un peligro para la

seguridad futura de nuestra gran nación. Tal vez no pudo evitar recurrir al subterfugio”.

“¡¿Fue nuestra nación fundada en subterfugio?!”, gritó Mittermeier con cada fibra de su ser. “No, se fundó en la fidelidad. Si no apuntamos tanto al menos, entonces, ¿cómo vamos a explicar a nuestros soldados y ciudadanos la importancia de esta nueva dinastía? Yang Wen-li podría ser nuestro enemigo, pero también es universalmente reconocido. ¿Cómo planeas justificar a las generaciones futuras que lo eliminamos no con honor, sino a través de la traición?”

“Un discurso espléndido, mariscal Mittermeier. ¿Necesito recordarte tu participación en el complot para purgar al Duque Lichtenlade hace dos años? ¿Todavía te duele la conciencia?”

Una ira incontrolable ardió en los ojos de Mittermeier. ¿De dónde sacó eso el cabecilla de la purga del duque Lichtenlade? Antes de que pudiera decir eso, el hombre sentado a su lado levantó una mano ligeramente y contuvo a su colega.

Fue secretario general de la sede del Comando Supremo, el mariscal Oskar von Reuentahl. Una luz aguda emitida por sus ojos dispares, chocando de frente con la luz que disparaba los artificiales de la secretario de defensa.

“La purga del duque Lichtenlade fue un concurso parejo. Un paso atrás, y hubiéramos sido los corderos sacrificados. No deberíamos avergonzarnos solo porque atacamos primero. ¿Pero es eso lo que sucedió esta vez? ¿No estamos tratando de acusar a un soldado retirado que vive una vida civil cómoda con un crimen inexistente? ¿Por qué deberíamos involucrarnos con los criminales desvergonzados de una alianza interesada? Con el debido respeto, Secretario de Defensa, ¿es este el tipo de comportamiento vergonzoso que debemos respetar, independientemente de la filosofía en la que se base?”

La elocuencia de Von Reuentahl no solo fue aguda, sino también coherente con los sentimientos de la mayoría de los hombres en la sala, por lo que se encontró con murmullos de acuerdo por todas partes.

El artista-almirante Mecklinger habló.

“Si la relación entre Yang Wen-li y el gobierno de la alianza es irreparable, ¿no le corresponde a la Armada Imperial extender una mano de bienvenida? Deberíamos apelar ante él contra más travesuras y enviar a los investigadores de inmediato para ocuparse de la situación. Me alegraría ir a la capital de la alianza de Heinessen bajo esos auspicios”.

“Parece que no has logrado captar algo aquí”. El Secretario de Defensa von Oberstein no mostró signos de sentirse incómodo en el asiento caliente. “Mi problema con el crimen de Yang Wen-li no tiene nada que ver con la información anónima, sino con el hecho de que él y sus hombres lograron secuestrar a Lennenkamp, el representante oficial de Su Majestad el Emperador, y salirse con la suya. Si ese crimen queda impune, ¿cómo espera mantener la dignidad del imperio y su majestad? Me gustaría que lo tenga en cuenta”.

Mittermeier volvió a abrir la boca.

“Me duele decir esto, pero Lennenkamp debe ser al menos responsable de confiar descuidadamente en una denuncia anónima y encargarse de intentar ejecutar a un hombre inocente sin una pizca de evidencia. Si vamos a salir de esto con nuestra dignidad intacta, ¿no deberíamos revelar la verdad y compensar los errores que hayamos cometido?”

El jefe de la Oficina de Seguridad de Defensa Interna, Heidrich Lang, estaba en contra de esto.

“El almirante mayor Lennenkamp fue nombrado gentilmente por Su Majestad el Emperador. Su Excelencia Comandante en Jefe, para castigar a Su Excelencia Lennenkamp dañaría la reputación de Su Sagrada e Inviolable Majestad el Emperador. Te aconsejaría que lo tomes en consideración.

“¡Silencio, patético patán!” La reprimenda no vino del latigazo de la lengua de Mittermeier, sino de von Reuentahl. “Entonces, ¿vas a bloquear el

argumento sólido del comandante en jefe no por tus propias opiniones sino por el buen nombre de Su Majestad el Emperador? ¡No intentes ser más de lo que eres! ¿Por qué debería permitirse al jefe de seguridad interna una reunión restringida a almirantes mayores y superiores en primer lugar? ¿No solo eso, sino que tienes el descaro de interrumpir un debate entre Mariscales? Conozca su lugar. ¡Fuera de mí vista en este instante! ¿O te gustaría montar mi bota al salir?”

Lang se convirtió en una escultura de color fluorescente. Si hubiera tenido derecho, habría sido deshonrado, pero le faltaba en el departamento de gracia, pensó Mecklinger. Lang por fin miró a von Oberstein en busca de apoyo, temblando ligeramente y sin conseguir lo que estaba pidiendo.

“Vete hasta que se levante esta reunión”.

Ante las palabras del secretario de defensa, Lang se inclinó fría y mecánicamente. Luego, con un andar tan desanimado como él, salió de la sala de conferencias y una risa burlona le pisó los talones. En su pálido corazón, decidió que era von Reuentahl, cuando en realidad eran Kessler y Wittenfeld.

Lang esperó en una habitación separada hasta que terminó la conferencia. Cuando von Oberstein apareció una hora después, había abandonado su compostura habitual. La cara de Lang estaba cubierta de sudor del fracaso, y no pudo evitar que el pañuelo en su mano temblara.

“Bueno, nunca había sido tan humillado. En realidad, si fuera solo yo, ni siquiera me importaría, pero arrastrar el nombre de Su Excelencia también a través del barro… Es como si nos estuvieran colmando de abusos”.

“Von Reuentahl no fue el único a quien no le importó su línea de razonamiento. Yo tampoco. Von Oberstein estaba indiferente. No tenía intención de seguir la sedición traidora de Lang. Fui descuidado al permitirle asistir sin el consentimiento de los demás. Parece que ni el secretario del interior ni el comisionado de la policía militar aprueban que estés cerca de mí”.

“No es como que te preocupes por esas cosas”.

“No me importa ser despreciado. Pero me importa interponerme en el camino de los demás”.

Lang volvió el pañuelo al revés y volvió a secarse el sudor, entrecerrando los ojos.

“Al igual que yo. Aun así, dada la agresividad de la conducta del mariscal von Reuentahl, ¿no deberíamos abofetearlo con un demérito, por si acaso?”

La expresión de Von Oberstein estaba completamente en blanco. Lang no sabía qué había detrás hasta que el claro discurso de von Oberstein rompió el silencio.

“Von Reuentahl fue indispensable en la fundación de esta nación. Lennenkamp no puede sostener una vela ante la confianza de Su Majestad el Emperador en von Reuentahl. Seguramente sabes que no debes seguir el mal ejemplo de Lennenkamp y repudiar a otros sin pruebas”.

Los ojos de Lang se llenaron de luz aceitosa mientras sacaba algunos dientes de su boca torcida.

“Entendido. Entonces permítame buscar esa evidencia. Evidencia incontrovertible…”

Desde la dinastía anterior, Lang había demostrado una habilidad excepcional en dos áreas. Castigar a los culpables y fijar los crímenes a los inocentes. Pero los había llevado a cabo como deberes oficiales, y nunca por un deseo personal de venganza. O, al menos, no debería haberlo hecho.

Pero ahora, por el bien de su reputación gravemente herida, Lang fue capturado por una determinación inadecuada e inútil para buscar el punto más débil del joven almirante heterocromático y derribarlo.

III

Un emperador un poco febril Reinhard fue acostado en la cama, su ayudante Emil atendiendo todas sus necesidades.

Reinhard pensó que podría deberse a genes malos, pero según Emil, con todas las guerras y los asuntos gubernamentales exigiendo su atención, sería extraño que *no se* sintiera mal de vez en cuando.

“Si fuera yo”, dijo el futuro médico del emperador, “estaría en la puerta de la muerte”.

“De cualquier manera, me he sentido bastante fatigado estos días”.

“Es porque trabajas demasiado”. Reinhard le sonrió gentilmente al niño.

“¿Oh? ¿Estás diciendo que debería descuidar mis deberes?”

Incluso la broma más pequeña hizo que Emil se pusiera de color rojo brillante, por lo que el emperador siempre lucía con él como lo haría con un pájaro pequeño. Solo que este pequeño pájaro cantaba en lenguaje humano, ocasionalmente expresando cosas sabias.

“Por favor, perdone mi descaro, Su Majestad, pero como solía decir mi difunto padre, una fuerte llama se apaga más rápido. Así que por favor, trata de tomarlo un poco más con calma. Quiero decir que.”

Reinhard no respondió de inmediato. Lo que lo asustó no fue quemar, sino la idea de arder en vano. Una distinción que Emil probablemente era demasiado joven para entender.

“En cualquier caso, en este momento deberías concentrarte en tomar una emperatriz y tener una familia”.

El chico obviamente estaba relatando algo que había escuchado de segunda

mano.

“Ya es bastante difícil protegerme. No me gustaría cargar más a mis guardias con una emperatriz y un príncipe heredero en quien pensar”.

En general, se trataba del alcance del sentido del humor de Reinhard. Como broma, era tan plano como él y una expresión superficial de sus verdaderos sentimientos. A Emil no le importó.

El gran chambelán de Reinhard entró para anunciar la llegada del Secretario de Defensa von Oberstein. Ahora que el consejo de los más altos líderes militares había llegado a una conclusión, había venido a buscar la aprobación de Reinhard. Como el emperador todavía estaba lento por la fiebre, dio la bienvenida a su invitado en el salón adyacente a su habitación.

Von Oberstein le informó sobre los detalles del consejo. La reacción violenta contra las acciones precipitadas de Lennenkamp fue inesperadamente severa, y muchos insistieron en una investigación sobre la verdad del asunto. Pero debido a que la alianza claramente carecía de la capacidad de mantener su propio orden, hicieron un gesto para preparar a sus tropas para ser movilizadas en cualquier momento. Von Reuentahl no dijo nada sobre desterrar a Lang de la sala de conferencias.

“Es mi culpa por nombrar a Lennenkamp en primer lugar”, murmuró Reinhard. “Pensar que no podría mantener presionada su estación ni por cien días. Supongo que hay quienes solo podrán demostrar sus habilidades cuando los tenga con una correa corta”.

Varias caras, tanto vivas como muertas, se alinearon en su mente. Von Oberstein ignoró el sentimiento.

“Pero esto nos da carta blanca para subyugar completamente la alianza, ¿no es así?”

“¡No sobrepases tus límites!”

La violencia en la voz de Reinhard era tan intensa como su buena

apariencia. De repente estaba furioso. Von Oberstein se inclinó, menos por miedo que por el deseo de no irritar a una persona enferma. Reinhard contuvo el aliento y ordenó que, por consideración a Lennenkamp, el almirante Steinmetz actuaría como representante del alto comisionado y que negociarían con Yang Wen-li.

“Debemos escuchar el testimonio de Lennenkamp. Solo entonces sabremos cuál es la mejor forma de tratar con Yang. Vigila de cerca los movimientos del gobierno de la alianza, y si surge alguna perturbación, Steinmetz debe emplear cualquier contramedida que considere necesaria”.

Con esto, despidió a su secretario de defensa.

El estado mental de Reinhard nunca fue simple. Si bien no pudo reprimir una ira repugnante hacia el comportamiento vergonzoso de Lennenkamp, Reinhard fue quien lo colocó en una oficina importante, incapaz de ser un simple militar. Aunque von Reuentahl fue el primero en ingresar a él como candidato para ese puesto, Reinhard también votó por él al final. Por lo tanto, la responsabilidad final recae solo en Reinhard.

O tal vez esperaba que Lennenkamp fallara todo el tiempo, pensó Reinhard para sí mismo. Cuando se enteró de los disturbios provocados por el trágico fracaso de Lennenkamp, Reinhard tuvo que admitir que cada célula de su cuerpo palpitaba de emoción. Después de sentarse en el trono por solo unos días, ya había comenzado a sentir la asfixia de un solemne equilibrio. Al final, su trono no era más que una jaula dorada, y parecía que sus alas eran demasiado grandes para caber.

Como arquitecto, Reinhard poseía abundante genio. Hace dos años, había aplastado a la Coalición de los Lores, purgado al duque Lichtenlade y tomado el poder dictatorial por las riendas. Desde entonces, había llevado a cabo importantes reformas políticas, sociales y económicas. La clase noble, que había monopolizado el privilegio y la riqueza, perdió cinco siglos de gloria inmerecida, mientras que la gente disfrutó de los beneficios de un sistema tributario y el debido proceso. Las mansiones y los castillos de la nobleza se convirtieron en hospitales, escuelas e instituciones de bienestar, convirtiéndose en una parte integral del paisaje metropolitano.

Esas reformas fueron las que había cultivado en su corazón desde que era un niño. Pero mientras Reinhard estaba feliz de verlos darse cuenta, nada de eso lo alegraba. El buen gobierno era su deber y responsabilidad, no un privilegio. Se había esforzado por ser uno que no descuida los requisitos de su posición, un gran gobernante que se convierte en tal al adquirir poder en lugar de que se lo entreguen. ¿Pero la armonía y la estabilidad eran de alguna manera incongruentes con sus intenciones originales?

Reinhard se había sorprendido pensando que el poder ya no era necesario. Lo que era necesario para él era algo completamente distinto. Pero se desanimó por el hecho de que aún tenía que sostener esa otra cosa con sus propias manos. Sabía que era algo que nunca recuperaría. No vio nada más que la guerra por delante, y por primera vez se sintió renovado. Solo en el fragor de la batalla podía creer que su propia vida se reponía.

Reinhard probablemente sería recordado por todos los tiempos como un emperador beligerante. Ese pensamiento cayó ligeramente como la primera nevada en su corazón, pero no había forma de cambiar para quién había nacido. Nunca fue uno por derramamiento de sangre, sino por la colisión de un gran propósito e ingenio. Llamó a su secretaria privada en jefe, Hildegard von Mariendorf, que había regresado al palacio imperial, para anular un edicto.

Mientras trabajaba en el edicto, Hilda se dio cuenta de que quizás Reinhard necesitaba un rival en su vida. Sintió un toque de ansiedad por este trágico pensamiento. Ella no quería nada más que apuntar la brújula de su vasta fuerza vital en la dirección correcta, más por su propio bien que por el del imperio. O tal vez, pensó, había llegado a la cima demasiado rápido, incluso si era bueno para él encontrarse con un enemigo que, como Rudolf el Grande, podría convertirse en un gran objeto de su negación.

Ella misma admiraba las habilidades de Yang Wen-li y no podía odiarlo.

Reinhard leyó la carta que le había dictado, pero de repente le dirigió una sonrisa pícara.

“Fräulein, ¿tu letra se endureció mientras estabas bajo arresto domiciliario?”

Otra broma cuestionable.

El 8 de agosto, el edicto del emperador Reinhard salió de la siguiente manera:

La sede imperial se trasladará a Phezzan. Odín está demasiado lejos del territorio de la alianza. El conde von Mariendorf gobernará como mi regente en Odín.

Además, Reinhard ordenó que entre sus diez ministros del gabinete, sus secretarios de defensa y obras lo siguieran a Phezzan, donde serían transferidos a nuevas oficinas. Entre sus oficiales de más alto rango, Kessler (comisionado de policía militar y comandante de las defensas de la capital), Mecklinger (quien como el “contra comandante supremo” recientemente instalado se reservaba el derecho de inspeccionar casi todo el antiguo territorio imperial) y Wahlen (ahora en ruta de regreso a casa después de cumplir con sus deberes en la Tierra) fueron los únicos que se quedaron en Odín. El núcleo del imperio, en particular su poder militar, se estaba trasladando a Phezzan — y no, agregó, temporalmente. Los mariscales Mittermeier y von Reuentahl fueron los primeros en enterarse de que el joven emperador tenía la intención de trasladar la capital a Phezzan.

La transferencia debía completarse dentro de un año, momento en el cual el emperador mismo se mudaría a la capital imperial el 17 de septiembre. El mariscal Mittermeier debía partir antes de eso, el 30 de agosto, mientras el mariscal von Reuentahl y los otros almirantes viajarían, con el emperador.

Después de retirarse de la presencia del emperador, Mittermeier discutió estos acontecimientos con su amigo.

“Phezzan, ¿eh? entiendo. Está pensando en otro nivel. Perfecto para absorber esa tierra en el nuevo territorio y gobernarlo”.

Von Reuentahl asintió en silencio, reflexionando sobre un asunto privado.

Como era soltero, estaba de acuerdo con partir de Odín en cualquier momento, dada la formación de batalla adecuada. Pero luego estaba Elfriede von Kohlrausch, esa joven violenta que se había convertido en un elemento fijo en su casa. ¿Seguiría al hombre que supuestamente odiaba hasta Phezzan, o robaría sus objetos de valor y se escondería? De cualquier manera estaba bien con él. Depende de ella.

“Aun así”, escupió Mittermeier, “el error de Su Majestad no fue usar Lennenkamp sino von Oberstein. Ese bastardo puede considerarse un fiel sirviente, pero a este ritmo, eliminará a aquellos con los que no se lleva bien, uno por uno. Y al final, provocará una grieta en la dinastía”.

Von Reuentahl movió sus ojos desiguales en la dirección de su amigo.

“Estoy contigo en eso. Lo que me preocupa es la fisura que veo entre Su Majestad el Emperador y von Oberstein. Quién sabe lo que podría pasar cuando no se llevaran bien…”

Von Reuentahl no pudo reprimir una sonrisa amarga, ya que este nivel de preocupación era extraño incluso para él. ¿No deseaba él mismo una vez una posición suprema con muchos subordinados debajo de él? Pero seguramente había un método detrás de tal locura. Había algo desconcertante en ver a un hombre que valoraba tanto ser degradado como un títere, no muy diferente de von Oberstein.

IV

Cuando Julian pensó en Yang en la Tierra, ¿un efecto mariposa hizo que Yang estornudara en rápida sucesión? Ningún registro oficial podría confirmar eso.

Yang, que dejó en libertad a João Lebello y tomó como rehén al fallecido Helmut Lennenkamp, abordó un crucero llamado *Leda II* y abandonó el

planeta Heinessen. Se unieron a él Frederica, von Schönkopf, Attenborough y sus antiguos subordinados, ahora liberados del arresto domiciliario. Era el 25 de julio. Attenborough se desempeñó como capitán del crucero, pero utilizando a Lennenkamp como excusa, logró obtener una gran cantidad de armas y provisiones del gobierno de la alianza. Dejando planes para lo que iba a seguir a Yang, silbó, el pirata espacial de buen humor.

Frederica G. Yang cambió su delantal con estampado floral por una boina negra y uniforme militar, valientemente junto a su esposo como su asistente.

En el momento de su partida de Heinessen, Yang pensó en presentar sus respetos al almirante Bucock, pero renunció a la idea.

El comandante retirado y convaleciente en jefe de la armada espacial también se había ganado la sospecha del gobierno de la alianza. Incluso una reunión individual era demasiado arriesgada, ya que podría comprometer la posición ya frágil del viejo almirante. En cualquier caso, llegaría el día en que se encontrarían de nuevo, por lo que Yang reprimió este deseo.

Sin embargo, Yang se puso en contacto con el vicealmirante Alex Caselnes. Era un hombre cuyas afiliaciones siempre habían sido claras, y si Yang no lo contactaba, podría despertar sospechas de algún pacto secreto preexistente entre ellos. Una vez que Caselnes, quien hasta entonces había sido desterrado nominalmente de la sede de los servicios, se enteró de la situación, contactó a su familia. Se arrancó su insignia y la colocó sobre su escritorio, arrojándose bajo el mando de Yang.

“Sin mí allí”, dijo, “ese maldito Yang nunca lo logrará”.

El almirante Rockwell, sabiendo que lo dejarían atrás como gerente general en funciones de los servicios de retaguardia, trató de disuadirlo de irse, pero Caselnes miró al almirante por encima del hombro, solo resoplando por la nariz.

El ex jefe de gabinete Murai, el vicecomandante Fischer y el subjefe de gabinete Patrichev ya no estaban en Heinessen, sino que estaban vinculados a sus respectivos puestos fronterizos, por lo que era imposible contactarlos.

En el verano de ese año, la flota de Wiliabard Joachim Merkatz había asegurado 464 naves de guerra y 80 naves insignia. Lo que le faltaba a la flota en el equilibrio organizacional, lo compensaba con su avanzada potencia de fuego y fuerza.

Y si bien era diminuto en mano de obra, muchos soldados altamente experimentados con experiencia de combate real se unieron al frente de batalla. Por supuesto, estaban demasiado orgullosos para jurar lealtad al Imperio Galáctico, pero como el Teniente Comandante Hamdi Ashur, quien tenía el rango más alto entre ellos y era conocido por su superioridad como operador táctico de la flota, fue conducido a lo largo del puente de la nave de guerra Merkatz. *Shiva* , aplazó completamente el derecho de Merkatz a comandar.

“Si bien no estoy en desacuerdo con ustedes acerca de enarbolar la bandera de la revuelta contra el imperio, ¿bajo qué pretensión opera esta flota? ¿Es democracia? ¿Otra dictadura dinástica como la dinastía Lohengramm? ¿Militarismo, incluso?”

Cuando el comandante Bernhard von Schneider volvió a mirar a Merkatz, el almirante invitado exiliado le indicó a Ashur que continuara.

“Sé que es grosero de mi parte decir, Su Excelencia Merkatz, pero una vez tuvo un alto rango en la Armada Imperial. Además, mientras fui desterrado a otro país, sirvió como secretario de defensa del legítimo gobierno galáctico imperial. El propósito del gobierno legítimo debería haber sido restaurar la autoridad inherente de la línea Goldenbaum, pero no puedo ser parte de ese objetivo”.

Los soldados recién reclutados se agitaron inquietos detrás de él. No solo porque Ashur era su comandante, sino también porque había demostrado ser un personaje carismático.

“Permíteme ser claro en ese punto. El propósito de este ejército no es

restaurar la dinastía Goldenbaum”.

“Escuché que nunca vuelves a lo que dices, Almirante. Te creo. Pero, aunque puede que no sea mi lugar decirlo, cuando se trata de reunir soldados dedicados a la democracia, su buen nombre, Almirante Merkatz, carece de cierta atracción”.

“Entonces, ¿a quién reconocerías para dirigir este ejército voluntario antiimperial?”, Respondió von Schneider.

Ashur inclinó levemente su rostro moreno y viril.

“El almirante Bucock tiene los logros y la popularidad necesarios para los soldados de la democracia, pero a su edad es difícil imaginarlo como un abanderado del futuro. Los sucesivos ex directores de la sede operativa conjunta, Sitolet y Lobos, son hombres del pasado. Y entonces, esperaría un hombre más joven con su propio carisma y dignidad”.

“¿Almirante Yang Wen-li?”

“No maltrates su nombre. En cualquier caso, esto no es algo que veremos realizado hoy o mañana. Seguiré sus órdenes por ahora, almirante Merkatz. Usted puede contar conmigo.”

Debido a que carecían de la cantidad necesaria de hombres para la cantidad de naves que tenían, Ashur consintió cuando se le pidió que ayudara a operar la flota y preparó a sus hombres para la tarea. Von Schneider murmuró mientras los veía irse.

“Ese ciertamente tiene mucho que decir. Parece lo suficientemente confiable, en todo caso”. Merkatz esbozó una rara sonrisa amarga.

“Él está en lo cierto, sabes. No estoy calificado para ser un abanderado de la democracia. Hace unos dos o tres años, estaba luchando contra las fuerzas democráticas como soldado de una nación despótica. Si tuviera que tomar la democracia como mi bandera tan tarde en el juego, entonces las generaciones futuras me considerarían un hombre sin integridad”.

“Su Excelencia, ¿no está leyendo demasiado sobre esto? Todo el mundo sabe que su mano fue forzada por las circunstancias, y que siempre trató de sacar lo mejor de las cosas independientemente”.

“Sin embargo, la posteridad me elige a mí, la verdad del asunto no es nadie, pero Yang es capaz de unir a los soldados de la democracia. Es por eso que incluso su propio aliado, el gobierno de la alianza, le tiene miedo”.

Sus acciones originaron rumores de irresponsabilidad. Nunca imaginaron que Yang y su camarilla escaparían de Heinessen.

Merkatz cambió rápidamente de tema.

“¿Y aún se desconoce el paradero de Su Majestad?”

Por “Su Majestad”, Merkatz no se refería al joven soberano de cabello dorado Reinhard von Lohengramm, sino al trigésimo séptimo emperador de la línea Goldenbaum, Erwin Josef, entronizado a los cinco años de edad y secuestrado a los siete. Von Schneider ocultó su mirada avergonzado.

“Eso es correcto, lamento decirlo. Sé que es difícil de escuchar, pero dadas las circunstancias, cualquier investigación es casi imposible”.

Merkatz lo sabía. Si habían logrado escapar repetidamente de la detección de la Armada Imperial, entonces no tenía mucho sentido lanzar una investigación o búsqueda oficial. Las poderosas Fuerzas Armadas de la Alianza no podían ignorar la capacidad de Steinmetz para delatar a un enemigo.

Sin embargo, que Merkatz estaba obsesionado con la búsqueda del ex niño emperador fue porque sabía que había una falla en la mente del niño antes de su desaparición. Su ego había estallado con frecuencia, incluso sacando sangre de los encargados de cuidarlo. Con cada gota de sangre derramada, el espíritu humano se había desvanecido de la cresta Goldenbaum. Aunque tal violencia errática estaba en su naturaleza, era un crimen circunstancial que no se corrigiera, y que había sido responsabilidad de los adultos que lo

rodeaban.

La restauración de la línea real Goldenbaum fue inútil. Para empezar, el espíritu humano no lo deseaba. Lo que Merkatz deseaba era que Erwin Josef creciera sanamente en cuerpo y mente, y que viviera una vida pacífica como ciudadano anónimo bajo cualquier sistema político en el que se encontrara. Pero esto probablemente sería aún más difícil que el sueño soñado de restaurar la línea real. Y, sin embargo, quería hacerlo realidad. Esto, y para darle a Yang Wen-li los recursos militares esenciales que necesitaba para hacer su gran reaparición en el escenario. *Estos son los dos últimos trabajos que necesito terminar antes de morir,* pensó Merkatz.

En el puente del crucero *Leda II* , los tres vicealmirantes de la flota Yang — Caselnes, von Schönkopf y Attenborough — manejaban a su comandante con lenguas afiladas, como lo habían hecho incluso en su reciente boda.

“Solo puedo esperar que el poder estelar de Yang Wen-li extienda sus propios límites”, dijo von Schönkopf. “No es que él mismo lo sepa. Ya es bastante difícil lograr que se pare al otro lado de la cortina”.

“Hablas como un profesor preocupado por un mal alumno, el vicealmirante von Schönkopf”.

“En realidad, una vez pensé en convertirme en maestro. Pero odiaba que me dieran tarea”.

“Pero supongo que te gusta darlo”, reprendió Caselnes con una sonrisa.

Aquí había un hombre que, a pesar de tener un puesto honorable como director de servicios de retaguardia en un planeta distante, lo había rechazado con un resoplido y había venido a dar un paseo. Perder sus habilidades administrativas superiores sería una semilla de arrepentimiento para las Fuerzas Armadas de la Alianza después de perder a Yang Wen-li.

“Aun así, vicealmirante von Schönkopf, fue capaz de ver a través del truco

vicioso del gobierno bajo la intensa presión de tener una inteligencia casi nula”.

En respuesta a los elogios de Caselnes, von Schönkopf intentó una expresión impropia.

“Bueno, tal vez el gobierno simplemente no pensó tan lejos. O tal vez fue solo mi imaginación salvaje”.

“Oh, *ahora* nos dices”.

“Así es, vicealmirante Attenborough. Y en este punto, no importa si era cierto o no. Ahora estoy tan seguro como estaba entonces que el gobierno de la alianza estuvo involucrado en una conspiración maliciosa. No es que te haya mentido ni nada”.

“Incluso si avivó las llamas”.

A pesar de su sarcástica réplica, Attenborough de repente se puso ansioso mientras rebobinaba la película de reminiscencia.

“¿Estás triste de que las cosas salieron como lo hicieron?”

“Lejos de eso, vicealmirante Caselnes”, dijo el más joven de los tres, sacudiendo la cabeza.

“Solo soy un novato verde, todavía no tengo treinta años, y la gente ya me llama “Su Excelencia”. Esa es la bendición y la maldición de estar bajo el almirante Yang. Será mejor que lo responsabilicemos por eso”.

Alex Caselnes se quitó la boina negra y levantó la vista.

“La gente nos llama una “fuerza rebelde”, pero desde mi punto de vista, no somos más que un montón de fugitivos”.

Los otros dos no hicieron ninguna objeción.

Ya sea que uno lo llamara mariscal, líder de una fuerza rebelde o fugitivo, Yang Wen-li era Yang Wen-li. Al cerrar la brecha entre la silla y el escritorio de su comandante con sus piernas extendidas, una boina negra cubriéndole la cara, no se había movido en más de dos horas.

Sentada a menos de cinco metros de su esposo, Frederica G. Yang estaba demostrando diligencia contrastante al recopilar datos sobre el crucero *Leda II* , la flota Merkatz y la “fuerza rebelde” de Yang, para que tuvieran un plan táctico listo en cualquier momento.

Desde que rescató a su esposo, Frederica no había pensado en el futuro. Todo lo que sabía era que cualquier camino que eligiera Yang Wen-li, lo tomaría como su mejor mitad. Yang, por otro lado, todavía no tenía una idea clara sobre qué hacer después de escapar de Heinessen. Él no había sido el que instigó todo este caos en primer lugar.

“Yang y su esposa saben cómo defenderse”, concluyó Dusty Attenborough, “y sin embargo no han pensado en las consecuencias. Si tan solo pudiéramos darle a su ambición una oportunidad en el brazo”.

Attenborough había captado una parte de la verdad, pero desde donde estaba sentado Yang, no había razón para ser criticado por uno de los cabecillas que lo había guiado por la nariz.

Y mientras la resistencia había permanecido en el planeta Heinessen, tomada como rehén por el gobierno de la alianza y ocupando las fuerzas imperiales, ellos también serían absorbidos por los mil millones de ciudadanos de Heinessen. Al final, Yang había sido rechazado por el gobierno al que debía servir, su única opción ahora para escapar.

La existencia de Lennenkamp, muerto y almacenado dentro de una cápsula de preservación del cuerpo, era lo único que se interponía entre ellos y la aniquilación total.

Cuando la muerte de Lennenkamp se hizo pública y entregó el cuerpo a la

Armada Imperial, seguramente les ocurriría un nuevo peligro.

Sin embargo, muchos generales de renombre antes que él, habían pasado a través de las puertas de la purga y el exilio por las mismas patrias a las que regresaron sanos y salvos del campo de batalla. Un logro significativo fue suficiente para poner celoso a un millón de personas. Las escaleras se hicieron más estrechas cuanto más alto las subía, y provocaron lesiones más graves cuando se cayó.

En cierto imperio antiguo, cuando un general fue arrestado por traición, le preguntó a su emperador sobre la naturaleza de su crimen. El emperador desvió la mirada.

“Todos mis cortesanos dicen que orquestaste una rebelión contra mí”.

“Eso no es cierto en absoluto. ¿Dónde está la evidencia?”

“¿Pero seguramente, al menos has *pensado* en rebelarte contra mí?”

“Nunca se me pasó por la cabeza”.

“Entiendo. Pero *podrías* rebelarte si quisieras. Eso es suficiente crimen”.

Aquellos que llevaban espadas más grandes tenían que tener cuidado al cortar desde la otra dirección. Al final, la espada misma era una tercera fuerza a tener en cuenta.

El hecho de que uno construyera una tercera fuerza no significaba que uno pudiera mantenerla. Como en la visión fundamental de Yang, si el poder político y económico no fuera de la mano, la vela de la rebelión se apagaría rápidamente. ¿Dónde deberían poner su base? ¿Cómo iba a enfrentarse a las Fuerzas Armadas de la Alianza, y mucho menos a la Armada Imperial? ¿Cuándo debería anunciar oficialmente la muerte de Lennenkamp? ¿Y qué hay de los suministros? ¿Organización? ¿Negociaciones diplomáticas…?

Necesitaba más tiempo. No para morir en la oscuridad, sino para la maduración y la fermentación. Tiempo que Yang no pudo tener. Era más

indispensable para él que el poder y la autoridad.

Yang tenía muchos objetivos a corto plazo. Vinculación con Merkatz para establecer una cadena de mando con un ejército republicano unificado. Dando la bienvenida a Julian de vuelta de la Tierra y obteniendo información sobre la Iglesia de Terra. ¿Y después de eso? Aunque había tomado como rehén a João Lebello y forzado a Helmut Lennenkamp a quitarse la vida por evitar una muerte inmerecida, ¿cómo debería ejercer ese derecho?

Estas vagas imaginaciones aparecieron como figuras translúcidas en la conciencia de Yang. Aceptó que la hegemonía universal era solo del emperador Reinhard. Para compensarlo, establecería su autonomía republicana en un planeta fronterizo en preparación para la inevitable erosión y colapso de la dinastía Lohengramm. Allí nutriría el surgimiento de una democracia panhumanista. El tiempo necesario para el crecimiento y el avance cualitativo de tales ideales democráticos fue mucho más largo que el que necesitaba para sí mismo.

Una vez que la humanidad se intoxicara con la droga de una nación soberana, no existiría ningún sistema social en el que la nación no sacrificara individuos. Pero los sistemas sociales en los que el sacrificio de individuos por parte de las naciones era difícil de lograr parecía estar a la altura de su valor deseado. No todo se lograría en la vida de Yang. Pero podía sembrar las semillas. No era rival para Ahle Heinessen y su marcha de diez mil años luz.

Aun así, Yang estaba más consciente que nunca de su propia omnipotencia inevitable. Si tenía alguna habilidad para predecir el futuro, estaba en su habilidad de hacer de la Fortaleza Iserlohn tácticamente inexpugnable una base de gobierno democrático, a pesar de tener que abandonarla para salvar la Alianza de Planetas Libres y garantizar su libertad de movimiento.

Pero no tenía sentido arrepentirse ahora. Para empezar, durante la Guerra Vermillion que siguió, ignoró la orden del gobierno, pero no pudo terminar con Reinhard von Lohengramm. Al final, Yang actuó lo mejor que pudo. Él también quería la inteligencia y los recursos de los Phezzanese.

“Phezzan, ¿eh?”

Yang no sabía que el emperador Reinhard tenía planes para reubicar la capital en Phezzan y convertirla en el centro del universo. Tampoco sabía que Phezzan estaba íntimamente conectado con la Iglesia de Terra y, de hecho, había actuado como su títere. Pero fue un elemento indispensable en sus planes a largo plazo. Idealmente, pensó, podría usar a Boris Konev como intermediario para tomar prestado el poder de los comerciantes independientes. Pero eso también tendría que esperar hasta que Julian regresara. Yang interrumpió su paseo por un laberinto de especulaciones mientras se quitaba la boina de la cara.

“Frederica, una taza de té negro”.

Luego se volvió a poner la boina en la cara. Nadie podía escuchar las palabras que murmuró debajo.

“¡Dos meses, solo dos meses! Si las cosas hubieran salido según lo planeado, no habría tenido que trabajar durante otros cinco años…”

Después de ser liberado por la “fuerza rebelde”, João Lebello naturalmente quería negociar con una Armada Imperial enfurecida, pero antes de eso dio las siguientes instrucciones al comité de defensa nacional.

“Quiero una carta que restablezca al Almirante Bucock a su posición anterior. Podríamos necesitarlo si vamos a limpiar a Yang y su pandilla”.

Aunque Lebello estaba ansioso por seguir un camino de un solo sentido hacia la villanía, su sentido del deber de proteger la independencia y la soberanía de la alianza de la coerción del imperio solo se había fortalecido. Los futuros historiadores también reconocerían que trazó una línea entre las élites que intentaron engañar a Yang Wen-li. Finalmente, Lebello creía en su país, mientras que Yang no. Quizás el muro se había vuelto demasiado grueso entre estos dos que idealmente habrían trabajado juntos. Pero

Lebello era realmente reacio a que sus logros fueran recordados por la posteridad solo en relación con Yang Wen-li.

Mientras las estrellas reflejadas centelleaban en sus ojos índigo, Katerose von Kreutzer, llamada Karin, se encontraba en la plataforma de observación de la nave de guerra *Ulises* . Sus mejillas estaban sonrojadas por haber terminado su entrenamiento, su pulso ligeramente elevado por encima de lo normal. Con una pierna estirada y la otra ligeramente doblada, su espalda apenas tocaba la pared — al igual que su padre, como solía decir su madre. Ella pensó que era molesto. ¿Quién no hizo esta pose en algún momento?

Si ella fuera un hombre, no importaría, pero como mujer, no le agradaba ser comparada con un hombre que nunca había conocido.

Karin aplastó la taza de papel que contenía su bebida alcalina enriquecida con proteínas. Ella trató de sacudirse la cara imaginada de su padre, solo para reemplazarla por otra. Habiendo conocido a ese chico de cabello lino dos años mayor que ella, era reacia a recordarlo.

"¿Qué tiene de especial ese debilucho de todos modos?"

Murmurando un insulto que no creía necesariamente, Karin volvió su atención al vasto océano de estrellas, aún sin darse cuenta de que, en algún lugar a lo largo de esas olas, el crucero de su padre se estaba acercando.

El año 799 SE ya había resultado traumático para la humanidad, y todavía le quedaba un tercio. Parecía que ningún año en la historia había sido tan codicioso por dar tiempo para respirar. Fuera lo que fuese lo que se había puesto en movimiento, la gente no tenía forma de saber si las cartas estaban a su favor. Todos estaban cansados de la guerra, pero aún no estaban acostumbrados a la paz.

El 13 de agosto, una entidad autónoma en un sistema estelar cerca del Corredor Iserlohn declaró su separación de la alianza gobernada por el imperio.

El Fácil.
